



Tus huellas
en mi
CORAZÓN

Elizabeth Bermúdez



Tus huellas
en mi
CORAZÓN
Elizabeth Bermúdez

Título: *Tus huellas en mi corazón*
© 2018, Elizabeth Bermúdez

De la maquetación: 2018, Romeo Ediciones
Del diseño de la cubierta: 2018, Alexia Jorques

Los personajes, nombres, lugares y situaciones que se narran en esta historia son completamente ficticios, producto de la imaginación de la autora, cualquier hecho parecido con la realidad es mera coincidencia.

Queda prohibido cualquier forma de reproducción total o parcial, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, fotocopia o cualquier otra forma, sin la autorización escrita de su titular, bajo las sanciones establecidas por las leyes, salvo excepción prevista en la ley.

Índice

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

Otros libros de la autora

A todos los lectores que me pidieron esta historia y
a todos aquellos que la desearon al leer Secretos.

Prólogo

Con una revista entre sus manos y desde aquel agujero oscuro del mundo, unos ojos llenos de envidia y un alma colmada de rencor y venganza miraban con intensidad la felicidad en la que vivía la familia Miller. Unas fotografías robadas de Miranda, Fernando y su pequeño en la playa captaban la atención por completo de la persona que se juraba en esos momentos que algún día acabaría con ella y su felicidad. Arrancó la hoja, la arrugó entre sus manos con furia contenida y fijó los ojos en la siguiente página donde aparecía Marta Miller, con el paso de los años convertida en una adolescente. Volvió a arrancar la hoja, pero esta vez no la atrapó en el puño como lo hizo con la anterior. Fue hasta la pared y la fijó allí con un trozo de adhesivo, era la primera foto de Marta que entraba a formar parte de la venganza que algún día llevaría contra todos ellos. Marta Miller debería estar muerta desde hacía mucho tiempo pero parecía que tenía siete vidas como los gatos.

Recortó con cuidado la foto de rostro borroso en la que se adivinaba al pequeño Alberto y recorrió con los dedos el contorno de la cara. El niño tenía tres años y, aunque no podía ver con nitidez los rasgos, todo apuntaba a que era igual que su abuelo, el hombre más perfecto que había existido jamás. Se tumbó con la imagen sobre el pecho y cerró los ojos en busca de un sueño conciliador mientras en su mente se repetía sin descanso: "Algún día, algún día dentro de muchos años. Todo llega".

Años después.

Un acontecimiento especial se celebraba en la gran mansión Miller, un día de fiesta y reunión familiar. El pequeño y consentido de la familia, Alberto, el hijo de Miranda y Fernando, hacía su primera comunión. Todos los invitados y familiares se encontraban en la gran casa de Lorena, su abuela, donde se llevaba a cabo la celebración. Aquel jardín había acogido durante largos años muchas fiestas, las cuales todos atesoraban en sus recuerdos como maravillosas.

Alberto llevaba el mismo nombre que su abuelo, al que no conoció. Estaba feliz en el día de su comunión, corría y jugaba por el jardín con los mil regalos que había recibido de todos los invitados. Hacía un día espectacular y la celebración fue en el césped, con mesas y parasoles al aire libre. Su abuela, una buena organizadora de eventos, se encargó de que todo estuviese perfecto. Era su único nieto y no escatimó en nada. Deseaba que todo saliese muy bien y resultase un día para recordar.

Los orgullosos padres del niño, Fernando y Miranda, rodeados de invitados, observaron cómo Alberto y Marta se desvivían en carantoñas y arrumacos. Tía y sobrino se adoraban. Una sonrisa apareció en los labios de Miranda al ver a su hermana tan cambiada. Marta tenía veintidós años y había pasado por demasiados malos tragos en su corta edad.

—La veo muy bien, está muy cambiada —comentó Fernando que contempló con una sonrisa de orgullo a su hermana menor.

Miranda posó la mano sobre la de su marido y se la acarició.

—Sí, estoy muy orgullosa de ella. Vuelve a ser la Marta de hace unos años, ha salido de las sombras que la rodearon. Tiene una vida que le gusta, va a la universidad y la veo con mucha vocación para ser una buena abogada.

Los ojos de Miranda desprendían en esos momentos admiración al observar a su hermana menor. La quería como a una hija.

Fernando le dio un beso en el cuello y la abrazó por detrás. Continuaban tan enamorados como siempre después de tantos años.

—Ahora todo está en calma, y que siga así por mucho tiempo — comentó Fernando—. Marta es otra.

Miranda se recostó contra el fuerte pecho de su marido, relajada y feliz.

—Lo superamos —suspiró sin dejar de observar a su hermana. Se sentía liberada.

Lo habían pasado tan mal en los últimos años que no había día en el que no cruzasen los dedos para que todo volviese a la normalidad.

—Lo superamos —le susurró al oído, orgulloso y preocupado a la misma vez de que Miranda volviese al duro pasado. La distrajo con un suave beso en el cuello y sintió como el pulso de su mujer se aceleró. Esto le provocó una sonrisa—. Pudimos con ello y lo haremos con lo que venga mientras estemos juntos.

Fernando la abrazó aun más fuerte y le robó un beso.

—Te sigo amando como un loco desde que te conocí, Miranda Miller —murmuró sobre sus labios.

—Y yo, mi vida. No hemos tenido un camino de rosas precisamente, pero somos felices, y lo tenemos a él; Alberto. ¿Qué más podemos pedir?

Ambos fijaron la vista en su hijo. Lo contemplaron reír y correr con Marta.

—Yo por pedir... ¿Una semana entera tú y yo solitos en El Caribe?

Miranda se revolvió entre los fuertes brazos que la rodeaban, lo miró sonriente y pensativa, le gustó la idea.

—Me resulta muy atractiva su idea señor Miller. Mi madre se puede quedar con Alberto, y creo que Marta pasará todas sus vacaciones aquí. Te aseguro que ambas estarán encantadas de cuidar de él.

Fernando la abrazó y la besó feliz. Adoraba a su hijo, pero de vez en cuando necesitaba alejarse de todo y disfrutar en exclusividad de su mujer sin nadie más alrededor de ellos.

La celebración estaba llegando a su fin, el sol caía y algunos invitados comenzaban a marcharse. Marta estaba en medio del jardín, con un vaso en la mano, charlando con sus dos mejores amigas del colegio, Amaia y María, con las que hacía un par de años que había retomado la amistad.

De repente, Amaia observó a un hombre que no había visto antes en la celebración. Era imposible no fijarse en él, vestía vaqueros gastados y una camisa blanca informal por fuera de los pantalones. Iba solo y, por la dirección de su mirada, buscaba a alguien.

Se trataba de un hombre joven con el pelo muy corto, moreno. Cada paso que daba lo hacía con tal firmeza y seguridad como si tener el cuerpo y la cara que tenía fuese lo más normal del mundo. Tenía unos brazos musculados que se notaba trabajaba en un gimnasio con regularidad, y a través de la camiseta se adivinaba un pecho y abdominales de infarto. Sus intensos ojos negros buscaban a alguien que no conseguía encontrar. Serio, con un leve tic en la tensa mandíbula, se paró en medio del jardín con ambas manos sobre su estrecha cintura mientras miraba con atención a su alrededor con el ceño fruncido. A Amaia le pareció el hombre más interesante con el que se había cruzado en su vida.

—¿Habéis visto ese cuerpazo que acaba de llegar? —preguntó Amaia devorándolo con la mirada, lo cual provocó que Marta y María fijasen de inmediato los ojos en él movidas por la curiosidad.

María sonrió y chasqueó la lengua dándole su aprobación.

—Guau, el tío está como quiere. Impresionante, lo mejor que hemos visto en los últimos tiempos. Sí señor.

Marta guardó silencio, sin dejar de observar al hombre que acababa de llegar. Llevó ambas manos al vaso que sostenía, tratando de aferrarse a algo, como si fuera la única forma de mantenerse en pie, y se dijo a sí misma que mantuviese la calma.

—¿Quién es ese cuerpo? —quiso saber María—. No me digas que lo conoces y no nos lo has presentado antes.

Marta tragó con dificultad, miró nerviosa a sus amigas y trató de serenar su acelerado corazón.

El recién llegado todavía no era consciente de que seis pares de ojos lo miraban al detalle, con sumo interés.

—¿Lo conoces? —insistió Amaia—. Ha entrado muy decidido, se nota que conoce la casa.

Tanto María como Amaia se morían por saber más de ese hombre al que seguían con la mirada mientras caminaba por el jardín. Si estaba allí, Marta lo tendría que conocer. Era la comunión de su sobrino.

Finalmente, decidió saciar la curiosidad de sus amigas al ver que él se encaminaba en dirección al pequeño Alberto.

—Es mi ex marido.

—¿Qué?!

—¿Cómo? ¿Tú qué...? ¿Tú... has estado casada... y con... él?

Ambas mujeres miraron a uno y a otro y llegaron a la conclusión de que

aquello no era ninguna broma. Marta estaba seria y se le notaba que no le hacía ni pizca de gracia verlo allí.

—¿Cuándo fue eso?! —Se interesó María, casi escandalizada.

—Hace mucho tiempo — dijo, a modo de excusa, y le restó importancia con un movimiento rápido de la mano.

—Pero, por Dios santo, si tenemos veintidós años, ¿cuándo fue eso? — le preguntó María escandalizada.

—¿Ex marido de verdad? ¿Hubo boda y divorcio? —preguntó Amaia casi sin voz, tomando conciencia de todo. Estaba realmente impresionada.

Marta asintió triste, no le gustaba recordar esa época de su vida en la que sufrió demasiado.

—Nos casamos nada más cumplir los dieciocho años y nos divorciamos unos meses después. Nada salió como pensamos. Todo fue un completo desastre. —Mientras les hacía un breve resumen de su pasado con Pablo, no dejaba de seguirlo con la mirada. Él estaba junto a Alberto al que saludó con un gran abrazo—. Si me disculpáis, yo me retiro. No quiero verlo ni saludarlo.

Marta hizo amago de marcharse cuando María la frenó en seco.

—¿Por qué te vas? ¿Por qué no quieres que te vea? ¿Tan mal terminó todo entre vosotros? —preguntó María asombrada, sin comprender nada—. ¿Y qué hace él hoy aquí? ¡Yo no entiendo nada! —se quejó, observando la familiaridad con que saludaba a Fernando, el hermano de Marta.

—Es el hermano menor de Fernando —María y Amaia aún fliparon más con esa información—, no sé qué hace aquí. Me dijeron que no iba a asistir a la comunión de Alberto, y no quiero cruzarme con él. Hace varios años que no lo veo, desde que nos separamos.

—¿Y no sois algo así como... familia? —María no salía de su asombro.

—Ya os lo explicaré con detalles, os lo prometo —rogó al verles las caras—, ahora no es el momento, chicas. Necesito estar sola. Lo siento.

María y Amaia asintieron con preocupación, saltaba a la vista que su amiga había sufrido mucho en el pasado con aquella relación. Ambas le dieron un abrazo y se despidieron de ella con rapidez.

—Mañana nos contarás esa parte de tu vida que hasta ahora tenías muy escondida, y lo harás con lujo de detalles —le hicieron prometer—. Queremos saberlo todo.

Marta les brindó una breve sonrisa, a sabiendas de que les debía una buena explicación. Ambas eran ahora sus mejores amigas y se merecían

conocer esa parte de su pasado, por muy doloroso que le resultase. Sobre todo, deseaba hacerlas partícipes de que ese hombre, Pablo Balaguer, por el que suspiraron minutos atrás nada más verlo aparecer, era un auténtico cabrón. Sin duda, las apariencias engañaban y él era el mejor ejemplo.

Cuando sus amigas se encaminaron hacia la salida, Marta, tras una ventana, echó un último vistazo al lugar donde se encontraba Pablo y lo vio saludando con efusividad a Fernando, a Miranda y su madre, Ana. Todos estaban sorprendidos de verlo allí, supuestamente no iba a asistir a la comunión de su único sobrino, algo que no sorprendió a Marta. Pablo era un egoísta que solo pensaba en él, no le importaba su familia ni los demás.

Lorena, que se había ausentado por unos minutos para cambiarse de zapatos, divisó a su hija pequeña, sola, apartada en un rincón. La mirada vidriosa y preocupada de esta no era un buen augurio, ello hizo que le apareciese en el pecho una leve punzada de advertencia. El revuelo de los invitados llamó la atención de Lorena, que dirigió la mirada hasta allí y entendió a qué venía el malestar de Marta. Pablo se había presentado sin avisar y no le gustaban las consecuencias que tal acto podría acarrear.

—Algún día tendrás que volver a hablar con él, es inevitable, cariño — le dijo Lorena, que la había seguido hasta el dormitorio y la había encontrado tumbada en la cama. Se sentó a su lado y le dio un cariñoso beso en la frente. Nadie podría entender mejor que ella por lo que estaba pasando su hija en esos momentos—. Es el hermano pequeño de tu hermano, y también el tío de Alberto, siempre estaréis unidos de alguna forma, por desgracia.

—Lo sé, mamá, pero hoy no. —Le mostró una sonrisa fingida—. No lo esperaba, no sé cómo voy a reaccionar cuando lo tenga delante por primera vez después de tanto tiempo. Hoy es un día muy especial para Alberto y mis hermanos, no quiero empañarlo con nada. Por eso me retiré. Además, me duele un poco la cabeza.

Lorena asintió. Conocía a Marta y sabía que volver a ver a Pablo después de tanto tiempo le había removido el pasado. Necesitaba asimilarlo aún.

—¿Me dejas sola, por favor, mamá? —le rogó.

—Aquí estaré para lo que necesites, cariño —le susurró al tiempo que depositaba un beso en la mejilla.

Marta cerró los ojos recostada en la cama sobre varios cojines, deseaba olvidarse de todo. No entendía por qué le afectó tanto ver a su ex marido

después de varios años. Como de la nada habían vuelto los malos recuerdos y se había visto transportada a un pasado que no quería volver a revivir.

Se quedó dormida entre amargas vivencias de años atrás y con la llegada de Pablo instantes antes en su pensamiento. No podía apartar de su mente lo cambiado que lo había encontrado, estaba más fornido y el semblante de su expresión era muy diferente al que ella recordaba.

Cuando despertó, dos horas después, se asomó a la ventana del cuarto y comprobó que no quedaba nadie en el jardín, tan solo los empleados que recogían las mesas y demás. Suspiró aliviada y se encaminó a la cocina por un vaso de agua que le calmara la sed.

Ya en la cocina, descalza y con el elegante vestido de la celebración arrugado, se había acostado con él sin importarle cómo quedaría al despertar. Bebió del vaso de agua que tenía entre las manos y cerró los ojos al tratar de olvidar las pesadillas que se apoderaron de su sueño minutos antes. Sin embargo, una voz que reconoció al instante la sobresaltó.

—Creo que ya es hora de que nos volvamos a encontrar. —Pablo salió de entre las sombras, ella no se lo esperaba allí, su tono ronco y profundo hizo que le bajara un escalofrío por la espalda. Asustada, dejó caer el vaso al suelo, y este se hizo mil añicos mientras ella tenía los ojos muy abiertos posados en él—. Pertenece a la misma familia, y tarde o temprano volveremos a coincidir.

—¿Qué haces aquí?

Pablo se acercó a ella con paso firme. Observó cómo Marta intentó alejarse de él, y en este gesto de intentar huir, pisó los cristales rotos del suelo sin darse cuenta. Hizo una mueca de dolor cuando los sintió clavarse en los pies y ahogó un grito desgarrador.

—Joder, Marta. ¡Cuidado! —reaccionó Pablo de inmediato.

—Agggg —se quejó, sintiendo el dolor punzante en los pies desnudos.

—No te muevas —le ordenó él acudiendo junto a ella con la velocidad de un rayo.

Con gran agilidad, la cogió en brazos para evitar que se moviese más entre los cristales rotos. Ella se resistió, pero él fue más rápido y salió de la cocina a grandes zancadas, como si estuviese en su propia casa, escaleras arriba en dirección a la habitación de Marta.

Conocía bien la residencia de Lorena, de pequeño estuvo muchas veces ahí, y ambos recorrieron cada rincón de esa inmensa mansión más de una vez.

—¡Suéltame, Pablo! No me toques —le espetó revolviéndose, incómoda y cabreada al sentir aquellas manos en su cuerpo.

—No seas cría. Voy a curarte el pie, estás sangrando, te has clavado un par de cristales.

—Ya me lo curo yo solita, no me haces falta para nada. ¡Vete!

Él hizo oídos sordos a las quejas.

Llegaron hasta la habitación, la dejó sobre la cama y fue al baño con decisión, sin echar cuenta a las continuas protestas para que se fuese. Rebuscó en los cajones hasta que encontró lo necesario para realizar una cura de urgencia, regresó junto a Marta y le impidió que continuase sacándose los cristales con los dedos.

—Deja que yo lo haga —musitó con su tono más paciente.

—¿Sabrás hacerlo? —Lo miró interrogativa con una ceja alzada—. Nunca fuiste muy habilidoso en estas cosas. Creo recordar que la sangre te daba asco.

Pablo, que tenía el pie dañado entre las manos, la miró a los ojos y le dedicó una sonrisa tan sexy que notó un estremecimiento en el vientre.

—He cambiado mucho, Marta. Te sorprenderías.

—Permíteme dudarlo —le espetó con rencor y le apartó la mirada molesta.

Le hizo sentir que le incomodaba su presencia.

Pablo chasqueó la lengua, le mostró de nuevo una leve y seductora sonrisa, de esas tan naturales en él que dejaban a todas las mujeres babeando, y procedió a curarle el corte con expertas manos, dejando a Marta asombrada ante tanta destreza.

—No ha sido muy profundo. —Le puso un apósito después de retirar el cristal con las pinzas y lo recogió todo con cuidado.

Marta estaba recostada sobre los cojines de la cama, a la espera de que él se marchase de inmediato, pero Pablo no tenía intenciones de ello. Se quedó sentado junto a ella, la observó al detalle en silencio y pudo percibir que estaba incómoda. Hacía tanto tiempo que deseaba aquello, que le pareció una aparición, un sueño como en el que siempre se despertaba sobresaltado.

—Estás cambiada, y muy delgada —dijo después de varios minutos en tensión.

No dejaba de observarla con verdadera atención.

Marta llevaba el pelo en un tono más rubio y más largo, que le sentaba bien. Era de piel y ojos claros, y eso siempre le había hecho parecer un ángel.

Su ángel, pensó.

—Los años cambian a las personas —respondió sin mirarlo a la cara apenas.

Pablo asintió consciente de ello, él mismo era un claro ejemplo.

—¿Qué haces aquí a estas horas? Ya ha terminado todo —le reprochó.

—Me dejé el móvil y volví a buscarlo.

Marta no lo creyó.

—¡Qué casualidad!

Él le sonrió levemente, le apartó la mirada, recorrió la habitación con los ojos y luego se volvió a centrar en ella.

—Empecemos bien. No me dejé el móvil, bueno, sí me lo dejé, pero fue queriendo. Necesitaba volver a verte. Desapareciste cuando llegué, y esta vez vine decidido a entablar una conversación contigo. Después de tres años, creo que ya es hora de que nos volvamos a hablar, si no por nosotros, por nuestros hermanos y por Alberto.

Marta agradeció su sinceridad, no estaba acostumbrada a ella. La última etapa que vivió con Pablo fueron todo mentiras por su parte.

—Creo que no tenemos nada de qué hablar.

—Yo creo que sí.

—Pablo, todo pasó hace años, no removamos más el pasado, dejémoslo así y listo. Cada cual en su camino y sin interferir en el del otro.

—Yo no puedo, Marta.

Ella lo miró sin creerlo, poniendo los ojos en blanco.

—He cambiado —le volvió a repetir, tratando de que lo creyese.

—¿Y qué quieres? —Estaba exasperada, deseaba que se marchase porque tenerlo cerca la abrumaba.

—Muchas cosas, pero vayamos por pasos —respondió con una mirada intensa—. Lo primero de todo es pedirte perdón. —Marta lo miró con los ojos desencajados y una sensación extraña de miedo en el cuerpo. No esperaba que a esas alturas continuase arrepentido por el pasado—. No me mires así, lo sé, fui un niño inconsciente, te hice mucho daño y me cargué lo nuestro. Necesito pedirte perdón de frente y sientas que lo hago de verdad, ya que hasta ahora no he tenido ocasión de hacerlo.

Ella asintió, el corazón le palpitaba con fuerza. Le agradó que él fuese consciente de esas cosas y lo reconociese en voz alta y ante ella, nunca se lo esperó. Pablo era muy orgulloso y en raras ocasiones lo había visto disculparse con la sinceridad que le leía en esos instantes en la mirada.

Aunque también tenía que reconocer que tras el divorcio ella no le dio oportunidad alguna de acercarse, y él lo intentó en varias ocasiones hasta que acceder a ella le resultó imposible.

—Éramos muy jóvenes y, por una cosa u otra, no hubiese resultado. Fuimos unos inconscientes al casarnos tan pronto y sin pensar las consecuencias.

—De todo lo que hice mal en esa etapa de mi vida, de eso, es de lo único que no me arrepiento. Lo volvería a hacer.

La miró con los ojos cargados de amor, remordimientos y dulzura.

—Yo me arrepiento de todo. Ojalá nunca nos hubiésemos conocido.

Esas duras palabras de Marta le llegaron al corazón, le dolieron en lo más profundo. Ella, hasta ahora, había sido la mujer más importante en su vida.

—Nos amábamos con locura —le recordó con intención de ablandarla.

Marta no le contestó a eso.

Lo amó muchísimo, y volverlo a tener frente a ella después de tanto tiempo le estaba haciendo remover viejos sentimientos. En su mente llevaba tres años odiándolo, y ahora estaba ahí y la miraba de aquella forma tan especial que solo él sabía hacer, se preguntó porqué todo tuvo que ser cómo fue tiempo atrás.

—Marta, como te he dicho, he cambiado, ahora...

—No me interesa nada de ti, Pablo. —No lo dejó terminar de hablar—. Les tengo prohibido a mis hermanos que te nombren siquiera en mi presencia, no me importa tu vida, a qué te dedicas ni con quién estás. Hace mucho que dejaste de interesarme. Ahora, vete, por favor.

Él tragó saliva, incómodo. Entendía el dolor y el resentimiento, pero no pensaba marcharse sin hablar con ella.

—A mí, sin embargo, me interesa todo de ti, no me canso de preguntarles a Miranda y a Fernando por ti, y cuando ellos no me dan la información que necesito, chantajeo con regalos a Alberto —le confesó, no sintiéndose muy orgulloso de eso—. Es la única forma que tengo de saber de ti. Una parte de mí lo necesita como una droga.

Tan inesperada confesión cogió por sorpresa a Marta, no se lo esperaba.

—No entiendo qué quieres de mí. Si necesitas mi perdón para seguir viviendo, ya lo tienes, te perdono, pero te quiero lejos, ni siquiera deseo volver a ser tu amiga. Si coincidimos con nuestros hermanos, te saludaré con cordialidad y soportaré estar en tu presencia el tiempo que sea necesario, pero

hasta ahí pienso llegar, no esperes más de mí porque no lo conseguirás.

Marta hizo a un lado a Pablo para bajarse de la cama, su cercanía la incomodaba y necesitaba poner distancia entre los dos.

Pablo se puso en pie de inmediato e intentó ayudarla, pero ella lo rechazó con desprecio, no quería que la tocara.

Al poner el pie en el suelo con todo el peso del cuerpo, sintió dolor y se tambaleó. Pablo fue ágil y la tomó entre los brazos; ambos cuerpos quedaron muy cerca, los rostros casi se rozaban, sus respiraciones estaban alteradas y en la atmósfera se notaba la tensión. Marta se estremeció, él lo notó.

—Estás temblando, yo también —le confesó sin pudor alguno—. Tenerte de nuevo así...

Pablo se acercó más a ella, y se atrevió a respirar el aroma que desprendía. Había echado tanto de menos el olor de su piel, el tacto suave en las yemas de los dedos, los besos...

Marta se sintió morir, no quería que se volvieran a despertar sentimientos que creía enterrados para siempre, pero el olor tan característico de Pablo que no había cambiado con el tiempo, la cercanía de ese cuerpo duro que la estrechaba contra él con firmeza, las cálidas manos que la agarraban con posesión por la cintura... Habían pasado tres largos años, tantas cosas en ellos... Sin embargo, se vio en esos momentos transportada a un mundo donde todo era felicidad junto a él.

Sin romper el contacto, decidido, Pablo se acercó más. Ella no lo rechazó, y él le plantó un beso salvaje y apasionado, sin poder evitarlo. Fue tal y como recordaba, intenso y profundo, saboreó sus labios y cada rincón de su boca, lo excitaba, la sentía sensual y cautivadora. No se separó de ella, continuó dándole más besos, aminoró el ritmo, tomándose tiempo en saborearla como lo deseó y soñó en esos años transcurridos.

Marta se entregó sin oponerse, un líquido que le quemaba le corría por las venas en ese momento, despertando emociones dormidas que hacía mucho que no sentía. Su cuerpo estaba hambriento y revivir todas esas sensaciones casi olvidadas era maravilloso.

Desde que lo dejó con Pablo tres años atrás, no había vuelto a estar con ningún otro hombre y lo que él le hacía sentir en esos instantes, despertó sus deseos de mujer dormidos durante largo tiempo.

Pablo la estrechó más fuerte contra el cuerpo, la levantó en peso con extremada delicadeza y fue a la cama con ella. Sus testículos se tensaron al sentir la manera en que lo besaba, en que deslizaba la lengua por su boca y

lograba llegar a cada recoveco. Mientras recorría el cuerpo de Marta con caricias y le quitaba el vestido con delicadeza pudo comprobar lo delgada que estaba. Recordaba casi a la perfección su cuerpo, estaba muy cambiada. Se reprochó mentalmente que todo fuese culpa suya. Sin embargo, estaba comprobando que los cambios no le impedían sentir lo mismo que antes, lo seguía encendiendo con una sola mirada, una caricia, su boca... Deseaba con todas sus fuerzas hacerle el amor lentamente, como la primera vez. Lo soñó en tantas ocasiones durante ese tiempo separados que estar allí con ella, sintiéndola tan dispuesta, le daba pavor.

Marta no pensaba en esos momentos, solo sentía. Estar en los brazos de Pablo siempre fue un lujo demasiado grande, necesitaba volver a vivirlo con él. Necesitaba volver a sentirse mujer y olvidar todo el dolor acumulado durante años por unos instantes.

Se dejó llevar, apremió a Pablo para ir más deprisa y le arrancó prácticamente la camisa. Para su sorpresa, descubrió que el cuerpo de él también había cambiado, estaba más hombre, más formado. Le besó el cuello y continuó por la clavícula, en dirección al pecho. Cuando llegó junto a su corazón, con asombro vio algo nuevo; un tatuaje. Pablo llevaba tatuado un corazón roto. Lo miró de inmediato a los ojos, sorprendida, y le preguntó en silencio por ello.

—Tengo muy presente cómo dejé tu corazón. Por eso, aunque el mío llegue a recomponerse algún día, nunca olvidaré que rompió el tuyo. Tus huellas siempre estarán en él. Eres y siempre serás la mujer más importante de mi vida y te amo, Marta. Nunca he dejado de hacerlo.

Por el rostro de ella resbalaron dos lágrimas ante la sorprendente revelación. Estaba comprobando que Pablo realmente había cambiado. Emocionada, le tomó la cara entre las manos y lo besó con desesperación. Era ella en estado puro y sus deseos de mujer con un hombre, solo que no con cualquiera, era el hombre de su vida, Pablo Balaguer. La pasión los inundó, se arrancaron la poca ropa que les quedaba puesta y se entregaron el uno al otro.

Hicieron el amor como si no hubiese un mañana, sin importarles estar en casa de Lorena y no haber echado el pestillo a la puerta. En esos instantes solo eran ellos dos y la pasión que los consumía, porque, pese a todo lo ocurrido en el pasado, ambos se seguían amando con desesperación.

Sus cuerpos desnudos y entrelazados en la cama saciaron la sed por el otro hasta quedar exhaustos. Llevaban tres años sin verse, sin tocarse, estaban

recuperando el tiempo perdido, comprobando que los sentimientos no habían cambiando después de todo el sufrimiento.

—Te amo, Marta Miller —le confesó con auténtica adoración, cuando su corazón alcanzó un poco de normalidad tras hacerle el amor como un loco.

Marta no le contestó, se limitó a acariciarle el torso, aún con su cuerpo sobre el de él. Posó la mano sobre el tatuaje del corazón, y tomó conciencia por completo de lo que acababa de hacer y con quién.

Sumido en la mismísima gloria, Pablo daba gracias al cielo por haberle ofrecido el milagro de volverla a tener entre sus brazos. En esos momentos, sintiendo el calor de Marta sobre él, hicieron aparición en su mente los dolorosos recuerdos del pasado. Recordó cuando creyó que no la volvería a ver nunca más. Después del divorcio tuvo un grave accidente del que pensó no saldría, y no solo él, sino también los médicos. Era eso lo que aún le quitaba el sueño, que Marta no hubiese acudido a verlo ante sus ruegos y desesperadas peticiones de verla antes de morir. Lo tenía clavado en lo más profundo de su alma y no podía deshacerse de ello. La relación entre ambos acabó muy mal, pero nunca llegó a creer que ella se negaría a ir en su lecho de muerte. Él le suplicaba perdón y Marta lo ignoró en tales circunstancias.

—Estuve a punto de morir y, aun así, solo tenía pensamientos para ti — confesó de pronto. Intentó que no sonase como un reproche, pero no lo pudo evitar. Marta se puso tensa al escucharlo pero no movió ni un solo músculo —. Quise disculparme millones de veces por lo que había hecho y tuve mucho miedo de no poder hacerlo, de marcharme para siempre con la culpa. Pero tú no me diste la oportunidad, ni siquiera en mi lecho de muerte. ¿Por qué? Necesito saberlo —le rogó casi con desesperación.

—Otra persona me necesitaba más que tú en esos momentos — respondió, a sabiendas de las heridas que iba a destapar. No tenía intenciones de causarle ningún mal, solo ser sincera.

—¿Quién era esa persona? —volvió a preguntar. Aquello le dolía demasiado pero no podía dejarlo pasar más. Aquella era la oportunidad que llevaba meses esperando—. ¿Un hombre? ¿Tan importante era?

No cesó en el interrogatorio. La miraba con unos ojos escrutadores y fijos en ella, a la espera de más información.

—Él ha sido y será la persona más importante en mi vida— le reveló sin apartarle los ojos de los suyos.

La mirada de Pablo se convirtió en puro granito.

—¿Aún lo amas? —No pudo evitar la pregunta. Mientras esperaba una

respuesta los ojos le echaban fuego y un leve tic en la mandíbula era patente.

—Lo amaba, lo amo y lo amaré el resto de mis días —le reveló con un nudo en el estómago haciendo esfuerzos titánicos por no llorar.

—Una vez me dijiste eso mismo a mí —le recordó dolido al escupir estas palabras sintiendo la bilis en la garganta.

—Lo nuestro fue un amor adolescente. No sabíamos nada. Este es un amor verdadero, de los que duran toda la vida.

Marta le apartó la mirada, incapaz de soportar por más tiempo el odio que se reflejaba en los ojos de él.

Los celos consumían a Pablo. Odió a ese hombre con todo su ser, como se odia cuando te arrebatan lo que más quieres, pero le reconfortó saber que Marta acababa de traicionarlo. Ella estaba allí, desnuda, en la cama con él.

—Dime su nombre. Quiero saberlo —le exigió como quién tiene todo el derecho a una respuesta sincera. Hacía rato que ella luchaba por librarse de su abrazo y salir de la cama, pero la retuvo unos instantes más—. ¡Dímelo!

—¡Se llama Mario! —le gritó a la misma vez que tiraba de la sábana con fuerza y se alejaba de él—. ¡Mario!

Ambos se sostuvieron las miradas y apreciaron el desprecio que se respiraba en el ambiente de la habitación. La fiera que Marta llevaba dentro se despertó tras tres años de letargo, resurgió y se encaró a Pablo. Ella conocía bien a ese hombre, y no le hicieron falta las palabras para saber qué pasaba por su mente, lo señaló con un dedo y lanzó una dura advertencia.

—No se te ocurra odiarlo. Fuiste tú quién destrozó lo nuestro. Fuiste tú quién prefirió las drogas y las juergas. ¡Fuiste tú el que se acostó con otras! Fuiste tú quién me dejó echa una mierda y él llegó a mi vida para darle sentido a todo de nuevo. No te vuelvas a acercarme a mí, todo esto ha sido un error —se lamentó al tomar conciencia de lo lejos que habían llegado—. Las personas como tú no cambian. Te quiero lejos de mí, ¿me has oído? —lo paró en seco cuando él trataba de levantarse de la cama y acudir hasta ella.

Desde luego que la había oído, nunca la había vista tan firme y decida en algo. Ver a Marta enfrentándose de aquella forma a él lo enorgulleció, la amaba, sin embargo la sintió más lejos que nunca.

—¿Te hace feliz? ¿te hace sentir una mujer especial? —preguntó con rabia y dolor a pesar de intuir la respuesta, pero necesitaba oírla de sus labios.

—Sí —le respondió como si le fuese la vida en ello. No le apartó la mirada, se la sostuvo con orgullo. El amor que vio Pablo en los ojos de ella le abrió las carnes.

—¿Me olvidaste con él?

—Sí —le reveló alto y claro, sintiéndose orgullosa de esto—. Él logró llevarse todo el dolor que tú me dejaste, Pablo.

Se levantó de la cama, desnudo, evitando mirarla para que no advirtiese cuánto le había dolido su revelación. Marta lo contempló vestirse con rabia, pero también con pena. Las profundas huellas que aún quedaban en su corazón la traicionaban, aún quedaba amor para él en el fondo de su alma herida, pero no dejaría que este amor la volviese a dominar. Le prometió a Mario que sería fuerte y que Pablo Balaguer nunca más volvería a tener cabida en su vida, y lo pensaba cumplir.

—Espero que seas muy feliz —susurró Pablo antes de cerrar la puerta del dormitorio.

Al escuchar el sonido del picaporte Marta se dejó caer en la cama como si hubiese sido derrotada en una batalla. Sintió que un nuevo capítulo con Pablo había pasado, estaba segura que tardaría en olvidar ese encuentro, pero a la misma vez estaba segura que tardaría en volverlo a ver.

Después de la separación de Marta y Pablo en el pasado, fue Lorena quien obligó a su hija a reincorporarse a la vida universitaria. Marta debía distraerse y volver a ser una joven de su edad. En la facultad de Derecho se reencontró con Amaia, amiga desde la infancia, esta nunca perdió la amistad con María, amigas desde el colegio, y ahora las tres mujeres se convirtieron en inseparables. Sin embargo, Marta nunca les confió a sus amigas el pasado vivido con Pablo en Madrid. En esos momentos, mientras subía en el ascensor a la casa que compartían María y Amaia, se decía que había llegado la hora de hacerlas partícipes de su pasado y contarles todo con lujo de detalles. Necesitaba que estas comprendiesen su actitud el día de la comunión de Alberto y lo que fue su vida tras el divorcio.

—Después de esta noche, me tenéis que jurar que nunca más hablaremos del tema. Me duele demasiado y deseo olvidar esa parte de mi vida.

María y Amaia percibieron el dolor en las palabras de su amiga y entendieron que se avecinaba algo importante. La tomaron de la mano para infundirles ánimos y transmitirles su apoyo.

—No es necesario que nos lo cuentes si no quieres o no estás preparada. Somos tus amigas y siempre estaremos ahí —le dijo María al verla tan rota.

En ese momento, ambas comprendieron que en los últimos días la habían presionado demasiado para que les contase qué sucedió con Pablo en el pasado. Ahora que por fin Marta accedía a ello, se sintieron mal.

—No. De verdad, quiero hacerlo. Necesito contaros esa parte de mi vida. Ha llegado la hora. Me siento preparada.

Las chicas esperaron pacientes a que comenzase el relato. Algo les decía que era una larga y complicada historia.

—Pablo Balaguer es el hermano menor de mi hermano Fernando, como ya sabéis —les volvió a recordar para que todo les quedase bien claro—. Ya sé que os debe resultar un lío familiar tremendo. Pero es sencillo, no compartimos consanguineidad alguna.

Pablo y Marta se conocieron cuando apenas contaban con nueve años

de edad. A raíz de ahí, y debido a la relación sentimental de sus hermanos mayores, cada vez pasaron más tiempo juntos.

—Ha sido una completa bomba el hecho de que compartas hermano con tu ex. Te juro que aún lo estoy asimilando —dijo María e hizo con un gesto con la mano—. Mira que escucho historias en mi peluquería, pero esta lo supera todo.

Amaia la reprendió con la mirada para que se callase y dejase a Marta continuar con la historia.

—Cuando nos convertimos en unos adolescentes con las hormonas revolucionadas, nos hicimos novios. A los dieciocho nos casamos sin decirle nada a nadie. Fue una sorpresa hasta para mí. Habíamos hablado de vivir juntos, pero nunca de matrimonio. Pablo organizó una boda íntima en el atardecer de la playa. Solos él y yo, el juez y los testigos. Yo llegué pensando que iba a una fiesta donde todos debíamos vestir de blanco, y lo encontré ahí esperándome en un altar improvisado en medio de la arena con el mar de fondo, su sonrisa espectacular pintada en la cara y las manos en los bolsillos del pantalón, estaba nervioso. Fue algo mágico. —Marta vivió el momento como años atrás y recordó a la perfección lo feliz que fue ese día. La sonrisa que se le escapaba sin ser consciente de ello y el brillo reflejado en sus ojos hicieron presagiar a las amigas que aquello se trataba de un amor verdadero del que aún quedaban unas marcadas huellas en el corazón.

—Y vuestra familia, ¿cómo se lo tomó? —se interesó María. Ella conocía bien a Lorena y a Miranda, eran clientas fijas de su peluquería desde hacía algún tiempo.

—Al principio, mal. Se lo contamos primero a Miranda y a Fernando y no les sentó nada bien. Y a mi madre por poco le da un chungo. Todos nos dijeron que éramos muy jóvenes y nos habíamos precipitado. Pero Pablo defendió nuestro amor delante de ellos con valentía. A él nunca le importó la opinión de los demás.

—¡Qué romántico, es como en las películas! ¿Y qué hizo luego para que no lo quieras ni ver ahora? —preguntó Amaia, impaciente por saber de una vez qué ocurrió entre ellos.

De repente, Marta perdió la sonrisa, también el brillo en los ojos, y una gran tristeza se apoderó de ella. Por unos minutos se había refugiado en el pasado feliz junto a Pablo, pero se dio cuenta que aquella felicidad fue muy breve entre ambos. Si lo analizaba bien, a su lado vivió más momentos de discusiones y enfados que de dicha.

—Nos fuimos a vivir a Madrid. —Marta continuó con la historia para que no perdiesen el hilo—. Mi madre se empeñó en regalarnos un piso que nos gustó y yo pensaba comprar con mi dinero, con la herencia que me dejó mi padre. Nunca íbamos a tener problemas económicos, teníamos por delante un gran futuro, pero Pablo se lo cargó todo —se lamentó sin poder evitar que por el rostro le rodase una lágrima debido a los malos recuerdos que atesoraba.

Se había jurado que nunca más lloraría por lo destrozada que la dejó, pero recordar toda la historia casi al detalle, como estaba haciendo en esos momentos delante de ellas, dolía más de lo que hubiese imaginado. Apartó con rabia la lágrima que aún rodaba por su mejilla y continuó con la historia.

—Los tres primeros meses de nuestro matrimonio fuimos inmensamente felices. A pesar de vernos poco, Pablo tenía el turno de tarde en la universidad de Biología y yo el de mañana en Derecho, las noches y fines de semanas eran nuestros. Luego, él empezó a cambiar. Llegaba a altas horas de la madrugada con excusas. Decía que se quedaba estudiando con los compañeros de clase. Sin embargo, pronto me di cuenta de que era mentira. Llegaba borracho a casa y un día descubrí en su chaqueta ciertas sustancias. Las juergas cada vez fueron más continuadas hasta que me cansé. Al principio, comencé a salir yo también y a llegar tarde a casa para ver si le molestaba. Pero resultó que le daba igual, estaba tan a gusto con sus amigos que prácticamente se olvidó de mí. El mundo de la noche de Madrid lo absorbió por completo y se rodeó de muy malas compañías.

Marta recordó las noches que pasó en vela mirando el reloj y poniéndole miles de mensajes a los que no se molestaba en contestar. Cuando llegaba a casa, lo hacía en pésimas condiciones. En varias ocasiones lo tuvo que ayudar para llegar a la cama, en otras soportar sus vómitos, pero, la peor de todas, fue cuando una mañana salía para la universidad y lo encontró durmiendo en el portal. Esa vez no pudo llegar ni a su casa. Tras aquello, Marta habló con él seriamente y le dejó claro que si seguía así la iba a perder. Sin embargo, a él pareció darle igual. No la escuchó demasiado y continuó con su ritmo de fiestas, alcohol y drogas.

—Sí que cambió, sí. De jurarte amor eterno a pasar de ti como de la mierda —dijo María sin poderse contener las duras palabras.

A veces, era demasiado directa. Amaia la reprendió con una mirada por el comentario y esta se encogió de hombros. Lo dicho, dicho estaba.

—También me puso los cuernos —les reveló con un hilo de voz. De

todo lo que les había contado hasta ahora, esto fue lo que más le dolió decir en voz alta.

—¿También?! ¡No lo puedo creer! —Amaia miró a Marta con los ojos desencajados.

—Y con más de una. —No pudo evitar desmoronarse por completo tras revelar aquello.

Las chicas la abrazaron y la consolaron en esos duros momentos. Se hacían una idea de lo que pasó tiempo atrás y aún guardaba muy dentro de sí.

—¿Qué cabrón! —María no pudo callarse el insulto.

—No teníamos ni idea de que lo hubieras pasado tan mal, Marta —le dijo Amaia recomponiéndole el pelo tras la oreja y tomándole una mano entre las suyas.

—No os lo podéis ni imaginar. Cuando le vi los mensajes del móvil y lo seguí... Verlo en una discoteca bailando de forma provocativa y besándose con aquella tía me partió el corazón en dos. Tuve hasta el valor de grabarlo. Y él tuvo la poca vergüenza de negármelo todo. Ese fue el punto y final de lo nuestro. Lo eché de mi casa después enseñarle la grabación y me volví con mi madre. Le conté lo sucedido y arregló un divorcio rápido y discreto con un abogado de confianza. En pocos meses estuvimos divorciados. Nunca trascendió nuestro matrimonio más allá de la familia, por eso nuestra separación tampoco lo hizo.

—¿No supiste más de él en todos estos años? —preguntó intrigada Amaia.

—Cuando fue consciente de que lo nuestro había terminado para siempre trató de buscarme. Me llamó millones de veces hasta que cambié de número de teléfono y le prohibí a mi familia facilitarle el nuevo.

—Y tu hermano, ¿cómo se lo tomó? La posición de Fernando debió ser complicada, los dos sois sus hermanos —quiso saber María.

Marta suspiró sintiéndose aún culpable por las peleas y distanciamientos entre los hermanos. Cuando Fernando se enteró de lo que le hizo pasar, la relación entre ellos se convirtió en algo insoportable, y eso afectó al matrimonio entre Miranda y Fernando. Ella defendía a capa y espada a Marta y condenaba con dureza a Pablo. Pero Fernando no podía dejar a un hermano menor a la deriva, era muy joven e iba por mal camino, se veía en la responsabilidad de apartarlo de ahí y tratar de que volviese a ser el buen muchacho que siempre fue.

—Fernando casi llegó a las manos con Pablo, según me contó Miranda

una vez pasado todo. Cuando lo dejé, se refugió en la bebida y las drogas. Un día Fernando tuvo hasta que sacarlo del calabozo y pagar una fianza.

—Joder —musitó Amaia—. Sí que fue intensa la vida de tu ex desde que llegasteis a Madrid. No paró.

—¿Y continúa metido en esa mierda? No daba esa sensación —dijo María.

Marta negó con un gesto de la cabeza.

—Por lo que sé, dejó todo eso después de un grave accidente de moto que estuvo a punto de costarle la vida. El amigo que iba con él murió en el acto. Esto ocurrió meses después de estar legalmente divorciados.

María y Amaia cada vez se asombraban más. Al parecer ese hombre era una autentica caja de sorpresas.

—¿Y después de eso, te buscó? —preguntó Amaia deseando saber más.

—Me mandó llamar a través de Fernando repetidas veces. Deseaba verme antes de morir. Los médicos no le daban muchas esperanzas de vida en los primeros días, tras el accidente. Pero no fui. —Ante una revelación tan rotunda, las chicas la miraron asombradas—. No me miréis así, como si hubiese sido la más cruel del mundo por no ir a verlo mientras estaba moribundo. Yo estaba pasando mi propio duelo. Él era el único culpable de todo mi dolor en esos momentos, me había destrozado la vida para siempre. ¿Cómo iba a ir a darle paz y consuelo si no podía consolarme a mí misma? —se justificó. Si llevaba mal que le tuvieran compasión, peor era que la miraran como si hubiera cometido un crimen—. Después de meses llorando me sobrepuse y me juré recomponer mi corazón y volver a ser feliz, algo que aún no he conseguido por completo.

Rompió a llorar liberándose de la tensión acumulada. Ya lo había sacado todo y por fin sus amigas conocían su truncado matrimonio. Después de tantos años había pasado página y acababa de volver a ellas, pero se prometió que no lo haría nunca más. Era la última vez que lloraba por el daño que le causó Pablo Balaguer.

María y Amaia escucharon todo lo que les relató Marta con sumo asombro. Su amiga, a los veintidós años, había pasado por demasiados sufrimientos. Ahora ellas estaban ahí para mostrarles un gran apoyo, de forma incondicional.

—Sin duda alguna, tu ex marido, por muy bueno que esté, es un auténtico cabrón, nena —le manifestó María, cabreada.

—¿No hablaste ni te cruzaste con él? —preguntó Amaia. Se moría de

curiosidad por saber si cuando ellas se fueron de la celebración, Marta y Pablo se encontraron.

Marta asintió un poco avergonzada.

—Cuando ya pensé que no quedaban invitados, me sorprendió en la cocina. Una cosa llevó a la otra y terminamos en la cama —se lamentó.

—¿Qué?! —dijeron las dos chicas a la vez, completamente asombradas.

—Lo sé. Me arrepiento de ello, pero pasó. Y aún no sé ni cómo, os lo juro —les confesó, arrepentida.

—Pero... ¿Lo sigues queriendo? —se atrevió a preguntar María.

—Sufrí mucho en el pasado por su culpa —suspiró agobiada—. Lo odié muchísimo y pensé que todo lo que una vez sentí por él estaba muerto y enterrado, pero ayer comprobé que no es así. Siempre será alguien muy importante en mi vida. Fue mi primer amor. Teníamos tantas ilusiones y planes de futuro juntos... Nos quisimos demasiado, por ello me dolió tanto nuestra separación. ¿Me veis ahora? —les indicó que mirasen su cuerpo—. Cuando todo terminó entre él y yo me costó muchísimo superarlo. Caí en una depresión de la que me fue difícil salir, casi no pude, pero lo logré. Perdí diez kilos que aún no he recuperado. Mi metabolismo cambió y no consigo engordar por mucho que coma. A veces me miro en el espejo y no me reconozco —les reveló con añoranza y tristeza.

—¿Y sabes con qué intenciones ha regresado? —se interesó María.

—Anoche me dijo que había cambiado y que me amaba.

—¿Joder! ¿Qué directo! ¿Y lo creíste? —Amaia no salía de su asombro. La miraba con los ojos desenchajados.

Marta negó con un gesto de la cabeza. No le salían las palabras.

—La verdad es que tu ex marido está como quiere. Entiendo que te lo tirases. Debe ser difícil resistirse a un tío como él. Y si encima te dice que te ama... —le dijo María—. No te sientas culpable por lo sucedido. —Trataba de infundirle ánimos. Saltaba a la vista que se arrepentía de su noche de amor—. Creo que nosotras hubiésemos caído en la tentación al igual que tú.

—Pablo sabe muy bien cómo llevarse a una mujer a la cama —comentó con tristeza por haber sido víctima de ello—. Pero no voy a volver a caer en sus redes. Entre él y yo nunca más volverá a haber nada.

—¿Y si él tiene intenciones de volver contigo e insiste? —se interesó María.

—No lo hará. Lo conozco y te aseguro que anoche terminó todo entre

nosotros.

Marta se estremeció al recordar que Pablo se fue de la habitación herido por completo y odiando al hombre que suponía ahora ocupaba el corazón que un día le perteneció. Lo conocía, y sabía lo dañado en su orgullo que se marchó, no volvería.

—Entonces, ¿ahora qué? —preguntó Amaia intrigada por el curso que tomaría todo de ahora en adelante.

—Ahora vamos a convertirnos en unas grandes abogadas. —Les mostró una sonrisa tímida para convencerse a sí misma de lo que decía—. Voy a demostrarle al mundo entero que puedo ser muy feliz después de todo por lo que he pasado en estos años. Necesito cambiar mi vida, llenarla con algo que realmente me guste y por lo que me levante ilusionada cada mañana. Deseo ser muy dichosa y olvidar mi pasado. Sé que con Pablo nunca lo conseguiría. Solo quiero ser otra, pensar que no pasó por mi vida, que no fue mi marido y que no lo amé. Y voy a conseguirlo.

Marta estaba decidida a ello, era eso o hundirse como años atrás.

—Nosotras te ayudaremos en todo. Ese cabronazo no te hará sufrir más —le dijo María dándole un gran abrazo, al que se unió Amaia instantes después.

—Eres una valiente y te admiro. Vamos a comernos el mundo, Marta Miller. Hagamos realidad nuestros sueños y no dejemos que nadie nos impida luchar por lo que deseamos.

Las tres se fundieron en un gran abrazo entre risas. Estaban decididas a conseguir muchas cosas en la vida, y lo único que tenían claro era que estando unidas, como hasta ahora, lo obtendrían.

3

Cinco años después.

Marta llegó al despacho triunfante y fue directa a ver a la socia con quién lo compartía desde hacía años, Amaia Sardá.

—¡Hemos ganado, amiga! —le hizo saber eufórica de alegría.

Amaia se levantó de la silla giratoria de detrás del escritorio y se abrazó a Marta. Era un complicado caso de amenazas, maltratos y estafa en el que no había estado muy segura de poder probarlo todo para que enviasen al tío a prisión y por fin dejase vivir en paz a su mujer y su hija. Ese hombre no tenía escrúpulos y no dudó en meter a su inocente esposa en la gran estafa que realizó a una empresa. Pero Marta consiguió que lo condenasen a varios años de prisión pese a no tener antecedentes penales.

—¡Oh, eres la mejor! ¡No hay caso que se te resista, Marta Miller!

—Estuvo complicado, pero finalmente ganamos.

—Y ahora, cómo me prometiste hace unos meses, tómate esas merecidas vacaciones que llevan tiempo esperando por ti. Trabajas demasiado, Marta —le reprendió Amaia, que la quería como si fuese una hermana.

—Me gusta mi trabajo. Me gusta hacer justicia. Y por supuesto, me gusta ganar. He trabajado muchas horas en este caso.

—Llevo dándole vueltas a un asunto cierto tiempo —le comentó Amaia.

Las dos eran las dueñas de un prestigioso bufete en Oviedo, Asturias. Amaia llevaba un año más de adelanto en la universidad que Marta y cuando terminó la carrera se marchó al bufete de su tío a hacer unas prácticas. Este murió repentinamente al poco de ella estar en la ciudad y Amaia se hizo cargo del despacho por completo.

Cuando Marta terminó la carrera, le ofreció que fuese a ayudarla. Tiempo después ampliaron el despacho, contrataron a un par de ayudantes y hoy eran un bufete con cierto prestigio en la ciudad.

Ambas se sentaron y Marta la escuchó.

—Creo que debemos contratar a un par de abogados más para que nos ayuden con todo el volumen de trabajo que tenemos. El bufete está creciendo cada vez más, y las dos no podemos con todo. Echamos demasiadas horas aquí y tarde o temprano nos terminará pasando factura. Esteban quiere que este año busquemos un bebé y con el ritmo de vida que llevo no creo que podamos —le sonrió a su amiga.

Amaia llevaba dos años felizmente casada, su marido era veterinario y le encantaban los niños. Habían decidido que era el momento para buscar el primer hijo.

—Me alegro mucho por vosotros, amiga. Me encantará ser tía.

—Estoy aterrada —le confesó Amaia—. Nunca me gustaron demasiado los bebés, pero Esteban los adora. No sé cómo irá todo, pero por mi parte no puedo retrasarlo más. Me pide que tengamos un hijo desde que nos casamos.

Marta fue hasta su amiga y le dio un abrazo.

—Todo va a ir muy bien. Serás una gran madre. No me cabe la menor duda.

—Gracias. Pero a lo que íbamos —la interrumpió volviendo a sentarse—. Tenemos que contratar a otros abogados.

—Yo puedo hacerme cargo.

—No, Marta. Llevamos unos meses horrorosos de trabajo, y tú más que yo. Con eso que tengo un marido esperando en casa, siempre eres la que se queda hasta las tantas en el bufete. En cuanto me quede embarazada me cogeré la media jornada. Esteban me insiste en ello, y necesitas a alguien más por aquí.

Marta suspiró, su amiga tenía razón.

—Está bien, haremos unas cuantas entrevistas y escogeremos a un par de abogados que nos ayuden por un tiempo. ¿Contenta?

Amaia le mostró una sonrisa, feliz. Había resultado más fácil de lo que imaginó.

Marta quería que su amiga tuviese un embarazo tranquilo. Aceptó contratar a otras personas no por ella, sino por Amaia. Porque sabía que su amiga ni embarazada iba a dejar que ella cargase con todo el peso del bufete. Seguro que se llevaba trabajo a casa y trabajaba por las noches o a escondidas de su marido, y Marta no permitiría eso.

—La próxima semana contratamos a alguien y tú te marchas a tus merecidas vacaciones —casi le ordenó Amaia.

—Me iré por unos días a casa de mi madre. Hace más de tres meses que

no voy a Barcelona y me amenazó con que vendría ella, y no quiero.

—¿Aún no le has contado que has roto definitivamente con Darío, verdad?

—No.

Marta llevaba dos años de relación con Darío, un juez de la Audiencia Provincial. Era siete años mayor que ella y un encanto de persona. Vivieron juntos unos meses pero la relación no funcionó. Ambos decidieron dejarlo de mutuo acuerdo al finalizar el verano. Ahora seguían como amigos y compañeros.

—Marta, hace unos meses que lo dejasteis. Es más, se rumorea por los juzgados que Darío está con la nueva secretaria judicial que llegó de Canarias.

—Me alegro por él, es un buen hombre. Los dos nos queremos mucho, pero no nos amamos. Fue mejor dejarlo como pareja.

—¿Y no se lo has contado a tu madre porque...? —le preguntó con media sonrisa burlona.

—Porque si piensa que aún vivo con Darío me creará cuidada y no me llamará mil veces al día. Según ella, se reprime más por eso, evita hacerme visitas para no molestar. Cree que no voy a verla los fines de semana porque los paso en pareja —le confesó con picardía.

Amaia soltó una gran carcajada.

—¡Qué buen argumento! Pero qué lista eres, joder. —Luego se puso seria, y le dijo—: En serio, ya es hora que se lo cuentes. Dile que no estás sola, Esteban y yo te cuidamos.

—Se lo haré saber cuando vaya a verla en vacaciones. ¿Sabes? Por primera vez en mi vida, me apetece estar sin hacer nada. Solo charlar, pasear y salir con mi madre. Estar con mis hermanos y mi sobrino, disfrutar de la compañía de todos. Lo echo muchísimo de menos. Aunque sin duda le voy a dar un disgusto a mi madre cuando le dé la noticia que estoy soltera de nuevo. Creo que con Darío ya me veía casada.

—Ha sido con el primer hombre que te has ido a vivir, normal.

Amaia no se dio cuenta de que con el comentario metió la pata. El semblante de Marta cambió al instante.

Tras el silencio e incomodidad de Marta, Amaia se disculpó cómo pudo.

—Lo siento, lo olvidé. No fue mi intención, perdón. Es obvio por tu cara que aún te duele.

A Marta le dolía seguir recordando a Pablo, aunque nunca hablaba de su ex con nadie.

—Me costó mucho superarlo. Durante mi relación con Darío fui incapaz de contarle que estuve casada antes.

Amaia la miró con preocupación, desconocía esa información.

—¿Estás bien?

—Creo que ha llegado la hora de manifestar abiertamente mi pasado con Pablo. Durante años me negué a hablar del daño que mi divorcio me causó porque pensé que así lo olvidaría todo, pero no ha sido así. No voy a volver a cometer los mismos errores, he aprendido.

Amaia no salía de su asombro.

—¿Y esa repentina maduración a que se debe?

Marta suspiró y se sinceró con su amiga.

—Hace unos meses que estoy acudiendo de nuevo a un psicólogo, desde que lo dejé con Darío. —La miró para tranquilizarla. Sabía cuánto le preocupaba este tema y no quería que se pusiera nerviosa imaginando cosas que no eran—. No porque nuestra ruptura me haya dejado tocada. Sé que no lo amaba. Lo quiero como a ti o a Esteban. No estaba enamorada de él, y francamente, creo que el problema continuaba siendo mío y mis inseguridades por lo que me pasó con Pablo. —Amaia asintió, ella también lo creía—. El psicólogo me aconsejó hablar de forma abierta de mi ex marido. Me dijo que si lo pongo a parir más a menudo, igual libero antes todo el resentimiento que llevo contra él. Tengo que aceptar que formó parte de mi vida aunque me la destrozase en su momento. Empeñarme en olvidar por completo que Pablo pasó por ella ha sido un completo error.

Amaia le sonrió. Estaba de acuerdo.

—Pues déjame decirte que aquí me tienes para que despotriques de tu ex marido todo lo que quieras. Hasta el cansancio.

—Gracias, serás la primera a la que acuda. Me ha hecho bien ir al psicólogo estos meses. Me hizo recapacitar y ver algunas cosas. Ayer fue la última sesión y... Al fin he superado el duelo que me impuse a mí misma para abrirme a los hombres. He aprendido que no todas las relaciones van a terminar como lo hice con Pablo, y que con Darío no funcionó porque era una unión cogida con hilos que yo misma esperaba se rompiesen de un momento a otro debido a mi falta de confianza. Ahora estoy preparada para emprender un camino diferente.

—Me alegro que por fin los fantasmas que te dejó tu ex hayan

desaparecido y veas lo que pasó con vosotros como algo normal. A veces las relaciones no funcionan, así de simple.

—Sí.

—Yo añadiría algo más a esa terapia del psicólogo —le propuso Amaia.

—¿Qué? —Estaba intrigada.

—Vuelve a ver a tu ex marido y trátalo con naturalidad. Al fin y al cabo pertenecéis a la misma familia.

Marta suspiró.

—Supongo que sí, que es la tarea que me queda pendiente. Mi psicólogo también me lo recomendó. Algún día lo haré.

* * *

Una vez que tenía las maletas hechas y casi todo listo para marcharse, Marta se entretuvo poniendo en orden los papeles de la mesa de trabajo cuando reparó en la cita semestral con el cardiólogo. Recordó que se la entregaron semanas atrás, cuando acudió a las pruebas rutinarias de corazón que llevaba haciéndose toda la vida. Padecía una Miocardiopatía Hipertrófica, donde el engrosamiento muscular aparece como ausencia de una causa determinada. Acudir a esas citas con regularidad era algo de lo que una no se olvidaba con facilidad, pero había tenido tanto trabajo que borró de la mente los resultados de esas pruebas, la enfermedad que la acompañaba desde que nació y de cuidarse. Si Miranda hubiese continuado siendo su cardióloga, no se le habría pasado ir a recoger los resultados. Pero desde hacía tres años dejó de llevarla como médica. Desde hacía tiempo, en Oviedo, la llevaba la doctora Tabares.

Llamó a la consulta de la doctora antes de marcharse de la ciudad para que le renovasen la cita a la vuelta de las vacaciones. Al dar el nombre a la secretaria, esta le pasó de inmediato con la doctora, algo que le extrañó muchísimo. La doctora Tabares, recomendada por su hermana Miranda, era muy buena en su campo y no solía andarse por las ramas.

—Llevo una semana tratando de localizarte —la reprendió la doctora en cuanto la tuvo en línea—. Pensaba llamar a tu hermana para preguntarle por ti. Me tenías preocupada. Nunca faltas a nuestras citas.

—¿Ocurre algo, doctora? —se alarmó. El tono de voz de la mujer era muy serio.

—Mejor lo hablamos en persona. ¿Puedes pásate en una hora por aquí?

—le dijo mientras consultaba su agenda del día.

—Eh... Sí, sí. Me arreglo y voy para allá —le contestó algo confusa por el tono tan seco que le notó a la doctora.

Tenía previsto salir para Barcelona al mediodía y aún quedaban unas horas. El lugar no se encontraba muy lejos de su casa, iría andando.

Con una sensación extraña instalada en el pecho, llegó a la consulta de la doctora Tabares en menos de una hora. Cuando entró en el despacho, ella la esperaba. Se levantó, la saludó con dos besos y le indicó amablemente que tomase asiento. Luego, la doctora abrió el expediente que ya estaba sobre la mesa, y la miró seria.

—Cuando viniste hace un mes a hacerte estas pruebas, olvidaste decirme que habías estado en urgencias en dos ocasiones anteriores por causas relacionadas con alteraciones del corazón —le reprochó.

—He tenido mucho trabajo últimamente —se excusó—. Fueron dos crisis de ansiedad por el estrés, pero ya estoy bien —le comentó, tratando de justificarse y restándole importancia.

—No. No lo estás, Marta. Esto es serio. He querido hablar contigo en persona, y seriamente, desde que me llegaron los resultados. Cuando no acudiste a la cita que teníamos la pasada semana me puse en lo peor, que te hubiese pasado algo. Llamé a tu móvil y al no atenderme, me atreví a llamar a tu bufete. Allí me dijeron que estabas reunida y que luego te pasaban mi recado, pero no me llamaste ni viniste. Te juro que estaba por ponerme en contacto con tu hermana hoy mismo sin más dilación.

Esto último despertó todas las alertas en Marta.

—¿Qué ocurre?

—Marta, antes que nada, cuéntame bien cómo es tu vida diaria. Tu rutina —le exigió saber. Ella la miró en silencio sin saber muy bien a qué venía esa pregunta exactamente—. ¿Cuántas horas trabajas? ¿Comes bien? ¿Cuántas horas duermes? —preguntó con insistencia la doctora.

Marta se removió en la silla, incómoda.

—Últimamente he tenido mucho trabajo. Pero hoy mismo me marchaba de vacaciones. Estaré un mes completo de relax, que seguro es lo que necesito.

—¿Puedes responder mi pregunta con más precisión, por favor? —le ordenó la doctora, seria.

—Me levanto a las siete de la mañana y suelo acostarme pasada la una de la madrugada. Desayuno y como en el bufete, luego ceno algo ligero en

casa por la noche, si no llego muy cansada.

La doctora asintió e hizo cálculos con rapidez.

—Duermes seis horas diarias, no comes bien, lo haces a deshoras, eso seguro, y... ¿Cuántas horas trabajas? —Se lo recitó todo a modo de reprimenda mientras hacía un breve balance de su vida día a día.

Marta chasqueó la lengua y terminó por decirle la verdad entre dientes.

—Más de doce horas al día últimamente.

—¿Descansas los fines de semana?

—Lo que puedo.

Se sentía como una niña ante la regañina de la directora del colegio.

—Marta, todo eso debe cambiar de inmediato. Es tu vida la que pones en riesgo. Sé que amas tu trabajo y me consta que eres muy buena en él. Pero no puedes continuar con este ritmo de estrés porque lo terminarás pagando caro y pronto.

—Me voy un mes entero de vacaciones, a descansar con mi familia, volveré como nueva, doctora —le reiteró a modo de excusa y esperanzada en convencerla.

—No, Marta, creo que no me estás entendiendo bien. — Abrió los ojos, un tanto asustada y esperó a que la cardióloga se explicara de una vez. Si continuaba haciendo pausas dramáticas, sí tendría un problema de corazón grave—. Cualquiera persona normal, con un mes de vacaciones, se quedaría como nueva ante el estrés y tu ritmo diario de trabajo, pero no es el caso. Es cierto que, desde que Miranda te operó a los nueve años, casi has hecho una vida normal y todo ha ido muy bien. Pero debo decirte que tus últimos exámenes médicos revelan que algo va mal. ¿Te cansas con frecuencia? ¿Tu respiración se altera y sientes sensación de ahogo? —Marta asintió con un leve movimiento de cabeza y la doctora la repasó con una mirada cargada de razón.

—Pensé que era producto del exceso de trabajo que he tenido.

—Voy a mandarte otras pruebas. Algunas más específicas que las rutinarias semestrales.

—Me marcho hoy mismo a Barcelona.

—Bien, mejor aún, estoy segura de que tu hermana te las hará con mayor rapidez. Puedo pasarle el expediente.

—Yo se lo llevaré todo personalmente —le dejó claro tras unos instantes de silencio—. ¿Puedes preparármelo?

La doctora asintió de inmediato. Comenzó a escribir en el ordenador

con rapidez, imprimió varios folios y los metió en un sobre grande, con las últimas analíticas y electrocardiogramas realizados. Luego, firmó algunos documentos, selló el sobre y se lo entregó.

—Me hubiese gustado pasárselo yo misma a tu hermana y hablar con ella. —Inés dudaba que se pusiese en manos de Miranda, pero ella era libre de escoger el cardiólogo que quisiese—. Marta, lo que te ocurre no es pasajero ni ninguna tontería. No retrases esto, por favor. Tu hermana es una de las mejores cardiólogas que conozco, justo lo que necesitas en estos momentos.

—Lo haré cuando llegue —afirmó, algo preocupada.

—Eso espero. Cuídate, Marta. Solo tienes veintisiete años, eres muy joven, hazme caso. Tómate esas merecidas vacaciones y en ellas piensa qué hacer con tu vida cuando regreses porque no puedes seguir como hasta ahora. Tienes que plantearte una vida más relajada.

Marta se levantó con el sobre en las manos, se despidió de ella y se marchó con la cabeza baja y el ceño fruncido.

Llegó a su casa y no llamó a Miranda para decirle lo que había sucedido. Cuando llegase a Barcelona iría a visitarla a la clínica y le comentaría el tema. No le iba a decir nada a su madre, deseaba que ese mes fuese de tranquilidad y felicidad, no quería a una Lorena inquieta por ella a cada minuto. Tendría que darle la noticia de la ruptura con Darío, eso ya iba a ser suficiente por un tiempo.

Amaia la dejó en la estación una hora después, le dio besos y abrazos y le prometió que iría un fin de semana a Barcelona con su marido para verla.

Lorena estaba como loca de alegría, su adorada hija pequeña pasaría unas semanas con ella en casa. Tendría mucho tiempo para estar a su lado y disfrutar ambas juntas. Siempre sintió que Marta se le fue muy pronto de casa. En esos momentos de la vida, tenía el corazón dividido. Miranda y su nieto vivían en Barcelona, y Marta en Oviedo. En más de una ocasión pensó en comprar un piso cerca de su hija pequeña. Alberto ya tenía quince años, y Miranda no la necesitaba tanto, pero a Alberto le encantaba la gran mansión de la abuela. Muchos fines de semana, se quedaba con ella para que no estuviese sola, la adoraba. A Lorena le recordaba tanto a su abuelo que por eso no vendió la gran casa en la que vivía y cada vez se le hacía más solitaria.

* * *

Fernando entró en el despacho de dirección de la clínica Miller, sin llamar, como siempre. Era una costumbre muy fea que su mujer siempre le reprochaba, pero no podía evitar hacerlo, y más cuando sabía que ella estaba allí, siempre al teléfono, siempre tan sexy como el primer día. Avanzó hacia Miranda con una mirada felina que ella ignoró y le regaló decenas de besos en el cuello mientras ponía fin a la llamada. No la había visto en toda la mañana, pero habían quedado para comer y para ir a recoger a Marta, que llegaba esa misma tarde.

—Estás muy guapa hoy, señora directora —le susurró cuando Miranda colgó.

Desde hacía varios años, Miranda era la directora en exclusiva de la clínica Miller. Y lo hacía a las mil maravillas. Su marido la admiraba cada día más y aprendía de ella.

—Y usted, doctor Miller, sigue siendo un hombre muy atractivo, pero un descarado de cuidado, y maleducado. ¿Cuántas veces te he dicho que debes llamar antes de...? —La giró con rapidez en el sillón y no la dejó acabar. Miranda era irresistible cuando se metía de lleno en su papel de mujer responsable, pero a él no lo podía engañar, se moría de excitación, y no le vendría mal un poco de distracción. Ese despacho había visto más de lo que debería.

No obstante, el beso que iniciaron con pasión se vio truncado por una nueva interrupción. La puerta se abrió de golpe y ambos se alejaron, un tanto abochornados.

—¡Joder, papá! ¿Quieres dejar de meter mano a mamá? Estáis en el trabajo.

Alberto apareció por la puerta con la mochila cargada al hombro, venía del instituto. Había quedado allí con sus padres para comer juntos.

—Alberto, esa boca —le reprendió el padre con una mirada de advertencia.

Cada día estaba más guapo. Llevaba los genes de dos grandes hombres: su padre y su abuelo. A los quince años levantaba pasiones en el instituto, era un verdadero Don Juan.

—Papá, siempre estáis igual —los reprendió sintiéndose avergonzado.

A su edad, le resultaba incómodo encontrarse a menudo con sus padres besándose y haciéndose continuas muestras de cariño como si fuesen novios.

—¿No comprendes que una mujer como tu madre me resulte irresistible?

Alberto puso los ojos en blanco mientras sus padres se abrazaban.

—Cariño —Miranda fue hasta él y le dio un beso—, el día que te enamores de verdad, comprenderás a tu padre. ¿Nos vamos a comer?

—Mamá, papá, no podré ir con ustedes a recoger a la tía Marta. Me han puesto partido esta tarde y no los puedo dejar sin uno menos en el equipo.

—¡Vaya!

—Mañana cuando termine el instituto voy a casa de la abuela y le doy una sorpresa a la tía.

—Está bien. Estoy segura que ella lo comprenderá, mi amor.

—Vamos, campeón, gana ese partido para que esté bien justificado que no vayas a recibir a tu tía —le dijo Fernando pasándole la mano por los hombros para salir juntos del despacho.

Estaba muy orgulloso de su hijo. Alberto era un chico responsable y estudioso.

Miranda salió tras ellos con una sonrisa triunfante. Admiraba a los dos hombres que le llenaban la vida. Los amaba con autentica locura. Padre e hijo se llevaban a las mil maravillas.

Miranda y Fernando, sentados en una cafetería cercana a la estación, hacían tiempo hasta que llegara el tren de Marta. Ambos estaban deseosos de tenerla cerca pues llevaban tres meses sin verla.

—¿Crees que deberíamos poner a Marta al tanto de las nuevas incorporaciones en la clínica Miller? —preguntó Fernando, que llevaba unos minutos pensativo. Le preocupaba el tema y ahora que la llegada de Marta estaba tan próxima no pudo contener la inquietud—. Al fin y al cabo también es dueña, aunque nunca se meta en nada y nos deje manejarla a nuestro antojo.

—Mi amor, Marta viene de vacaciones, unas merecidísimas vacaciones. No la vamos a agobiar con asuntos que no le interesan.

—¿Tú crees realmente que no le interesan? —se extrañó.

Miranda se encogió de hombros.

—Dejémoslos en que no son relevantes en estos momentos.

—No creo que le guste demasiado cuando lo sepa.

—No tiene por qué saberlo. Ella nunca se mete en nada de lo relacionado con Miller, nos deja hacer y deshacer a nuestro antojo. No nos va a reprochar que no le hayamos dicho nada.

—No sé tú, pero yo siempre siento en todo este tema que traiciono a

alguno de los dos —le comentó Fernando, agobiado.

—Han pasado muchos años, creo que los dos lo han superado ya.

—¿Tú crees? —preguntó con sorpresa, con una ceja alzada.

—Pablo ha cambiado mucho —lo defendió Miranda, a sabiendas de las veces que Fernando lo culpó por poner en riesgo, no solo la integridad psíquica de Marta, sino también el matrimonio de sus hermanos.

—Por eso creo que lo he perdonado —asintió convencido—. Estoy orgulloso del hombre en el que se ha convertido ahora.

—Yo también —le confesó Miranda. Tenía que reconocerlo. Era una persona justa y objetiva.

—Dime que pase lo que pase de ahora en adelante, nos mantendremos al margen —le hizo prometer mientras entrelazaba los dedos con los suyos—. Y si no somos capaces, que nuestra relación no se verá afectada, mi vida. No sé porqué, pero no me gusta tener a Pablo y Marta tan cerca.

—Cariño, no se van a ver —lo tranquilizó—. Además, Pablo se ha cogido unos días de vacaciones la próxima semana. No va a estar por aquí. Una preocupación menos.

Fernando suspiró aliviado, ignoraba ese dato.

A pesar de eso, algo le decía que entre los dos aún quedaban cosas pendientes, y ese miedo no se lo sacaba nadie del cuerpo. No le dijo nada a Miranda, pero tenía la sensación de que ella pensaba lo mismo y tampoco se atrevía a decirlo en voz alta. Marta y Pablo estarían muy cerca después de muchos años. Y ella ignoraba demasiadas cosas de él que podría terminar reprochándole a Miranda y a Fernando.

Con una alegría inmensa, Lorena disfrutaba de la comida en familia como no hacía desde mucho tiempo. Tener sentadas a la mesa a Miranda y a Marta, junto con Fernando, era un verdadero regalo. Le faltaba Alberto para que la dicha fuese completa pero estaba segura que en los próximos días los tendría a todos reunidos alrededor.

En medio de la cena, Marta se atrevió a confesar porqué había viajado sola y por qué Darío no vendría en todas las vacaciones. A Lorena le disgustó mucho que hubiesen roto la relación, lo consideraba un buen hombre. Pero Marta no dejó que se compadeciese demasiado ni hiciese preguntas incómodas sobre la ruptura. Se centró en Alberto y las ganas que tenía de verlo al día siguiente. Y Lorena, cuando se hablaba de él, perdía el norte, era el niño de sus ojos, el consentido de la familia. Tenerlo era como estar aún presente una parte de su difunto marido. Se parecía demasiado a él, hasta deseaba ser médico de mayor.

Aquella noche, Lorena arropó a Marta como cuando era pequeña. Se sentó a su lado y disfrutó del calor de tenerla cerca, mirarla a los ojos, tomarla de la mano y saber que estaba bien. Se había convertido en una mujer fuerte a pesar de que en un momento crucial fue muy débil y toda su familia temió por ella, desde hacía un buen tiempo su vida estaba asentada, era feliz como abogada.

—¿Qué te apetece hacer mañana, cariño? —le preguntó, acariciándole la mejilla. Hacía demasiado tiempo que no disfrutaba del contacto de la suave piel de Marta.

—Levantarme tarde, desayunar contigo en la cocina, como hacíamos siempre con papá, y luego ya sabes... —Se puso un poco triste al pensar en ello y en sus ojos aparecieron unas lágrimas que no llegaron a derramarse—. Lo que hago siempre nada más llegar aquí.

Lorena asintió en silencio, le tomó la mano y se la llevó a los labios depositando un tierno beso en ellas.

—Te acompañaré.

Marta le dedicó una tímida sonrisa y se hizo un largo silencio en el que

madre e hija se limitaron a mirarse a los ojos recordando el doloroso pasado.

—No quiero que te pongas triste, mi niña —le pidió Lorena preocupada—. Siempre que vamos al cementerio vienes mal y tardas unos días en reponerte.

—Con los años lo he superado mamá, tranquila. Estaré bien, además mañana veré a Alberto y con él no hay tristeza posible. ¿Sabes? Me recuerda tanto a papá, la voz le está cambiando. ¿Te puedes creer que se me parece?

—Sí, cariño. Como bien sabes conocí a tu padre cuando tenía cuarenta años, pero es cierto que abuelo y nieto cada vez se parecen más. Y creo que eso a veces le molesta demasiado a Fernando.

Ambas estallaron en carcajadas.

—Cómo me hubiese gustado tener a papá más años a nuestro lado.

—El destino nos jugó una mala pasada, cariño. No se merecía perderse todo lo que se perdió. Conocer a Alberto y ver a Miranda y a Fernando casados lo hubiese hecho muy feliz.

—¿Y tú, mamá, no te cansas de estar sola? Sé que amabas a papá con locura, pero aún eres joven y puedes encontrar a otro hombre con el que rehacer la vida solitaria que llevas.

—No, cariño. El amor terminó para mí cuando él se marchó. Me considero una persona feliz a día de hoy. La vida me ha dado cosas muy buenas a pesar de quitarme la más importante.

Lorena continuaba al frente del restaurante *Beltrán* del que era dueña. Y tras los años, se animó a abrir otro en Madrid. Era una mujer activa y le gustaba crecer profesionalmente. Marta la admiraba sobre todas las cosas, la fuerza de Lorena era increíble, nada conseguía tumbarla. Ese nuevo proyecto la mantendría ocupada e ilusionada. Cuando le contó todo el nuevo propósito a Marta, se alegró mucho. Consideraba que era una buena empresaria que volvería a triunfar como lo llevaba haciendo años con el restaurante que montó con la ayuda de su difunto esposo.

Marta se quedó dormida enseguida tras Lorena salir de la habitación y apagarle la luz, esa cama era como mágica. Adoraba acurrucarse ahí y sentir la paz y la tranquilidad que le sobrevenían. Era como si estuviese protegida y reconfortada, donde nada le pudiese pasar. Siempre que dormía en su habitación de pequeña soñaba con su padre, y eso le encantaba. Se permitía revivir momentos que la memoria tendía a ir olvidando con el paso de los años.

Al día siguiente, se levantó tarde y como nueva. Bajó a desayunar con

la compañía de Lorena, cogieron flores del precioso jardín de la casa y fueron al cementerio a llevarla a sus seres queridos enterrados ahí. Siempre era un mal trago y les traían muy malos recuerdos acudir a ese lugar, pero Marta no dejó de hacerlo nunca durante todos esos años.

Otra de las principales cosas que siempre hacía Marta cuando pisaba Barcelona era acudir a visitar a María. No le había dicho que vendría de vacaciones, quería que fuese una sorpresa y, como era media tarde, y ella estaría trabajando, decidió ir a su negocio. Entró en el lujoso salón de belleza del que era dueña, admirando los últimos cambios que había realizado, y reparó en la cantidad de gente que trabajaba en el lugar junto con los clientes que eran atendidos y los que esperaban. Se dirigió a la recepcionista y le preguntó por María. Allí le informaron que estaba muy ocupada y que aquella tarde y no atendería al público. Marta decidió decirle su nombre y su apellido y le pidió a la chica joven que avisase a su amiga. Solo quería saludarla un momento, le pareció mal desaparecer sin decirle que estuvo allí.

María salió de inmediato de su despacho para recibirla. Ambas se fundieron en besos, abrazos y grandes achuchones en medio del salón de peluquería, sin importarles todos los pares de ojos que reparaban en ellas. María abrazó nuevamente a Marta y le indicó que pasara, se tenían que poner al día.

—Amiga, ha quedado todo genial. Me encanta. Me contó mi madre que la inauguración de este nuevo local fue todo un éxito. Sabes que me hubiese encantado estar aquí, y a Amaia, pero nos fue imposible.

—No importa, sé que estabais muy ocupadas.

—Estoy muy orgullosa de ti. Has cumplido tu sueño, eres la mejor. He oído que hay que coger cita con un mes de adelanto, eso es simplemente genial.

—Sí, no le puedo pedir más a la vida en el campo laboral. Lástima que en otros aspectos no levanto cabeza.

De inmediato, Marta supo que se refería a los hombres.

—¿No funcionó la última relación con aquel comercial de cosméticos?

—No, y mejor no preguntes.

—¡Lo mejor está por llegarnos!

María se alegró de que su amiga fuese a pasar unas semanas en la ciudad y enseguida se puso a hacer planes para pasar más tiempo juntas.

El teléfono de María sonó y lo atendió, era importante. Esperaba esa llamada. Le indicó a Marta con un gesto que solo sería un segundo.

—Perfecto. A las cinco comenzaremos con el maquillaje y la peluquería. Todos estarán listos para las nueve. Eh... Yo... No sé... Seguro que estaré cansada.

María se quedó unos segundos meditando lo que le decían al otro lado del teléfono y una sonrisa apareció de repente en su rostro.

—Vale, vale, acepto. Pero que sean dos invitaciones. Iré con una amiga.
—Le guiñó un ojo a Marta, mostrándole una sonrisa traviesa.

—¿Tienes algo que hacer ahora? —le preguntó al tiempo que consultaba el reloj.

Ella negó con un gesto.

—Pues nos vamos a comprar un disfraz porque mañana me acompañas a una fiesta de Halloween a la que me acaban de invitar.

Marta la miró sorprendida. Se dijo que hacía mucho que no asistía a una fiesta de disfraces.

—No me mires así —la reprendió con una sonrisa y una leve inclinación de cabeza—. Mi salón de belleza es el encargado de peinar y maquillar a algunos famosos que acuden a esa fiesta. Sabes moverte en esos ambientes y seguro conoces a alguien. Anda, no me dejes solita, por favor —le pidió al tratar de darle pena y poniéndole morritos.

Marta le sonrió a sabiendas de que iría a aquella fiesta. María tenía un gran poder de convicción y sabía que no iba a cesar en su empeño.

—Está bien. Te acompañaré. Vamos disfrazadas, ¿no? Nadie conoce a nadie de esa forma. Puede ser divertido y te aseguro que hace mucho que no me lo paso bien.

—Lo vamos a pasar genial. A ver si conseguimos a dos tíos que terminen con esta soltería que nos persigue porque estoy segura de que el destino guarda dos hombres para nosotras que nos hagan vivir un amor de novela romántica.

Marta pensó inconscientemente que ella ya vivió ese cuento de hadas al que María se refería. Fueron los tres primeros meses de matrimonio con Pablo. Jamás lo olvidaría pues fue la época más feliz de su vida, y dudaba que algún día volviese a sentir esa felicidad con nadie más.

* * *

Al calor de la chimenea del gran salón de Lorena, madre e hija charlaban. Hacía tiempo que no compartían confidencias ni estaban tan tranquilas y

relajadas como en esos instantes, Marta con la cabeza apoyada en las piernas de la madre tan cariñosa que tenía, y esta le acariciaba el pelo mientras hablaban. De repente, escucharon un coche parar en la puerta de la casa, esperaban a Alberto. Fernando les dijo que lo llevaría hasta allí cuando terminase las clases de alemán y, como era viernes, iba a pasar el fin de semana con su abuela, a la que adoraba, y con su tía, a la que hacía demasiado tiempo que no veía.

Marta salió como una bala hacia la puerta, tirando al suelo la manta con la que se tapaba. No esperaban a nadie más. Estaba deseosa de estrechar entre sus brazos al pequeño Alberto. Bajó con prisa los escalones del porche de la entrada y fue hasta el coche negro y grande que estaba parado delante. Alberto se bajaba con su mochila colgada en un hombro y al verla, la abrazó y besó eufórico de alegría. Luego la tomó en brazos y dio vueltas con ella en el aire.

—Ya puedo contigo, tía. Ahora soy yo quién te coge a ti —le decía entre risas y alzando la voz, muy contento—. Luego te enseñaré los músculos que tengo, pronto superaré a papá. —Marta le sonrió feliz y se agarró fuerte a él. Alberto la depositó en el suelo e hizo que le tocase los brazos para que comprobase que estaba fuerte.

—Estás hecho todo un hombretón. —Le pasaba las manos por el pecho y el abdomen. Estaba orgullosa de él y su sonrisa lo decía todo—. Hace tres meses que no te veo y has cambiado muchísimo. ¡Pero qué guapo está mi niño! Si no fueras mi sobrino, y tuviese tu edad, me enamoraría de ti.

Marta lo abrazó y le besó la cara de nuevo encantada de tenerlo cerca. En medio de la alegría y la euforia del momento entre tía y sobrino, alguien se bajó del coche y ellos ni cuenta se dieron. Un hombre carraspeó y luego se oyó una voz grave y profunda que los sacó de la burbuja en la que estaban.

—Hola, Marta. Alberto no me dijo que estarías aquí —miró a su sobrino reprochándole habérselo ocultado—. Me alegro de verte —la repasó de arriba abajo y para finalizar centró la mirada en sus ojos.

Al escuchar esa voz que nunca en su vida olvidaría, Marta cambió la cara, una sensación extraña le recorrió todo el cuerpo y creyó que se mareaba. Las piernas le temblaron y un nudo en la garganta apareció de repente. No lo esperaba allí, frente a ella. No había reparado en quién conducía el coche que trajo a Alberto.

Marta se recompuso rápido, trató de mostrarle una sonrisa forzada y actuar con normalidad. Aunque en esos momentos nada era normal. Él no

tenía que estar ahí. Ella no tenía pensado encontrárselo.

—Hola, Pablo —lo miró a los ojos con la respiración agitada y fue incapaz de decirle nada más.

La impresión de tenerlo delante la superó. Hacía años que no sabía nada de él, ni de su vida, dónde vivía, ni a qué se dedicaba. Observó que estaba muy cambiado, saltaba a la vista. Esos cinco años sin verlo hicieron que lo encontrase más guapo y apuesto que la última vez.

—Alberto me pidió que lo trajese —le aclaró sin dejar de mirarla de forma penetrante—. Mi hermano se iba a demorar bastante en una reunión. Alberto tenía muchas prisas por venir pero en ningún momento me dijo que tú eras esa razón —le aclaró tajante y molesto por la situación.

Pablo miró a su sobrino reprendiéndolo con la mirada de nuevo. Alberto se encogió de hombros a modo de disculpa, mostrando la inocencia que lo caracterizaba en ese asunto. De inmediato, supo que le esperaba una buena regañina por haberle ocultado esa información.

—Tú solo tenías que dejarme en la verja de entrada, pero te empeñaste en llegar hasta aquí. Ya no soy un niño pequeño, tío.

Pablo asintió a las palabras de su sobrino, en silencio, sin dejar de devorar a Marta con la mirada. Alberto mejor que nadie sabía que él siempre estaba más que dispuesto a obtener información sobre Marta. Algo que le dosificaban y escondían entre todos desde que se divorciaron.

—¿Vives aquí en Barcelona o estás de visita? —la pregunta salió sola de los labios de Marta, no pudo reprimir la curiosidad. Deseaba saber si se volvería a encontrar más veces el resto de vacaciones que le quedaban en la ciudad.

—Hace algún tiempo que vivo aquí. Tengo prisa —se excusó y dio media vuelta para meterse en el coche. No le dio más explicaciones.

Con un gesto de la mano rápido se despidió de los dos, se abrochó el cinturón de seguridad con prisas y arrancó. A él también le había afectado verla. Después de cinco años sin apenas saber nada de ella, encontrarla así, de casualidad y tan sumamente cambiada, lo dejó impactado.

Alberto le pasó el brazo por los hombros a Marta acercándola a su cuerpo y le dio un sonoro beso en la mejilla. Recogió la mochila tirada en el suelo y se encaminaron a la casa.

—¿Tienes frío? Estás temblando —percibió Alberto al notar cómo se estremecía.

Marta no respondió. Se abrazó a su sobrino y rogó para que las intensas

emociones se fuesen con la misma velocidad que Pablo arrancó el coche y desapareció ante sus ojos.

Ver a su ex de esa forma tan inesperada la afectó como nunca llegó a pensar. La impresionó, lo tenía que admitir. Comprobó que una sola mirada de ese hombre seguía haciéndola temblar.

Cuando llegaron dentro, Lorena los esperaba sentada al calor de la chimenea con su perrita en el regazo. Había sido un regalo de cumpleaños de Alberto. Era una bolita blanca, a la que pusieron Nieve y con ella acertó de lleno pues le hacía gran compañía cuando esta sola.

—¿Quién te ha traído que no ha entrado con vosotros? —preguntó Lorena al ver que nadie los seguía.

—El tío Pablo —reveló de forma natural—. Mi padre estaba en una reunión y mamá tenía que cruzar media ciudad para llegar a por mí, él estaba más cerca.

Lorena suspiró y sonrió a ambos, incómoda por la situación. Ya se encargaría al día siguiente de reprender a quien hubiera propiciado semejante situación.

—Bueno, ya tenemos aquí a nuestro pequeño, que está hecho todo un hombre. ¡Cómo has crecido, mi niño! —La feliz tía rompió un poco el hielo, tratando de dar normalidad y pasar página al encuentro con su ex.

El tema de Pablo no volvió a salir más. Entre madre e hija seguía vigente la decisión de años atrás, no nombrar a Pablo. Sin embargo la curiosidad se la comía por dentro una vez a solas y acostada. En el refugio de la habitación, que tanto anhelaba cuando estaba lejos, en la oscuridad, se preguntó qué sería de él o si estaría casado. Había sido toda una sorpresa saber que vivía en Barcelona y sintió una especial curiosidad por averiguar a qué se dedicaría. En cuanto estuviera sola con su madre rompería el pacto y resolvería todas sus dudas. Como bien le dijo el psicólogo, Pablo no debía continuar como un tema tabú. Estaba dispuesta a remediar eso.

* * *

Sin demasiado interés, Marta se despidió de Alberto y de Lorena para acudir junto con María a la fiesta de Halloween. Ese fin de semana, el pequeño de la familia también tenía una fiesta de disfraces con los compañeros de clase y Lorena organizaba una cena especial en *Beltrán*.

La fiesta de Halloween a la que acudían Marta y María la daba una

famosa empresa que reunió a algunos personajes famosos y más destacados de la ciudad, y el lugar escogido fue en un hotel.

Ambas amigas bajaron en el ascensor disfrazadas y sonrientes después de una hora de transformación. Sonreían porque estaban irreconocibles y daban un poco de miedo. María iba disfrazada de zombie y Marta de vampiresa sexy. Estaban seguras y bromeaban con que nadie las reconocería esa noche.

Al llegar a la fiesta, después de entregar sus invitaciones en el control de la entrada, se dieron cuenta de que todos los asistentes iban igual. Nadie reconocía a nadie, todos estaban muy bien maquillados, con máscaras y pelucas. Se mezclaron rápido en el ambiente y comenzaron a disfrutar de la fiesta. Necesitaban pasarlo bien y divertirse, en los últimos tiempos las dos no habían hecho más que trabajar duro.

Mientras bailaban, María saludó a un par de personajes a los que había peinado y maquillado unas horas antes, rieron de sus vestimentas y continuaron la noche comiendo y bebiendo del exquisito catering que puso la organización. El ambiente y la música estaban muy bien y las chicas se divirtieron más de lo pensado. Las fiestas ya no eran como ellas las recordaban, ahora eran mucho mejor.

Cuando María saludaba a unas clientas que reconoció, porque no estaban demasiado transformadas, Marta se quedó sola en la barra. Mientras, a unos pasos de ella, la observaba un vampiro que, desde que la vio aparecer en la fiesta, no dejó de seguirla con la mirada. Marta llevaba un vestido corto en rojo y negro muy llamativo, la parte de arriba era un corpiño muy ajustado que marcaba cada una de sus curvas y realzaba considerablemente el pecho, y las medias de red con los tacones le daban un aire muy sexy. No se había separado en toda la noche de la amiga con la que llegó, y a su alrededor no faltó compañía masculina. El vampiro aprovechó al verla sola, era la oportunidad que esperaba.

—Si tengo un poco de suerte, esta noche desaparezco con esa preciosidad —le indicó al amigo con el que acudió a la fiesta. No dejaba de repasar el cuerpo de la mujer que tenía delante con una clara mirada ardiente.

—Conociéndote, seguro has reservado una habitación en este hotel. Para no tener que ir muy lejos.

El vampiro sonrió con picardía y con paso decidido se dirigió a su presa.

Desde que la vio entrar por la puerta, decidió que ella era la elegida de

esa noche para llevársela a la cama. No reparó en otras, solo le interesaba esa vampiresa. Se situó justo al lado de la mujer, le sonrió con la mejor de las sonrisas y desplegó todas sus artes de gran seductor.

Ella llevaba un antifaz negro en los ojos y una peluca pelirroja que le rozaba el hombro. Le era imposible averiguar si era guapa o fea, pero algo le decía que bajo ese disfraz se escondía una gran belleza, como las que acostumbraba llevarse a la cama. Él tenía la cara pintada de blanco, los labios rojos y partes del rostro y cuello manchados de sangre artificial. Tampoco le podía mostrar lo guapo que se consideraba, pero confiaba en la reputación que le precedía y en la larga cola de mujeres que siempre tenía detrás. Aquella noche se había deshecho de muchas mientras centraba sus pensamientos en la vampiresa con la que ya se imaginaba en la habitación que tenía reservada, haciendo toda clase de cosas.

Marta consultaba el móvil cuando el vampiro se acercó, sobresaltándola.

—Hola, mi vampiresa, por fin te encuentro. He estado buscando mi media naranja toda la noche —le dijo, con su aire seductor y canalla.

Marta lo miró, reparando en que iba vestido de vampiro. En la oscuridad de la sala y el ruido, se acercó un poco a él y se armó de valor para responder a tan atrevido comentario.

—Creo que me confundes. —Trató de deshacerse de él y no le mostró interés. Estaba claro el motivo del acercamiento de ese desconocido con sonrisa de anuncio.

El vampiro le sonrió y no cesó en el empeño. Él siempre conseguía lo que se proponía con una mujer.

—No me confundo. Desde que te vi aparecer por esa puerta supe que eras para mí. ¿Has encontrado esta noche algo que te interese más?

Hacía mucho tiempo que nadie le entraba a saco, estaba pensando que había perdido hasta la costumbre de ligar con un tío en una discoteca. Reparó en que el vampiro iba tan directo al grano que ni siquiera se había presentado. Desde luego, era un hombre seguro de sí mismo y acostumbrado a llevarse a las mujeres a la cama con una simple sonrisa espectacular, como la que en esos momentos lucía.

Marta lo meditó un poco y decidió seguirle el juego. No supo qué la impulsó pero pensó que sería divertido. Paseó la mirada por los hombres de la fiesta que estaban por la pista y se tomó su tiempo.

—La verdad es que no. He de admitir que eres el vampiro más sexy de

esta fiesta. —Le mostró una sonrisa coqueta mientras cruzaba las esbeltas piernas en la banquetta sobre la que estaba sentada y desplegab todas las armas de mujer que poseía.

Él sonrió satisfecho pensando que ya la tenía en el bote.

—¿Bailamos? —le ofreció tendiéndole la mano sin darle opción a decir que no.

Marta vaciló por unos segundos, haciéndose de rogar, pero finalmente accedió a la petición de aquel vampiro irresistible.

Se dirigieron a la pista y comenzaron a bailar, él se movía muy bien. Marta siguió el ritmo sin problemas, siempre fue buena bailando, aunque hiciese algunos años que no lo hacía. Lo que empezó como un simple baile, fue cogiendo cuerpo y calentando el ambiente. Se fueron arrimando y se convirtió en algo más sensual y peligroso. El vampiro tenía unas manos muy largas, la acariciaba con pericia y sabiendo en todo momento donde tocar, le sonreía y le susurraba palabras al oído. Intentó besarla pero Marta le hizo la cobra en un par de ocasiones. Él no desistió en el empeño, sabía que esa noche sería suya. Tras varias canciones en la pista, Marta necesitó un descanso y él la siguió a la barra. Era justo lo que precisaba para proponerle de una vez subir a la habitación y estar a solas.

Cuando Marta pensó que lo había dejado atrás, antes de pedir en la barra, apareció a su lado.

—¿Puedo invitarte a algo? —lo dijo alzando la mano para que el camarero viniese hasta ellos.

—Agua.

—¿Agua? —Estaba asombrado—. No seas aburrida.

Y con decisión, le indicó al camarero dos Martini con limón.

Marta no protestó, le gustaba y, una noche era una noche.

Cuando le pusieron las copas delante, cada cual tomó la suya y el vampiro insistió en brindar.

—Por ti, por la vampiresa por la que me dejaría morder todas las veces que ella desee.

Marta le sonrió con coquetería, ese vampiro consiguió despertarle un no sé qué que llevaba dormido en su interior demasiado tiempo. Por primera vez en la vida deseó irse a la cama con un completo desconocido sin medir las consecuencias.

—Puede que sea tan exigente que te deje sin sangre. ¿Te arriesgarías?

A él le gustó su respuesta y se lo hizo saber.

—Por una vampiresa como tú, arriesgaría muchas cosas. No te quepa la menor duda. Esta noche tienes a este vampiro rendido a tus pies —le susurró al oído. La tomó por la cintura y la pegó a él para hacerla partícipe de su deseo.

Marta no sabía porqué pero le hacía gracia y le gustaba lo descarado y directo que era. Se terminaría la copa y luego lo mandaría a paseo.

—Tengo una habitación reservada en este hotel —le comentó con voz sensual y provocadora. Ella estaba a punto de acabarse la copa y era el momento idóneo para hacer una proposición en toda regla—. Cuando tú quieras nos marchamos, vampiresa. Estoy deseando probarte.

Con un deseo que no lograba dominar, Marta lo miró a los ojos y se deshizo de sus largas manos, que la tenían tomada por la cintura y ascendían al corpiño. Echó un vistazo por si veía a María entre el tumulto, y como no tuvo suerte, decidió ir al baño y, de paso, deshacerse por fin del pesado vampiro.

—Creo que hoy no estás de suerte conmigo, guapo. Puedes probar con otra. Aún queda noche por delante para que sigas desplegando tus dotes y le des uso a esa habitación que tienes.

—Quizás te guste demasiado probarme, no te defraudaría. Sin compromisos, una noche, vampiresa. Pasémoslo bien —le propuso.

Marta no cedió pero se sorprendió a sí misma de lo que le costó tomar aquella decisión. Le dedicó una sonrisa coqueta y se marchó sin más ceremonias, dejándolo allí plantado como un pasmarote.

El vampiro no se dio por vencido. Estaba demasiado acostumbrado a que las mujeres se rindiesen ante él y esa vampiresa le resultaba todo un reto en su trayectoria. Se encaminó detrás de ella a una distancia prudente. Salió de la fiesta y la vio dirigirse al baño de señoras. Decidió quedarse al lado de la puerta del baño, cruzado de brazos y armado de paciencia. Porque sabía que cuando una mujer pisaba un baño, la espera se hacía interminable. Ella iba a caer, como todas, pensó mientras miraba al pasillo vacío que tenía ante sí.

Nada más verla salir, y sin mediar media palabra, con un movimiento rápido, se apoderó de su boca con exigencia. Esa mujer lo tenía demasiado loco como para no probarla aquella noche, necesitaba saborearla y comprobar cómo besaba. Nunca se había torturado tanto como en esos largos minutos de espera mientras ella estaba en el baño y solo podía pensar cómo serían los besos de aquella vampiresa.

Marta, sorprendida al principio, se resistió al sentir esos labios, firmes y posesivos sobre los suyos. Pero el vampiro sabía besar tan bien que se dejó llevar por la boca pecaminosa que la besaba, invitaba a cometer toda clase de locuras con él. Se sintió una adolescente en esos momentos, besándose a escondidas en un rincón oculto de los demás. Y, recordando esa etapa de su vida, sin dejar de besar al vampiro, tomó conciencia de algo: quizás hubiese pasado demasiado tiempo, pero había cosas que jamás se olvidaban. Ella al menos no las olvidaría. De inmediato, se armó de valor, paró aquel delicioso beso que la tenía más que entregada y sujetó las manos del vampiro, que se perdían ya por debajo de su falda en una clara dirección.

De pronto, la realidad cayó sobre ella como un jarro de agua fría. En el fondo de aquellos ojos que la miraban con el más puro deseo, descubrió algo que no había podido olvidar. ¿Cómo había estado tan ciega? ¿Cómo había pasado por alto la forma de moverse, el roce de las manos o la intensidad que había despertado el beso? Él era... ¿Cómo no lo había reconocido desde el primer segundo?

—¿Tú?! —le gritó asombrada y fuera de sí, con las manos aún sobre el pecho de él impidiendo que se le acercase—. Dios, ¿cómo no me he dado cuenta antes? ¡No lo puedo creer! —se lamentó y trató de huir sin éxito.

El vampiro la miró desconcertado, reparó en su voz sin la música y el barullo de la gente y tomó conciencia, por primera vez en esa noche, de la mujer que había tratado de arrastrar hasta la cama.

Mientras la besaba con verdadera locura y pasión, se dijo a sí mismo que no había bebido tanto como para confundir aquellos besos con los de otra mujer que tiempo atrás amó demasiado. Ahora lo tenía claro y ante él, era ella, su ex mujer.

—¿Marta?! —La cara de Pablo lo dijo todo. De no haber estado maquillado de blanco se habría quedado del mismo color.

Ignoraba que la vampiresa que deseó durante toda la noche fuera ella. La última vez que acarició ese cuerpo estaba demasiado delgada y aquella mujer, que tenía junto a él, mostraba unas curvas y unos pechos de infarto. Cuando la vio la pasada noche en casa de Lorena llevaba puesta unas mallas con una sudadera holgada, estaba oscuro y no se fijó demasiado.

Ella trató de huir de la cercanía que la abrumaba en aquellos momentos pero él no se lo permitió. La retuvo contra la firmeza de su cuerpo, sin dejarla escapar del mismo rincón donde se acababan de besar.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó, confundido.

—Lo mismo que tú. Es una fiesta de disfraces.

—¡Joder! —maldijo claramente nervioso y afectado—. No te reconocí.

—Ya veo que no has cambiado —le manifestó mordaz y se deshizo de la calidez de las manos que la rodeaban—. Una mujer diferente en cada fiesta. Tienes hasta la habitación reservada —terminó reprochándole sin poder evitarlo.

Marta hizo amago de marcharse pero él no se lo permitió. La agarró del brazo con fuerza y la hizo volverse hacia él.

—Suéltame Pablo —le ordenó entre dientes y con los ojos prendidos de fuego.

Ambos tenían las respiraciones alteradas, pero él no le hizo caso, todo lo contrario, la atrajo tanto que pudo sentir el aroma que desprendía.

—¿Me vas a morder si no lo hago? —la desafió mientras se resistía.

Al escucharlo, algo cambió en Marta de forma repentina. Se acercó más a él y lo besó con pasión, dejándolo muy sorprendido al tomar la iniciativa. Cuando lo tenía jadeante, como era la intención desde un principio, le mordió el labio a conciencia y lo hizo sangrar.

—¡Estás loca! —le reprochó al tiempo que le dolía y se limpiaba la sangre con la manga de la camisa.

—Sí. Un hijo de puta me dejó así hace mucho tiempo.

Le lanzó una mirada con un claro desprecio reflejado en ella y dio media vuelta para marcharse de una vez. Justo en ese momento, un hombre lobo disfrazado salía del baño de caballeros con pasos poco firmes. Se tambaleó debido a lo pasado de copas que iba y cayó sobre Marta. Pablo que no estaba muy lejos acudió de seguida y apartó al tío de un empujón.

El hombre lobo dio un traspie y cayó al suelo, del que no se pudo levantar.

Pablo y Marta se agacharon para ayudarlo y, al quitarle la máscara, comprobaron que era Alberto. Se miraron extrañados y alarmados por la situación. Era un menor. Esa fiesta era para adultos y hacía falta una invitación personalizada para acceder.

Alberto los miró a ambos sin reconocerlos, les sonrió flotando en una nube y cerró los ojos. Su tía se asustó al verlo así y trató de buscar ayuda. Se incorporó y trató de encontrar a alguien en el pasillo desierto en aquellos momentos.

—¡Ayúdame con él, joder! Es un menor y no debería estar aquí así —la apremió Pablo, ante la cara de estupor que mostraba Marta al ver a su sobrino en aquel estado.

Trataron de arreglar la situación sin llamar demasiado la atención. Aprovecharon que no había nadie a la vista y entre los dos ayudaron al muchacho a ponerse de pie.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó Marta nerviosa y sin saber qué hacer.

—Vamos a subirlo a mi habitación. Está borracho y no es conveniente que lo vean en este estado tan lamentable.

—Dios, Alberto, cómo has podido...

En medio de aquella desagradable situación, y a pesar de que Alberto ni era consciente de lo que sucedía a su alrededor, Marta lo iba regañando de camino al ascensor. Los fuertes brazos de Pablo lo sujetaban con firmeza para no dejarlo caer y ella le sostenía la cabeza mientras le pasaba la mano por el pelo húmedo con un gesto de cariño que no pudo evitar.

—Es inútil que le digas nada, mañana no se acordará. Ahora necesita dormir la mona —le hizo ver Pablo una vez a solas en el ascensor y con las puertas cerradas.

—Solo tiene quince años y mira cómo está.

Una vez en el interior de la habitación, Alberto se abrazó a un cuerpo de mujer que encontró cerca. En esos momentos era una vampiresa muy

atractiva que había aparecido de la nada para hacerlo fantasear.

—Esta noche estoy de suerte —balbuceó—. Me he llevado a la mejor de la fiesta. Me dejo morder —le dijo, entreabriendo los ojos con dificultad y arrastrando las palabras con una sonrisa de satisfacción—. Tienes pinta de tener mucha experiencia y voy a dejar que me enseñes todo lo que desees.

Sin saber de dónde provenía, Alberto recibió un sonoro coscorrón en la cabeza. Estaba acabando con la paciencia de Pablo. Esto lo hizo reaccionar y comprobar que no estaba a solas con la vampiresa.

—¡Es tu tía! Cuidado con esa boca y con las manos —. Le quitó la peluca a Marta sin miramientos y la apartó de Alberto. Le dio otro tortazo en la cabeza y, de un empujón, lo tiró sobre la cama —. Y yo soy tu tío, por si aún no me has reconocido.

En esta ocasión, Pablo percibió el miedo que apareció en los ojos del muchacho que, en un atisbo de lucidez, tomó conciencia de la situación. Se restregó los ojos con ambas manos pero la pareja de vampiros, que cada vez le resultaba más conocida, seguían ahí. Su tía Marta se lamentaba de la situación sin decir una palabra en alto. Estaba bien jodido, aquello no era una pesadilla, todo era muy real a pesar de sentirse como si un camión hubiese pasado sobre él. Se tumbó en la cama, se tapó los ojos con el antebrazo y se permitió pensar por unos segundos lo que le vendría.

—No le contéis esto a mi padre. Me matará —les rogó sin conseguir no arrastrar las palabras al hablar.

Marta le quitó los zapatos, preocupada por el estado en el que se encontraba. Pablo le rebuscó en los bolsillos, bajo la atenta mirada de ella.

—¿Qué haces? —preguntó en un susurro que solo Pablo escuchó.

—Trato de averiguar si solo va bebido o tomó algo más.

Puso sobre la mesilla la cartera de Alberto tras examinarla al detalle. Llevaba más dinero del recomendado para un muchacho de su edad y preservativos. Pablo sonrió para sí, tenía un sobrino que se parecía demasiado a él. Luego le miró las pupilas y comprobó que no había tomado drogas.

La intranquilidad de Marta la llevó a rebuscarle en los bolsillos de la chaqueta, donde solo encontró la invitación de la fiesta. Para su asombro, comprobó que estaba a nombre de Fernando Miller.

—Se hizo pasar por su padre para acceder a la fiesta —le hizo saber Marta, que le tendió el tarjetón para que le echara un vistazo. Pablo soltó una carcajada, casi orgulloso de la hazaña de su sobrino—. No le veo la gracia — Estaba molesta ante la diversión que advirtió en los ojos de Pablo. No

entendía cómo podía reírse. Ella estaba muerta de miedo y él parecía moverse como pez en el agua ante la difícil situación.

—No la tiene, pero es un adolescente como nosotros también lo fuimos, con ganas de crecer, ser mayor y hacer lo que ellos. Tiene que equivocarse, cometer errores y nosotros estar ahí para hacerle ver que esto no está bien — lo observaba desde los pies de la cama allí tumbado y dormido tan tranquilo.

—¿Qué hacemos? ¿Avisamos a los padres?

—¿Para qué? ¿Quieres que Fernando o Miranda vengan y monten un numerito? Lo hecho, hecho está. No ganamos nada con preocuparlos. Cuando despierte mañana yo mismo me encargaré de echarle tal bronca que deseará que sea su mismísimo padre el que esté frente a él.

El rostro de Alberto estaba sudoroso. Marta lo observó y se dirigió al baño bajo la atenta mirada de Pablo. Mojó una toalla y fue hasta él para limpiarle el maquillaje que aún llevaba en la cara.

—No lo veo bien —musitó sin dejar de refrescarlo.

—Ha bebido demasiado y probablemente se ponga peor. Mucho me temo que aún no expulsó todo lo que se tomó —pronunció con pasmosa tranquilidad sin dejar de mirar a Alberto dormido en la cama.

—Me voy a quedar aquí con él toda la noche.

No pensaba separarse de su sobrino ya que no sabía cómo podía terminar aquello. Quizás en unos minutos tuviesen que llamar a una ambulancia porque empeorase. Y para ella Pablo era otro irresponsable que dudaba que pudiese hacerse cargo de Alberto en esa situación.

—Bien, pues ponte cómoda, entonces. Cuidaremos de él —tampoco tenía intenciones de moverse de allí—. Voy a cambiarme de ropa.

La habitación en la que estaban era una suite grande con un baño espectacular que Pablo pensó usar esa noche con alguna mujer. Era una verdadera lástima que los planes hubieran cambiado, aunque por otro lado... *¡No! No pienses Pablo*, se dijo a conciencia. Necesitaba deshacerse de aquel disfraz, del maquillaje y de la peluca. Necesitaba volver a ser él para hacer frente a la situación como un adulto y no como un hombre que solo puede pensar en pasar la noche con la mujer que había fuera. Y no se trataba de cualquier mujer, era *ella*. Con la única que soñaba y no lograba sacar de sus pensamientos por más que lo intentaba.

Con los ojos fijos en un hombre que le importaba más de lo que estaba dispuesta a admitir, Marta observó cómo desaparecía por la puerta del baño y lamentó el fin de la noche. Maldijo la mala suerte que la perseguía y suspiró

al recordar que el juego de seducción de Pablo también la había alterado a ella. Escuchó la ducha sumida en esos pensamientos y, minutos más tarde, su ex marido salió del baño descalzo con un pantalón de chándal y una camiseta de manga corta. Fue inevitable recorrerlo de arriba abajo embobada, estaba arrebatador con el pelo mojado. Algunas gotas de agua aún resbalaban por ese cuello que tan sexy le pareció siempre. Los pensamientos la traicionaron y deseó besarlo de nuevo. No había olvidado cuánto le gustaba que le acariciaran el cuello con los labios, allí donde el agua dejaba regueros de humedad en esos momentos.

—Puedes darte una ducha si lo deseas —le ofreció—. Te puedo dejar una camiseta.

Marta lo desafió con la mirada y se puso en pie de inmediato.

—Yo también tengo una habitación reservada en este hotel —le informó con una sonrisa forzada—. Voy a ponerme algo más cómodo y vuelvo.

Pablo la taladró con la mirada al escuchar esas palabras. Unos celos repentinos aparecieron en él sin querer. Se preguntó porqué tendría ella una habitación en ese hotel y sobre todo con quién pensaba compartirla aquella noche. Mientras, Marta lo observó satisfecha al verlo molesto por lo que le acababa de revelar.

—No eres el único al que este muchachito le ha fastidiado la noche —le dejó claro al abrir la puerta para marcharse.

Al cabo de media hora volvió duchada y enfundada en unos ajustados vaqueros oscuros, un amplio jersey blanco y zapatillas de deporte. Estaba tan fresca y juvenil que a Pablo le dieron ganas de cometer toda clase de pecados con esa mujer. Todo el maquillaje había desaparecido y llevaba una coleta improvisada. Si antes como una vampiresa sexy lo tenía loco, con esa vestimenta de niña buena lo volvió más loco aún.

—Puedo hacerme cargo yo solito de él. No tienes por qué estar aquí toda la noche cuidándolo como si fuese un bebé.

Si no la iba a tener en la cama tal y como la deseaba, prefería que no estuviese cerca.

—No lo voy dejar solo contigo. Me considero más responsable que tú.

—¿Y tú cuánto has bebido esta noche? ¿Debo recordarte que con el problema de corazón que padeces no debes ni oler el alcohol? —la reprendió con severidad.

—No te importa lo que yo haga. Eso es asunto mío.

—Nunca fuiste una irresponsable con ese tema. Siempre te cuidaste mucho y hoy, de buenas a primeras, aceptas la copa que te ofrece un completo desconocido —le reprochó con dureza, acercándose peligrosamente a ella y tomándola con las manos por los brazos sin dejar de taladrarla con la mirada.

—A ti no te importó que yo fuese una completa desconocida. De hecho creo que tus intenciones conmigo eran muy claras esta noche. —Marta se deshizo de su contacto, sentir las manos cálidas de él y ese suave roce que conocía a la perfección la hizo alejarse. No quería sentir las sensaciones que se agolpaban en su corazón cuando la tocaba. Él siempre conseguía despertar esas mariposas dormidas en el estómago y que perdiese la razón para sumergirse de lleno en los sentimientos que le despertaba con un simple roce o una mirada cargada de deseo.

—Me seguiste el juego —la acusó implacable.

—Solo un rato para divertirme. No pensaba terminar en la cama de un tío como tú, de esos que usan a una mujer diferente cada noche.

Él le sonrió satisfecho y aliviado.

—Me alegra que sigas siendo la misma Marta que yo conocí. —Se volvió a acercar a ella y le acarició los brazos con manos suaves. ¿Se cansaría alguna vez de tocarla? Jamás.

—No te confundas, de aquella Marta ya no queda nada. Cuando me apetece un hombre en mi cama soy yo la que lo elige.

Lo desafió con la mirada y percibió el aumento de la presión de las manos de Pablo sobre ella. Una corriente eléctrica le recorrió el cuerpo mientras, en aquella mandíbula apretada, se dejaba notar el pulso.

En esos momentos fue como si un rayo lo partiese en dos. Marta era suya. La única mujer que había considerado como tal, con la única con la que en medio de la noche se despertaba sobresaltado pensándola en los brazos de otro y lo mataba imaginarla desnuda con un desconocido. Ese cuerpo al que tantas veces le había hecho el amor le pertenecía. El tacto de su piel lo tenía grabado en la memoria y no conseguía olvidarla por muchas mujeres que se llevase a la cama. La boca de ella era maravillosa, lo enloquecía con solo recordar cuando le recorría todo el cuerpo con ella. El primer beso en la boca se lo dio a Marta y con ella deseaba recibir el último en la vida, sin embargo era consciente de que las huellas que llevaba grabadas en el corazón eran demasiado profundas como para hacer borrón y cuenta nueva.

Tras un largo silencio reparó en algo, sonrió como un diablo, orgulloso.

—No me reconociste a mí pero sí mis besos.

—Tú sin embargo estás tan acostumbrado a besar a cualquiera que supongo que todos los besos te saben igual —contraatacó Marta.

Pablo sonrió y chasqueó la lengua.

—¿Sabes qué? Mientras te besaba, me decía a mi mismo que no había bebido tanto como para soñar que tenía entre mis brazos a la mujer de mi vida.

Se quedó impactada con aquella inesperada revelación y comenzó a temblar. Estaba a punto de cometer una locura si el corazón no la hacía desmayarse antes. Fijó los ojos en los labios de Pablo y tragó saliva con dificultad. ¿Qué pasaría si lo besaba? La mente le gritaba que huyera de allí, que no permitiera adentrarse en todo lo que había logrado superar con el tiempo, pero siempre hubo una sensación especial cuando recordaba a Pablo, siempre supo, muy a su pesar, que había sido y sería el hombre más importante en su vida.

De repente, Alberto despertó y rompió el momento de intimidad. Se incorporó un poco y Pablo, que actuó por instinto y estaba preparado para la reacción de su sobrino, le puso la papelera del baño delante y aguardó con una mueca hasta que el chico vació el estómago. Tarde o temprano tenía que expulsar todo el alcohol que llevaba en el cuerpo.

Marta sufrió con cada arcada y admiró a Pablo, allí junto a él, sosteniéndolo y comportándose como un verdadero padre. Aquello le hizo revivir ciertos sentimientos que la dejaron sumida en dolorosos momentos del pasado.

Dos cómodos sillones albergaron los cuerpos de Marta y Pablo durante toda la noche en esa habitación en la que poco más se dirigieron la palabra.

Alberto volvió a vomitar en un par de ocasiones más hasta que quedó completamente desfallecido y se durmió.

A las siete de la mañana, cuando Marta estaba profundamente dormida, Pablo pidió el desayuno. En breve tendrían que abandonar la habitación si no querían levantar sospechas cuando Lorena o los padres de Alberto comprobasen que no había llegado a casa.

Sin miramientos ni contemplaciones, y con una taza de café negro y humeante en las manos, Pablo despertó a su sobrino.

—Vamos hombretón despierta, arriba. —Lo zarandeó con brusquedad. Estaba cabreado y de mal humor. Había pasado la noche sin dormir, en un sillón, mientras observaba a la mujer que deseaba—. No solo hay que ser

valiente para beber sino también para afrontar las consecuencias del día siguiente.

Marta se despertó, se restregó los ojos y acudió al lado de Pablo.

—Mira quién lo dice —masculló entre dientes.

Pablo volvió a llamar a Alberto, que dormía como una marmota, hasta que por fin se despertó. Al ver a sus tíos cerca se sobresaltó.

—Te hago un resumen rápido —comenzó Pablo con cara de pocos amigos. Le tendió la taza de café y asintió conforme cuando Alberto la cogió—. Anoche te hiciste pasar por tu padre para entrar en una fiesta de adultos. Luego te emborrachaste y tu tía y yo te encontramos tirado por los suelos y en pésimas condiciones. Estás aquí para evitar consecuencias mayores pero créeme, te mereces la tunda que te hubiera dado tu padre de haberse enterado, ¿me has oído? —El chico afirmó con un leve movimiento de la cabeza y ni se atrevió a probar el café—. Ahora bébete eso chaval.

Marta no pudo evitar sentir pena por Alberto, que en esos momentos la miraba asustado, temblando. Se le veía tan indefenso que decidió salir en su ayuda.

—Tranquilo. Le he dejado un mensaje a la abuela y le dije que habías decidido quedarte en casa de Pablo.

Él la miró asombrado, ignoraba aquello.

—No se merece tanta piedad —comentó Pablo sin quitar la vista de encima a su sobrino—. Tú y yo vamos a hablar seriamente.

—Tú no eres mi padre —le soltó con valentía haciéndole frente.

—¡Claro que no! Por eso lo primero que voy a hacer ahora mismo es llamarlo y que sea él quien te eche la bronca. ¿Te parece mejor así?

—No, no. Tío, por favor. No le digas nada —le suplicó con miedo. Fue cuanto necesitó escuchar para rebajar el tono de gallito peleón que había empleado.

—A ver, idiota, para empezar a mí no me vaciles. Cuando tú vas yo ya he ido y venido un par de veces, ¿te queda claro?

Alberto no se atrevió a replicar. Se limitó a mirarlo.

—En eso tiene toda la razón. De borracheras y fiestas sabe un poco, por no decir que es un verdadero maestro —ironizó Marta mordaz, incapaz de callarse el comentario.

Pablo la fulminó al instante. No era el mejor momento para sus reproches. Alberto sonrió al escucharla. Presintió que tenía una aliada ya que ella no parecía tan furiosa y enfadada como su tío.

—Entraste en una fiesta en la que no debías estar. Si en vez de encontrarte nosotros te encuentra otra persona, te hubiese llevado de tirón a un hospital. Rozaste el coma etílico.

Marta lo miró pensando que le decía aquello a conciencia para asustarlo. No hacía falta exagerar tanto. Si Pablo hubiera visto que estaba tan mal no se hubiera arriesgado a quedarse en la habitación de un hotel.

—Ahora me vas a contar qué hacías en esta fiesta —continuó—. Si te llegan a descubrir en ella, a un menor, borracho... , ¿tienes idea de las consecuencias? ¿Te haces una idea de la repercusión pública que esto podría haber tenido? Eso sin contar con lo que tu padre te podría haber hecho, que te aseguro que ibas a estar castigado hasta la mayoría de edad y con toda la razón del mundo.

—Tío, yo...

—Tú, ¿qué?

—Unos amigos también tenían las invitaciones de sus padres. Se las quité a mi madre del bolso al saber que no vendrían. No me pareció tan malo, solo quería divertirme.

—¿Divertirte, eh? Pues te voy a decir yo lo que es diversión. Como me entere de que vuelves a coger una como la de anoche les cuento a tu padre y a tu madre todo esto. Por lo pronto, ingéniate las como quieras, pon las excusas que creas, pero vas a estar tres meses sin salir y me encargaré personalmente de que lo cumplas.

—¿¿Qué?! Pero, tío...

—No te atrevas a protestar. —Lo señaló con un dedo al ver que pretendía ponerse en pie y Alberto se dejó caer en la cama, abatido—. Estoy seguro que tu padre no sería tan blando con este asunto.

—Pero la Navidad está a la vuelta de la esquina, ¿cómo no voy a salir?

—No vas a salir y no vas a beber.

—Te juro que no pienso volver a beber.

—No te creo —le replicó impasible.

Marta no había mediado hasta ahora, pero le resultó imposible contener un nuevo comentario mordaz.

—Él sabe de esas cosas. También decía que no iba a beber ni salir más y ya ves. Es la razón por la que no te cree.

—¡Joder, Marta, no me ayudas! —le soltó Pablo, exasperado.

—No hace falta ser tan duro con él. Creí que tenía un sobrino listo y sensato, pero veo que no. Eres un idiota —le recriminó dolida a su sobrino.

—¿Ahora quién se está pasando? —preguntó Pablo, que alzó una ceja y se cruzó de brazos.

—Intento que comprenda lo defraudada que me siento. Estoy segura que después de lo mal que lo ha pasado esta noche no lo hará más.

—¡Qué ingenuas eres!

—Sí, desde luego. Contigo lo fui. Me creí cada mentira que me contabas.

—¡No estamos hablando de nosotros, joder! —Pablo estaba cansado y le dolía la cabeza, no estaba para una pelea de reproches del pasado basada en ellos.

Alberto los miraba sin entender qué pasaba entre los dos, porque se recriminaban esas cosas.

—Quizás deberías contarle a tu sobrino tus andaduras. Con un claro ejemplo puede que tome conciencia antes que con castigos.

—No quiero que os peleéis por mi culpa —susurró Alberto al ver el modo en que se sostenían las miradas Marta y Pablo. Estaba confundido, pero, sobre todo, apenado por ser el motivo de aquella discusión.

—Tranquilo, cariño. Las peleas entre tu tío y yo son algo común tras los años.

Pablo la advirtió en silencio. No le gustaba el camino que tomaba la conversación delante de Alberto, trataba de parar a Marta porque sabía que estaba envalentonada.

—¿Y por qué lleváis años así? —preguntó con inocencia.

Alberto ignoraba por completo la relación del pasado entre ambos.

Marta se limitó a sostenerle la mirada a Pablo en completo silencio, algo que este tomó como un desafío.

—Tu tía y yo estuvimos casados hace algunos años. Entre nosotros todo terminó muy mal porque yo me lo cargué —respondió con naturalidad. Marta lo miró completamente furiosa incapaz de creer que se lo hubiese dicho así, tal cual y sin anestesia—. ¡No me mires así! Si es mayor para emborracharse también es hora de que sepa la verdad sobre los líos amorosos de sus tíos.

Alberto se quedó de una pieza ante tal revelación que nunca llegó tan siquiera a sospechar. Los miraba a ambos con la mandíbula desencajada.

—¿Por eso siempre me preguntas por la tía con tanta insistencia... ?— reveló el chico sonriente y con cara de pillo. Empezaba a comprender un poco mejor las cosas.

—¡Cállate, Alberto! —le ordenó su tío.

—Oh, no, no te calles, Alberto —le pidió Marta, que levantó una ceja y retó a Pablo con descaro. Deseaba saber—. ¿Qué te pregunta sobre mí? —insistió.

—Muchas cosas, pero nunca le cuento mucho, la verdad. Mamá y la abuela me lo tienen prohibido. Aunque el tío ...

—¡Alberto! —Bramó Pablo con un sonoro grito que retumbó en toda la habitación.

—Vale, vale. Allá vosotros con vuestras cosas.

Después de recoger la habitación, Pablo le hizo saber a Marta que iba a llevar a Alberto a su casa y al mediodía lo llevaría a casa de la abuela. Se despidió de Alberto con un cariñoso beso y le hizo prometer que nunca más bebería tanto. Había pasado la noche preocupada y aún sentía la angustia en la boca del estómago.

—¿Te llevo a casa? —se ofreció Pablo antes de que se marchase.

—No. Me voy con quién me espera en mi habitación.

Se le encendió la mirada de inmediato al pensar que la esperaba alguien. No le preguntó quién era, no tenía derecho. Pero los celos lo mataron por dentro.

Se quedó en la puerta hasta que la figura de Marta desapareció a lo largo del pasillo enmoquetado. Cuando se volvió hacia Alberto, este lo miraba aún sentado en la cama, con una sonrisa traviesa pintada en la cara.

—Tú y la tía... Woww. La tía está buena, pero no quiere nada contigo. ¿Por qué os separasteis?

—Ya te lo dije, yo la cagué. Ahora, nos vamos. Levántate. Y sobre esto que te he contado ni una palabra, ¿entendido?

—¿Por qué? —protestó.

—Porque yo lo digo, y porque yo tampoco contaré lo que pasó anoche. Secreto por secreto.

Alberto puso los ojos en blanco.

—Si me lo cuentas todo puede que me ponga de tu parte y te ayude a reconquistarla.

—Gracias, pero no necesito la ayuda de un mocoso. ¿Y quién te ha dicho a ti que la quiera reconquistar?

—Solo hay que ver cómo la miras. Mi padre mira así a mi madre.

—No te metas en esto —le advirtió con un ademán enérgico de la mano.

—No le hagas daño o te partiré la cara —se atrevió a decirle con valentía.

Pablo fue hasta él con cara de pocos amigos, no le gustó en absoluto el tono que empleó para dirigirse a él, pero era admirable, y le revolvió el pelo en un gesto cariñoso.

—Me gusta que te preocupes por tu tía y cuides de ella —le sonrió con orgullo.

Salieron de la habitación y el muchacho lo miró con arrogancia. Por primera vez en su vida se vio en medio de una situación de adultos donde podía aportar algo, porque podía ser un adolescente pero no era ciego.

—Tú todavía sigues muy pillado por tía Marta, aunque te tires a una diferente cada noche.

Pablo le dio un tortazo en la cabeza a modo de reprimenda.

—Cuida esa boca, muchacho.

—De mayor quiero ser como tú —manifestó orgulloso.

—Sería mejor que te parecieras a tu padre. Yo no soy un buen ejemplo, no es oro todo lo que reluce y la procesión va por dentro.

Alberto lo miró sin entenderlo. Para él su tío gozaba de una vida como con la que soñaba tener algún día, con un buen puesto de trabajo, juerga y mujeres. Sin embargo, Pablo jamás hubiera querido que el niño siguiera sus pasos de juventud, ni que acabara como estaba él en esos momentos: muerto de celos al pensar que ella estaba con otro en la habitación de un hotel. No, nunca le desearía eso y se encargaría de así fuera mientras estuviera en su mano.

—¡Lo tuyo con tu ex marido es puro imán! —exclamó María en cuanto Marta abrió la puerta de la habitación. Estaba desayunando mientras leía la breve nota que le dejó encima de la mesa cuando fue a cambiarse de ropa—. Es veros y saltar esa chispa. Y si esta vez no terminasteis en la cama fue por vuestro sobrino. Anda, cuéntame todo con lujo de detalles que aún no salgo de mi asombro. Mira que había gente en la fiesta y precisamente fuiste a encontrarte con él. Entre tu ex y tú aún hay tema, te lo digo yo.

Marta se encogió de hombros, resignada. Se sentó junto a María, le quitó la tostada que estaba a punto de llevarse a la boca y comenzó a relatar la terrible noche que había pasado.

* * *

Antes de finalizar el fin de semana, Miranda y Fernando comunicaron a la familia que se tomaban un descanso. Se marchaban cuatro días a Suiza, se trataba de un viaje que tenían programado desde hacía tiempo con unos amigos y les daba apuro suspenderlo por la llegada de Marta, cosa que a ella no le importó ya que pensaba estar en Barcelona muchos días más.

Con discreción, Marta le comentó a Miranda que necesitaba hablar con ella a solas y ambas se retiraron a la cocina, sin que los demás reparasen en que desaparecían con toda la intención.

—La doctora Tabares me recomendó hacerme unas pruebas rutinarias que no me dieron tiempo a hacerme en Oviedo ya que me venía de vacaciones. Le dije que me las harías tú, pero como te marchas de viaje mañana, ¿me puedes dejar en manos de otro cardiólogo de la clínica?

Aunque sabía que Miranda después se interesaría por el resultado de esas pruebas, tenía la esperanza de que todo no fuese tan grave como la doctora Tabares se lo pintó. Los días que llevaba en casa de su madre le habían sentado muy bien, se sentía como nueva, dormía y comía como no recordaba haberlo hecho en mucho tiempo.

—¿Estás bien, Marta? —se preocupó Miranda.

—Sí, no pasa nada. Son las pruebas rutinarias de cada semestre, que las retrasé un poco por todo el trabajo que tuve.

—Entonces mañana mismo hablo con Bárbara Arnedo, es muy buena. Le digo que te busque un hueco en su agenda cuanto antes. No deberías retrasar las revisiones —la reprendió.

—Lo sé, lo sé, pero he ido de cabeza, de verdad. No lo haré más —se disculpó—. Gracias, hermana.

—Pero, si quieres, puedo quedarme y hacértelas yo misma, ¿eh? —se ofreció de corazón.

—Nada de eso, estoy segura que me dejas en muy buenas manos.

6

El doctor Balaguer se había tomado unos días de vacaciones. Esta era la razón por la cual Miranda se marchó tan tranquila a sabiendas de que Marta andaría por la clínica Miller estos días. No había posibilidad alguna de que se encontrase con él. Y para cuando este ya hubiese regresado no habría peligro tampoco, ella misma se encargaría de citar a Marta en consulta y llevar el expediente aparte. No iba a incluir la información de su hermana en la base de datos a la que todos los cardiólogos de Miller podían acceder, fue algo que le advirtió a la doctora Armedo.

La sala de espera de los pacientes se encontraba desierta mientras Marta consultaba el móvil. Había acudido sola a la consulta de la doctora, no deseaba preocupar a su madre antes de tiempo y así se lo hizo saber a Miranda. Marta tenía la vista clavada en el nombre que estaba escrito en la puerta que tenía ante ella. Consultó el reloj comprobando que llevaba mucho tiempo de retraso y se dijo a sí misma que no le quedaba mucha más espera ya que no había nadie más en la sala, tan solo el paciente que estaba dentro. Se levantó para estirar las piernas y se paseó por la sala, estaba cansada de consultar el móvil y mirar al vacío durante el tiempo que llevaba allí.

De repente, la puerta se abrió y un matrimonio de mediana edad salió. Marta se dispuso a entrar. No conocía personalmente a la doctora, tan solo lo que Miranda le hizo saber que Bárbara era una cardióloga de unos cuarenta años muy simpática y buena en su profesión.

La puerta quedó entreabierta y Marta pasó sin llamar. La doctora tenía el sillón de espaldas a ella y consultaba unos archivadores sin levantarse. Cerró la puerta y dio las buenas tardes mientras se sentaba sin ser invitada. Siempre que pisaba la clínica se sentía como en casa.

Cuando el sillón de la doctora Armedo giró con demasiada brusquedad, Marta pudo comprobar que la persona que ocupaba aquel lugar no era quien esperaba encontrar, ni mucho menos. Se quedó impactada sin poder articular una palabra y casi en estado de shock al descubrir quién la miraba igual de asombrado que ella en esos momentos. A ninguno de los dos les salían las palabras. No esperaban estar frente a frente en esa situación. Marta fijó la

mirada en la bata blanca que llevaba el hombre que estaba delante de ella, en la que llevaba inscrito con claridad “Doctor Balaguer”. Tenía ante sí a su ex marido. Lo miró extrañada de verlo en ese sillón. Ella desconocía que Pablo se hubiese convertido en médico y sobre todo que trabajase en Miller. Aquello le pareció una broma de mal gusto.

Pablo la miraba igual de extrañado. No tenía conocimiento alguno de que fuese a acudir a consulta ese día. Ella no estaba entre la lista de pacientes que le pasó la secretaria de la doctora Arnedo para atender aquella tarde. Y estaba claro que, por la actitud y cara de Marta, acudía como paciente y no esperaba verlo allí.

—Tú... ¿Y... y la doctora Arnedo? —Las palabras apenas le salían—. ¿Eres cardiólogo? ¿Trabajas aquí? —Marta trató de serenarse, el corazón comenzaba a palparle demasiado deprisa. Si no fuese porque las piernas apenas le respondían se hubiese marchado de allí excusándose con que se había equivocado de consulta.

—Hoy sustituyo a la doctora Arnedo —le informó corrigiendo la postura en la silla, mientras le clavaba la mirada en los ojos y se fijaba bien en su aspecto—. ¿Venías a consulta? —preguntó confundido mientras revisaba el listado de pacientes que había recibido esa tarde—. No figuras en la lista de que me pasaron. ¿Qué haces aquí?

—¿Y... tú ... eres cardiólogo? —No salía del asombro.

Era lo último que hubiese pensado de él. Ella se quedó en aquella etapa en la que dejó la carrera de Biología y se puso a trabajar como camarero de una discoteca por las noches.

—Soy cardiólogo. Y trabajo en la clínica Miller desde hace algún tiempo. ¿No lo sabías? —le aclaró extrañado de que no supiese nada. En el fondo siempre creyó que cuando Miranda lo hizo fijo en la plantilla fue porque Marta había dado su consentimiento. Él sabía que su ex era dueña de una parte de esa clínica.

Marta negó con un gesto sin dejar de mirarlo con los ojos muy abiertos. En esos momentos el corazón le galopaba más y más fuerte en el pecho y pareciera que se le fuera a salir. No entendía cómo sus hermanos le habían ocultado esa información. Al fin y al cabo ella también formaba parte de Miller aunque nunca se metiese en nada de lo relacionado con la gestión. Consideraba que Miranda lo hacía muy bien, pero en esos momentos se sentía decepcionada por las personas que más amaba. Si bien no quería que les nombrasen a Pablo, que él trabajase ahí era demasiado, se lo tendrían que

haber contado.

—Ya ves las vueltas que da la vida —le comentó serio intentado mantener una conversación con ella ya que al parecer había perdido el habla—. Me reformé. Hace casi un año que trabajo en esta clínica. Miranda y Fernando me concedieron la oportunidad, y por tu cara veo que no sabías nada.

Ella negó con un gesto de la cabeza mientras se tocaba el pelo y la cara al tratar de serenarse.

—¿Por qué cardiólogo? —La pregunta salió sin pensar mientras lo observaba al detalle, sentado frente a ella tan guapo e imponente con esa bata blanca que le quedaba de maravilla.

—Era una asignatura pendiente con la vida, supongo —le dijo con un leve encogimiento de hombros, casi sin darle importancia.

Ambos se quedaron en silencio unos segundos mientras el terrible pasado hizo aparición en los recuerdos de cada cual.

—Bueno, yo creo que mejor me voy. —Marta se puso en pie de forma precipitada con intenciones de marcharse.

Pablo la imitó, fue hasta ella con rapidez situándose muy cerca y la tomó con delicadeza del brazo para impedir que se marchase.

—Marta, está claro que venías a la consulta por algo. El motivo de que hoy me encuentre yo aquí es que la doctora Armedo me pidió el favor que le cambiase las vacaciones y me haga cargo de los pacientes que tenía citado. Tiene un hijo pequeño que tuvo un accidente en el parque y necesitaba estar con él unos días en casa. Y la verdad no me importó cambiárselas, no iba a hacer nada especial, no tenía reservado billetes para viajar. Pensaba ir a ver a mi madre, algo que puedo hacer más adelante. ¿Qué ocurre? ¿Por qué estás aquí? —Estaba preocupado.

—Unas pruebas rutinarias —le soltó de repente, incómoda—. Miranda está de viaje y me derivó a la doctora. Estoy de vacaciones y quiero aprovechar para hacerme las pruebas que no pude antes por falta de tiempo debido a mi trabajo.

Una de las pocas cosas que Pablo sabía de ella era que se convirtió en una excelente abogada y que su vida estaba asentada en Oviedo.

—Bien, entonces te atiendo yo —le manifestó con decisión.

—Pablo... no creo que sea buena idea, mejor espero a Miranda. Ella regresa en unos días. No hay prisa alguna. Ya te he dicho que son unas pruebas rutinarias, nada grave.

—Marta, por favor, compórtate como una adulta. Ya basta de huir de mí. ¿Ni siquiera me soportas como médico?

Pablo se dio cuenta que se quería marchar, a ella le afectaba tanto tenerlo cerca como a él.

Lo miró en silencio meditando qué hacer.

—Concédeme el beneficio de la duda como cardiólogo —casi le rogó y ella lo sintió sincero—. Si no fuese bueno te aseguro que Miranda no me tendría en el equipo. Tú mejor que nadie sabes lo exigente que es tu hermana y que no soy santo de su devoción precisamente. Te aseguro que mi trabajo aquí me lo he ganado por mérito propio. ¿Puedes confiar en mí al menos como médico? Por favor. —Los ojos de Pablo la ablandaron, ese poder aún no lo había perdido.

Marta se dio por vencida. Respiró hondo y tomó asiento de nuevo dejando todas las pertenencias en la silla de al lado.

—Está bien, ya que estoy aquí, dejaré que seas tú quien me atienda.

Pablo volvió a sentarse, colocó las manos sobre la mesa y la miró con actitud profesional, no deseaba defraudarla. Todo lo contrario, era una buena oportunidad para tenerla cerca tras tanto tiempo. Y estar ahí como médico le daba ventaja.

—Cuéntame. ¿Para qué has venido?

Dicho esto tecleó en el ordenador para acceder al historial de ella, algo que no era la primera vez que hacía desde que trabajaba en Miller, pero Marta llevaba más de tres años que no era atendida por ningún médico de la clínica y el historial estaba sin actualizar. Desconocía el estado actual y si durante esos años surgió algo.

—Pruebas rutinarias. No me las hice con mi doctora de Oviedo y ahora que voy a estar por aquí aprovecho.

Le mintió y no sacó del bolso el sobre que llevaba con el informe que le entregó la doctora Tabares. Decidió que eso lo pondría en conocimiento exclusivo de Miranda o la doctora Arnedo, no pensaba darle aquellos informes a él.

Pablo deseaba hacerle mil preguntas personales, pero no era el momento, se dijo. En aquellos instantes ella no era su ex mujer, sino una paciente y debía comportarse y tratarla como tal.

—Bien. —Pablo tecleo varias anotaciones en el ordenador—. ¿Qué médico te lleva? Veo aquí que Miranda hace mucho que no te atiende ni vienes por la clínica Miller.

—Me lleva la doctora Inés Tabares.

—La conozco. He coincidido con ella alguna que otra vez.

—Es una buena doctora.

—Sí, lo es —le confirmó sin mirarla centrado en la pantalla del ordenador.

Cuando dejó de escribir en él la miró. Ella lo observaba mientras se comportaba de forma muy profesional.

—Analítica completa para mañana en ayunas, un electrocardiograma y un ecocardiograma. Depende de lo que den ya vamos viendo. Ahora te voy a auscultar y tomar la tensión.

Con la profesionalidad que lo caracterizaba cuando ejercía de médico, se levantó del sillón con decisión y se colocó al lado de la camilla esperando que Marta fuese hasta él como lo hacía con todos los pacientes. Por ser ella no pensaba romper con la rutina.

Tras una mirada de Pablo instándola a que acudiese a la camilla, la vio poner los ojos en blanco y tuvo que contener las ganas de reír.

En medio de aquella situación tan surrealista Marta se convencía de que aquello era lo que le aconsejó el psicólogo meses atrás, tenía que enfrentar el pasado y no tenerlo en el olvido como algo que no sucedió nunca, y qué mejor forma que esa. Se animó mentalmente y se sentó en la camilla mientras se remangaba la camisa algo incómoda por la situación.

—Mejor quítate la camisa y tiéndete —le aconsejó al ver lo difícil que le resultaba subirse la manga de la blusa.

Ella lo miró, él le sonrió y, con recelo, se la quitó quedando de cintura para arriba medio desnuda, solo con un bonito sujetador de lencería fina color rosa palo.

Pablo se comportó en todo momento como un profesional. Trató de frenar las imágenes que se le pasaban por la mente de todo lo que le gustaría hacer con ella. Marta estaba muy cambiada, había recuperado peso, a pesar de seguir delgada, ya no era un palo seco como la última vez que la vio desnuda.

—Tu tensión está algo baja y el ritmo del corazón es un poco acelerado —le diagnosticó sin dejar de mirarla a los ojos, demasiado cerca tras tomarle la tensión y las pulsaciones.

Marta se incorporó en la camilla y comenzó a colocarse la camisa con premura.

—¿Te encuentras bien últimamente? Tu ritmo del corazón me alarma

un poco.

—Sí —le mintió de nuevo sin mirarlo de frente, se centraba en los botones de la camisa con la cabeza gacha.

Pablo tomó unas notas en un folio encima de la mesa sin decir nada y volvió hacia ella. Marta tenía la camisa a medio abrochar y él no dejó que continuase con la tarea. Interpuso sus dedos entre los de ella sintiendo el contacto de los suyos, fríos como el hielo.

—Deja que te vuelva a auscultar —le anunció pidiéndole permiso.

Ella lo miró recelosa con mala cara y, tras ver la expresión de Pablo, lo dejó hacer. Observó cómo se colocó de nuevo el fonendoscopio y llevó la mano hasta su pecho. Sintió la frialdad del objeto junto al calor que desprendía la proximidad del cuerpo de Pablo, y allí sentada en la camilla, con él muy cerca, se permitió observarlo al detalle mientras la reconocía en silencio.

Pablo estaba concentrado, escuchaba el ritmo del corazón de la única mujer que conseguía acelerar el suyo con una sola mirada. Nunca antes lo sintió tan cerca como ahora. Se lamentó de que ese corazón ya no sintiese nada por él.

—¿Tu corazón siempre va así de acelerado o lo podemos achacar a la circunstancia de este inesperado encuentro? —bromeó mostrándole una sonrisa, esa innata con la que solía desarmar a cualquier mujer y con eso relajar un poco el ambiente entre ambos.

—Hace mucho que mi corazón ya no siente nada por ti, Pablo. No seas prepotente —le espetó malhumorada por su comentario. A continuación, se levantó y se abrochó la camisa con prisa.

Él se la quedó mirando, se retiró un paso al lado y la miró con una sonrisa.

—Estás guapísima. —No pudo callarse el piropo mientras la admiraba con orgullo—. Muy cambiada desde la última vez que te vi años atrás. Te juro que cuando nos encontramos en casa de tu madre hace unos días me costó reconocerte. Has cambiado mucho y la prueba es que no te reconocí la pasada noche, vampiresa.

—Tú sigues igual —sonó como una acusación.

—Por fuera quizás, por dentro te juro que soy otro.

A Marta le costó creerlo y se lo mostró con un gesto de la cara.

Él se sentó tras la mesa para seguir con las tareas pendientes, escribió algo en el ordenador, imprimió unos papeles que le entregó a Marta y lo

apagó. Era la última paciente del día, llevaba más de doce horas trabajando y necesitaba un respiro.

—¿Te tomas algo conmigo? He terminado por hoy. Hace muchos años que no nos vemos y después de lo de la otra noche... No pudimos hablar más con lo de Alberto, creo que nos quedaron asuntos pendientes.

Ella no se esperaba esa proposición.

—¿Y dices que has cambiado? —se burló de él—. Sigues igual que siempre. Un consejo, no trates de llevarte a la cama a alguien que ya has tenido en ella y no te gustó demasiado. Luego vienen las decepciones.

—Eso lo dices tú. Nunca fuiste una decepción para mí, todo lo contrario, eres y serás mi mejor recuerdo.

Marta resopló exasperada sin permitirse creer en las palabras que sonaron tan sinceras.

—No voy a tomar nada contigo, déjalo, Pablo. —No quería que le insistiese más.

—¿Por qué? Así podrás comprobar que no sigo igual que siempre. Te estoy pidiendo que seamos amigos, que nos tomemos algo como dos personas civilizadas que en un pasado compartieron cosas. No te estoy invitando a que te vengas a la cama conmigo.

Marta tomó aire tratando de no perder la paciencia.

—Me alegro que hayas reconducido tu vida por el buen camino y ahora trabajes en esta clínica, pero no voy a ir contigo a ningún lado. Cuando nos veamos delante de la familia te saludaré educadamente, incluso puedo sobrellevar estar en tu presencia en una determinada situación, como ahora mismo, pero nada más.

—¿Tienes miedo de que terminemos en la cama como la última vez? —se atrevió a recordar con descaro.

Marta lo miró reprochándole haber mencionado aquello.

Deseando salir de allí con ella, Pablo se quitó la bata y se colocó una chaqueta azul marino.

—No me mires así, Marta. Nuestra consulta ha terminado. Ahora somos tú y yo, nada de paciente y médico.

—¿Para qué quieres ir a tomar algo conmigo? —terminó por preguntarle de forma directa y en un tono de claro reproche.

—Siempre me gustó hablar contigo y me gustaría saber qué es de tu vida. Aunque te parezca mentira no sé mucho de ti, eres un tema tabú con Miranda, Fernando y Alberto —le confesó mientras clavaba la vista en sus

manos en busca de un anillo que le revelase más información sobre ella. No encontró nada—. Vamos a un lugar aquí cerca, se llega andando —le propuso insistente mientras abría la puerta y le indicaba que lo acompañase de forma amable y con la mejor de las sonrisas pintada en esos labios que Marta había anhelado besar mientras se fijaba en ellos cuando la auscultó.

Decidió enterrar el hacha de guerra y aceptar la proposición de Pablo. Al fin y al cabo desde que llegó a la consulta se había comportado con mucha amabilidad y había un cambio patente en él. Se tomaría una coca cola y de esa forma no le volvería a insistir más. Quizás así mejorasen las relaciones familiares.

Ambos salieron de la clínica y Pablo la llevó a un lugar cercano, de esos que cuando entras admiras el sitio nada más poner un pie en él. Estaba muy bien decorado, predominaban los tonos negro y plata, había mucha luz, las mesas estaban puestas de cierta forma que cada una tenía intimidad y la barra, situada al fondo del local, era blanca por completo, resaltaba sobre el resto del bar. El hilo musical era perceptible pero sin ser excesivo como para impedirte escuchar a la gente. En esos momentos sonaba un clásico, *The best* de Tina Turner, una de las canciones preferidas de Marta. Esto hizo que se sintiese bien y comenzase a relajarse en la compañía de Pablo.

—Me gusta el sitio, ¿es nuevo? —Marta admiró el lugar.

—Sí, lleva unos ocho meses abierto —respondió. Se quitó la chaqueta, la dejó sobre el respaldo de la silla y se sentó frente a ella.

—Doctor Balaguer, ¿lo de siempre? —le preguntó el camarero que había junto a la mesa. Pablo asintió mientras se ponía cómodo—. ¿Y la señorita?

—Una coca cola, por favor.

—Sin cafeína —apostilló Pablo.

Ella le sonrió levemente, en el fondo de su ser le halagaba que estuviese pendiente de ella.

—Soy tu médico, recuerda.

—Por ahora. —Y decidió cambiar de tercio—: ¿Vienes mucho por aquí?

—La verdad es que sí, este bar es de un amigo mío. Mira, el de allí. —Señaló a un rubio de ojos azules con pintas de extranjero, lo saludó con un gesto de la mano y a los tres hombres que estaban en la barra tomando unas cervezas de pie—. Luego te lo presento, se llama Thiago.

Marta se lo quedó mirando, era un hombre grande y fornido con rasgos

muy acentuados.

—Tiene pinta de mafioso. —No pudo callarse el comentario.

Pablo no pudo evitar una carcajada.

—Thiago es uno de los mejores tíos con los que me he topado en la vida. Sus padres son rusos, pero él nació aquí. Y déjame aclararte que ahora solo me relaciono con gente de bien. Miranda y Fernando conocen a la mayoría del círculo de mis amigos y están aprobados.

—No me importa con quién te relaciones, eso es cosa tuya.

—Desde aquel accidente en el que casi perdí la vida he cambiado mucho. Me hizo ver el mal camino que llevaba y que tarde o temprano terminaría como Tomás, muerto por causa del alcohol o las drogas y llevándome la vida de inocentes por delante —le reveló aquello acercándose más a ella y con la voz más baja de lo que hablaron anteriormente—. Dejé la mala vida, Marta, ahora soy una persona sana y con una profesión respetable.

—Me alegro que el tiempo te haya cambiado en ese aspecto —se lo dijo de corazón y Pablo lo percibió.

Él volvió a mirarla en silencio con esa mirada penetrante tan suya.

Marta, incómoda, se tocó el pelo, agradeció que le trajesen la bebida en esos momentos y bebió para aclararse la garganta y refrescar el acaloramiento que sentía en todo el cuerpo. Tener a su ex marido cerca la alteraba de una forma que era incapaz de controlar.

Pablo le dio un sorbo a la cerveza sin dejar de mirarla y por unos segundos permanecieron sin saber qué decirse ni de qué hablar.

—Me pregunto si la curiosidad no te corroe por dentro como a mí en estos momentos o es que tienes más información que yo —terminó por romper el silencio un Pablo curioso por saber más de ella. Tenía la oportunidad de saciar años sin saber qué fue de Marta.

—No sé a qué te refieres.

—Vamos, Marta, no te hagas la tonta. Desde que nos divorciamos apenas sé nada de ti. Mi hermano ni te nombra en mi presencia y cuando le pregunto solo me dice que estás bien.

—Te decía la verdad. ¿Qué más te interesaba saber? —le preguntó con indiferencia. Al ver que Pablo esperaba más sin preguntarle directamente, resopló—. ¿Esperabas un parte casi a diario de mi vida? A mí no me interesa que vivas en Barcelona, que seas médico o que trabajes en mi clínica —le recalcó que era su clínica.

Cuando estaban casados, Pablo nunca llevó demasiado bien que Marta

fuese la que sostuviese los gastos de ambos y manejase todo el dinero que tenía, heredado de su padre fallecido.

—¿Te he sorprendido? —le preguntó con aire divertido y una medio sonrisa.

Marta se había propuesto molestarlo con el comentario, pero lejos de eso, lo único que propició fue que Pablo la mirase con mayor atención, con ese brillo en los ojos que la encendía por dentro y le cosquilleaba en la palma de las manos. ¿La había sorprendido? ¡Pues claro! Jamás pensó que fuera a salir del fango en el que lo dejó.

—Me esperaba de todo con respecto a ti, pero jamás que te convirtieses en médico.

Pablo rompió la tensión del ambiente con una sonora carcajada que atrajo las miradas de los que los rodeaban.

—Ya ves las vueltas que da la vida, y las personas. Ahora tienes la oportunidad de impresionarme tú a mí. ¿Qué es de tu vida? —volvió a insistir con dulzura.

—Soy abogada, ejerzo, comparto un despacho con una gran amiga en Asturias y nos va muy bien —le resumió con contundencia.

—Eso es lo único que sabía de ti.

—Pues es todo lo que hay —sentenció Marta. Se inclinó sobre la mesa posando ambas manos sobre su barbilla y le sonrió de forma seductora sin ser consciente de ello.

Pablo se le quedó mirando los ojos almendrados y el pelo. Llevaba media melena con mechas rubias que le sentaban de maravilla a su piel clara. Tenía aspecto de ejecutiva. Vestía y actuaba como tal y eso la hacía más interesante de lo que la recordaba, comprobó que su aspecto de abogada lo ponía.

—¿Eres feliz?

La pregunta la dejó descolocada por completo. De inmediato se puso seria, reposó la espalda sobre el asiento y llevó ambas manos a la frialdad del vaso de cristal que tenía ante ella.

Pablo esperaba una respuesta y la miraba serio.

—Tengo un trabajo que me gusta, vivo en una ciudad preciosa y cuento con grandes personas a mi lado.

—No has contestado a la pregunta.

—¿Y tú, eres feliz? —contraatacó.

—Muy hábil, señora abogada —le sonrió consciente de su táctica—,

pero usted mejor que nadie debe saber que una pregunta no se responde con otra.

Ambos se quedaron en silencio por unos instantes. Marta arrastró la silla hacia atrás e hizo amago de levantarse, no aguantaba más. Pablo fue rápido y la tomó por la muñeca impidiéndole que lo hiciese.

—No soy feliz, Marta. Trato de sobrevivir pero creo que nunca llegaré a ser feliz por completo, llevo demasiados pesos sobre mi conciencia.

Ella lo miró fijamente, asombrada ante su sincera e inesperada revelación.

—La felicidad es relativa. Debemos acostumbrarnos a ser felices con lo que tenemos.

Ella se soltó de la mano que la agarraba con fuerza y él la dejó ir. Se levantó a la misma vez y la ayudó a colocarse el abrigo con un gesto caballeroso.

—Ven, quiero que conozcas a mis amigos —le propuso antes de dejarla marchar para relajar el ambiente entre ellos.

Marta no estuvo muy por la labor, le puso mala cara, deseaba marcharse de inmediato ya que la cercanía y la sinceridad que vio en los ojos de ese nuevo Pablo que se mostraba ante ella la tenían demasiado abrumada.

Pablo no la dejó protestar. La guiaba con una mano posada en la espalda y sin darle margen de que se marchase.

—Dos de ellos son médicos de la clínica —le susurró cuando ya estaban cerca de los hombres que había saludado al llegar—, eres su jefa —bromeó aludiendo a la pulla que ella misma le había lanzado—. Y nos llevan observando desde que entramos, mejor que sepan quién eres para que no te confundan otro día.

Marta le echó una mirada reprobatoria, sabía que la confundirían con una de sus muchas conquistas.

—Señores, os presento a Marta Miller —les anunció Pablo acercándose a los tres hombres.

Dos de ellos, al escuchar el apellido Miller, se pusieron en tensión. En otra ocasión, al ser una mujer que les presentaba Pablo la hubiesen saludado con dos besos, sin embargo uno de ellos fue el primero en extender la mano.

—Adrián.

—Él es pediatra —le informó Pablo.

—Encantada.

—Soy Rodrigo —la saludó otro con un breve estrechamiento de manos.

—Él es ginecólogo. Los dos en la clínica Miller —le volvió a informar Pablo.

Cuando llegó el turno del último hombre este se presentó solo.

—A mi no me presentes, ni te voy a dar la mano como estos dos estirados. —Miró a sus dos amigos y luego a Marta, sonriente—. Yo soy Thiago, el dueño de este lugar, a tus pies para lo que necesites, preciosa. —Seguidamente le dio dos besos demasiado cariñosos para el gusto de Pablo, que lo reprendió con severidad con una mirada.

—Ella es la hermana de Fernando y también dueña de Miller aunque nunca aparezca por allí —la presentó a los tres.

Marta lo miró mal, no le gustó la forma en la que lo hizo.

—Vaya, al fin te ponemos cara. Eres la Miller que nos faltaba por conocer —dijo Thiago—. ¿También eres médico?

—Abogada —les aclaró con una sonrisa.

Thiago que en esos momentos le daba un sorbo a una cerveza casi la escupió.

—Joder, peor aún.

Todos estallaron en carcajadas.

Thiago aborrecía a los médicos y abogados.

Rodrigo y Adrián no dijeron nada, se limitaron a observarla y admitieron para sí que se trataba de una mujer muy atractiva.

—Bueno, señores, encantada de conocerlos, ya me marchaba.

—Tómame algo con nosotros, yo invito —le propuso Thiago.

—Otro día. —Marta declinó la invitación.

—Te tomo la palabra, preciosa —le insistió Thiago con la mejor de las sonrisas.

—Te acompaño, es tarde. —Pablo se mostró decidido.

—Tengo mi coche cerca y no soy una niña.

Se dio media vuelta y lo dejó con la palabra en la boca. Él no la siguió, se quedó donde estaba con la mirada puesta en la silueta de la atractiva mujer que salía del local con una gran elegancia en sus pasos tras dejarlo con ganas de ir detrás de ella como un perrito faldero.

Thiago lo sorprendió con un golpe en la espalda sacándolo de sus pensamientos y haciéndolo volver a la realidad.

—¡La quieres en tu cama pedazo de cabrón! Solo hay que ver como la miras y eso que es algo así como casi tu hermana.

—Conocemos esa mirada, tío. Es tu próxima presa —aventuró Adrián,

más relajado cuando desapareció Marta.

Pablo los miró serio a los tres un instante. Aunque Rodrigo no dijo nada, sonreía de forma malévolamente.

—Ya la he tenido en mi cama —les informó con voz queda, viendo a través de los cristales del local como Marta cruzaba la calle en dirección al coche.

—¡Este tío es mi héroe! ¡No se le escapa una! —vitreó Rodrigo que lo admiraba en las relaciones con las mujeres.

—Pues está claro que no está muy dispuesta a volver a tener nada contigo. ¿Merece la pena? A mí me encandiló Marta Miller, me la pido —les dijo Thiago con una gran sonrisa de conquistador.

Pablo lo miró con ganas de asesinarlo por el desafortunado comentario.

—Es mi ex mujer y al primero que se le ocurra mirarla de forma insinuante siquiera me lo cargo, ¿entendido?

—¡¿Tú qué?! ¿Has estado casado con ella? ¿Cuándo? Te conozco desde hace cinco años, pedazo de cabrón, y nunca me dijiste que habías estado casado con nadie —le reprochó con dureza Thiago.

Adrián y Rodrigo aún no se recuperaban de lo que acababan de escuchar.

—Me casé con ella el mismo día que cumplió los dieciocho. Nuestro matrimonio apenas duró unos meses.

—¡Joder, qué fuerte, tío! —Thiago no salía del asombro.

—¿Tu ex mujer? —repitió Adrián con una fuerte carcajada—. Bueno, a mí no me importaría comprobar si ha cambiado después de tanto tiempo. Es evidente que esa mujer es puro fuego.

La mirada que Pablo le lanzó fue suficiente para que las bromas entre los tres hombres cesasen de inmediato. También se apagaron las sonrisas socarronas y las palmadas en la espalda. No iba a permitir bravuconerías a costa de Marta y era mejor dejarlo claro desde el principio por si alguno de ellos había pensado en alguna posibilidad con ella.

—Me parece a mí que hay algo de ese matrimonio frustrado que quedó sin acabar, ¿a que sí? —le preguntó Rodrigo con una sonrisilla. Ninguno de los presentes era tan estúpido como para no darse cuenta de que Pablo estaba atado a esa mujer, incluso después de tantos años.

—No es de vuestra incumbencia—les gruñó con mala cara, dándose media vuelta y encaminándose hacia la salida del local a grandes pasos y malhumorado.

Unos celos que hacía años no sentía por nadie se apoderaron de él y necesitó estar solo.

Los tres hombres se quedaron con la palabra en la boca y deseos de saber más. Se llevaron los vasos a la boca y sonrieron en silencio.

—Parece que Marta Miller es la horma del zapato de Pablo Balaguer — dijo Thiago con una amplia sonrisa.

Al día siguiente, una mañana lluviosa y gris, Marta acudió a la clínica acompañada de María, que insistió en no dejarla sola.

Durante todas las pruebas, que le llevaron un par de horas, Marta no coincidió con Pablo en el hospital. Le propuso a su amiga desayunar en un lugar cercano para no coincidir con media plantilla de Miller en la cafetería de la clínica, pero la verdadera razón era que no deseaba volver a encontrarse con su ex.

El *Seven* estaba cerca y Marta decidió ir allí con María. La noche anterior le gustó el lugar donde Pablo la llevó. Esa mañana no estaba muy lleno y se permitieron escoger una mesa discreta y apartada donde pudiesen hablar con privacidad. No obstante, Marta advirtió a su amiga de que el rubio que estaba tras la barra poniendo unos cafés, y no había advertido su presencia, era muy amigo de Pablo. Los ojos de María repasaron con aprobación al hombre cuando se volvió con dos tazas en las manos.

—Cuéntame con lujo de detalles todo lo que sucedió ayer con tu ex — le dijo María, tan impaciente que apenas dejó que Marta tomase asiento.

Marta, nada más llegar a casa la noche anterior, llamó a María y le contó lo sucedido con Pablo en la clínica. Necesitaba desahogarse y expresar en voz alta lo que acababa de vivir con él, pero estaba tan nerviosa que no se lo relató con demasiada precisión y su amiga tenía muchas lagunas.

—¿Tú sabías que él era cardiólogo en la clínica? —le preguntó Marta esperanzada en que alguien de su entorno no le hubiese ocultado aquella información.

—Sí —le respondió María con algo de culpabilidad—. Me lo dijo tu hermana un día que estuvo a mi peluquería.

El semblante de Marta cambió al instante, la miró con cara de reproche por habérselo ocultado.

—Tú nunca quisiste saber nada más de él. Años atrás nos hiciste jurar que no lo nombrásemos y creo que Amaia y yo en ese sentido hemos cumplido —trataba de excusarse ante la mirada reprobatoria que le dirigía.

Marta suspiró recelosa, llevaba toda la razón. No tenía derecho a

molestarse con nadie ya que fue ella misma la que pidió que no le diesen ninguna información sobre Pablo.

—Voy a hablar muy seriamente con Miranda. No le voy a perdonar con facilidad que me lo haya ocultado.

—Seguro que Miranda tiene sus razones, escúchala.

—¿Qué sabes de él? De su vida —le especificó. Algo dentro de ella le pedía saber más de ese hombre que nunca llegó a abandonar su corazón por completo.

—No mucho —le confesó indiferente.

—Vamos, María, no te creo. Tienes un salón de belleza al que acude la crema y nata de esta ciudad, y resulta que Pablo es el hermano de Fernando Miller. Estoy segura que se habla y mucho de él.

—¿De verdad lo quieres saber? Yo creo que es mejor que todo siga como hasta ahora —le comentó temerosa. Siempre supo que su amiga no había pasado página con ese hombre.

Algo impaciente por escuchar a su amiga, Marta chasqueó la lengua y pensó que María se lo estaba poniendo difícil, y si ella no soltaba por la boquita lo que sabía era porque tenía la clase de información que le podía interesar.

—De verdad, dime todo lo que sepas, lo necesito. Es parte de la recomendación que me hizo el psicólogo. —Se quedó con la mirada fija en la cara de María tras revelar la información que ignoraba—. Se lo conté a Amaia antes de venir, nadie más sabe que he acudido a un psicólogo después de dejarlo con Darío —le confesó con seriedad y María la miró con los ojos descajados—. No me mires así, decidí acudir a un especialista y hablar de mi problema. A día de hoy ya reconozco algo que no hice nunca. No he superado mi separación de Pablo. —María se preocupó por ella—. El psicólogo dijo que tenía que pasar página y asimilar que mi matrimonio no salió bien, pero que por eso no todas las relaciones serían igual. Me aconsejó hablar con naturalidad de mi ex marido y del pasado con él. Tú bien sabes que he querido olvidar esa parte de mi vida. Amé demasiado a Pablo como nunca pensé que se podría hacer, por eso todo dolió tanto. Siempre espero que me traicionen de alguna manera cuando empiezo una relación, y esa es la razón que me impide ser feliz, relajarme y disfrutar. Por eso he decidido que Pablo no sea más un tema tabú. Anoche acepté tomarme algo con él. Han pasado los años y debo pasar página ya que sin quererlo he estado estancada en el pasado.

—Eres una valiente —le dijo María, que la observaba con admiración.

Marta tomó una bocanada de aire. Lo necesitaba después de revelar sus miedos. Interiormente ya los había aceptado, pero le costaba sacarlo fuera y decirlo en voz alta. Admitir que era una mujer muy débil e insegura con respecto a Pablo le era difícil de reconocer.

—Y ahora cuéntame qué es de la vida de mi ex marido y qué se dice de él. Te aseguro que estoy preparada para escucharlo y afrontarlo —le rogó.

No se sentía cómoda con la mirada inquisitiva que Marta le lanzaba. En su mente valoraba cómo asimilaría su amiga la información que le iba a dar. Era ella la que se la pedía y no pensaba ocultarle nada de lo que sabía. Le dio un sorbo al café que le habían servido y se aclaró la garganta.

—Pablo Balaguer sigue soltero. No se le conoce relación duradera alguna. Siempre anda con unas y con otras. Se dice que le gusta mucho una juerga... y ciertas prácticas sexuales, tú me entiendes. —Prefirió no indagar en ese tema—. Se le ha visto en ciertos clubs y sus ex amantes hablan de las cosas que le gusta en la cama. —Marta tragó con dificultad, eso era algo nuevo—. Es el hombre del momento. No hay fiesta que se le resista, a veces creo que tiene un doble porque es imposible que acuda a tantas y trabaje. Eso sí, en el plano profesional se dice que es un buen médico, trabajador y, para sorpresa de muchos, colabora con ayudas humanitarias y eventos solidarios. Al parecer estuvo en Médicos sin Fronteras algún tiempo. Tu hermana está contenta con su trabajo en la clínica y tú mejor que nadie sabes lo exigente que es. Estoy segura que a él lo medirá con lupa.

—Vaya, toda una caja de sorpresas, aunque una parte de él no me asombra para nada.

—Se dice que nunca se enamora de nadie, no suele estar con la misma mujer más de una semana.

—¿Algo más?

—Que yo sepa no, es lo que dicen mis clientas de él que es un hombre capaz de seducir hasta a la anciana más huraña que exista.

—Sí, debemos reconocer que atributos no le faltan. Y si te soy sincera, te diré que con los años ha mejorado.

—¿Qué pasó ayer entre vosotros? A nivel personal —especificó María, no le interesaba el plano profesional, ese se lo contó con lujo de detalles la noche anterior.

—No mucho. Primero fue una relación médico-paciente y luego insistió en tomarnos algo aquí y hablamos de nuestras vidas un poco.

—¿Vas a continuar con Pablo como tu cardiólogo para el resultado de las pruebas de hoy? —María no se pensaba marchar sin que Marta le contase qué pensaba hacer de ahora en adelante.

—No. Miranda vuelve en dos días y hablaré con ella cuando regrese. A la consulta de Pablo no pienso acudir más ni dejar que me trate. Le pediré a Miranda que mi historial médico lo lleve de forma confidencial para que él no tenga acceso de ninguna de las maneras.

Con la mirada fija en la media taza de descafeinado que le quedaba Marta se revolvió incómoda en la silla. María la notó inquieta, algo más la preocupaba.

—¿Qué ocurre, Marta? Hay algo más que me quieres contar y no sabes cómo, ¿verdad?

Al sentir el contacto de las manos de María en las suyas, Marta le sonrió con una luz apagada en la mirada.

—Aún no se lo he contado a nadie, pero algo no va bien. Antes de venir la doctora Tabares me pidió que me hiciese unas pruebas. Últimamente he tenido muchos altos y bajos, demasiado trabajo y estrés, y mi corazón se ha visto afectado.

María la miró preocupada, le sintió las manos frías y sudorosas.

—¿Estás bien? Pensé que las de hoy eran unas simples pruebas rutinarias.

—Sí, me encuentro bien, pero tengo que hacerme los exámenes que me pidió la doctora Tabares y ver qué sale de nuevo. Las últimas no salieron muy bien que digamos.

—¿Hay más aparte de las pruebas de hoy?

—No, las de hoy son algo simple. No le entregué a Pablo los informes que me dio mi doctora. —María la miró reprendiéndola—. Se lo daré todo a Miranda en cuanto regrese, no te preocupes. —María fue a decir algo pero Marta no la dejó—. Se marchaba de viaje y no quise asustarla, solo iba a estar fuera cuatro días.

—Prométeme que si te encuentras mal no te harás la valiente y se lo dirás a Pablo. Antes que nada está tu salud —le dijo alarmada.

—Prometido, me encuentro bien. Estoy sin hacer nada, descansada, sin estrés de trabajo. No me va a pasar nada, tranquila.

En un impulso, María se levantó de la silla que ocupaba frente a su amiga y le dio un gran abrazo. Tras consultar el reloj, le dio un beso y se despidió de ella con prisas, llegaba al trabajo con demasiado retraso.

Más serena tras haberse sincerado con María, Marta se terminó el café mientras consultaba el *iPad*.

—Así que eres su ex mujer. —Una voz de hombre muy cerca de ella la sacó de la lectura que estaba concentrada.

Sobresaltada por la información que le acababan de revelar, Marta levantó la cabeza y se encontró con un hombretón de ojos azules y pelo rubio recogido en una coleta que la miraba con curiosidad, más que la pasada noche.

—Thiago —pronunció nerviosa.

Este le mostró una espectacular sonrisa al ver que recordaba su nombre, y sin pedirle permiso se sentó en la silla que minutos antes ocupaba María.

—Perdón, no era mi intención asustarte. He visto que tu amiga se marchaba y te quedabas sola. ¿Molesto?

—No, estaba a punto de irme. ¿Qué quieres saber? —le preguntó tras apagar el *iPad* y meterlo en el bolso.

Aquel grandullón le sonrió con admiración por la manera tan directa que Marta tenía de abordar las cuestiones.

—Eres una mujer que no se anda con rodeos, eso me gusta.

—Valoro mucho mi tiempo —le contestó seria.

—Hace cinco años que soy el mejor amigo de Pablo y fue anoche cuando me enteré que estuvo casado, entre nosotros no había secretos y creo que el hecho de que me haya ocultado que fuisteis marido y mujer significa algo.

—¿Debo sentirme ofendida o halagada por eso? —le preguntó con sorna.

—Indiscutiblemente halaga. Si Pablo no me habló de esto antes es porque fuiste importante para él. —Se la quedó mirando casi sin pestañear—. Ahora entiendo algunas cosas mucho mejor.

—¿Qué cosas? —consiguió despertarle la curiosidad.

—Cosas mías. —Se mostró indiferente—. ¿Por qué os separasteis? —le preguntó de golpe.

—Eso pregúntaselo a tu amigo, aunque si lo conoces bien no te costará deducirlo.

Dicho esto, Marta se levantó y comenzó a ponerse el abrigo. No le apetecía entablar una conversación sobre Pablo con un desconocido que resultaba ser su mejor amigo.

Justo en esos momentos Pablo entró en el bar acompañado de una

mujer bastante atractiva. Cuando reparó en Marta junto con Thiago, su expresión cambió de repente, desapareció la sonrisa que lucía y el rostro se le volvió de granito. Un leve tic se manifestó en la mandíbula y sus ojos se clavaron en ella sin existir nada ni nadie más en ese instante.

—¿Quién es esa mujer que te ha cambiado la cara nada más verla y te ha dejado sin habla? —le preguntó Victoria, la acompañante de Pablo, algo recelosa de que otra mujer le robase protagonismo.

Pablo la miró de mala gana por hacer ese comentario demasiado cerca de Marta.

—No es nadie, vamos. —La cogió del brazo e hizo que pasara rápido a una mesa.

Apenas los saludó con un asentimiento de cabeza sin pararse.

Luego observó cómo Thiago acompañaba a Marta hasta la puerta. Intercambiaron unas palabras y ambos se sonrieron con confianza, algo que lo molestó aún más de lo que ya estaba. Pero cuando Thiago le dio dos besos demasiado cariñosos para despedirla, fue el colmo. El bufido que emitió fue lo suficientemente sonoro como para que Victoria levantase la cabeza y se fijara en la escena que protagonizaba el dueño del bar y aquella mujer.

—Buenos días doctora Esteban, doctor Balaguer... —Thiago se dirigió a Pablo con una gran sonrisa en la cara—. ¿Lo mismo de siempre para desayunar?

—Yo solo quiero un café —manifestó malhumorado.

La perfecta ceja de Victoria se alzó. Estaba clara la incomodidad de Pablo al ver a su amigo con la chica, pero eso no la frenaría para averiguar más sobre aquella mujer.

—¿Quién era ella, Thiago? ¿Nueva conquista a la vista? —preguntó Victoria con una sonrisa coqueta para molestar a Pablo.

—Solo una conocida. No me gusta pisar el terreno de los demás — Thiago dijo aquello sin quitarle la vista a Pablo de los ojos. Luego desapareció dejándolos solos.

—¿Tienes algo con la mujer que acaba de salir? —comentó Victoria con una sonrisa forzada como al descuido.

Pablo la miró cansado de las constantes intromisiones en su vida sin derecho alguno.

—Deja los temas personales —lo cortó tajante—. ¿Qué tal fue la guardia de ayer?

—Yo podría hacerte un hombre muy feliz —enredó los dedos entre los

suyos y le acarició la pierna con la punta del zapato—. Dame la oportunidad.

—Victoria, de verdad, no sé cómo dejarte claro que no me lío con compañeras de trabajo, y tú lo eres. Fin del asunto —le advirtió con dureza. No estaba dispuesto a saltarse la norma esencial que le impuso Miranda cuando entró a trabajar en la clínica, nada de enredos con el personal.

—Nadie tiene por qué enterarse —le rogó Victoria con la mirada encendida de deseo—. Será nuestro secreto, doctor —intentó convencerlo tras descalzarse y ascender con el pie hasta su entrepierna.

—A ver si te queda claro de una vez por todas, Victoria: tú y yo no tendremos nada. Jamás. Asúmelo.

Estas duras palabras consiguieron herirla. Sin mediar palabra, se levantó de golpe y se marchó ofendida.

Cuando Thiago llegó con los dos cafés y la media tostada de pan integral para ella, la mujer salía por la puerta con prisas.

—¿Otra más que hace cola? —le preguntó a su amigo en plan chistoso. Se sentó frente a Pablo y dio un gran bocado a la tostada.

—Tuvimos un acercamiento una noche que bebí un poco demás, no llegó a pasar nada, y desde entonces está empeñada en tener algo conmigo. Ya sabes cuál es mi regla —Thiago asintió—, eso me evita grandes problemas y habladurías que alteren a mi cuñada. Bastante me ha costado en este año volverme a ganar su confianza y no pienso arriesgarme.

—¿Eso incluye a Marta Miller? Al fin y al cabo es tu jefa. ¿Tengo vía libre con ella?

Le dijo aquello para molestarlo y sonsacarlo, Thiago lo conocía bien y sabía cómo extraerle la información que deseaba.

—Ella es diferente —afirmó categórico—. Y no, no tienes vía libre con ella.

—¿Por qué? —insistió impasible tras darle otro bocado a la tostada y beber del café.

Aquella situación lo divertía. Cuando se lo proponía era un demonio.

—Porque lo digo yo —gruñó con cara de mala leche tras dar un golpe en la mesa.

—Eso no me vale. Lo vuestro ya terminó hace mucho, ella es libre. —Thiago continuó retorciendo la tuerca.

Le sonreía con diversión en la mirada, disfrutaba del momento. Lo ponía contra la espada y la pared, y le vino muy bien que lo viese con Marta minutos antes y sentir los celos que aparecieron en la cara de su amigo.

Nunca los vio antes y le resultaba hasta cómico.

—Ella es mía y jamás soportaría verla delante de mis narices con nadie, ¿lo entiendes? —Lo taladraba con la mirada.

—No lo entiendo. —Thiago se mostraba indiferente a las palabras de Pablo—. No sería la primera mujer que hemos compartido.

—¡Joder! —Pablo dio otro sonoro golpe sobre la mesa y se puso en pie—. Ella es y siempre será la mujer más importante de mi vida y quiero lo mejor para ella, que sea feliz.

—¿Y cómo sabes que yo no la haría feliz? Tal vez haya llegado el momento de centrarme en una sola mujer.

—¡Pues hazlo con otra! —Pablo perdió los papeles y alzó tanto la voz que sobresaltó a varios clientes.

En ese momento Thiago sonrió y comprendió lo evidente.

—Sigues enamorado de ella, solo hay que verte. Jamás te vi así por ninguna mujer.

—Ya te lo dije, Marta es diferente.

—Comprendo. —Asintió serio y se recostó en la silla, con los brazos cruzados a la altura del pecho.

—Le hice mucho daño en el pasado, fui un completo cabrón con ella y me cargué lo nuestro, ¿vale? Y aún no me lo perdono —confesó casi escupiendo las palabras.

Dicho esto, dejó un billete sobre la mesa, dio media vuelta y se marchó con paso ligero, necesitaba respirar aire de la calle y serenarse. Solo pensar en Thiago y Marta juntos lo ponía de muy mal genio. Él siempre fue su amigo, casi un hermano, pero si insistía en ir a por Marta después de lo que le había contado, acabarían como rivales.

* * *

En una fría tarde, ya oscureciendo, Marta se encontraba en el gran salón de casa, sentada en el sofá junto a su madre, relajadas después de un intenso día de compras. Hacía mucho que no disfrutaba de uno en tan buena compañía.

Lorena le contaba en esos momentos, muy ilusionada, la próxima apertura del restaurante *Beltrán* en Madrid.

—Cariño, voy a seguir la tradición y como me trajo mucha la suerte, quiero abrir al público e inaugurar el nuevo *Beltrán* el próximo 14 de febrero, día de los enamorados. ¿Qué te parece?

—Me parece una idea genial —la animó con entusiasmo—. No me lo pienso perder.

—Estoy contenta con este proyecto, mi niña. He pensado que sería bueno trasladarme a principios de año a Madrid para supervisarlo todo yo misma.

—Me parece estupendo —la alentó a que lo hiciese.

A Marta le gustaba que su madre se mantuviese activa y con esas ganas de seguir siempre adelante.

De repente el móvil de Marta las interrumpió, lo miró y no reconoció el número que se reflejaba en la pantalla.

—¿Sí?

La cara le cambió al instante cuando escuchó quién estaba al otro lado de la llamada, una voz que reconoció sin dudar un solo segundo.

—Te he esperado durante todo el día para darte los resultados de las pruebas que te realizaste ayer —le reprochó Pablo con un tono muy serio.

—¿Cómo has conseguido mi teléfono? —le preguntó perpleja. Se levantó de inmediato y se alejó un poco de su madre—. Cómo te hayas atrevido a chantajear a Alberto para que te lo dé, te juro que...

—Me lo dio la doctora Tabares. —Al escucharlo, a Marta se le tensó todo el cuerpo. Permaneció en silencio sin saber qué decir ni cómo reaccionar ante aquello—. Como no has aparecido por aquí en todo el día ni te preocupaste por el resultado, me tomé la libertad de llamar a la doctora. Le comenté que soy tu médico, le pedí tu teléfono y hablamos de otras cosas.

La voz y el tono de Pablo eran serios, distantes y profundos. Marta nunca lo había oído hablar así. Le dio hasta miedo. Le recordó a su padre cuando la reprendía por olvidársele tomar las medicinas.

—¿Continúas ahí? —Pensó que le había colgado. No la escuchaba ni respirar.

—Sí.

Echó un vistazo al salón para comprobar que su madre continuaba allí con total tranquilidad y se encaminó al despacho. Necesitaba privacidad para hablar con soltura.

—Bien, pues te espero.

—¿Qué?!

—Me has escuchado a la perfección, tenemos que hablar muy seriamente. Estoy en la clínica, ven.

—No voy a ir a ningún lado. Tú y yo no tenemos nada de qué hablar.

—¿Prefieres que lo hable con Miranda? —Fue implacable.

—Ni se te ocurra pensarlo. Te juro que te demandaré por revelación de secreto médico —lo amenazó con dureza.

—Puedes ir interponiendo todas las acciones que creas convenientes. Despliega toda tu faceta de abogada conmigo y de paso eso te ayudará a suavizar todo ese odio que sientes por mí, pero te advierto que no voy a cambiar de parecer. Si no te veo antes de mañana hablaré con Miranda y Fernando sobre el verdadero estado de tu salud sin importarme nada más.

—¡Eres un grandísimo hijo de puta! —estalló.

—Soy todo lo que tú quieras que sea. Quiero verte y hablar contigo, Marta. Esto es serio. —Ella se quedó callada, sin cortar la comunicación. Se revolvió el pelo nerviosa—. ¿Prefieres que sea yo el que vaya a tu casa? Solo tienes que pedírmelo —se ofreció—. Puedo estar ahí en una hora.

—No —contestó de inmediato, con miedo a que se presentase. No dudaba que tendría el descaro de hacerlo.

—También podemos vernos en mi casa si no quieres ir a la clínica a estas horas —le propuso de buen grado. En el reloj del despacho acababan de dar las ocho de la tarde.

—No, en la clínica está bien. Pero que sea en el despacho de dirección de Miranda —le puso como condición.

Necesitaba un terreno neutral o al menos uno en el que ella se sintiese cómoda.

—Bien, ahí te esperaré. No tardes.

Con una maldición entre dientes Marta le colgó el teléfono, estaba segura que Pablo lo sabía todo. La doctora Tabares habría caído en sus encantos como todas y habría terminado por conseguir la información que deseaba sobre ella. Aquello solo era el principio.

Marta llegó en taxi a la clínica Miller una hora después. Entró con paso lento y se fijó que a aquellas horas el lugar estaba casi desierto. Solo estaban dos recepcionistas que la saludaron sin saber quién era ella. Se dirigió al ascensor y, mientras lo esperaba, reparó en la sensación de hogar que le transmitía esa clínica a pesar de haber recibido en ella más malas noticias que buenas a lo largo de su vida.

El objetivo de Alberto Miller siempre fue que las personas que acudiesen a ella no sintiesen que estaban en un hospital, su padre se esmeró en que la decoración fuese cálida y a los pacientes les transmitiese la

sensación de estar más en un hotel que en una clínica. Y Miranda y Fernando llevaron ese aspecto muy a raja tabla tras los años.

Al abrirse las puertas del ascensor divisó al fondo el despacho de su hermana donde la esperaba Pablo. Un nudo se le hizo en el estómago y se encaminó por el largo pasillo. Antes de abrir la puerta, sus ojos repararon en un cuadro que llevaba ahí colgado desde que ella lo recordaba y se permitió unos segundos para admirarlo. Siempre que acudía a ver a su padre le gustaba mirar ese lienzo, los colores del atardecer y el mar que se plasmaban eran como hipnóticos para ella. Le transmitía paz y serenidad, se imaginó sentada en la arena de la playa mientras respiraba el olor a sal y se relajó un poco para enfrentar lo que le esperaba tras la puerta negra con motivos en plata que tantas veces en su vida había cruzado.

Cuando entró encontró a Pablo en el sillón de su hermana, serio, con las manos sobre la mesa y una carpeta al lado, en la que estuvo segura de que se encontraba su expediente médico al completo.

Marta entró con valentía, cerró la puerta con un sonoro golpe para hacer patente su enojo de estar allí, y lo encaró.

—No tienes derecho a hacerme esto. ¿Es que tú no te cansas de joderme la vida? —le gritó. Estaba hecha una fiera.

—No es mi intención, Marta. Solo trato de ayudarte —comenzó con tono paciente y educado.

—¡Pues no me ayudes, no te lo he pedido! —le gritó más fuerte, exasperada—. Te quiero lejos de mí.

—Cálmate, por favor. Siéntate y hablemos con tranquilidad, no te hace bien que te alteres.

Pablo se levantó y avanzó con paso lento para intentar tranquilizarla, pero en cuanto una de sus manos quiso rozarla, Marta se apartó como si tuviera una enfermedad contagiosa.

—No me toques —le advirtió con una mirada cargada de rencor.

—No me mires así, por favor —le rogó dolido al ver el desprecio desfigurando aquel precioso rostro.

—¿Cómo quieres que te mire?

—Ahora mismo, como tu médico. Solo trato de que estés bien.

—No te quiero como médico, no te quiero como amigo. ¿Tanto te cuesta entenderlo? ¡Eres mi ex marido! —Estaba fuera de sí, se movía de un lado para otro mientras recorría todo el despacho.

—Por favor, hablemos. Olvida por un momento nuestro pasado en

común y centrémonos en tu salud. Es lo verdaderamente importante en estos momentos. —Ella se paró y lo miró con los ojos vidriosos, con ganas de golpearlo por ponerla en esa situación—. ¿Quieres un relajante o algo? Estás muy alterada.

—¡Es culpa tuya! Tú tienes la culpa de todo esto, no podías dejar las cosas como estaban —le reprochó y luego intentó controlar las lágrimas que amenazaban con salir—. Tenías que meterte en mi vida.

—Con respecto a ti, me cuesta. Me sigues importando, Marta. —Ella tuvo que sentarse tras escuchar esa confesión que consiguió que su corazón latiese más acelerado aún—. Fuiste alguien muy especial, me preocupo por ti —le reveló con completa sinceridad, ya sentado frente a ella.

Marta sintió que todo el cuerpo le temblaba, se le erizó la piel al ver que los ojos de Pablo no le mentían.

—Dime para qué me has hecho venir.

Estaba incómoda y era más que evidente que no iba a calmarse con facilidad. En esos momentos hubiese dado cualquier cosa por abrazarla y sentirla junto a él. Besarla y lograr, como años atrás, que ella se olvidase de todo, pero la mirada de Marta era dura, casi despiadada por lo que procedió a abrir la carpeta que tenía sobre la mesa e ir directo al grano.

—Llamé a la doctora Tabares para comprobar si en tus anteriores chequeos rutinarios todo era normal, porque en las pruebas de ayer no estaba todo bien. —Marta lo miró en silencio, tragó con dificultad—. La doctora Tabares me preguntó por nos informes que ella firmó, unos informes que debiste haberme entregado cuando viniste a consulta. Luego me puso al tanto de todo tu expediente médico en los últimos meses.

—Pensaba darle esos informes a la doctora Arnedo. Al verte a ti no quise hacerlo y decidí esperar hasta que mi hermana regresase. Fin del asunto. No creo que sea tan grave ni tan descabellado que me niegue a que tú seas mi médico y conozcas mi historial.

—Bien, ahora lo sé todo.

—Porque te has metido donde no te llaman —lo acusó con severidad.

—Marta, dejemos de discutir y hablemos de lo realmente importante aquí: tu salud. No estás bien.

—¿Qué han dado las pruebas que me realicé ayer? —exigió saber con pasmosa tranquilidad. Ante su silencio, le volvió a exigir con autoridad—: Déjate de rodeos y habla.

—No me convencen y después de hablar con la doctora Tabares,

menos. Hay que hacerte otros estudios más específicos y quizás ponerte un tratamiento. Hablaré con Miranda cuando llegue. —No quiso alarmarla más de la cuenta con otros detalles médicos que diagnosticó.

—No, no quiero asustar a mi familia. Prométeme que no dirás nada, regresaré a Oviedo y dejaré que sea la doctora Tabares quién se encargue de todo hasta tener un diagnóstico claro. Miranda confía en ella.

Pablo lo pensó por unos segundos y negó con un gesto contundente.

—Es serio, Marta. Y conociéndote, no tratarás este asunto con el rigor que merece. Tienes que aceptar de una vez que tu corazón no puede llevar una vida como la que llevas, tienes que cambiar tu ritmo de trabajo.

—Eso es asunto mío.

—Y ahora mío también porque conozco tu problema, y si crees que te voy a dejar marcharte de rositas es que no me conoces lo suficiente.

—¿Qué pretendes? —No comprendía ese repentino interés por ella.

—Que te quedes aquí, y sea yo quién te trate. Te prometo discreción, se lo diremos a Miranda y a Fernando cuando tú lo decidas. No te presionaré siempre que estés en mis manos como médico. De lo contrario, mañana mismo se lo contaré todo a Miranda sin importarme nada más que tu salud.

—Eso es chantaje —siseó entre dientes—. Eres un gusano asqueroso.

La sonora carcajada que emitió Pablo la cogió desprevenida.

—Ya te lo dije antes, seré todo lo que quieras que sea, pero no pienso arriesgarme a que algo salga mal.

Marta meditó intranquila, tragó con dificultad para deshacer el nudo que se le formó en la garganta y trató de serenarse para no levantarse y darle una sonora bofetada en su perfecta cara y quitarle esa sonrisa de satisfacción que le mostraba, que era lo que realmente le apetecía hacer en esos momentos.

—Está bien —casi le gritó malhumorada—. Hazme todas las pruebas que consideres oportunas y cuando tengamos un diagnóstico certero hablaremos con Miranda, antes no —le puso como condición.

Lo odió con todas sus fuerzas al verlo asentir victorioso.

—Miranda y Fernando llegan pasado mañana. Aprovecharemos el día de ventaja para hacerte todas las pruebas necesarias. —Ante la mirada desconfiada de Marta, Pablo se presionó el puente de la nariz con paciencia y gesto cansado—. Yo mismo te las haré e intentaré que me ayude alguien que no sepa quién eres, ¿de acuerdo?

—Gracias —le dijo con un leve hilo de voz.

—Quiero ayudarte, Marta. No me veas como un enemigo, sino como un aliado en el que puedes confiar.

—Comprenderás que me cueste confiar en ti.

—Lo entiendo. Pero ahora eres mi paciente, podemos empezar de nuevo, como amigos —le propuso con la mejor de las disposiciones.

—No sé si algún día podré volver a ser tu amiga.

—Intentémoslo.

La miraba de aquella forma tan especial que solo él sabía hacerlo. A Marta le palpitaba el corazón y necesitaba salir de allí cuanto antes.

Si iba a ser su médico de ahora en adelante, lo mejor era llevarse bien con él, pensó rápido, y llegó a la conclusión de que en parte le convenía tener a Pablo de su lado. Si necesitaba ocultar alguna información a su madre o sus hermanos, era conveniente contar con él.

—¿Cómo te encuentras ahora? —La miraba desde muy cerca suya, preocupado.

—Mejor que cuando llegué —se lo dijo para que la dejase marcharse de una vez. Tenerlo tan cerca le afectaba demasiado.

—¿Nos tomamos algo juntos en el *Seven*? Solo quiero que te relajes por completo —se justificó con un leve encogimiento de hombros y cara de inocente cuando en el rostro de Marta volvió a aparecer desconfianza.

Tras pensárselo unos segundos Marta terminó por aceptar, en el fondo sabía que más tarde se arrepentiría, pero no le dio un no por respuesta y ni ella misma entendió el por qué aceptó la proposición.

El *Seven* estaba lleno para ser un miércoles por la noche, había gente de pie por todo el local con copas en las manos. Marta miró alrededor y no vio ningún sitio libre entre tantas personas. Pablo la tomó de la mano con decisión, ella reparó de inmediato en el gesto al sentir el contacto. No pudo evitar llevar la vista a los dedos entrelazados mientras caminaban entre la multitud y Pablo abría paso como un caballero en una batalla. Una sensación extraña le recorrió el cuerpo en esos momentos, algo que hacía años no sentía. Ir de su mano de nuevo le hizo sentir ese calor tan especial que le era difícil de olvidar. Esto hizo que unas mariposas dormidas despertasen en el estómago de nuevo.

Antes de que pudiera darse cuenta estaban en un reservado y, como si estuviese en su propia casa, Pablo quitó la cinta roja que impedía acceder al lugar y le hizo un gesto para que se acomodase.

—Un cerveza —le indicó Pablo al camarero, que se personó de inmediato a su lado—. ¿Y tú? —le preguntó a Marta.

—Una limonada. —De nuevo solos, lo miró con la ceja levantada y se cruzó de brazos en actitud defensiva—. ¿Tenías reservado este lugar?

—No. Thiago siempre tiene varios reservados por si llega gente de su interés. Yo me aprovecho cuando puedo.

—Sois muy amigos, ¿verdad?

—Sí. —Tras un silencio en el que se removieron en la silla incómodos, Pablo vio el momento de satisfacer esa curiosidad que le carcomía, una curiosidad que podría confundirse con celos—. Ayer os vi hablar a los dos, ¿qué hacías aquí?

—Vine a desayunar después de las pruebas médicas.

Concentrado como si estuviese en el salón de su casa, Pablo se centró en la bebida que le acababan de poner delante y jugó con el vaso sin llevárselo a la boca.

Sin dejar de observarlo con atención, ella lo miró recelosa, conocía muy bien esa expresión suya cuando algo bullía en su interior y no sabía cómo sacarlo con delicadeza.

—Thiago sabe que soy tu ex mujer —le soltó de golpe.

—Sí, se lo conté cuando me preguntó quién eras y conociéndolo supongo que intentó sonsacarte. Yo no le dije mucho más. ¿Te ha molestado? Si es así dímelo y hablaré con él para que no lo vuelva a hacer.

—No, no. Es un muy simpático y tiene el don de decir y preguntar las cosas con un encanto especial.

—Thiago es un mujeriego, no te fíes. —Fue una advertencia para ella.

Luego tomó un gran trago de la cerveza que tenía delante para que le bajase la bilis que le subía por la garganta. Le molestó que Marta elogiase a Thiago. Él mejor que nadie sabía de los encantos de este y cómo solían caer las mujeres rendidas a sus pies.

—Supongo que como tú, por eso sois amigos y os lleváis tan bien.

Contra eso no le cabía réplica. No era el momento de decirle que de nada le valió ser y continuar siendo un mujeriego, con el paso de los años se había dado cuenta de que solo la desea y se saciaba con ella, que se arrepentía de todo y le gustaría volver en el tiempo para remediarlo.

Con una servilleta apretada con fuerza en la mano notó la presencia de Thiago. Este lucía su espectacular sonrisa y ese brillo socarrón en los ojos.

—¿Qué os trae por aquí, pareja? —Se atrevió a preguntar con el descaro que lo caracterizaba.

—Piérdete —le espetó su amigo mostrándole con claridad que no le hacía gracia que estuviese allí.

—Si necesitáis más intimidad os presto mi despacho. —Los miró a ambos con una sonrisa perversa y logró que Marta se sonrojase—. Ya sabes dónde está. —Le guiñó un ojo a su amigo a pesar de que lo miraba con mala cara y se dirigió a Marta antes de marcharse—: Preciosa, un placer volver a tenerte por aquí.

En el fondo y pese a que Thiago le hizo pasar un mal momento, ese hombre siempre conseguía arrancarle una sonrisa. Tenía un don natural y un toque de gracia al decir las cosas. Ella lo despidió con otra sonrisa y agrandó esta aún más al ver la cara tan molesta que mostraba su ex.

De repente, Pablo localizó a Adrián y Rodrigo en la barra del bar tomándose unas cervezas con unas enfermeras de la clínica. Con ellos también estaba Victoria, que en ese instante reparó en él.

—Marta, si me disculpas un segundo, voy a saludar a unos compañeros.

Se levantó de inmediato de la mesa, la dejó sola en el reservado y fue directo hacia sus amigos.

Ella observó desde lejos como primero intercambió un par de palabras con Thiago y luego les dijo algo a Adrián y Rodrigo. Finalmente se despidió del grupo.

Cuando ya regresaba al reservado, Marta entrecerró los ojos al ver como una mujer lo tomaba del brazo y lo hacía girarse hacia ella, intercambiaron un par de palabras, Pablo se mantuvo serio y distante en todo momento, y dejó a la mujer sola en medio del bar mientras se marchaba para sentarse de nuevo frente a Marta.

—Todos ellos son personal de la clínica —le explicó Pablo ante la mirada interrogante de Marta—. No nos interesa que por ahora sepan que eres Marta Miller, por eso me acerqué a Thiago, Adrián y Rodrigo, aunque son personas discretas, les advertí que no dijeseis quién eres. Así cuando mañana te pasees por Miller serás una paciente más. Procura no saludar muy efusivamente a quienes conozcas desde hace tiempo, eso nos facilitará mantener todo en secreto con Miranda y Fernando hasta que tengamos un diagnóstico completo.

Marta le agradeció el gesto.

Luego se sintió incómoda por las constantes miradas que les echaba el grupo de la barra, sobre todo las mujeres.

—Yo me voy ya, así puedes reunirte un rato con ellos —le dijo Marta tras acabarse la bebida y ponerse en pie.

—¿Viniste en coche? —Se interesó mientras la ayudaba con el abrigo.

—No, me pillo un taxi.

—Yo te llevo.

—No, de verdad, quédate, no hace falta.

—Insisto, te acompaño. Y desde ya te advierto que no gastes saliva en tratar de convencerme de lo contrario porque no cederé. Voy a dejarte en casa.

Le posó una mano en el bajo de la espalda y la guio por el bar.

Al ver que se marchaban juntos, Victoria atravesó con la mirada a la mujer que acompañaba a Pablo. No le cupo la menor duda de adonde la llevaba. Era de dominio público la suite que Pablo Balaguer tenía en el Hilton para sus conquistas. ¡Maldito cabrón!

El coche de Pablo se paró delante de la casa de Lorena casi a media noche. Todas las ventanas estaban ya a oscuras. Esto tranquilizó a Marta, su madre debía estar acostada y la verdad es que sintió un leve alivio por no tener que explicarle por qué llegaba con Pablo a esas horas.

—Que descanses. Nos vemos mañana. —Pablo se volvió para mirarla de frente antes de que se bajase—. Avísame cuando salgas para la clínica. Será mejor que nos veamos en el despacho de Fernando. Estará vacío y él no tiene secretaria en la puerta como tu hermana.

—Creo que te tendré que dar las gracias y todo —se quejó ella con una sonrisa de agradecimiento por el gesto.

—Buenas noches, Marta. Estoy aquí para lo que necesites, lo que sea, cuenta conmigo.

—Buenas noches, Pablo.

Posó la mano en la manivela de la puerta del coche para marcharse pero él se lo impidió. La tomó con delicadeza del brazo e hizo que se volviese.

—Me gustaría saber si hay alguien importante en tu vida en estos momentos. —No podía marcharse con la duda. No después de ver cómo ella se alteraba cuando estaban tan cerca.

—¿A qué viene esa pregunta? —Se molestó.

—Curiosidad. Pero también interés médico, es primordial para tu corazón ser feliz. —La observó en silencio y decidió decirle la verdad—: Aún me reconcome por dentro con quién compartías la habitación de hotel la noche de Halloween.

—Una pareja no da la felicidad, eso lo sé por experiencia propia. A veces es mejor estar sola —le soltó refiriéndose a los malos momentos vividos como pareja junto a él—. Y no, en estos momentos de mi vida no tengo pareja. La pasada noche estaba con una amiga, ella peinaba y maquillaba a algunas personas de la fiesta y le regalaron la noche en ese hotel. —Él la miró con una gran sonrisa de satisfacción que no pudo evitar—. No tendría que haberte dicho nada —se arrepintió al instante de haber sido sincera.

La mano de Pablo se acercó a la mejilla de Marta y la acarició con dulzura. Ella tuvo que cerrar los ojos ante ese contacto que le quemaba y que tantas cosas le hicieron removérsele por dentro. Se decía a sí misma que no podía permitirse volver a sentir aquello.

—Yo tampoco tengo pareja —le reveló Pablo en un susurro que la hizo abrir los ojos y volver a la realidad.

—No te lo he preguntado, no me interesa tu vida —enfaticó—Dejemos el tema personal de nuestras vidas, ¿vale? Sino todo lo que hemos avanzado hoy no habrá valido de nada. Centrémonos en nuestra relación médico-paciente.

Esa noche había obtenido demasiado de ella y no quiso presionarla más.
—Pretendo que seamos amigos, nada más —le dejó claro Pablo.

Por una décima de segundo creyó ver en el fondo de sus ojos un rayo de decepción al escuchar estas palabras, pero no podía ser. Compartir el espacio del coche con ella le hacía ver fuego donde, con toda probabilidad, ya no quedaba más que cenizas.

* * *

Cuando Pablo llegó al despacho de su hermano, Marta ya estaba allí. La observó de espaldas mientras miraba por la ventana, la repasó de arriba abajo y reparó en el bonito cabello que lucía. Siempre le gustó el pelo de Marta y su tacto. Ahora lo llevaba más claro y por debajo de los hombros, no tan largo como años atrás, pero le sentaba de maravilla.

Tan ensimismada se encontraba mirando por la ventana, que se sobresaltó cuando escuchó la puerta cerrarse tras ella. Al volverse, allí estaba Pablo, con su bata blanca que, admitió para sí misma, le daba un aire muy sexy, tanto que la hizo fantasear. Tuvo que reprenderse por tales pensamientos, que lograron sonrojarla, y centrarse en lo que los concernía aquella mañana.

—¿Preparada? —le preguntó Pablo.

—No hay más remedio —respondió nerviosa.

Marta dio unos pasos y le estrechó la mano que él le tendía. Pablo se la aferró con intensidad, infundiéndole fuerza y diciéndole con la mirada que confiase en él.

—Todo va a ir bien, estaré a tu lado en todo momento.

Los ojos de Victoria Estaban alcanzaron a ver el momento en el que Marta y Pablo salían de la consulta de la mano. Los celos se la comieron por dentro al imaginar lo que el doctor Balaguer y su nueva conquista habrían hecho en el despacho del ausente doctor Miller.

Después de dos horas de pruebas, Marta y Pablo regresaron al despacho de Fernando.

—¿Cuándo estarán los resultados? —se interesó. Necesitaba con urgencia saber cómo estaba su corazón y si era grave.

—Esta tarde los tendré todos y los estudiaré.

—Me gustaría estar contigo cuando lo hagas y que me digas todo tal cual. No quiero que me ocultes nada.

—Bien, almuerza conmigo y luego volvemos juntos y revisamos todas las pruebas, podré decirte algo aunque no tenga un diagnóstico concreto hasta dentro de un par de días.

¿Almorzar? Eso no entraba en los planes de Marta y a punto estuvo de negar con rotundidad. Pero la expresión de ruego en aquel rostro tan masculino hizo que lo pensase mejor. Puso los ojos en blanco mientras Pablo la miraba con una sonrisa que la ablandó.

—¿Nunca haces nada desinteresadamente? —suspiró molesta.

—¿Qué te cuesta comer conmigo? Te prometo que solo hablaremos de temas médicos.

—No por favor, dame un descanso. —Se llevó las manos a los ojos para taparlos mientras hacía un gesto de cansancio—. Háblame de fútbol, del tiempo... De lo que sea, menos de medicina.

—Como desees.

—Creo que nos podríamos centrar en Alberto —le propuso—. No hemos hablado más sobre él desde el incidente de la fiesta de Halloween.

—Me parece bien. Nuestro sobrino es un nexo común que siempre nos unirá y ambos lo queremos demasiado. Por cierto, ¿cómo se ha portado estos días sin sus padres cerca?

—Bien, ha estado muy centrado en los estudios sin apenas salir de la habitación.

—Lo vigilaré de cerca durante un tiempo.

En el fondo a Marta le gustó que Pablo se mostrase tan protector con él, era señal de que lo quería tanto como ella.

Pablo llevó a almorzar a Marta a un lugar de comida italiana, recordaba que era una gran amante de la pasta.

—Me gusta toda la carta —le manifestó tras leerla y estar indecisa en qué pedir.

—Cómo olvidar tu pasión por la pasta y la pizza. Hubo una época de mi vida en la que llegué a odiarla, pero tú nunca te cansabas de ella.

Ambos estallaron en carcajadas al recordar la época de adolescentes locos por la comida italiana.

—¿Conociste Roma? Deseabas con todas tus ganas visitarla y disfrutar de sus manjares en su país de origen —se interesó Pablo.

—Sí, fui con mi madre. Me regaló un precioso viaje por toda Italia por uno de mis cumpleaños.

Pablo dedujo que aquello fue después del divorcio.

—¿No has vuelto más?

—No he tenido oportunidad. ¿Y tú, conoces Roma?

—He ido en un par de ocasiones. —No le dio más explicaciones.

Marta volvió la vista a la carta que tenía entre las manos y decidió qué pedir.

Durante la comida, el tema central entre ellos fue Alberto y la preocupación por el estado en el que lo encontraron en la fiesta de Halloween.

Un gesto travieso se dibujó en los labios de Pablo al recordar un momento concreto de aquella noche descabellada en la que había besado a Marta sin saber que era ella.

—Me da miedo preguntar a qué viene esa sonrisa—comentó Marta al levantar la vista del plato.

Habían logrado crear un ambiente cómodo y relajado.

—Recuerdo de la cara de Alberto cuando reparó en ti. Creyó que iba a pasar la noche con una sexy vampiresa en la habitación de un hotel. ¡Llevaba hasta preservativos en la cartera!

—No le veo la gracia —resopló.

Pablo puso los codos sobre la mesa y se inclinó un poco.

—Estabas muy sexy —le susurró con claro deseo en la mirada—. Cualquiera hombre de la fiesta de esa noche te hubiera mirado como Alberto. Te aseguro que todos te deseaban en su cama.

—También eran tus intenciones.

—Sí, pero si ni siquiera empezamos. Ese muchachito me estropeó la noche contigo.

—Dejémoslo, ¿vale? —Consiguió ponerla nerviosa con aquella mirada penetrante que le dirigía con toda la intención—. Tú no sabías que era yo, y yo no te reconocí tampoco. Fin del asunto.

—Me gustó volver a besarte —susurró con sinceridad. Esta declaración dejó tan sorprendida a Marta que no supo qué decir—. Sabes igual que recordaba. Tienes la boca más deliciosa que he probado. Y también me gustó sentir de nuevo como aparecían esas mariposas olvidadas en mi estómago, esa sensación de vértigo y miedo. La piel me ardía como hacía años que no recordaba. Me moría por tenerte desnuda y recorrer cada centímetro de tu cuerpo. Algún día, si tú lo deseas, te demostraré lo que pretendía aquella noche.

El corazón de Marta se desbocó por completo tras escuchar aquello. Sintió como una corriente eléctrica le recorrió el cuerpo entero y un calor repentino se apoderó de cada fibra de su ser. Se reprendió a sí misma por permitir que le afectaran tanto las palabras de su ex. No debía consentirlo, pero era imposible cuando hasta la voz le acariciaba sin querer lugares que debían ser inmunes él. Era una necia, nada en Pablo Balaguer pasaba desapercibido para ella. Había sido, era y sería siempre las huellas más permanentes en su corazón y cuanto antes lo asumiera, antes podría continuar viviendo.

—Toda esa palabrería no te servirá de nada conmigo. Deja de intentarlo. Puede que te funcione con las demás, pero yo ya no soy una mujer inocente que se derrite ante tus dotes —lo reprendió con gesto serio, sin apartar los ojos de las pupilas brillantes de Pablo. Lo había logrado, había conseguido sonar entera, fría, pese a tener el mismísimo infierno quemándola por dentro. Y lo que era más importante, había funcionado. Pablo se había retirado contra el respaldo de la silla y se rascaba la nuca, molesto—. Recuerda nuestro trato, una relación médico-paciente.

—Médico-paciente, está bien, aunque amigos suena mucho mejor.

Lo miró exasperada para que dejase el tema.

Volvieron a la clínica Miller y fueron directos al despacho de Fernando. Marta se quedó allí mientras Pablo fue a su consulta por los resultados, había dejado orden de que se los dejaran encima de la mesa.

Se demoró un poco más en volver porque antes de leer los informes delante de Marta quería hacerlo él a solas. No pensaba contarle con precisión todo lo que revelasen.

Una mujer con bata blanca irrumpió de forma brusca en el despacho donde Marta esperaba. Perdida en un portafotos que sostenía entre las manos y admiraba con ternura, era una foto familiar de Miranda, Fernando y Alberto, no tenía mucho tiempo, recordó cuando se la enviaron desde Nueva York un año atrás, dejó caer el objeto por el sobresalto. De inmediato lo recogió mientras fijaba la vista en el letrero que lucía la bata de la mujer, *Dra. Esteban*.

—¿Qué hace en este despacho? Aquí no puede estar —rugió Victoria de malas formas al reconocer a Marta.

—Espero al doctor Balaguer —le contestó paciente. No se molestó en levantarse de la silla.

—Esta no es la consulta del doctor Balaguer.

—No, ya lo sé. Es la de Fernando Miller, pero el doctor Balaguer me indicó que lo esperase aquí.

Marta supuso que la mujer se marcharía sin más, pero con decisión entró y cerró la puerta.

—Eres su nueva amiguita, ¿verdad? Muy típico de Pablo, aprovecha que el dueño de este despacho no está para traer aquí a sus conquistas —le dijo de forma dañina.

En esos momentos Victoria se sentía poderosa, la miraba con desprecio y esperaba que la mujer se pusiese a llorar o saliese de allí de inmediato. Pero la indiferencia que Marta le mostró la hizo enfurecer aún más. No pensaba entrar en el juego de esa mujer, saltaba a la vista que estaba celosa.

—Te equivocas. —Se reclinó en el asiento y la miró de arriba abajo, algo que descolocó a Victoria—. Y si eres tan amable de marcharte y dejarme a solas te lo agradecería.

—No sabes dónde te metes con ese hombre.

—Créeme que lo sé.

—Lo dudo. ¿Ya te llevó a la famosa suite del Hilton? Allí lleva a todas sus amantes. Es muy peculiar: las lleva a un hotel, disfruta con ellas y las abandona por la mañana. Puede ser que contigo haya cambiado la táctica y te trajo aquí. Igual es que vio que no eras digna de tan alto honor.

Se levantó de golpe y encaró a aquella mujer. No iba a permitir semejante desfachatez en su propia empresa y menos viniendo de una empleada. No se trataba así a nadie, por muy rival que se fuera, pero iba a dejar que la buena doctora aprendiera la lección por sí misma. Fue a abrir la boca para decirle cuatro cosas bien dichas, cuando la puerta del despacho se abrió y entró un hombre que Victoria conocía bien.

—Marta Miller, ¿tienes la poca vergüenza de pisar esta clínica y no avisar a tu tío? —la reprendió con dulzura.

Con una alegría enorme Marta se fundió en un cariñoso abrazo con su tío Santiago, al que siempre quiso mucho. Él fue su pediatra de pequeña, y aunque se había divorciado de su tía Diana, hermana de su difunto padre que desde hacía años estaba en la cárcel, él permaneció en la clínica. Se negaba a jubilarse mientras le quedasen fuerzas para ir a trabajar.

—Pensaba llamarte, pero he estado muy liada hasta ahora.

La cara de Victoria se puso blanca, los observaba con verdadero bochorno. Había metido la pata hasta el fondo, y resultaba que esa mujer era, nada más y nada menos, que una de sus jefas. Intentó que no se le notara la

palidez que la recorría, pero el leve jadeo que emitió llamó la atención de Santiago y de su sobrina.

—Oh, disculpadme —se excusó con la vista clavada en Victoria—. Creo que os he interrumpido. Me dijeron que Marta estaba por aquí y no pude evitar venir a abrazarla, hacía mucho que no nos veíamos.

—No tío, no interrumpes. Creo que la doctora... —Marta actuó al fijar la vista en la bata donde llevaba escrito el apellido— Esteban, me confundía con alguien que no soy.

Justo en ese instante Pablo llegó y vio el revuelo formado en el despacho.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó serio al ver cómo ambas mujeres se retaban con la mirada.

—Mi tío solo quería saludar. Al parecer las noticias vuelan y toda la clínica sabe que estoy aquí —le explicó con una intencionalidad que quedó patente en la forma de pronunciar las palabras—. Y la doctora Esteban me confundió con una de tus conquistas. Ha sido muy ilustrativa, de hecho. Decía algo sobre cierta habitación de hotel a la que llevas a todas tus amigas especiales. Una información de lo más interesante, cuñado —ironizó, poniendo especial énfasis a la última palabra.

A Santiago le encantó presenciar que su sobrina se había convertido en una mujer de armas tomar. Se refrenó aplaudir cuando Marta, con la elegancia de una reina, puso en su lugar a Victoria Esteban. Le dio dos cariñosos besos a su sobrina, mientras le susurraba: *bien hecho*, y se despidió de todos con una amplia sonrisa pensando que a su edad aún no lo había visto todo.

—Marta, yo... lo siento —se disculpó Victoria con un titubeo.

—No me tutees, por favor. No somos amigas —le rectificó con dureza, luego le mostró un asentimiento de cabeza para aceptar las disculpas.

—Victoria, déjanos solos. Ya hablaremos de esto —intervino Pablo con voz autoritaria.

Marta miraba a Pablo con reproche en sus ojos.

—Siento que Victoria haya venido a importunarte —se disculpó en cuanto la mujer abandonó el despacho—. No tengo nada con ella.

—No me interesa —lo interrumpió Marta.

—Mi trabajo es sagrado. No quiero líos con el personal de la clínica. Es una condición que Miranda me impuso y ...

—Te he dicho que no me interesa. No me interesa tu vida amorosa —

repitió tensa—. Lo que hagas con tu vida privada es cosa tuya. Pero no voy a permitir que nadie me hable como ella lo ha hecho, ni me trate como si fuera poco menos que una fulana.

—Siento que hayas tenido que pasar por esto, no te correspondía. Sin embargo te has servido a gusto con Victoria, casi no te reconozco —mostró una sonrisa de satisfacción, casi orgulloso de ella aunque no se lo dijo.

De repente Marta fijó la vista en la carpeta que Pablo sostenía entre las manos. Eso hizo que olvidase las ganas de seguir discutiendo con él y pasase el enfado de inmediato. El color sonrosado que teñían sus mejillas por el acaloramamiento de la conversación se perdió, y se centró en el ceño fruncido de Pablo. Esa expresión tan característica en él cuando algo le preocupaba. Tenían un tema mucho más importante que tratar: los resultados que contenía la carpeta azul y que seguro él ya conocía. Por el semblante de su rostro pudo advertir que no eran buenas noticias.

—¿Y bien? Dime algo —miró impaciente aquel rostro serio y preocupado que tenía ante sí—. ¿Es grave? —preguntó ante el silencio reinante entre ellos.

—Hay que tratarlo, Marta —sentenció con un suspiro—. Debes ponerte en manos de especialistas, llevar un tratamiento específico y una vida tranquila. Estoy de acuerdo con la doctora Tabares, no es muy recomendable que continúes con el ritmo de vida que llevabas hasta ahora.

—Es mi profesión —se defendió. En esos momentos era lo que más le importaba.

—Pues tendrás que dejarla apartada por un tiempo para dedicarte en exclusiva a algo mucho más importante como es tu salud.

Marta negaba con la cabeza incapaz de asimilar aquello.

—No puedo hacer eso...

—Sí puedes. Solo con los beneficios que te corresponden de la clínica podrías prescindir de trabajar para siempre, estoy seguro. Eso sin contar todo lo demás que te dejó tu padre.

Él conocía bien el amplio patrimonio de Marta.

—Me gusta mi trabajo.

—Lo primero es tu salud. No necesitas trabajar.

—¡Trabajar me da vida! —exclamó con ímpetu. No podía decirle que era la única forma que tenía de olvidarlo y no pensar en él a todas horas.

—¡Trabajar puede matarte! —gritó Pablo exasperado. No esperaba encontrar a una Marta cabezota y obtusa en ese tema, era su salud la que

estaba en juego, pero ahí la tenía. Testaruda y preciosa.

—¿Y qué pretendes que haga? —le preguntó a sabiendas de que era una batalla perdida—. ¿Qué me recomienda el doctor?

—Que te quedes aquí, que tu familia te cuide y esté pendiente mientras te sometes al tratamiento.

—¿En qué consiste el tratamiento? —preguntó ansiosa.

—Tengo que estudiarlo bien y tendré que hablarlo con Miranda. Ella tiene más experiencia que yo. —Marta comenzó a negar con la cabeza—. Tu hermana es una de las mejores cardiólogas que conozco, estar en sus manos es todo un privilegio. No voy a permitir que se quede al margen de esto. —Sabía lo duro que resultaba para ella entenderlo, pero creyó encontrar la forma de convencerla y no pudo evitar sonreír—. Dime una cosa, si fueras la mejor abogada del país y Miranda contratara a otro bufete para solucionar un problema de lo más grave, ¿cómo te sentirías?

Asimilar el planteamiento de Pablo le dio la respuesta. Se sentiría enfadada, muy enfadada, y angustiada por no haber podido ayudar, y molesta por carecer de la confianza de su hermana, y triste por ser la última en enterarse. Él tenía razón y ser consciente de que lo hacía por su bien rompió las barreras que contenían las emociones a buen recaudo. Por el rostro de Marta comenzaron a rodar lágrimas sin poderlo evitar. El mundo se le vino encima en un instante. ¿Tan grave era lo que tenía? ¿Por qué no le hablaba con franqueza? Estaba disfrazándole la verdad y empezaba a sentir algo que hacía tiempo que no percibía con respecto a su salud: miedo. De repente, le pasó por la cabeza el sufrimiento de su familia años atrás cuando salió de aquella operación tan complicada a la que se sometió con solo nueve años y se hundió en el desconsuelo mientras Pablo la miraba desde el otro lado del escritorio.

—Todo va a ir bien —le susurró arrodillado junto a ella. Ni siquiera se había dado cuenta de cuándo se había levantado—. Tienes una clínica entera a tu disposición, los mejores médicos y contactos excelentes, confía en nosotros. —Le recorrió la mejilla con los dedos y se permitió retirar las lágrimas que rodaban por ella.

El contacto de aquellos cálidos dedos que bien recordaba la hizo parpadear, al ver a Pablo a su lado con aquella expresión preocupada en el rostro, más lágrimas acudieron a los ojos. Hizo grandes esfuerzos por detenerlas, pero no pudo, era algo más fuerte que ella. Un puchero se formó en sus labios y un ruego desesperado se reflejó en su mirada. Necesitaba que

la abrazara, necesitaba refugiarse en los brazos del único hombre que había amado a partes iguales que odiado. Estaba segura que no la dejaría caer. Y los ruegos fueron escuchados, Pablo la conocía como la palma de su mano. De pronto, el calor del hombre que más necesitaba en esos instantes la envolvió en un silencio que solo fue roto por sus lamentos.

—Siempre voy a estar ahí, Marta. No hará falta que me pidas que te abrace, lo haré antes de que lo necesites —le susurró acariciándole el pelo.

El cuerpo entero de Marta temblaba, él comprendió que eran muchos cambios en poco tiempo. Tendría que asimilarlo, pero estaba seguro que todo iba a ir bien. Pensaba dedicarse a su caso, no iba a dejar que Miranda lo excluyese, y Marta volvería a estar bien.

Pablo rompió el abrazo tras hacer un esfuerzo sobrehumano y la miró a los ojos con un nudo en la garganta después de un tiempo abrazados.

—Tranquilízate —le rogó pasados unos minutos. Estaba muy preocupado por su estado.

—Creo que lo mejor es que me vaya. Necesito estar sola, pensar, y tener tranquilidad para poder afrontar todo eso.

—¿Y adónde vas a ir? —le preguntó con el ceño fruncido—. No puedes aparecer así delante de Lorena se preocupará y es mejor que se lo cuentes cuando regrese Miranda.

Ella asintió. Pablo volvía a tener razón. Lo último que necesitaba era ver la cara de su madre cargada de nuevas preocupaciones. Ya había sufrido demasiado por ella y no solo a causa de su enfermedad.

—Vayamos a mi casa —le propuso mientras la tomaba de las manos y se las acariciaba con paciencia. Lo miró con los ojos muy abiertos, como si hubiese dicho un gran disparate, y quiso soltarse de su agarre—. Es lo mejor. Estás muy afectada ahora mismo, si continuas así tendré que darte algún calmante. Te prometo que te llevaré a tu casa cuando estés mejor.

—Puedo llamar a mi amiga María e ir con ella —le dijo con un hipido al tratar de controlar el llanto. No lograba pensar con claridad, estaba abrumada.

—Ella no es cardióloga, estás mejor conmigo en estos momentos. Confía en mí. Si necesitas espacio y estar sola tendrás mi casa entera a tu disposición, aunque deba pasar horas sentado en el rellano de la escalera —bromeó con el objetivo de arrancarle una pequeña sonrisa. Al ver que ella continuaba seria, bufó con desesperación y pasó al plan b: rogar—. Estoy preocupado por ti. Por favor, ven conmigo. No me dejes con la sensación de

que podría haber hecho mucho más por ti.

Cuando Marta se encontró ante la puerta de la casa de Pablo, las condiciones en las que iba no le permitieron ver con claridad antes, se llevó las manos a la boca para disimular la sorpresa. Reconoció el lugar de inmediato. Pasó mucho tiempo allí de pequeña.

—¿Vives en el apartamento de Miranda de soltera? —No salía del asombro mientras Pablo introducía la llave en la cerradura.

Cada día descubría que estaba más y más integrado en la familia, algo que pensó que jamás volvería a suceder pues Marta creyó que lo habían excluido tras el divorcio. Y resultaba que tenían más contacto con él que con ella.

Pablo la hizo pasar primero con un gesto de la mano, cerró el portón y observó cómo Marta recorría todo el apartamento con la mirada. Lo había cambiado por completo al mudarse, lo hizo suyo. Ahora se notaba que era el hogar de un hombre, nada que ver con la decoración que Marta recordaba de años atrás. Aun así, una sensación de nostalgia y felicidad la inundó al estar entre esas paredes.

—Vivo aquí desde hace unos meses. Me enteré por mi hermano que Miranda tenía intenciones de ponerlo a la venta y me pareció una buena compra. El edificio cuenta con todo lo que necesito y está cerca del trabajo.

—¿Hay algo más de lo que me deba enterar? —preguntó un tanto decepcionada, y dolida, ¿por qué no admitirlo? Hubiera agradecido que alguien le hubiera contado todos esos detalles sobre Pablo que la iban sorprendiendo día a día.

—Creo que ya lo sabes todo, pero siempre me puedes preguntar de forma directa lo que deseas saber. Te prometo que seré sincero.

Marta recreó la vista en todo el salón y se paseó por él abrazándose el cuerpo, sentía escalofríos, necesitaba sentarse.

—Me gusta el nuevo aire que le has dado —le dijo mientras tomaba asiento sin ser invitada. Las piernas le flaqueaban.

—He pasado por muchos pisos de alquiler que nunca consideré mi hogar, pero este necesitaba que fuera acogedor, necesitaba sentirlo mío. Creo

que lo conseguí.

—Te quedó bien. Hacía tanto que no venía a este lugar... —lo dijo con añoranza al pasar la mano por el sofá en el que estaba sentada—. Nunca pensé que Miranda se deshiciese de esta casa, fue un regalo de nuestro padre. Recuerdo las veces que me venía con ella a pasar el fin de semana, veíamos películas y comíamos pizza.

La nostalgia y los recuerdos del pasado se habían apoderado de Marta, no eran el mejor momento para aparecer, pero ella no contaba con terminar ahí ese día.

—¿Quieres recostarte en la cama y descansar? No te molestaré, te lo prometo. Puedes estar ahí hasta que te encuentres mejor. Yo estaré ocupado con trabajo que me traje de la clínica. Si necesitas algo solo tienes que llamarme y acudiré de inmediato.

Aceptó sin replicar, tomó la mano que le ofreció y se dejó guiar. Deseaba estar sola. Mientras caminaba por el pasillo en dirección a la habitación, sentía que todo el cuerpo le pesaba como si hubiese librado una gran batalla. Necesitaba descansar, cerrar los ojos y que pasara esa pesadilla que la atormentaba.

—Es la única cama de la casa. Convertí una habitación en un despacho y la otra en un gimnasio —le explicó Pablo al ver la cara que puso cuando se vio en la habitación de él.

—Pablo... pensé en una cama de invitados, esto... tu habitación...

Una enorme cama presidía el centro de la estancia. El olor a él la inundó con la primera bocanada de aire que tomó y cientos de imágenes del pasado se agolparon en su mente sin poder remediarlo. El poder que Pablo siempre había tenido sobre los sentimientos de Marta se hacía más intenso al verse rodeada por sus cosas. Descubrir cómo era en esos momentos su vida.

—Necesitas descansar, no te centres en tonterías en estos momentos.

La ayudó a quitarse el abrigo, le colocó bien las almohadas de la cama, le hizo un gesto para que se tumbase en ella y luego la arropó con delicadeza con una manta. Marta no protestó, se acurrucó en la cama, aspiró el aroma de Pablo y se permitió llorar después de que él abandonara la habitación en silencio.

Con paso cansado, Pablo se dirigió a la cocina, se hizo un café, conectó el ordenador y se puso a trabajar en el caso de Marta. Repasó su expediente médico de la clínica Miller desde que nació y los informes que le pasó la doctora Tabares esa misma mañana, con todo eso y los resultados de las

pruebas obtenidas hacía unas horas elaboraría un informe completo que le presentaría a Miranda a la mañana siguiente sin importarle ni consultarle a Marta qué le parecía.

Tras dos horas sin dejar de leer los informes, se levantó y fue a ver cómo seguía. No había salido de la habitación desde que la dejó y estaba un poco preocupado por cómo se encontraría.

Abrió la puerta con cuidado y se encontró con la mirada de ella, unos preciosos ojos grises que lo miraron.

—¿Te encuentras mejor? ¿Necesitas algo? —se acercó para sentarse a su lado.

—Me duele un poco la cabeza.

Se encontraba aturdida.

—Puedo darte algo para eso. Si me lo permites me gustaría auscultarle, me quedaría más tranquilo —le pidió con una mirada amable.

Ella no se negó, comprendió que él solo se preocupaba por su salud.

La auscultó y le ofreció algunas prendas de ropa deportiva para ponerse cómoda. Marta solo aceptó unas zapatillas y fue al baño a echarse un poco de agua en la cara, necesitaba refrescarse y despejarse.

Cuando llegó al salón encontró a Pablo con unas gafas de lectura que lo hacían muy interesante mientras leía unos papeles. Él no notó la presencia de ella, fue sigilosa al salir de la habitación. De repente, Pablo levantó la vista y la vio cerca. Se quitó las gafas, las dejó junto con los papeles que leía en una mesa próxima y se acercó con una sonrisa.

—Ven conmigo. —Ella lo siguió a la cocina. Había dos pastillas sobre la mesa junto a un vaso de agua—. Tómatelas, te hará sentir mejor. —Miró el analgésico que le puso en la mano y no preguntó qué era. Confiaba en él—. En un rato te sentirás mejor.

—Gracias por todo —le dijo de regreso al sofá. Era muy extraño volver a encontrarse en la intimidad de una casa con él y se sintió bastante cohibida.

—Estaré aquí para lo que necesites, no dudes en contar conmigo.

—¿Puedo pedirte algo? —le preguntó incómoda. Pablo le prestó total atención y asintió para que continuara—. Pongamos en conocimiento de Miranda y Fernando esto que me sucede juntos. No me dejes al margen. Prométemelo.

—Está bien. Será como tú desees, pero lo haremos mañana mismo. No lo pienso retrasar. —Él observó la angustia reflejada en el rostro de Marta—. Estás en buenas manos —la alentó y se permitió llevar una mano hacia la

mejilla y acariciársela, no la veía bien y eso le partía el alma. Conocía a Marta y sabía que en su interior sufría más por la preocupación que iba a provocar en su familia que por su propia salud.

El leve contacto los estremeció a los dos. En esos momentos los sentimientos estaban a flor de piel. Marta, lejos de separarse, llevó la mano hasta la de él y se la acarició con los dedos, sentía su calor en el rostro y no pudo evitar que brotasen lágrimas mientras tenían los ojos clavados en el otro y ni siquiera pestañeaban. No quería llorar ni derrumbarse delante de Pablo, quería marcharse, pero los ojos de él la tenían prisionera. La razón le dictaba que huyese de aquel contacto que anheló durante demasiado tiempo y el corazón le decía que ni intentase moverse de donde estaba porque eso era lo que necesitaba en esos momentos. Él irradiaba cierto magnetismo que podía resultar adictivo y, cuando la miraba de esa forma tan especial el pasado desaparecía, el rencor y las inseguridades se esfumaban, y lo único que quedaban eran ellos dos.

De repente, en su desesperación por aliviar el gran dolor que se apoderaba de ella en esos instantes, se abalanzó sobre Pablo y lo besó. Él la recibió asombrado pero no la rechazó, todo lo contrario la estrechó más contra su cuerpo, la sentó sobre él y profundizó el beso para saborear cada rincón de aquella boca que lo enloquecía. Se besaron como locos, ambos estaban entregados a la pasión del momento, la fiebre los consumía y necesitaban apagar ese fuego. Allí tumbados en el sofá se acariciaron y besaron con urgencia sin importar nada más.

—Marta, será mejor que paremos. —En un momento de lucidez y cordura Pablo trató de detener aquello. Ambos tenían la respiración alterada y los ojos encendidos por la pasión. Él hizo acopio de la acción más noble que jamás recordaba aún deseándola como nunca antes había deseado a ninguna otra mujer—. Sé que no te encuentras bien. No te he traído aquí para meterme contigo en la cama, sino para que estés tranquila y descanses. No quiero que después de hacer esto te sientas mal y me acuses de que me aproveché de la situación. No quiero que todo lo que hemos avanzado lo estropeemos y mañana salgas de nuevo de mi vida como cinco años atrás, no lo soportaría. —Aunque lo que más deseaba en esos momentos era volver a besarla y despojarla de toda la ropa que llevaba puesta. Le acarició los húmedos labios con la yema de los dedos y le sonrió con dulzura.

Ella lo observó sorprendida con el corazón desbocado, el pecho le subía y le bajaba alterado y lo miraba con admiración por lo que le acababa de

decir, algo que nunca hubiese imaginado.

—¿No me deseas? —se atrevió a preguntar casi avergonzada.

—Más que nunca y más que a ninguna otra mujer en mi vida —le reveló con la voz ronca de deseo.

—Entonces no me rechaces hoy, por favor —le pidió desesperada mientras él la devoraba con la mirada—. Yo también te deseo. Necesito que me hagas olvidar todo en estos momentos; necesito que me lleves al cielo como solo tú sabes hacerlo. Siento que no hago realmente el amor desde que estuve en tus brazos por última vez —le confesó sin importar nada más.

Pablo la tomó por la nuca y se demoró en un beso brusco y necesitado. ¿Qué hombre podía negarse a cumplir los deseos de una mujer como ella? Él no, desde luego. Era la persona más especial de su vida, la que ocupaba sus sueños, por la que se levantaba ilusionado cada día desde que habían vuelto a coincidir, y había deseado tanto escuchar lo que estaba diciendo que mandó al traste todos los principios que se había propuesto al llevarla al apartamento.

Sin embargo, no podía ignorar con tanta facilidad los sentimientos contradictorios que se le cruzaban en el pecho. Escucharla confesar que era con él con quién verdaderamente se sentía mujer fue como un regalo del cielo, seguía siendo suya, pero tuvo la sensación de que se aprovechaba de su debilidad y de que, además, se arriesgaba a un nuevo ataque de reproches cuando el sol saliera a la mañana siguiente.

No obstante, una mirada de súplica anuló cualquier reticencia. Las dudas quedaron apartadas y avanzó por todo su cuerpo entre besos húmedos y jadeos hasta que lo único que le importó fue sentirla. La tomó de la mano con decisión y firmeza, se levantó del sofá con ella y se encaminó a la habitación.

—Aquí estaremos más cómodos. Quiero hacerte el amor con calma, sin prisa —le susurró al oído cuando entraron en la habitación—. Llevo demasiado tiempo deseándolo.

No le contó que aquello lo había soñado en más de una ocasión. Los recuerdos de Marta lo perseguían sin poder deshacerse de ellos desde su separación.

Observó que Marta miraba la cama un poco reticente y la tomó de las mejillas para que se centrara en él y en lo que iba a confesar.

—Eres la primera mujer que entra en esta habitación, la primera que comparte mi espacio personal, la primera que se acuesta en esta cama y la

única que volverá a estas sábanas cuando lo desee. Aquí no ha habido otras y no las habrá.

—Bésame —le pidió ella, arrastraba las palabras y estaba perdida en él. Lo creía.

Fue como un ruego desesperado que le lanzó con una mirada reservada que ocultaba más de un secreto en ella, pero a él no le importó. Tenerla de nuevo a su lado así de entregada era como resucitar del letargo en el que vivió sin ella durante tantos años.

Marta necesitaba aquello, por alguna razón que desconocía necesitaba sentirse viva y en los brazos de Pablo siempre lo lograba. Él era un gran amante, lo comparó con cada hombre con el que se acostó desde que se divorció de él, pero ninguno le hizo sentir lo que su ex marido. Solo él conseguía llevarla siempre al séptimo cielo, y era ahí donde quería estar esa noche. Sentirse viva y pensar que todo en su vida podría ser mejor.

Se desnudaron con prisas antes de llegar a la cama. Él recorrió el precioso cuerpo de Marta recreándose y acariciando cada nueva curva con admiración. Se dijo a sí mismo que el suave tacto de su piel continuaba como cuando era una adolescente. Aspiró el aroma del pelo y se dejó llevar por este, era tan característico que le nublaban todos los sentidos y la hacía única.

Marta observaba a Pablo desnudo ante ella en todo su esplendor mientras la devoraba, quieto y en silencio, con una mirada felina y una media sonrisa dibujada en los labios. Le estaba dando tiempo y, a la misma vez, le preguntaba con una imponente expresión si le gustaba lo que veía. Ella asintió hipnotizada al pasear los ojos por el duro y perfecto abdomen, los brazos musculados y se paró en los oblicuos, una parte que nunca había tenido desarrollada y ahora se delineaba con precisión resultándole de lo más atractiva. Se descubrió mordiendo el labio inferior y clavándose las uñas en la palma de la mano para controlar el impulso de recorrerlo con ellos y con la boca. Se le antojó besarlo, saborearlo, pero no se atrevió porque la parte más importante de la anatomía de ese hombre captó su atención y se vio humedeciéndose los labios involuntariamente al imaginarlo dentro de ella, colmándola. Elevó los ojos hasta los de él con un leve sonrojo en las mejillas por sus lujuriosos pensamientos y la profundidad que vio en ellos la estremeció. Marta lo conocía bien y con aquella intensa mirada le estaba diciendo que aquella noche la llevaría al mismísimo cielo. No supo si fue un gemido o un ruego involuntario lo que salió de sus labios pero fue la señal que Pablo necesitó para estrecharla contra él y hacer que disfrutase como se

lo pedía con la mirada.

La espalda de Marta tocó la suavidad de las sábanas, ella ya estaba desnuda por completo y Pablo se permitió el lujo de admirarla ahí expuesta, exquisita para él. Lo miraba con hambre en los ojos, esperaba a que se reuniese con ella, que la besase y le hiciese el amor como solo él sabía hacérselo. Abrió las piernas para él, invitándolo a acudir a su lado.

Pablo no se lo pensó ni un solo segundo más, atrapó su cuerpo con el suyo, le acaricio los senos y se deleitó con el volumen que tenían y el efecto que provocaban al abarcarlos con las manos. Eran perfectos, tanto como el momento que vivían llenos de gemidos y suspiros de placer. Luego la besó con toda la pasión de la que fue capaz. Marta le hacía perder el control por completo, la tenía totalmente entregada, a su completa merced, como tantas veces soñó que se volviese a repetir.

—Te necesito —le susurró ella embriagada de atentas caricias y besos voraces sobre la sensible piel de los pechos.

Pablo levantó la vista y la observó con satisfacción cómo se retorció debajo de él. Esa imagen lo embelesó, estaba más sexy y seductora que nunca con los ojos entreabiertos y pidiéndole más.

—Te daré todo lo que necesitas, mi vida. Ten paciencia.

Continuó recorriéndola a besos por el abdomen hasta que llegó al lugar que más deseaba. Marta emitió un ligero grito cuando sintió su boca implacable. La provocaba, la incitaba y la obligaba a alzar las caderas en busca de más. Lo necesitaba dentro, pero no se privaría de las mil sensaciones que él le provocaba con el roce de la lengua. Cuando estaba a punto de estallar Pablo se retiró, la miró sonriente y la besó en los labios. El gruñido de Marta resonó en la habitación pero fue acallado de inmediato por aquellos labios severos.

Alargó una mano y cogió un preservativo de la mesilla de noche. Luego la penetró lentamente y se quedó quieto sintiendo y siendo consciente de que aquello era real, de que la mujer que tenía entre los brazos era la que ponía su mundo patas arriba. Aceleró el ritmo de las embestidas hasta que ambos estallaron en un orgasmo sin precedentes con dedos entrelazados y respiraciones compartidas.

Una vez saciados y con las respiraciones de ambos aún aceleradas Pablo acunó a Marta en el pecho.

—¿Estás bien? —se preocupó por ella mientras le acariciaba el pelo y la espalda desnuda. Todavía podía escuchar los fuertes latidos de su corazón.

—Mejor que nunca, doctor —le contestó con unos ojos radiantes de felicidad—. Espero que el tratamiento que decida ponerme se asemeje mucho a este.

Una sonora carcajada emergió de la garganta de Pablo ante el inesperado descaro de Marta, no la recordaba así, temía que saliera de la cama huyendo cuando terminasen de hacer el amor.

—Eres increíble —le manifestó con auténtica devoción mientras le recorría el abdomen con una lenta y sensual caricia, mostrándose preparado para ella de nuevo.

La besó y la arrastró con él, rodaron juntos por la cama y acarició con deleite ese cuerpo del que siempre se consideró un esclavo. Mientras le hacía el amor de nuevo, se reprochó haber perdido la maravillosa vida que hubiesen llevado de haber continuado juntos. Con otras mujeres tenía sexo mucho más atrevido y exigente, sin embargo con Marta hacer simplemente el amor, con dulces caricias y mimos, lo dejaba mucho más completo, extenuado y satisfecho.

En mitad de la noche Marta se despertó sobresaltada y tomó conciencia de dónde se encontraba. Estaba en la cama de Pablo y él la mantenía aferrada a su cuerpo como un salvavidas en medio de la tormenta. Podía sentir su respiración en el oído y hasta el latido del corazón golpeando con suavidad contra su espalda. Trató de deshacerse del abrazo, tenía calor, necesitaba moverse, cambiar de posición, pero la agarraba sin dejarle margen de movimiento. En un intento de deshacerse de él, lo despertó y la dejó revolverse en la cama hasta que ambos quedaron de frente y sus ojos se encontraron en medio de la oscuridad. Pablo extendió una mano sin cambiar de postura y una leve luz se encendió encima de la cama.

—¿Estás bien? —se interesó de nuevo en un susurro.

—Estoy muy bien. ¿Sorprendido? —le preguntó con un gesto de picardía.

—La verdad es que sí.

—¿Por qué?

—Porque me encanta tenerte así de relajada en mi cama y que me mires como lo haces ahora mismo.

—¿Cómo te miro?

—Como si estuvieras satisfecha. —*Como si fueras feliz a mi lado*, quiso responderle pero se abstuvo de pronunciar esas palabras—. Como si estuvieras muy cómoda.

—Lo estoy, pero quizás debería irme —comentó y se mordió el labio.

No tenía ganas de abandonar la cama en la que se encontraba tan a gusto, pero Pablo y ella ya no eran los de antes. Habían tenido un momento de pasión y quizás él esperase que se marchase como con el resto de sus amantes.

—No te vayas, quédate —le rogó—. Es media noche, ahí fuera hace frío y estamos muy bien aquí, ¿no te parece? —la abrazó y la atrajo más hacia él. Ella notó su evidente deseo de nuevo y sonrió mientras le acariciaba la espalda y le depositaba un leve beso en el cuello.

—¿Es cierto eso que se dice que tienes alquilada una suite de hotel a la que llevas a todas tus conquistas? —Pablo la miró sorprendido de que le saliera con aquel comentario en ese preciso momento.

—¿Tenemos que hablar de eso ahora? —le reprochó deshaciéndose del abrazo, se tumbó boca arriba en la cama y se tapó los ojos con un brazo mostrándose un poco molesto por la inoportuna pregunta.

—Me dijiste que podía preguntarte cualquier cosa. —Su tono era inocente y relajado, no era un reproche sino simple curiosidad.

Por unos segundos el silencio reinó en la habitación.

—No has sido muy oportuna —le recriminó él sin mirarla.

—Lo siento —se disculpó un poco avergonzada y se acomodó mejor en la cama cubriéndose el pecho con la sábana.

—Es cierto —terminó por responder con sinceridad. Si ella necesitaba saberlo se lo diría pese a cómo se lo tomase—. Pero como te dije antes, eres la primera mujer con la que me acuesto en esta cama. Mi casa es sagrada, nunca traigo a nadie aquí.

—¿Por qué? —insistió curiosa.

—Porque es mucho más fácil levantarme de la cama de un hotel y marcharme sin ningún tipo de compromiso ni que esperen algo más, así no tengo que pedirles que se vayan de mi casa ni vuelvan sin ser invitadas.

—Comprendo. —Él advirtió el tono melancólico en el que se lo dijo y se incorporó, apoyó un brazo sobre la cama y la observó. Ahora estaba seria y pensativa con la mirada clavada en el techo. La conocía demasiado bien y supo lo que pensaba.

—Tú eres diferente.

—¿Te arrepientes de lo que ha pasado aquí, en este lugar sagrado? —le preguntó Marta con un deje de reproche.

—No cambiaría esta noche por nada del mundo —le confesó con

absoluta franqueza.

—Ahora sé dónde vives, ¿y si vuelvo sin ser invitada? —Estaba poniéndolo entre la espada y la pared, probándolo, consciente de que había sido una más en la larga lista de Pablo Balaguer, pero en esos momentos se sentía tan bien que no le importaba. Ya se arrepentiría más tarde.

—Eres la mujer más especial que ha pasado por mi vida, siempre deseo y desearé tenerte en mi cama, no lo dudes nunca. —La miraba con tal transparencia en los ojos que a Marta le dio un vuelco el corazón—. Lo que tengo contigo no me lo da ni lo encontré con nadie —le confesó mientras le pasaba los dedos por el brazo como si fuesen una pluma. Algo tan simple la estremeció—. Durante estos años he inventado mil formas de olvidarte sin conseguirlo. —Los dedos ascendieron por su clavícula, la tomó por la nuca y la besó—. Siempre te querré, Marta Miller. Con el paso del tiempo solo he comprobado que tus huellas nunca se borrarán de mi corazón.

Tras esa confesión, que consiguió erizarle todo el vello, hizo que el corazón se desbocase como nunca antes y volvió a entregarse a él con toda la pasión del mundo.

Los primeros rayos de sol y el sonido del móvil de Pablo los despertó cuando aún estaban dormidos y abrazados en la cama.

—¡Sal de la cama donde estés en este momento! —exclamó la voz de Fernando tan fuerte que se vio obligado a separarse el teléfono de la oreja—. Te espero en mi despacho de la clínica, y considérate muy afortunado porque cierta información haya llegado antes a mis oídos que a los de mi mujer.

El reloj de la mesita de noche marcaba las diez de la mañana. Maldijo por haberse quedado dormido. Tenía que recoger a las ocho a su hermano y su cuñada en el aeropuerto y lo había olvidado. Se levantó de la cama de un salto y comenzó a vestirse con prisas.

—¿Ocurre algo? —preguntó Marta con los ojos medio abiertos.

—Me he quedado dormido, tenía que recoger a Fernando y a Miranda en el aeropuerto hace dos horas —le dijo mientras recogía las pertenencias de encima de la mesita de noche, acelerado.

—¿Qué hora es? —Se incorporó con urgencia y se sintió un tanto desorientada al buscar la ropa esparcida por la habitación.

—Las diez. Fernando me acaba de llamar y no lo he notado muy contento. Debe haber algún problema en la clínica. Me tengo que ir.

—¡Joder!

Ambos andaban de un lado para otro con prisas entre miradas cómplices. A pesar de la situación, en el ambiente se respiraba cierta tensión sexual provocada por la desnudez del cuerpo de Marta.

—Yo me marchó ya, puedes quedarte a desayunar o lo que sea —le dijo Pablo parado ante ella. Era increíblemente preciosa y maldijo para sí mismo por no poder tomarse el tiempo necesario para darle los buenos días de un modo que no pudiera olvidar. Se acercó, le acarició los brazos con posesión y le dio un succulento beso en los labios a modo de despedida—. Hablamos más tarde.

Luego desapareció por la puerta, casi corriendo.

Los dedos de Marta acariciaron sus labios y se quedó pensativa por la forma tan familiar en la que se acababan de despedir. Poco a poco, un gran miedo, las dudas y los remordimientos hicieron presencia en su conciencia.

* * *

Cuando Pablo abrió la puerta del despacho de su hermano, Fernando se levantó como una pantera y se abalanzó sobre él sin miramiento alguno. Lo tomó por las solapas de la chaqueta y lo zarandeó.

—¡Te advertí que nunca más te acercases a ella! —le gritó casi fuera de sí.

—¿Qué coño te pasa? ¿A qué te refieres? —Trataba de deshacerse de las grandes manos que lo agarraban sin entender por qué estaba así.

—¡A Marta, joder! Te has paseado por ahí con ella en mi ausencia —le afirmó rotundo—. Déjala en paz, ni la mires si no quieres que olvide que soy tu hermano —le advirtió con actitud amenazante.

Pablo se deshizo de las manos de Fernando de malas maneras y se separó de él lo suficiente como para poder medirse en actitud desafiante.

—¿Se puede saber por qué no estás de vacaciones? Te cogiste unos días para ir a ver a mamá. ¿Por qué no te fuiste? —le reprochó con dureza.

—La doctora Arnedo tuvo un problema y me pidió el favor de quedarme.

—¡Qué conveniente! —exclamó—. Ahora explícame qué cojones haces saliendo por ahí con Marta —le exigió entre dientes.

—¿Y por qué crees que debo darte explicaciones a ti? Creo que ambos somos lo suficiente adultos para saber qué nos hacemos, ¿no crees? —Lo encaró con valentía.

—No me desafíes, Pablo —le advirtió su hermano, que lo señaló con un dedo amenazante y lo miró con una expresión que le hizo estremecerse—. No estás en disposición de jugártela.

—Está bien, está bien —se defendió Pablo, alzó las manos y se paseó intranquilo ante Fernando, que lo observaba con atención—. Me la encontré por casualidad, hablamos. ¡Solo eso!

—No es eso lo que me han contado. Os han visto en el *Seven* solos en un reservado. No quiero que te acerques a ella, ¿me has oído? —le advirtió embravecido con un grito—. Una vez la dejaste hundida, casi acabaste con ella, y no vas a volver a jugar con mi hermana.

Pablo tomó aire y trató de serenarse. No esperaba que las cosas se desarrollasen así, ni pretendía incumplir la palabra que le había dado a Marta la noche anterior, pero era necesario que Fernando supiese cuanto antes lo que estaba ocurriendo. No quería que sacase conclusiones precipitadas.

—Siéntate, por favor. —Con mucha calma, le indicó a su hermano mayor que tomara asiento de nuevo al tiempo que él ocupaba otra butaca—. Hay algo que debo contarte.

—¡No quiero sentarme! ¡No quiero que me cuentes milongas, Pablo! ¡Estoy harto! Y Miranda pedirá tu cabeza cuando sepa que te has acercado de nuevo a ella.

—¡No es lo que crees, joder! Déjame explicártelo. Marta tiene problemas, no está bien. Está enferma, Fernando. Es su corazón. —En el rostro de su hermano apareció el pánico y se dejó caer en el sillón como si el cuerpo le pesara una tonelada—. No era así como te lo quería contar, pero no me has dejado opción.

—¿Qué le pasa? —preguntó con los ojos muy abiertos, alarmado.

—Marta acudió el lunes por la tarde a la consulta de la doctora Arnedo, pero me encontró a mí. ¡No fue deliberado, te lo juro! —se apresuró a aclarar antes de que Fernando se abalanzase sobre él de nuevo—. Ni siquiera figuraba en la lista de pacientes.

—Joder —se lamentó Fernando, pasó las manos por el pelo desesperado. Desconocía aquello—. ¿Qué pasó?

—Me dijo que venía a hacerse las pruebas rutinarias semestrales y se las mandé, pero al día siguiente no fue a recoger los resultados como yo esperaba. Había algunas alteraciones que quería hablar con ella pero como no tuve oportunidad de verla me puse en contacto con la doctora que la trata en Oviedo. Ella me contó algo que Marta omitió en la visita.

—¿Qué le pasa? ¡Joder, Pablo, habla claro!

—No, tendrás que esperar. Le dije a Marta que hoy mismo os lo contaríamos aunque ella se negaba a daros esa mala noticia. Mucho me temo que si no me llevo a enterar de todo casi por casualidad os lo hubiese ocultado.

La desesperación era patente en el rostro de Fernando, no esperaba encontrarse con aquello. Hacía años que Marta no tenía problemas graves de corazón.

—Quiero ver esas pruebas y tenemos que reunirnos con Miranda cuanto antes.

—Tengo todos los informes, pruebas y posibles tratamientos. Lo tengo todo listo.

—Gracias.

—No me las des, Marta nunca dejará de importarme —le dijo de frente mirándolo a los ojos.

—¿Cómo es vuestra relación ahora que os habéis encontrado de nuevo? —se interesó casi con miedo de escuchar la respuesta.

—Cordial.

—¿Cómo de cordial? —Necesitaba saber a qué se enfrentaba en esos momentos.

—Ella siempre será la mujer más importante de mi vida —le reveló con valentía, sin importarle las consecuencias.

—No quiero que te acerques a ella en el plano personal. Quedas avisado. —Era una advertencia firme que a Pablo le dolió como si le hubieran estampado un puño en el mentón—. Me consta que mujeres no te faltan dónde elegir.

—No te metas en mi vida.

—Tu vida es de mi incumbencia siempre que sea mi hermana la que esté en ella.

—Te recuerdo que yo también soy tu hermano.

—No es lo mismo, Pablo. Y sabes que si debo posicionarme lo haré a favor de Marta. Por eso te lo vuelvo a repetir: no te acerques a ella.

Una sonrisa divertida apareció en el rostro de Pablo y chasqueó la lengua, se lo esperaba.

—Tú amas con locura a tu mujer. Si un día la perdieses, ¿no harías de todo por tratar de recuperarla?

La decisión con la que le hablaba hizo que Fernando activara todas las

alertas.

—Yo no la engañé con otras ni me cargué un matrimonio deliberadamente —le espetó con dureza.

—He aprendido de mis errores.

—¡Pues ponlos en práctica con otras y deja a Marta en paz! —le advirtió una vez más.

—Puedes estar tranquilo. Nunca volvería a herir a Marta como lo hice en el pasado. He aprendido la lección.

Con las manos entrelazadas sobre la mesa y tensión en el cuerpo, Miranda escuchó a su cuñado mientras estaban reunidos en el despacho de dirección de la clínica Miller. Con el ceño fruncido, leyó todos los informes y atendió a los posibles tratamientos que Pablo planteó para el caso de su hermana. Fernando estaba con ellos y, aunque no era cardiólogo, valoró la opinión médica de ambos, la salud de Marta estaba en juego y, después de todo lo que había oído, se mostró preocupado por ella.

—Has hecho un buen trabajo, yo habría procedido igual. —Miranda elogió a Pablo mientras cerraba el expediente de Marta—. Debo darte mi sincera enhorabuena. Mi hermana ha estado en buenas manos en mi ausencia y me has dejado todo casi resuelto. Hablaré con ella hoy mismo y de ahora en adelante me encargaré de su caso. No pienso dejar que otro médico la lleve.

Lo miró con el semblante serio. Pablo sintió que lo estaba excluyendo y no lo pensaba permitir.

—Marta no me va a perdonar esto —se quejó y le dirigió una mirada acusadora a su hermano, sentado a su derecha, por ponerlo en aquella situación—. Le prometí que os contaríamos todo esto juntos.

Pablo insistió en avisar a Marta antes de ir al despacho de su cuñada, pero Fernando se negó en rotundo. Era necesario poner la situación en conocimiento de Miranda y analizar el caso antes de tener al paciente delante.

—Hablares con ella. —Fernando trató de tranquilizarlo—. Lo entenderá.

Sentada en su sillón con pose de reina Pablo se centró en su cuñada de nuevo, ella era la que mandaba en aquel asunto.

—Quiero formar parte del caso, Miranda. No voy a quedarme al margen de esto. Marta es mi paciente.

—No es tu paciente, no te confundas. La atendiste por casualidad —intervino Fernando—. Y mientras más lejos estés de ella, mejor.

—Que decida ella, ¿o es que no cuenta su opinión para nada? La tratáis como una niña y es una mujer con decisión propia —les dijo en un tono de voz más alto de lo normal.

Se encontraba entre dos pares de ojos escrutadores que se miraban entre sí sin decirle nada.

—Te comunicaré la decisión de mi hermana cuando hable a solas con ella —le dejó claro Miranda, serena y altiva.

La silla en la que estaba sentado Pablo resonó fuerte en el suelo al levantarse de malas formas, miró al matrimonio con resentimiento y se encaminó hacia la puerta del despacho, no soportaba estar allí por más tiempo.

—Creo que os he demostrado con creces que he cambiado —les espetó de malas formas. Estaba muy cabreado—. Soy un buen profesional, un médico responsable y mi trabajo es impecable.

—Tu historial de mujeres también es impecable —se atrevió a comentar Miranda cuando su cuñado ya tenía la puerta abierta.

—Eso pertenece a mi vida privada —se defendió fulminándola con la mirada. En esos momentos no la veía como su jefa—. Si no sabéis diferenciar entre una cosa y otra quizá los que deberíais dejar el caso sois vosotros.

—No te quiero cerca de mi hermana. Fin del asunto —sentenció Miranda.

Una vez a solas, Fernando se paseó delante de su mujer, inquieto mientras ella permanecía sentada tras su mesa pensativa y preocupada por la agravación de la enfermedad de Marta y la nueva cercanía con Pablo. Miranda mejor que nadie sabía cuánto lo amó, y si aquello se le asemejaba a su amor por Fernando estaba segura de que nunca lo iba a dejar de querer, pasase entre ellos lo que pasase.

—Estos dos acaban conmigo —bufó Fernando exasperado revolviéndose el pelo con las manos mientras se paseaba nervioso por el despacho delante de su mujer.

—Sé que tú también lo has visto. Esa preocupación solo puede significar una cosa —le comentó Miranda seria y abatida—. La sigue queriendo.

—¡Joder! —maldijo él—. Por lo menos alguno de los dos podría haber rehecho su vida, estar casado, con familia, y un problema menos. ¿Qué vamos a hacer? —le preguntó casi desesperado.

Aunque Miranda no manifestaba su alteración, estaba inquieta por la vida sentimental de Marta y aterrada con el diagnóstico médico que le había dado Pablo.

—Por ahora lo más importante es que Marta esté bien —le susurró

Fernando tras acudir junto a su mujer y abrazarla—. Estaremos muy pendiente de ella. Sé que te atormenta que en algún momento vuelva a intentar...

—Ni lo digas. Trato de olvidar aquello.

—Yo también. Esta vez es diferente.

—¿Y Pablo?

—Lo vigilaré de cerca, y si es necesario, lo sacamos de Miller y lo enviamos a otro lado con cualquier excusa. No estoy dispuesto a que le destroce la vida de nuevo a Marta —suspiró agobiado—. Todo se complica de nuevo, ¿es que nunca tenemos una paz indefinida?

—Lo solucionaremos.

* * *

El agua caliente caía con fuerza sobre el cabello de Marta. Se encontraba en la ducha de su habitación, necesitaba un buen baño para relajar el cuerpo cansado por la noche de actividad en los brazos de Pablo, mientras no podía evitar recordar momentos que conseguían ponerle la piel de gallina a pesar del intenso vapor de la estancia.

Envuelta en un albornoz salió al vestidor para escoger algo de ropa justo en el instante en que Miranda abrió la puerta sin llamar y entró con gesto serio. Traía una carpeta en las manos como la de los expedientes clínicos en Miller.

Ambas hermanas se abrazaron y se besaron con cariño como siempre.

—¿Qué tal fue tu viaje? —se interesó Marta muy contenta de verla allí, no la esperaba.

—Muy bien, han sido cuatro días maravillosos en los que hemos descansado y renovado fuerzas.

—Me alegro. ¿Qué te trae por aquí a estas horas? —Era media mañana—. Íbamos a comer en tu casa con mamá y Alberto si no recuerdo mal, ¿verdad?

Miranda asintió con gesto serio y su hermana dedujo que algo pasaba.

—Pero hay algo que debemos tratar antes tú y yo, a solas.

La carpeta de cartón duro que sostenía Miranda en las manos se le cayó al suelo y Marta fijó la vista en ella. Comprobó que era su expediente clínico, figuraba su nombre y su número de historial.

La alegría de ver a Miranda se esfumó con rapidez cuando recordó todo

lo que le había ocultado con respecto a Pablo.

—Sí, creo que uno de ellos es que me pongas al tanto de las últimas incorporaciones a la plantilla de Miller, algo que se os ha pasado a ti y Fernando comentarme —le reprochó con dureza, mostrándose muy enfadada.

—Tú... no querías que te nombrásemos a Pablo —se excusó su hermana.

—Me lo podías haber advertido. Fui a la consulta de la doctora Arnedo y me lo encontré a él, ¿sabes cómo me sentí cuando lo vi ahí y descubrí que era cardiólogo? Nada más y nada menos que el que me iba a tratar ese día —le recriminó alzando la voz y paseándose de un lado a otro mientras Miranda la observaba sentada en la cama.

—Él no tenía que estar ahí, iba a estar de vacaciones esa semana, por eso no te dije nada. Fue una mala pasada del destino que os encontraseis así. Lo siento, de verdad, y comprendo lo impactante que te resultaría.

—No te haces una idea —le dejó claro con los ojos encendidos de furia.

Tras un breve e incómodo silencio las miradas de ambas hermanas se ablandaron. Se querían demasiado como para guardarse rencor.

—Me he reunido con Pablo y Fernando esta misma mañana.

De pronto, Marta levantó la cabeza y Miranda pudo comprobar en la palidez de su rostro la gravedad del tema. Sin embargo, el estallido que vino a continuación nada tenía que ver con su enfermedad.

—¡Hijo de puta, me ha vuelto a traicionar! —gritó—. Le pedí que no os dijese nada sin estar yo presente y no ha tardado ni un día en hacer las cosas a su manera. ¡Es un cabrón, desgraciado y malnacido!

—Tranquilízate. —Miranda se levantó y fue hasta ella preocupándose por su estado—. Por primera vez tengo que salir en defensa de Pablo. Fernando se enteró esta mañana nada más poner un pie en la clínica que os habían visto en el *Seven* juntos. Eso levantó sus sospechas. Tuvieron una conversación nada agradable, créeme. —Marta se asustó al escuchar aquello—. Pablo solo se defendió cuando vio que la situación llegaría a mayores con Fernando si no le contaba la verdad.

Un sentimiento de tristeza embargó a Marta al escuchar aquello. Pese a todo, no deseaba que Fernando y Pablo se llevasen mal.

—Ya no soy una niña para que todos veléis por mí —le reprochó molesta—. Soy una mujer adulta, con una vida propia y poder de decisión en exclusiva sobre ella.

—A Fernando y a mí no se nos olvida lo que todos sufrimos como

consecuencia de tu separación con Pablo.

—Lo sé, eso forma parte del pasado. Trato de volver a ser amiga de Pablo después de todo lo que pasó, y lo hago por vosotros. Con los años las heridas se curan y se olvida el pasado.

Mentía, y aunque a Miranda las palabras le sonasen a esperanza, para Marta estaba suponiendo un esfuerzo demasiado costoso. En el fondo de su ser sabía que existían heridas que jamás cicatrizaban. Pero la situación actual con Pablo requería de esa mentira piadosa.

—¿Qué tal fue el reencuentro?

—Impactante al principio, pero he descubierto a un Pablo nuevo. Digamos que el doctor Balaguer se ha ganado mi respeto. Ha sido muy profesional conmigo y se ha comportado bien, no te reprocho a ti ni Fernando que le dieseis un puesto en Miller, creo que se lo merece.

—Me alegra que todo entre vosotros haya mejorado, no es bueno vivir en el pasado ni entre rencores.

—Éramos muy jóvenes. Ahora los dos hemos cambiado, somos unas personas muy diferentes a las que fuimos.

—No sabes lo que me alegra oírte hablar así. Ahora centrémonos en lo realmente importante: tú. —Reparó en su aspecto y le hizo señas para que se adecentara—. Te espero abajo, en el despacho de papá.

Miranda estaba sentada tras el imponente escritorio que perteneció a su padre, repasaba de nuevo el expediente clínico de su hermana cuando ella llamó con timidez a la puerta, como cuando era una niña. No le hizo falta una invitación, antes de que Miranda alzase la vista hacia ella, Marta ya tomaba asiento frente a su hermana mayor que en esos momentos le imponía cierto respeto.

—No sabes lo difícil que es esto para mí. Tratarte como mi paciente de nuevo es... No es fácil.

—Sé que eres la mejor. —Le sonrió—. Solo te pido que no me ocultes nada, por favor.

Las manos de Marta le temblaban un poco, Miranda reparó en eso cuando vio que se las sostenía al tratar de aparentar tranquilidad.

—He leído todos los informes junto con las pruebas que te has realizado en los últimos días. Pablo me los entregó. He de reconocer que ha hecho un buen trabajo, no has podido estar en mejores manos.

En esos momentos Marta recordó a Pablo recorriendo todo su cuerpo la noche anterior y se le escapó una leve sonrisita ante el comentario, luego se

centro en ella.

—Dime qué tengo —la apremió. Era hora de enfrentar la verdad.

Un gran miedo se apoderó de su cuerpo cuando vio adoptar a su hermana la posición de medico profesional con el semblante serio, la espalda recta y el expediente delante.

—Marta, tu problema de corazón se ha agravado en los últimos meses debido al estrés y tu ritmo de vida. Debes parar, ser consciente de esto y poner freno. Te tendremos que tener vigilada con constantes pruebas y un tratamiento que ya he decidido. Pero debes de saber que no podrás volver a un ritmo de vida como el que llevabas, necesitas estar tranquila, sin sobresaltos ni preocupaciones. Y tendrás que dejar aparcada tu profesión por un tiempo.

—¿Qué tengo que hacer?

—Someterte al tratamiento que te voy a poner por unos meses, veremos cómo reaccionas y dependiendo de eso lo podemos modificar sobre la marcha. Es importante que permanezcas aquí. En la clínica tenemos todo lo necesario para controlar la evolución y en casa de mamá llevarás una vida tranquila, de descanso, que es lo que necesita tu corazón. Tómame unos meses para pensar qué es lo que quieres hacer con tu futuro, y luego ya decides —le aconsejó.

—Sabes que soy como tú, incapaz de estar sin hacer nada. Necesito trabajar, centrar todo mi tiempo libre en algo.

—Tómame unas semanas más de vacaciones, luego podemos buscarte algo en Miller, ¿qué te parece? Un trabajo a media jornada que no sea demasiado estresante, que te guste y consiga matar ese tiempo para que no te aburras. Piensa que tu salud es lo primero —le recalcó al verla reticente a aceptar todo lo que le planteaba.

—El bufete tiene mucho trabajo y Amaia está buscando un bebé, no le puedo hacer esto.

—No te lo puedes hacer a ti misma, contrata a más abogados y que ellos se encarguen de todo junto con Amaia. No me obligues a hablar con ella y contarle la situación por la que pasas —le advirtió y Marta sabía que su hermana era muy capaz de esto.

—Lo voy a pensar bien. Por ahora aún me quedan un par de semanas de vacaciones, las pasaré aquí, y luego ya veremos.

Al menos contaba con tiempo para ir convenciéndola. No la iba a presionar más por ahora. Sin poder evitarlo, Miranda abandonó el sillón que

ocupaba y fue junto a su hermana, la abrazó como cuando era pequeña, haciéndole sentir que estaría ahí para salvarla y compartir juntas la situación. Con ella no podía adoptar la misma posición que con otros pacientes, ella era su hermana y los sentimientos mandaban más que el protocolo. Dejaron que las lágrimas liberasen parte de la tensión que había reinado en el ambiente desde que Miranda le hizo saber que se reunió con Pablo y ambas hermanas se sintieron más unidas que nunca.

—Todo va a ir bien, no voy a permitir que te pase nada, hermanita.

—Lo sé.

—Pablo quiere estar en el equipo que te seguirá en la clínica, pero es decisión tuya —le informó y esperó una respuesta.

—Es bueno como cardiólogo, ¿no? —Miranda asintió—. No me importa que él lleve mi caso contigo si lo consideras conveniente.

—Bien.

El gran cambio de Marta con respecto a Pablo asombró a Miranda y casi la dejó sin habla, algo muy raro en ella.

—Habrà que decírsele a mamá —aventuró Marta con la voz cortada.

—Supongo que sí. Le daremos la noticia juntas, procuraré suavizarle un poco el asunto, ¿te parece?

Nuevamente las hermanas se abrazaron y Marta se sintió muy afortunada de contar con ella. Era la mejor.

El teléfono de Marta recibió varias llamadas de Pablo pero no las pudo atender, sus hermanos, su madre y su sobrino no la dejaron sola tras conocer la situación por la que pasaba, se preocupaban por ella y la mimaban demasiado. Entre tanto, a Pablo le respondió con breves mensajes de texto diciéndole que se encontraba bien y que ya hablarían. Sentía que la había traicionado al contarle su problema médico a Fernando y a Miranda, si bien no lo hizo intencionadamente sí lo hizo sin su consentimiento, por esto le daba largas y no aceptó quedar con él para verse y hablar del tema como le pidió.

El sábado por la noche se deshizo de todos ellos para ir a cenar con María. Le contó con detalle el problema y el tratamiento que recibiría en unos días. Se mostró optimista y su amiga se ofreció para que contase con ella en todo lo que necesitase.

—Tengo que contarte algo más —le anunció tras dejar a un lado los cubiertos y posar los codos sobre la mesa. Necesitaba hablar con alguien de

lo que había pasado con Pablo pero ni Miranda ni su madre entenderían la situación. Quizá María se escandalizase al escucharla e incluso la reprendiera por llegar a una situación tan inverosímil con él, pero en el fondo la comprendería.

—¿Qué ocurre? Por Dios, no me asustes, vas a conseguir que esta maravillosa cena se me indigeste.

—Se trata de Pablo.

—¿Qué ha hecho ese cabrón ahora? —Puso los ojos en blanco, soltó el tenedor en el plato y llevó las manos bajo la barbilla, centrándose en ella y esperando una respuesta.

—Me he acostado con él.

—¡¿Quééééé?! —María no pudo contener el grito. Su amiga le indicó de inmediato que bajase la voz y echó un vistazo alrededor. A pesar de estar en un reservado del restaurante de su madre, allí todos la conocían—. ¿Pero tú no aprendes o es que ves a ese tío y se te caen las bragas? —Le susurró tratando de mantener las formas—. De verdad, amiga, no te entiendo —le reprochó—. Está muy bueno y todo lo que tú quieras, pero te las hizo pasar canutas.

—Fui yo quién me lance, él trató de pararlo —terminó por confesarle medio avergonzada.

—¡Madre del amor hermoso! Cuéntamelo, vamos.

—Me puse muy mal cuando me dio la noticia de que las pruebas no habían salido bien y no quería que me quedase sola. Volver a casa de mi madre no era una buena idea, así que me propuso que fuésemos a su casa.

—¡Ja! Y tú caíste como una tonta, se aprovechó del momento.

—No fue así. Se portó como un caballero en todo momento y se mostró muy atento.

—Oye, espera, espera. ¿Dónde está mi amiga? —María hizo un gesto buscando debajo de la mesa, levantando el mantel, y luego miró a Marta descolocada—. No te reconozco, Marta Miller. ¿Qué te ha dado ese hombre? Se comenta que es un Dios en la cama, pero no es algo que tú no hayas probado antes para estar como estás. ¿Te drogó, te dio un porro o algo?

Marta volvía a sonreír ante las ocurrencias de María, aunque en realidad la comprendía; ella mejor que nadie sabía lo que había renegado y criticado a su ex.

—Pablo ha cambiado tanto... —lo dijo casi con orgullo—. ¿Sabes lo que sentí cuando entré en la consulta de la doctora Arnedo y lo vi ahí con su

bata blanca, impecable y leí en ella Doctor Balaguer? No era el Pablo que yo conocí años atrás, era alguien profesional, cordial, inteligente... Me recordó a mi padre, jamás llegué a imaginar que fuese a convertirse en un hombre así. Me impresionó, sí, lo admito, y muchísimo.

—¡Madre mía! —María se tapó los ojos con las manos.

—Cuando me llevó a su casa aún me sorprendió más. Le ha comprado a Miranda su apartamento de soltera. Pasé en esa casa tantos buenos momentos de pequeña con mi hermana... y ahora es su hogar. Cada paso que daba me encontraba con un Pablo renovado, un hombre desconocido para mí. En todos estos años me lo imaginé de mil maneras, pero ninguna de ellas como mi médico.

—Recuerda que sigue siendo un mujeriego —le advirtió.

—Lo sé, pero lo noté muy arrepentido por todo lo que pasó. No sé qué me pasa con él, pero cuando lo tengo cerca deshace todos mis esquemas. ¿Por qué crees que me mantuve alejada de él durante tanto tiempo? Pensé que tendría la vida resuelta, pareja, quizás hijos, pero no es así. —Dejó que su mente vagara hasta la suavidad de las sábanas que habían compartido y rememoró los susurros que la habían acompañado cada segundo desde aquella noche. Todavía se estremecía al recordar las caricias, al sentir el peso de su cuerpo, al percibir el torrente de placer que le había brindado con tanto cuidado. Un suspiro se le escapó y los ojos se le llenaron de lágrimas—. Me confesó que aún me ama. ¿Sabes lo que eso supone para mí? No me lo esperaba.

—¡Marta Miller, has vuelto a caer en los encantos de ese tío! —le reprochó María que la apuntaba con un dedo e hizo un mohín con la cara.

—Fui yo la que dio el primer paso. Te aseguro que él intentó pararlo sabiendo por el mal momento que pasaba, algo que le honra. Debo decir en su defensa que casi se lo supliqué.

—¡Madre mía! —María se llevó las manos a la cabeza. No se creía todo aquello—. Dile a tu hermana que te saque cita para el psiquiatra.

—Fue solo una noche.

—¿Y...? —La miró con picardía, le estaba pidiendo detalles—. No me puedes contar todo esto y dejarme así.

Se mordió el labio, miró a ambos lados y le mostró una sonrisa socarrona.

—Fue increíble —le susurró—. La mejor noche que he tenido en todos estos años desde que me divorcié de él. Lo hicimos tres veces —terminó

confesándole—. Nunca antes había sentido nada parecido con él. Fue perfecto.

—Joder. ¿Y ahora qué? —se interesó su amiga.

—Hemos decidido ser amigos.

—¿Ya lo habéis hablado? —preguntó extrañada.

—Eh... En realidad, no. Bueno, sí. ¡No lo sé! —exclamó Marta confundida—. Va a ser mi médico junto con Miranda, no sé si nos conviene enredarnos en una relación.

—Una relación tóxica, si me permites que te lo diga —apostilló María—. Ese hombre es un demonio. —El semblante de Marta se ensombreció y bajó la mirada dolida. Su amiga tenía razón, pero era algo tan intenso lo que Pablo le hacía sentir cada vez que lo tenía a su lado que se permitió fantasear con que todo entre ellos podía volver a estar bien. El contacto de las manos de María sobre las suyas sobre el mantel la animaron a levantar la cabeza—. ¿Qué sientes por él? Dime la verdad —la apremió.

—Admiración, sobre todo. Es un hombre diferente al que recordaba.

—Un hombre diferente que se ha tirado a media ciudad.

—Siento admiración por sus logros profesionales. Mi hermana dice es muy bueno.

—Vale, es un gran médico —admitió de inmediato para esquivar que su amiga se fuese por las ramas, ella deseaba ir al grano—. ¿Qué siente tu corazón por Pablo Balaguer? No me interesa lo que te dicte la razón.

Su corazón tenía grabadas las huellas de Pablo para el resto de su vida. En esos momentos tenía tal hervidero de emociones en el pecho que le resultaba imposible poner orden a todo lo que sentía. No podía asegurar que hubiera pasado página, pero estaba orgullosa de sí misma al poder hablar de él sin que siguiera desgarrándose por dentro. Lo que había pasado en el apartamento la tenía muy confundida. Él la amaba, lo había manifestado sin rodeos, pero ¿podía confiar en Pablo de nuevo sin que acudiese a su mente de forma constante el pasado? Estaba entre la espada y la pared, un pasado desgarrador y unas sensaciones que percibía en el estómago cuando lo tenía delante, su piel erizada cuando la tocaba y ese temblor repentino en las manos cuando la miraba como un lobo con ganas de comérsela.

—Lo quieres, ¿verdad? Nunca has dejado de hacerlo —se aventuró María al ver cómo brillaban los ojos de su amiga.

La lágrima que rodó por el rostro de Marta y el silencio de esta a su respuesta fue cuanto necesitó para saber que su amiga volvía a estar muy

jodida.

Ese sábado por la noche el *Seven* estaba hasta arriba de gente, la luz era más oscura, la música estaba más alta, había menos mesas y sillas por medio y muchas personas bailaban al son de la canción "*Vivir mi vida*" de Marc Anthony, que sonaba cuando María y Marta hicieron aparición en el lugar. En un principio Marta se negó a ir allí con la cantidad de sitios que había en la ciudad para tomar una copa y bailar un rato, pero su amiga le insistió demasiado y no le quedó más remedio que aceptar a regañadientes y rogar para que esa noche Pablo no estuviese allí.

Conforme se acercaban a la barra, contoneando las caderas al ritmo de la música, Marta reparó en un grupo numeroso de personas que bebían y brindaban muy alegres formando mucho jaleo. De inmediato distinguió entre ellos a Pablo, que estaba con Adrián, Rodrigo, Thiago y unos cuantos hombres y mujeres más a las que no conocía.

—¿Alguien conocido? —le preguntó María con picardía al fijarse en Pablo y Thiago. Al ver a este último la sonrisa de María se hizo más grande, ese grandullón le había gustado desde que lo vio por primera vez y deseaba volver a verlo.

—No ha sido una buena idea venir a este lugar —comentó con mala cara—. Una copa y nos vamos a otro sitio.

Llegar a primera línea de la barra no les resultó fácil, pero con el don de gentes que tenía María lo consiguió con habilidad, alzó una mano para llamar la atención del camarero y con un gesto coqueto y la ayuda del generoso escote que lucía consiguió que la atendiesen antes que a muchos de los que estaban esperando desde hacía rato. Mientras tanto, Marta no dejaba de mirar en la dirección en la que se encontraba Pablo, el deseo de ver con quién estaba y cómo se comportaba era más fuerte que ella. Y centrada en él, embobada en cómo se llevaba la copa a los labios, presencié cómo una mujer, con una sonrisa coqueta, se le acercó de forma decidida, le echó los brazos al cuello, mientras se contoneaba al ritmo de la música y le dio un breve beso en los labios. De inmediato, Pablo puso distancia, la tomó por la cintura y la alejó de él con delicadeza. En ese preciso instante se encontró con los ojos de

Marta y deseó que la tierra se lo tragase. Ella lo observaba con una mirada que echaba fuego. Vio en su cara reflejada la sorpresa y la decepción que sintió al verlo con otra mujer.

Al advertir que él la había descubierto, Marta miró hacia otro lado y le indicó a María que fuesen a un lugar más alejado.

Pero los ojos de Pablo la siguieron por todo el bar mientras el corazón le latía tan furioso como la mirada que le había lanzado Marta. Dejó la copa que tenía en la mano y con paso decidido se dispuso a aclarar las cosas con la mujer que amaba.

De repente alguien sorprendió a Marta por detrás y se sobresaltó.

—Hola preciosa, ¿te puedo ayudar en algo?

—Hola, Thiago. —Marta respiró tranquila al darse la vuelta y comprobar que era él.

Le dio dos besos y tiró del brazo de su amiga.

—María, te presento a Thiago. Es el dueño de este lugar que tanto te gusta. Fue ella quién me insistió para venir esta noche.

—Buena elección —le comentó Thiago con un guiño de ojo y le dio dos besos a modo de presentación.

Mientras ambos se saludaban, el subconsciente traicionó a Marta y no pudo evitar mirar de nuevo hacia el lugar donde se encontraba Pablo. No lo quería admitir, pero unos celos como los que nunca sintió antes se apoderaron de ella. En esos momentos solo se quería tomar el refresco que tenía entre las manos y marcharse a casa.

Entre el tumulto Marta vio que Pablo se abría paso entre la gente que bailaba en medio de la pista. Venía decidido y con los ojos clavados en ella, la reprendía por huir de él los días anteriores y esa noche, sin importarle los comentarios molestos de la gente a la que empujaba para llegar hasta ella. Estaba perdida. No solo se encontraba acorralada, sin poder escapar de él, sino que en ese preciso instante fue más consciente que nunca de que Pablo le robó el corazón siendo una adolescente y nunca se lo devolvió. Pero se juró que haría grandes esfuerzos por no dejarle ver más de lo que ella deseara mostrarle.

—Ahora vengo, voy al baño —le dijo a María.

—¿Todo bien? —Se encontraba muy a gusto charlando con Thiago, pero si su amiga la necesitaba se irían de allí.

—Sí —la tranquilizó Marta con una sonrisa forzada—. Thiago, cuídame hasta que venga.

El rubio le sonrió a María encantado de quedarse en tan buena compañía. Ella era un autentico bombón de cabello moreno muy bien proporcionada que sabía sacarse partido a pesar de no ser una gran belleza. En comparación Marta Miller se podría decir que era un patito feo, pero María era pura dinamita, con un carácter y una forma de ser que captaba a todo al que conociese.

Una señora que salía del baño, con gran amabilidad y una sonrisa, le sostuvo la puerta para que Marta entrase.

—Espera. —Pablo la tomó del brazo antes de que pudiera esconderse en el aseo.

—Voy al baño —se excusó al tratar de soltarse de él. No soportaba el reproche que había pintado en las facciones de Pablo, ni entendía a qué se debía el cabreo que le fruncía el ceño. Si alguien tenía derecho a estar así era ella.

—He tratado de verte estos días —le dijo de forma precipitada al ver que ella hacía grandes esfuerzos para que la dejarse ir.

—He estado ocupada. Ya hablaremos. Puedes volver con tus amigos.

La puerta del baño se volvió a abrir y Marta aprovechó para escabullirse dentro.

Se miró al espejo y se dijo que necesitaba unos minutos a solas para serenarse y poner en orden esos sentimientos que la consumían por dentro.

Mientras, apoyado en el marco de la puerta, Pablo se dijo que esta vez no pensaba permitir que saliese triunfadora. Estaba cansado de que Marta Miller se le escapase como el agua entre las manos, la conocía bien y sabía que podría quedarse horas en el baño de señoras hasta que él se cansase de esperarla fuera. Si se cría que no era capaz de entrar ahí para buscarla estaba muy equivocada.

Decidido y sin pensarlo demasiado entró tras ella en el baño de señoras. Algunas mujeres al verlo se sobresaltaron pero él no lo tuvo en cuenta, sus ojos se clavaron en Marta que esperaba para entrar al servicio.

—Señoras, lamentamos las molestias pero tenemos una avería y hay que cerrar estos servicios antes de que sea más grave. Pueden acudir mientras al de caballeros.

Todas ellas abandonaron el lugar entre comentarios molestos y miradas al maravilloso cuerpo de Pablo. Marta fue a hacerlo también pero, como era de esperar, él no la dejó. En un irracional acto de idiotez absoluta, trató de encerrarse en uno de los cubículos, pero antes de cerrar la puerta Pablo se

coló tras ella y bloqueó cualquier tentativa de huir.

—¿Estás loco? —le gritó con los ojos desencajados.

—Así lo has querido. No huyas más de mí. Te lo permití en dos ocasiones y ten por seguro que no habrá una tercera sin que hablemos y me dejes decirte lo que llevo por dentro. —En el minúsculo espacio la arrinconó y puso ambas manos sobre la pared a la altura de su cabeza. Le hablaba tan cerca que podía sentir su aliento. Por un momento se asustó porque nunca lo había visto tan cabreado—. Vamos a aclarar las cosas y a encararlas como adultos —sentenció muy serio, tanto que Marta se estremeció.

—¿Y crees que esta es la forma de hacer las cosas *como adultos*? ¡Estamos en el aseo de un bar!

—Eso es irrelevante, abogada. —Le sonrió con malicia y se permitió retirar un mechón de pelo que le rozaba la mejilla antes de formular la primera pregunta—. ¿Ya estás arrepentida de lo que pasó en mi casa?

—¡No! —le gritó con valentía, encarándolo, sin saber de dónde sacó la fuerza para responder. El contacto de los dedos de Pablo sobre la piel de la cara la había dejado sin respiración—. Pero me quedó muy claro que fue una sola noche. Hoy será otra, aunque no las lleves a la misma cama que a mí.

La rabia contenida en las palabras le demostró que estaba así de molesta por lo que acababa de presenciar con aquella chica. Por un lado se sintió feliz de que estuviese celosa, eso era bueno porque le importaba de la forma que él quería, sin embargo ahora tenía que aplacarla y convencerla de que no habría nadie más. Nunca más.

—He venido con Adrián y Rodrigo a tomarme algo, no pensaba salir esta noche. Hoy estaba en mi casa esperando una llamada tuya, saber algo de ti, pero llegaron a buscarme y no me pude negar. Esa chica, Cynthia, es solo una conocida y siempre que me ve me saluda así de efusiva, pero ya está —le aclaró.

—¿Me vas a decir que no has tenido nada con esa mujer? Por favor, ¡No me lo creo! Solo había que ver cómo te miraba.

—Ahora mismo no tengo nada con nadie, Marta. Solo contigo. Eres la única mujer que me interesa, a la única que quiero en mi cama. —Acercó su cuerpo más a ella, tanto que pudo sentir el calor y la dureza de aquel pecho de acero que la encerraba—. ¿Es que no te das cuenta? Eres y siempre serás tú —le susurró en el oído de una forma tan sensual que la hizo estremecerse como nunca—. Llegas de repente a mi vida y rompes todos mis esquemas. Nunca has dejado de ser importante para mí, y te juro que he tratado de

olvidarte, pero ha sido imposible conseguirlo.

—¿No me digas? —ironizó. Era la única forma de mantenerse entera y no sucumbir a esos labios que la atraían—. Nos conocemos, Pablo. No pretendas que crea que eres alguien diferente, no soy tan inocente. Ya no. Mírate, eres un seductor, se te da muy bien ocultarte bajo una sonrisa bonita y un buen cuerpo, pero a mí no puedes engañarme. —Pasado el momento inicial de inseguridad, ya no había quien la detuviera. ¿Él quería hablar? Bien, hablarían, pero sin tapujos—. Fueron varias las mujeres con las que te fuiste a la cama mientras estábamos casados. No voy a caer en la misma trampa de nuevo. Me quedó claro que no era suficiente para ti.

—¿Crees que no me arrepiento a diario de todo? Jamás me perdonaré haber destruido lo nuestro. Yo también he sufrido las consecuencias. —Se apartó unos centímetros de ella y se pasó las manos por el pelo repetidas veces. Él se lo había buscado y ahora se veía en la obligación de hacer frente a los reproches de Marta encerrado en un cuarto de baño—. Fui un idiota, un estúpido, un desgraciado. Seguro que tú tienes un millón de calificativos más y todos me los merezco, pero ya no soy aquel niño. El tiempo me dio una lección y he intentado rehacer todo lo que me cargué. He recuperado la relación con Fernando y con Miranda, intento pasar tiempo con Alberto, soy bueno en mi trabajo, pero de nada me sirve todo eso si no te tengo a ti, Marta. Eres la única mujer con la que sueño, a la única que deseo, con la única que quiero pasar mi tiempo y la única que me atormenta al pensar que eres feliz con otro. Te quiero entre mis sábanas tanto como sentada a mi lado en el cine, o paseando de la mano por la calle. Te necesito para ser una persona completa. ¡Sí, he tardado demasiado tiempo en darme cuenta! Fui un cobarde por no ir hasta ti y decirte todo esto antes, le hice más caso a la razón que a mis sentimientos, pero ahora que te he vuelto a ver y tener en mi cama...

—¡Cállate! —le ordenó con un grito, cerró los ojos y no quiso escuchar nada más. Aquello era demasiado. Sentía que el corazón se le iba a paralizar.

Tal vez fuese la situación, el timbre de su voz, la cercanía de ese cuerpo que rozaba el suyo de nuevo o la firmeza de su mirada, pero al contemplar aquella expresión solemne que él le dirigía Marta descubrió que lo creía y eso la aterrorizó. Volver a confiar en Pablo la hizo temblar. Tenía el corazón desbocado y la respiración alterada.

—No quiero creerte. Todavía me duele lo que hiciste —le reprochó con un nudo en la garganta. Estaba a punto de llorar pero no quería derrumbarse ante él

—Deja que repare todo lo que hice mal. Dame una nueva oportunidad —le rogó en un suave susurro que hizo que se le erizase todo el vello del cuerpo.

—¿Cómo quieres que te la dé si a la mínima me traicionas? —le recriminó—. Le contaste lo de mi enfermedad a Fernando. No habíamos quedado en eso.

—Lo siento, pero el tema de tu salud queda fuera de esto. No te pondré en riesgo. Las cosas se dieron así, y sí, me hubiera gustado que fuera de otra forma, pero ya está hecho.

Marta lo miró con los ojos muy abiertos, confusa. Le abrumaba la seguridad con la que hablaba cuando trataban temas médicos. Realmente parecía otra persona, pero de eso ya se había dado cuenta la primera vez que pisó el despacho de la clínica y lo encontró allí. No obstante, lo que la había dejado fuera de combate, era la idea de volver a tener una historia con Pablo. Incluso llegó a dudar de estar soñándolo todo. Pero al sentir los cálidos labios pidiendo permiso para besarla, olvidó cualquier reticencia y se entregó a él sin dudar. No había nada que deseara más en esos momentos que volver a sentirlo.

Lo que empezó como algo dulce y delicado, se fue transformando en salvaje y excitante. No recordaba haberse colgado del cuello de Pablo, pero ahí estaban sus manos, jugueteando con el pelo de la nuca y sujetándolo contra ella para que no se le escapase. Tampoco supo el momento exacto en que él metió las manos bajo su falda y comenzó a acariciarla entre las piernas. Era maravilloso lo que podía lograr con el simple roce de los dedos contra el encaje de la ropa interior. La tomó por las nalgas con una mano y la incitó para que levantase la pierna. En ese preciso instante, la cordura se impuso por encima del anhelo y el rubor cubrió las mejillas de Marta.

—Pablo, para por favor. Estamos en el cuarto de baño. Puede entrar alguien.

—Así será más excitante —le susurró mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja.

—Solo íbamos a hablar —jadeó al notar de nuevo la mano de Pablo acariciar entre sus piernas.

—Puedes seguir hablando si quieres. Me vuelves loco cuando oigo tu voz. —Abarcó con ambas manos las mejillas de Marta y la devoró con los ojos antes de hacerlo con la boca.

—Eres el mismísimo diablo —volvió a susurrar cuando los besos se

trasladaron al cuello.

Admitió interiormente que era su prisionera y estaba en sus manos, haría cualquier cosa que le pidiese.

—Ahora mismo creo que me consumen las llamas del infierno.

Esas hábiles manos que le recorrían el cuerpo y esos besos la tenían presa, Marta no pudo rechazarlo, hacerlo hubiese sido como morir. La empujó contra la pared de nuevo, perdido en el deseo y sintiéndose un hombre muy afortunado por tenerla así de dispuesta para él.

De repente, unos sonoros golpes en la puerta principal del baño los distrajo, alguien amenazó con entrar y no se encontraban en la mejor situación. Pablo resopló contrariado sobre el cuello de Marta y trató serenarse mientras le componía la ropa. Ambos lamentaron la interrupción, sus miradas eran ardientes y desprendían puro deseo.

Marta y Pablo salieron del baño, de la mano y con gestos cómplices entre ellos, sin reparar en las miradas crispadas que les dirigieron las mujeres que hacían cola. Fueron directos a la barra a tomar algo para calmar el calor que aún sentían en sus cuerpos y un camarero, conocido de Pablo, con una sonrisa socarrona le hizo saber que Thiago se acababa de marchar con la amiga de la mujer que llevaba tomada de la mano.

A pesar del barullo alrededor y la música alta, Marta alcanzó a escuchar el comentario y miró a Pablo con gesto preocupado.

—Tranquila, Thiago es buen tío y sabe tratar a las mujeres. Tu amiga solo debe tener en cuenta que no es hombre de una sola mujer.

Tras calmar la sed, Pablo la miró a los ojos con otro tipo de necesidad que hizo que Marta sintiese un leve tirón en el vientre y se dejase guiar por él. Sin apenas darse cuenta, se encontró con el frío aire de la noche que le pegaba en la cara, en busca de su coche. Necesitaba estar a solas con ella.

—Tengo toda la intención de que pases la noche conmigo en mi casa.
—Pablo la miró a los ojos con sinceridad antes de salir del aparcamiento donde se encontraban—. Pero si me lo pides puedo llevarte a casa de tu madre ahora mismo. Tú decides.

Marta asintió tras dudarle unos segundos. El corazón le palpitaba con fuerza cuando la mirada de esa forma tan intensa, con esa profundidad en la que ella buceaba. La desarmó por completo, solo fueron ellos dos y ese amor que jamás se apagaría.

—Me voy contigo, me gusta tu cama —murmuró al estrecharle la mano que él le tendía. Se la agarró tan fuerte que le hizo saber que nunca la dejaría

ir de su lado, y luego cuando le depositó un cálido beso en los nudillos, se preguntó cómo un simple gesto podía alterarla tanto.

—Yo preferiría que te gustase más el dueño de la cama, pero por algo se empieza —le dijo con una amplia sonrisa de triunfo al ponerse el semáforo en verde e incorporarse al tráfico.

Una vez en casa de Pablo él decidió darse una ducha antes de dormir. Para su sorpresa Marta lo acompañó, estaba más decidida y juguetona que nunca. Esa noche tenía ganas de seducirlo y ser ella quien volviese loco al doctor Balaguer. Lo miró con ojos ávidos, cargados de pasión, y llevó la boca hasta su pecho para besarlo con verdadero deleite. Haciendo acopio de todas sus fuerzas, la tomó en brazos y la sacó de la ducha. No deseaba empotrarla contra la pared y hacerle el amor como un animal. Estaba claro que no podía dejarla así esa noche, por eso decidió calmar la pasión de ambos en la cama donde la tumbó sin importarle que estuviesen completamente mojados y se permitió observarla unos segundos con una mirada ardiente antes de tumbarse sobre ella y besarla como mimo. Su objetivo era demostrarle que darle placer era mucho más importante que sus ganas de penetrarla de una sola embestida. La recorrió con la boca de la cabeza a los pies. Tomaba y exigía, buscando su intimidad mientras que el cuerpo de Marta se retorció debajo de él, pero Pablo no pensaba ceder, estaba decidido a disfrutarla muy lentamente y así se lo dijo cuando la miró con los ojos brillantes y una sonrisa que le prometía el mismísimo paraíso. Llevó esos labios pecaminosos al cuello de Marta y se detuvo ahí mientras le masajeaba los pechos. Después continuó su recorrido con cálidos besos y se detuvo en el estómago. Marta sentía que un gran fuego la consumía por dentro mientras la besaba en el centro de su ser. Pablo sonrió con los labios aún posados sobre su sexo, la miró tan exquisita allí tumbada en su cama presa del éxtasis y se dijo que guardaría esa imagen en su mente para siempre. Se inclinó sobre ella, la besó y la colmó de una sola embestida. Se quedó muy quieto sintiendo las sensaciones del momento y después se movió con rapidez y ambos culminaron en un orgasmo que los dejó sin fuerzas ni para hablar durante unos largos minutos.

Acurrucada entre los brazos de Pablo y con el zumbido del ritmo de su corazón contra la mejilla, Marta no pudo evitar derramar una lágrima por la emoción y la dulzura de los momentos vividos. Jamás olvidaría esa noche y los ojos con los que él la miró antes de llevarla a lo más alto y todo su mundo se partiera en dos. Ese te quiero que le expresó sin palabras era lo más

hermoso que nunca le hubiese dicho.

A la mañana siguiente, Marta despertó entre los brazos del hombre que le había hecho pasar una noche inolvidable. Pablo aún permanecía dormido y ella se recreó en las facciones de aquel rostro que aún sumido en sueños parecía que libraba una gran batalla. Paseó sus dedos con un leve roce por la clavícula y los llevó hasta el tatuaje en el lado de su corazón, ese otro corazón partido en dos que le revelaba tantas cosas. Continuó con la vista clavada en esa piel bronceada y perfecta, sin un solo gramo de grasa. Mientras se preguntaba cómo conseguía un cuerpo así de perfecto, continuó paseando la vista por su abdomen cuando Pablo la descubrió y no pudo evitar sonrojarse.

—¿Tienes hambre? —le preguntó él con media sonrisa seductora y la voz ronca de sueño.

—Mucha —le respondió con un claro deseo reflejado en la mirada. Cuando tenía a ese hombre cerca y así de expuesto no se reconocía ni ella misma.

Él se revolvió en la cama, la arrastró situándose encima de ella con los dedos entrelazados a la altura de la cabeza y, para decepción de Marta, no la besó en los labios. Con mimo le recorrió el cuello, la clavícula, los hombros y acabó en el lóbulo de la oreja.

—Esto que siento... —restregó las caderas y la hizo consciente del estado real en el que se encontraba— no es solo sexo. Quiero que lo tengas muy claro —le reveló con la voz firme. En esos momentos era mucho más importante mostrarle sus sentimientos que calmar sus necesidades—. Quiero más, mucho más que simples encuentros fortuitos. —La observó largos segundos mientras ella lo miraba con preocupación—. Te quiero, Marta. —La besó, ella se lo permitió—. Dame otra oportunidad, intentémoslo de nuevo —le rogó perdido en todo ese amor que sentía por la única mujer que lo hacía vibrar en la cama y fuera de ella.

—No es tan fácil, Pablo. —Marta lo miró seria mientras él trataba de averiguar qué la frenaba a vivir lo que ambos sentían—. Esta vez tengo condiciones que tal vez no estés dispuesto a aceptar.

La mirada que Pablo le dirigió le dijo que aceptaría el mismísimo infierno con tal de tenerla para siempre a su lado.

—¿Qué condiciones?

—Ni una sola mentira con respecto a lo que nos concierne a los dos, nada de otras mujeres y mi familia queda fuera de esto, no quiero que se enteren que volvemos a estar juntos, sea de la forma que sea —le dijo tajante.

Observó cómo él asentía risueño y feliz.

—Acepto. ¿Algo más? —La miró victorioso—. Estoy dispuesto a todo. Te quiero a mi lado el resto de mis días.

—No juegues conmigo —le advirtió con un nudo en la garganta que él logró deshacer entre besos y caricias.

—Nunca en mi vida he ido más en serio.

Pablo la dejó en la cama y bajó por el desayuno a una panadería cercana.

La calidez de la sábanas aún calientes por el cuerpo de Pablo la atraparon y se quedó ahí, sumida en los pensamientos de todo lo que acababa de ocurrir entre ellos. Rodó por la cama con una amplia sonrisa como una niña pequeña. En esos momentos se negaba a pensar en todo lo que pasó y sufrió cuando se separaron, solo quería sentirse el resto de sus días como en esos instantes. Desde que se había reencontrado con Pablo notaba que estaba viva de nuevo, y eso era bueno y malo al mismo tiempo porque Pablo Balaguer era el único hombre capaz de llevarla a la mismísima cima de la felicidad y luego hundirla en el mismísimo infierno de la desolación. Pero en esta ocasión algo le decía que todo iba a salir bien entre ellos, habían madurado y aprendido de los errores.

Cuando Pablo volvió aún la encontró ahí. Le dio un cachete en el culo para que saliese de la cama y le dijo que esa mañana de domingo tendrían su primera cita; iba a llevarla a patinar. Esta vez pensaba hacer las cosas bien y conquistarla como se merecía, ese era su principal objetivo.

Con la cabeza recostaba en el pecho de Pablo, como en tantas ocasiones soñó durante los años que estuvieron separados, Marta miraba aquellos ojos que la observaban en silencio mientras se decía que estar así con él era esa verdadera felicidad que hacía años no sentía. Había anhelado su olor durante tanto tiempo que tenerlo junto a ella le parecía un sueño, y no solo era eso, sino que le demostraba con cada gesto, con cada palabra y con cada mirada que la amaba de verdad.

—Si alguien de mi familia pregunta, les diré que he pasado todo el día con María y anoche me quedé a dormir con ella —le informó Marta sintiéndose una adolescente que engaña a su madre.

—Será como tú quieras que sea. Yo con tenerte así el resto de mi vida me conformo —le dio un suave beso y la observó algo pensativa.

—¿Estarás presente mañana cuando acuda a la clínica para que Miranda me ponga el nuevo tratamiento?

—Si tú quieres que esté, estaré. Por mi parte, le dejé claro a tu hermana mis intenciones de no desvincularme de tu caso. La última decisión la tienes tú.

Se quedó esperando una respuesta. No quería confesar que se moriría de preocupación si no estaba al lado de Miranda en cada paso que diese en el tratamiento.

—Confío en mi hermana y en ti, creo que no podría estar en mejores manos. Quiero que estés a mi lado.

La mirada tan intensa que Marta le dirigió al decirle aquello hizo que el pecho de Pablo se hinchase y casi explotase de orgullo.

—Gracias.

—No me ocultes nada con respecto a mi enfermedad —añadió.

—Te lo prometo. Confía en mí, todo será muy diferente esta vez.

Enterró la cara en el cuello de ella y se permitió aspirar su aroma. Ya sabía lo que era tenerla lejos. También el tormento que resultaba pensar en Marta en los brazos de otro y dolía demasiado. Se dijo a sí mismo que se esforzaría cada día de su vida para que ella no se arrepintiese de la elección

de volver con él. Pondría todo su empeño y dedicación para que se enamorase de nuevo de él como una loca. Viviría para hacerla tan feliz como no lo hizo en el pasado. Esta vez no fracasaría, no había tentaciones posibles porque había comprobado que no deseaba a más mujer que a Marta Miller.

* * *

El lunes muy temprano Fernando aporreó la puerta del apartamento de su hermano a las siete y media de la mañana con sonoros golpes. Cuando Pablo le abrió y le vio la cara supo que algo grave había ocurrido. Lo primero que se le pasó por la cabeza fue Marta, pero no le dio tiempo a preguntar nada. De repente, Fernando lo tomó por el cuello de la camiseta con violencia y lo empujó sin miramientos. Luego le mostró una foto que aparecía en una revista que vio por casualidad en el quiosco al comprar el periódico esa mañana.

—Dame una buena explicación antes de que olvide que eres mi hermano y te parta la cara. ¡¿Qué hacías con ella de nuevo en el *Seven*?! — Fernando estaba fuera de sí.

De malas formas, le tiró la revista al pecho antes de empezar a dar vueltas por el salón como un león enjaulado. Pablo la recogió del suelo, sin perder de vista a su hermano, y observó la fotografía bien. En ella aparecía con Marta, muy acaramelados, mientras él le acariciaba la mejilla y se dedicaban miradas cómplices en el *Seven* rodeados de gente. Debieron hacérsela justo después de salir del servicio pues no recordaba haber estado mucho más tiempo allí.

Ambos hermanos se medían con la mirada. Si Fernando echaba fuego por los ojos los de Pablo desprendía dinamita.

—Creo que la foto es muy nítida —le dijo mientras la observaba con pasmosa tranquilidad—. No la tengo esposada y por su cara creo que no se queja. Si a eso le añadimos que no estaba con ella en ningún callejón ni mazmorra... —El tono sarcástico de Pablo hizo que Fernando apretara los puños en actitud violenta—. ¡No veo a qué coño viene tu actitud!

—¿Tú has leído bien el titular, pedazo de imbécil?

Pablo no había reparado en él.

De un manotazo Fernando le arrancó la revista de las manos y él mismo se lo leyó.

—*Pablo Balaguer se divierte con su cuñada y jefa, Marta Miller. ¿Será*

su próxima conquista?

—Llamaré para que rectifiquen la información, se les olvidó añadir que también es mi ex mujer —comentó con aire distraído sin darle importancia.

La revista hizo un fuerte ruido cuando Fernando la estrelló contra un cuadro del salón, luego lo fulminó con la mirada cargada de ira y contuvo las ganas de ir hasta él para darle un puñetazo en esa cara impasible que le mostraba.

—No te hagas el gracioso conmigo y dame una buena explicación. Te advertí que no te acercases más a ella —le dijo entre dientes.

—Marta ya es mayorcita —se excusó.

—Es mi hermana pequeña, a la que dejaste destrozada. No quiero que la mires, no quiero que la toques, no quiero ni que respires cerca de ella. No voy a permitir que la uses como a las demás. Tú eres un cabrón que cada noche te tiras a una diferente y no me he metido en eso, pero con mi hermana de nuevo ni lo intentes. Y si estimas en algo la posición que tienes ahora mismo, harás por alejarte de ella. —Era una amenaza en toda regla.

—¡La quiero, maldita sea! —exclamó Pablo derrotado. Se dejó caer en el sofá y se llevó las manos al pelo en un involuntario acto de desesperación. ¿Cómo iba a demostrarle a su familia que iba en serio, que la amaba por encima de todas las cosas? Era lógico que dudasen de él pero estaba harto de tener que justificarse. Ya no era un niño, ni un adolescente. Ahora iba en serio y no iba a dejar que nadie le robase la felicidad que experimentaba cuando estaba con ella—. Es la mujer de mi vida, la única que deseo. No he podido olvidarla en todos estos años y estoy seguro que la llama entre nosotros aún está encendida. Tienes mi palabra de que no le haré daño ni jugaré con ella, soy consciente del pasado y he vivido con eso durante todo este tiempo, pero no me pidas que me aleje de ella porque no lo haré. Si tengo que enfrentarme a ti por ella, lo haré. Si me quieres fuera de Miller, me marcharé, pero mientras ella no me eche de su vida no me voy a ir porque la amo. Soy el mayor interesado en que Marta sea feliz, si tan preocupado estás por ella ve y pregúntale, creo que no anda llorando por los rincones. —Le hizo referencia a la foto de la revista que continuaba deshecha en el suelo.

Si alguna vez le hubiesen dicho que iba a escuchar aquello de los labios de su hermano no lo hubiese creído. Él lo creía incapaz de amar a ninguna mujer y ante aquella sincera revelación se dio cuenta que Pablo sentía por Marta lo mismo que él por Miranda. Esto hizo que cambiase el semblante y sintiese hasta orgullo por el hombre en que se había convertido su hermano.

—¿La amas?

—Más que a nada en el mundo —respondió sin apartar la mirada de aquellos ojos que buscaban encontrar la verdad en su interior.

—¿Y estás dispuesto a cambiar la vida que llevas hasta ahora?

—¿Dispuesto a cambiar la vida vacía de estos años? No hay nada que desee más. Nunca he conseguido enamorarme de otra mujer —admitió de frente, sin miedos.

—Si la vuelves a cagar con ella, te mato —le advirtió entre dientes.

¿Le estaba dando su aprobación? Parecía que sí. Luego, para su sorpresa, Fernando fue hasta él y le dio un gran abrazo al que correspondió algo confundido, no se lo esperaba.

—La quiero y la querré el resto de mi vida —confesó conmovido entre los brazos de su hermano—. Odio pensar que pueda ser feliz con otro y me odio a mí mismo por haberle hecho tanto daño. No volverá a pasar jamás. Te lo juro.

—Marta tiene la última palabra. No la presiones ni te aproveches de sus bajos momentos —le advirtió.

—Por supuesto —dejó patente Pablo.

Fernando le dio una palmada en la espada en señal de aceptación, sin saber muy bien porqué se sentía feliz.

—Despliega todas esas dotes que tienes con las mujeres y haz muy feliz a mi hermana, se lo merece —le aconsejó dirigiéndose a la puerta para marcharse.

* * *

—Toda la familia reunida, qué suerte la mía de contar con tanto médico a mi alrededor —dijo Marta sonriente al entrar y ver que Fernando, Miranda y Pablo la esperaban en el despacho de dirección de Miller, donde iban a explicarle el nuevo tratamiento para su corazón. Con el comentario trató de relajar el ambiente y parecer ante los demás que no estaba tan nerviosa como se sentía por dentro.

Que su madre se hubiera empeñado en acompañarla, como cuando era una niña, tampoco la ayudaba a calmarse. Desde que le contó el problema por el que debía abandonar el trabajo que desarrollaba a diario, Lorena no había dejado de cuidarla con sumo mimo y esto hacía que Marta se sintiese abrumada. Pero no podía negarse a que se comportase como la buena madre

que siempre fue, aunque eso supusiera un encuentro con Pablo de lo más tenso.

Retorcendo el asa del bolso entre las manos mientras estaba sentada frente a su hermana y esperaba que ella y Pablo dijese algo, Marta se sentía observada. Miró los ojos del hombre que conseguía acelerarle el corazón y esta vez sintió que la calmaron, le decían que todo iba a ir bien y que él estaría ahí. No necesitó más para relajarse.

Miranda le explicó cuál sería el tratamiento que debía llevar a cabo en los siguientes meses, las pastillas que tenía que tomar, recomendaciones, ejercicios y cuidados. Marta lo fue asimilando poco a poco mientras sentía el reconfortante contacto de la mano de su madre sobre la suya. No estaba sola, los tenía a todos ellos.

Tras más de una hora, en la que solo habló Miranda e hizo referencia que ella y Pablo se encargarían de todo, Fernando creyó conveniente dejar a Marta con sus médicos para tratar aspectos más personales.

—Lorena, ¿me acompañas a tomar un café mientras ellos auscultan a Marta?

Su suegra asintió de buen grado y Miranda le agradeció el gesto a su marido con una mirada cómplice.

Luego adoptó una posición más relajada en la mesa y le indicó a Pablo que tomase asiento al lado de Marta, en el lugar que había ocupado antes Lorena. Ambos cardiólogos respondieron a las dudas que todavía rondaban la mente de la paciente y trataron de tranquilizarla en la medida de lo posible. Iba a suponer un cambio sustancial para Marta pero entre todos lograrían que pasara rápido.

Miranda no perdió detalle de los gestos y miradas que Pablo y su hermana se dispensaban de forma involuntaria y, cuando la parte médica estuvo resuelta, no pudo evitar entrar en un tema que le afectaba de lleno.

—Ya sé que los dos sois mayorcitos, con unas vidas hechas e independientes. Pero dado que mi matrimonio estuvo a punto de irse a la mierda por culpa vuestra cuando os divorciasteis, me niego a pasar por lo mismo de nuevo —les dejó claro de forma tajante—. ¿Me podéis explicar esto? —Extrajo la revista que Fernando le había llevado esa misma mañana y les mostró a ambos las fotos en la que aparecían cómplices y sonrientes.

Un gruñido ahogado se escapó de la boca de Pablo y se revolvió en la silla pensando que ahora le tocaba lidiar con su cuñada. No podía comportarse con ella de la misma forma que con Fernando y eso era de lo

más frustrante. Miró a Marta, tan pálida y sorprendida por las fotos. Le hubiera gustado hablar con ella antes de enterarse de aquella manera, pero Mirada se le había adelantado.

—Pablo y yo nos volvimos a reencontrar en la clínica sin pensarlo, él me invitó a tomar algo y acepté. —Marta sintió que era ella quién tenía que explicarle aquello a su hermana—. Tras los años he comprendido que de nada sirve relegar a una persona al olvido eternamente, y más si está dentro de tu familia. Ahora me doy cuenta de lo que os hecho pasar estos años con mi indiferencia hacia Pablo y lo siento. Pero, como me aconsejó mi psicólogo, lo mejor es asimilar el pasado y llevarlo de forma natural. —Cuando nombró al psicólogo Pablo la miró descolocado, él ignoraba que hubiese acudido a uno—. Bien, pues ahí tienes la prueba —le indicó a su hermana la foto de la revista—. Una ex pareja, cuñados, jefa y empleado que se llevan bien. Coincidirás conmigo que es mejor así para todos.

La admiración apareció en Pablo cuando ella terminó de hablar. Si era así como abogada no dudaba que fuese todo lo buena que se decía.

—No quiero que sufras, Marta —le dejó claro Miranda—. Y tú, Pablo, te lo digo aquí abiertamente delante de mi hermana: como le hagas daño no tendré la más mínima consideración contigo —lo amenazó sin reparo alguno y él le sonrió.

—Ya, ya lo sé. He escuchado lo mismo hace poco. Tranquila —masculló sin perder el humor.

—¿Entonces, ahora sois amigos? —se atrevió a preguntar Miranda, primero miró a uno y luego al otro. Necesitaba que le dijese de sus propias bocas qué clase de relación tenían.

Ante la mirada escrutadora de Miranda ambos asintieron sin dar más explicaciones. Ella no se quedó tranquila, intuía que había algo más que amistad entre los dos, pero Marta parecía una mujer feliz, ese brillo de satisfacción en sus ojos hacía años que no lo veía.

Ese mediodía Marta comió con María en su casa. Tenían que ponerse al día en unos cuantos asuntos. Como tema principal reinó el estado de salud de Marta, que tranquilizó a su amiga y le dijo que estaba en buenas manos con dos cardiólogos a su completa disposición casi veinticuatro horas y una clínica entera para lo que surgiese. En el fondo se sentía serena, tener a toda su familia cerca era lo que necesitaba en esos momentos.

Luego se centraron en el tema amoroso. Marta no pudo dejar de

preguntarle a su amiga qué pasó con Thiago, desde el sábado por la noche no hablaron con tranquilidad sobre ese tema.

—Thiago es increíble, nos hemos pasado todo el fin de semana en la cama —le confesó entusiasmada, mordiéndose el labio.

—¿Tú, doña chica responsable y de relaciones serias? —Estaba asombrada.

María había tenido unas cuantas relaciones, todas serias y de larga duración. No era de las que se iban con un tío una noche y a la mañana siguiente se despedía de él para siempre.

—Sí, lo admito, es la primera vez que lo hago, pero Thiago no era tan desconocido al fin y al cabo.

—Pablo me dijo que Thiago no es hombre de relaciones serias —le advirtió para que no se hiciese ilusiones.

—Eso es algo que salta a la vista, tampoco pretendía casarme con él —bromeó—. Ha sido un fin de semana maravilloso en los brazos de un hombre muy experimentado que me ha llevado a la luna. Me quedo con eso.

—Bueno, fue algo más que una noche —le comentó Marta con una sonrisa pícaro.

—Vale, fueron dos noches increíbles. —Se tapó la cara con ambas manos recordando todo lo que hizo con ese Dios en la cama.

—No te enamores de él, ¿vale?

Marta la conocía bien y ese brillo e ilusión en los ojos de su amiga solo quería decir una cosa, se había pillado por él.

—¿Me lo dices por experiencia? —le replicó con ironía.

—Te lo digo porque Pablo me lo advirtió. Yo no puedo hablar mucho ya que, al igual que tú, he pasado el fin de semana en la cama con un hombre, y lo mío es más grave porque lo hice con mi ex.

—¿¿Cómo?! ¡Madre mía! ¿Habéis vuelto?

—No lo sé. Me confesó que aún me quería, me pidió que le diese otra oportunidad y... Se puede decir que estamos como en fase experimental.

—¿Y...? No te veo muy feliz. —La notó un poco apagada.

—Cuando estoy con él me olvido de todo, sabe hacerme sentir única y especial. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba como lo he hecho en sus brazos, con una sola mirada consigue que las piernas me tiemblen, pero luego a solas aparecen los miedos, las inseguridades, los recuerdos y los remordimientos. No lo puedo evitar.

—Comprendo. —María se puso seria y la tomó de las manos—. Estoy

aquí para lo que necesites, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, gracias. —Se abrazó a ella sintiendo que le hacían falta sus consejos.

—¿Qué hay con Pablo entonces?

—Por ahora nos acostamos juntos y hemos decidido llevarlo en secreto entre los dos, luego ya veremos qué pasa. Voy a disfrutar del momento, lo necesito —le reveló más animada y con una sonrisa.

—Hazlo, pero no sufras.

—Bueno, ¿y tú ahora con Thiago, qué? —Necesitaba cambiar de tema.

—Pues no hemos quedado en nada, sin embargo no me importaría arrastrarlo a mi cama otra vez —le confesó con una sonrisa traviesa—. Por eso tú y yo iremos luego al *Seven* a tomarnos un café. Quiero encontrármelo de nuevo pero que resulte algo casual. —Se levantó de la mesa, le guiñó un ojo y comenzó a recoger los platos del almuerzo.

—Lo tienes todo pensado, ¿no? Le dirás que yo te arrastré al *Seven*.

—Sí —admitió con una sonrisita y contoneó las caderas hasta llegar a la cocina.

—Me piensas utilizar.

—Totalmente.

—Disfruta del momento entonces, pero ten cuidado.

El *Seven* estaba medio vacío a esas horas de la tarde y para disgusto de María, Thiago no estaba en el local. Nada más entrar reparó en que solo había dos mesas ocupadas y un camarero en la barra. Marta se dio cuenta de que una de esas mesas la ocupaba la doctora Esteban con otras personas. La reconoció nada más entrar, Victoria era una mujer, alta, rubia y de un abundante cabello rizado y largo que llamaba la atención por donde pasase.

Desde que acudió al *Seven* por primera vez, Marta tenía su rincón favorito. Un lugar apartado de la gente, discreto, que te permitía ver a los demás sin estar demasiado expuesto. Fue ahí donde se tomó un café con María y esperaba marcharse pronto ya que Thiago no apareció en todo el tiempo por allí.

—Bueno, este café se termina, llevamos aquí una hora y tu *Romeo* no aparece.

—Tendremos que volver —le propuso entusiasmada.

—Igual te llama y repetís este fin de semana.

Mientras recogían sus pertenencias y se colocaban los abrigos, Pablo

entró en el bar con Cynthia, la chica que lo besó el sábado por la noche. Ambos charlaban animadamente y estaban muy sonrientes. Marta se quedó paralizada y sintió un pinchazo en el corazón al ver cómo él le retiraba la silla. La decepción con respecto a aquel hombre volvió a aparecer en ella y se vio transportada a años atrás. Era la misma mujer que le dijo que no le interesaba y ahí estaba de nuevo con ella. Se mostraba sonriente y caballeroso mientras ella no perdía ocasión para coquetear con él. Tal vez se estuviera precipitando, pero era inevitable que desconfiase de él.

El rostro pálido y sudoroso de Marta alarmó de inmediato a María que la tomó del brazo y la miró con preocupación.

—¿Estás bien?

—Sí, vámonos de aquí. —Sentía que se ahogaba, necesitaba salir a la calle, respirar y que sus ojos dejaran de ver cómo Cynthia tomaba con provocación la mano de Pablo.

—Marta, tienes muy mala cara y me estás asustando —le dijo alarmada antes de que se desvaneciera como una muñeca de trapo.

La sujetó para que no cayera al suelo y pidió ayuda con un grito desgarrador que alertó a todas las personas del lugar.

—¡Marta! —gritó Pablo al verla inconsciente—. ¿Qué le ha pasado? — Formuló la pregunta al mismo tiempo que se la arrebató a María de los brazos y la dejaba con cuidado en el suelo. Le tomó el pulso, le levantó los párpados con cuidado y sintió que su propio corazón se paraba al notarla tan débil.

—No lo sé, estábamos a punto de marcharnos y se sintió mal de repente. Fue todo muy rápido —le explicó María asustada.

Varios médicos que se encontraban en el local acudieron en ayuda de Pablo, entre ellos Victoria. Por suerte, Marta reaccionó de inmediato cuando Pablo le dio un par de palmadas en las mejillas, lo miró con los ojos medio abiertos, desorientada sin saber dónde estaba.

—¿Llamamos a una ambulancia para que la traslade a la clínica? — sugirió Victoria, realmente preocupada.

—No, yo mismo la llevaré —resolvió Pablo.

El aire de la calle despejó a Marta que, de inmediato, comenzó a revolverse entre los brazos que la llevaban en volandas.

—Suéltame. Puedo ir sola, no hace falta que demos este espectáculo.

—Me has dado un susto de muerte —gruñó él, a quien todavía le latía el corazón desbocado.

—¡Suéltame, Pablo! —repitió con más empeño revolviéndose entre sus brazos. La puerta de la clínica Miller ya se divisaba desde donde estaban y no quería que la vieran así—. Puedes volver con tu amiguita. Iré a ver a Miranda. Ella se encargará.

No supo si soltar una carcajada o enfadarse con ella. Marta estaba celosa y eso le provocaba sentimientos encontrados. Por un lado, le daba a entender que existían unos sentimientos fuertes hacia él, algo que lo llenaba de dicha. Por otro, la desconfianza que le profesaba le hacía daño, más del que estaba dispuesto a admitir.

—Tu hermana se acaba de ir —le informó molesto. Finalmente se enfadó y su tono de voz transmitió el cabreo que había nacido al escucharla hablar de Cynthia—. Fue ella quien propuso tomarnos algo con Cynthia, luego no entró en el *Seven* con nosotros porque recibió una llamada y se tuvo que marchar. Solo espero que no te hayas puesto así por verme aparecer con ella, ya te expliqué que no tengo nada con esa mujer —le aclaró malhumorado.

Traspararon las puertas de la clínica envueltos en un tenso silencio que se rompió en cuanto la vieron en brazos de Pablo. Varios enfermeros acercaron una camilla de inmediato y las órdenes del doctor Balaguer empezaron a sucederse una tras otra sin perder ni un segundo.

Una vez a solas, Pablo se encargó de examinarla al detalle. Las explicaciones, los reproches y las peleas vendrían después.

—Todo bien, no hay de qué asustarse —le informó con ese tono impersonal, tan profesional, que utilizaba con el resto de pacientes.

—Entonces me puedo ir a mi casa —le dijo ella incorporándose de la camilla en la que permanecía tumbada. Ya se sentía mucho mejor, aunque la presencia de Pablo todavía le provocaba cierta angustia.

—No tan rápido. —La miró serio, como un adulto que reprende a una niña—. Te doy a escoger: llamo a tu hermana y le cuento lo que te acaba de pasar o te vienes conmigo a mi casa. Después de lo que te ha ocurrido hace un rato me gustaría tenerte vigilada toda la noche y creo que tu hermana compartirá mi opinión. Tú decides, ¿Miranda o yo?

—Me acabas de decir que estoy bien.

Pablo no le hizo el menor caso. Continuaba sentado tras la mesa, en actitud paciente, a la espera de una respuesta, algo que hizo que Marta hirviese por dentro.

—Estoy esperando a que decidas —insistió con los brazos cruzados—.

Tal vez prefieras que te ingrese en observación. En ese caso, no solo se enterará Miranda, también lo hará Fernando, tu madre, tu tío... ¿Sigo?

Como una fiera acorralada se movió ante él mientras negaba con un gesto de la cabeza. Lo conocía demasiado bien cuando se ponía en ese plan y asumió que no iba de farol. Era capaz de hacer cualquier cosa para lograr su propósito. Tras meditar la situación por unos largos minutos tomó una decisión.

—Me iré contigo —bufó—. Al menos así solo tendré que soportar a uno.

Una sonrisa triunfadora apareció en los labios de Pablo.

—Recojo mi maletín y nos marchamos cuando gustes.

—Vas a dormir en el sofá toda la noche —le advirtió Marta al abrir la puerta—. Aún estás a tiempo de cambiar de opinión.

—Aunque la tuviese que pasar en una silla dura velando tu sueño o en el suelo. Vamos.

Los bufidos de Marta le confirmaron que era la misma de siempre, que se encontraba bien y eso lo tranquilizó. Prefería mil veces escuchar reproches y soportar miradas furibundas a verla desvalida e inconsciente, tal y como estaba en el *Seven*. En sus mejillas volvió a aparecer el color y hasta atisbó un reflejo sonrojado mientras le lanzaba puñales de reojo.

—¿Crees que has recuperado suficientes fuerzas para explicarme por qué estás tan molesta conmigo? —le preguntó divertido mientras recorría el pasillo detrás de ella. Le resultaba muy cómica esa actitud infantil de caminar un paso por delante de él con los brazos cruzados—. Te aseguro que soy inocente de todo lo que me acuses.

—¡Marta! —exclamó María, que había estado esperando en la sala de visitas—. ¿Cómo estás? —le preguntó muy preocupada.

Con ella estaban Cynthia y Thiago, que al aparecer en su local y contarle lo sucedido no dudó en ir a la clínica para interesarse.

—Mejor, no ha sido nada. Pablo dice que estoy bien.

—¿Estás bien? —se interesó Thiago con una tierna sonrisa.

Marta asintió mientras clavaba la mirada en Cynthia, no entendía qué hacía ella allí, a menos que estuviese esperando a Pablo.

—Nos vamos a casa, Marta necesita descansar.

—Yo te llevo, amiga —se ofreció de inmediato María. Conocía lo suficiente a Marta como para saber que la mirada que le dirigía a Pablo ya no era la misma que hacía unas horas. Algo había cambiado.

—Marta se viene conmigo, yo la cuidaré. —Pablo posó una mano en la parte baja de la espalda de ella y la obligó a caminar a su lado.

Los demás los siguieron en silencio hacia la salida mientras cada cual pensaba algo diferente en su mente. María se decía que ese hombre amaba sin límites a su amiga. Thiago pensaba que ese Pablo era un desconocido para él, jamás lo había visto preocupado por una mujer, y Cynthia hervía por dentro al ver que esa mujer era diferente a todas las demás para Pablo, solo había que observar con la dedicación y el mimo que la trataba.

—¿Te encuentras bien? —Thiago se preocupó por María que se quedó muy pensativa cuando Marta se marchó con Pablo.

—Me he llevado un buen susto cuando se desmayó ante mí. Nunca le había pasado.

Thiago la atrajo hacia él, la abrazó y le dio un cariñoso beso en el cabello.

—Vamos, te invito a una cerveza para que te relajés un poco.

* * *

—¿Quieres que paremos a comprar alguna cosa que vayas a necesitar esta noche? —la voz de Pablo sobresaltó a Marta.

Llevaban media hora en un atasco y ella estaba con los ojos cerrados y la cabeza recostada en el asiento. No le había dirigido la palabra desde que salieron de Miller. Reparó en lo que decía y se dio cuenta de que en casa de Pablo no tenía nada para pasar la noche.

Rebuscó en su bolso y maldijo en voz baja.

—¿Podemos parar en una parafarmacia? Necesito comprar un cepillo de dientes y tampones.

Una mirada sonriente apareció en el rostro de Pablo y esto hizo que Marta se molestase. Tenía los ánimos a flor de piel.

—Me bajó la regla esta mañana —le dijo con la voz cortada.

Ese hombre había sido su marido, habían compartido toda clase de intimidad y, sin embargo, se sintió como una niña avergonzada que hubiese preferido que se la tragase la tierra antes de decirle aquello.

—Me bajaré a comprarlo todo, quédate aquí —le dijo resuelto mientras doblaba una esquina y estacionaba en doble fila.

—Puedo hacerlo yo —protestó.

—No me importa. Yo voy. —Él ya se deshacía del cinturón de

seguridad para bajarse del coche cuando se fijó en la vergüenza que le coloreaba las mejillas—. ¿Crees que a estas alturas de mi vida me da vergüenza pedir tampones en una farmacia para mi mujer? —Cuando pronunció aquellas palabras un gran escalofrío recorrió todo el cuerpo de Marta—. Eso sí, que te quede claro que esto solo lo hago contigo.

Marta sintió que la acariciaba con la mirada y lo observó caminar con su aire elegante y natural, con la simple sonrisa que le dedicó al pasar por su lado de la ventanilla hizo que el corazón le diese un vuelco, ¿cómo conseguía ese hombre hacerla sentir así y ella no poder dominarse?

Una vez en casa de Pablo, a Marta le apeteció una ducha antes de meterse en la cama. Fue la mejor excusa que encontró para que la dejase sola.

—Como si estuvieses en tu casa —le dijo con su espectacular sonrisa—. Puedes coger una camiseta y un bóxer de mi cajón de la cómoda, y detrás de la puerta del baño tienes una bata por si tienes frío —le informó antes de que ella desapareciera tras la puerta del dormitorio.

Tras un relajante baño Marta cogió una camiseta y un bóxer del cajón, al hacerlo encontró en el fondo unas fotografías que no pudo evitar tomar entre las manos y examinarlas al detalle. Eran tres fotos, una del día de su boda con Pablo y las otras dos eran de ella; una de cuerpo entero y otra de un primer plano. El corazón se le desbocó al pensar que él había conservado esos recuerdos durante años. Las volvió a dejar donde estaban y se metió en la cama diciéndose que ese hombre conseguía descolocarla por completo. Hacía unas horas pensaba que no había cambiado y de repente descubría que no se había deshecho del pasado.

Pablo la esperó paciente en el sofá con los pies sobre la mesa mientras se tomaba un zumo y unos snacks con la televisión de fondo. Al cabo del rato, cuando calculó que ya habría terminado fue a la habitación algo preocupado y la encontró sobre la cama, acurrucada y con la bata de él puesta.

—¿Te encuentras mal? —Le recorrió la mejilla con la mano y le apartó el pelo de la cara.

—Me duele la barriga horrores, es por la regla —susurró avergonzada con las manos sobre el vientre. Estaba segura de que Pablo sonreía con esa estúpida sonrisilla tierna que la hacía sentir como una niña—. ¿Tienes algo que pueda aliviarlo? Te lo agradecería. No tengo pastillas en mi bolso.

Le dio un beso en la frente, fue al salón a por su maletín y regresó con un par de grajeas junto con una botellita de agua.

—Toma, esto de aliviará un poco.

Después de comprobar que se tomaba las pastillas, Marta esperaba que se marchase y la dejase descansar, pero, para su sorpresa, Pablo se acomodó mejor en la cama y la tomó entre los brazos.

—Ven aquí —le dijo con dulzura.

El calor de su cuerpo y tenerlo cerca era justo lo que necesitaba en esos momentos. Con exquisita lentitud, llevó la mano hasta el vientre de Marta y comenzó un suave masaje, apenas una caricia. A ella le agradó su gesto y pocos segundos después entrelazó los dedos con los suyos.

—¿Qué hacías en el *Seven* esta tarde? —le preguntó Pablo después de unos minutos en silencio.

—Tomándome un café con María.

—Me dijiste al salir de la consulta esta mañana que comías con ella en su casa. Os cogía un poco lejos el café, ¿no?

—¿Tú cómo sabes dónde vive María? —Se revolvió en sus brazos y se sentó de frente.

—Thiago me contó que pasó con ella todo el fin de semana y que no apareció el domingo por el *Seven* porque le cogía un poco lejos. ¿No me digas que tu amiga no te lo contó?

—Sí, lo hizo. Fuimos al *Seven* porque no quería llamar a Thiago y parecer una pesada, pero tenía ganas de volver a verlo —terminó confesándole.

Otro silencio se hizo entre ellos. Marta se entretuvo acomodando un cojín que tenía cerca, Pablo la observaba.

—Dime que no te pusiste mal porque me viste aparecer con Cynthia —le rogó casi con pesar al ponerle un dedo debajo de la barbilla para que lo mirase.

—Me sentí mal de repente al levantarme para marcharme. Hoy me levanté algo floja, debió ser por la regla —trató de justificarlo pero Pablo no la creyó.

—Cynthia es representante de productos farmacéuticos. Se deja caer mucho por Miller, por eso estaba ahí con ella. —Sentía que le debía esa explicación aunque ella no se la pidió.

—Y quiere algo más de ti que ofrecerte sus productos —añadió Marta sin poder evitarlo.

—Entre Cynthia y yo pasó algo hace algún tiempo. La trasladaron a Valencia unos meses y hace unas semanas que ha vuelto. Por mi parte le dejé

claro que no tenía intenciones de tener nada más con ella antes de que tú estuvieses aquí.

—¿Por qué? —deseó saber. No le había pedido explicaciones y él se las daba, era la primera vez de esto y pensaba sacarle partido ya que estaba dispuesto a hablar.

—Ella quería algo más serio y yo no. Así de simple. —A Marta le sorprendió la contundencia de aquella negativa y temió que esta norma la incluyese a ella también. Las dudas se reflejaron en sus ojos y Pablo las percibió de inmediato—. Yo con la única que quiero algo serio y exclusividad es contigo. No me interesa una relación formal con nadie más.

Ahí estaba, se lo exponía de nuevo bien claro. Pero quedaban demasiadas cuestiones sin resolver entre ellos como para darse por satisfecha.

—¿Sigues teniendo la habitación de hotel?

—Sí —respondió sin titubeos. Le había prometido sinceridad y eso le daría—. No he llevado a nadie a ese lugar desde que apareciste en mi vida de nuevo. Pídeme que la deje y lo haré.

Su orgullo le pedía que no dijese nada, pero su amor tuvo que aparecer en esos momentos y ganar la batalla.

—Déjala —dijo al instante.

—Hecho —le contestó de inmediato—. Te quiero, Marta Miller. Si en un pasado te amé, ni te imaginas cómo lo hago en estos momentos. Si me pides que te baje la luna, lo haré.

El gesto de sorpresa se reflejaba en el rostro de Marta ante su declaración. La besó con suavidad en los labios y se demoró en su boca, degustando ese sabor que adoraba. Cuando abrió los ojos y la miró, se quedó prendido en el brillo que había en su mirada gris y de lo que significaba. Estaba seguro de que lo amaba, tanto como él a ella. Sin embargo era muy consciente de que tenía que ganarse a pulso que volviese a confiar ciegamente en él. No quería secretos entre ellos, ni mentiras. Ya habían sufrido suficiente.

Eso le recordó un comentario que lo dejó muy preocupado durante la conversación que mantuvieron con Miranda en el despacho de la clínica. Algo que no lo dejó tranquilo desde entonces.

—¿Has estado viendo a un psicólogo? Lo comentaste y...

—Sí. Necesitaba ayuda —admitió muy serio—. Necesitaba ayuda para olvidarte.

Escucharla fue como recibir un fuerte golpe en el estómago que lo dejó

sin respiración.

—Intenté muchas veces rehacer mi vida después de nuestro divorcio, pero jamás lo logré —le confesó Marta. Se dijo que había llegado la hora de sacar a la luz uno de sus secretos mejor guardados, aunque aún quedaba otro que quizás nunca fuese capaz de revelarle—. Había algo que me bloqueaba, con los hombres, con las relaciones. Todo el odio que te tenía nunca terminaba por desaparecer, siempre estabas presente de una forma u otra, no conseguía ser feliz. Acudí al psicólogo para que me ayudara a olvidar, a superar la ruptura de nuestro matrimonio y el engaño por tu parte. Pero el problema era mi forma de pensar. Él me mostró que para ser feliz no debía olvidarte ni hacer como si no hubieses pasado por mi vida, sino perdonar y estar en paz conmigo misma. Y eso hice, te perdoné.

Después de escuchar sus sentimientos, emociones y todo el dolor que había soportado en años, ella no fue consciente de que lo había destrozado con su revelación, Pablo quiso arrodillarse ante ella y suplicar por su perdón. Jamás imaginó que hubiese sido una mujer tan desdichada por su culpa. Era la mujer de su vida y por poco acaba con ella. No sabía qué decirle ni cómo disculparse por todo el daño que le causó.

La abrazó con desesperación, transmitiéndole todos los sentimientos que le oprimían el corazón en esos instantes. Se maldijo mil veces por haber sido un cabronazo y por haber hecho de ella una persona vulnerable. La sintió estremecerse y supo que estaba llorando. Él también lloraba, de impotencia y arrepentimiento.

—Perdóname por todo. Pienso devolverte cada instante de paz que te he robado.

Era una promesa que pensaba cumplir con creces.

El viernes Pablo invitó a cenar a Marta y la convenció de que pasara todo el fin de semana con él. Llevaba sin verla desde que comenzó con el tratamiento y él estaba que se subía por las paredes. Miranda y Fernando acudían a diario a casa de Lorena para visitarla y ver cómo se encontraba, pero él no se atrevía a tanto. Le profesaba un profundo respeto a su ex suegra aunque no era precisamente eso lo que ella sentía por el que fue su yerno. Se conformaba con llamar a Marta y enviarle mensajes en los que le demostraba con creces el nuevo hombre en el que se había convertido. Atento, preocupado, dulce y cariñoso. Se había propuesto conquistarla de nuevo y se estaba esforzando por hacerlo en cada palabra, en cada mensaje que le enviaba cuando no podían hablar.

Ambos descubrieron esta nueva forma de comunicarse y les resultaba muy atractiva, a veces las palabras escritas eran necesarias. Marta se descubrió en más de una ocasión releendo los mensajes que le enviaba Pablo cuando no podía dormir y anhelaba sus besos y caricias. Él se los describía tan reales que sentía que se los daba de verdad.

A pesar de estar cada día más enamorada de Pablo, todavía le costaba decirlo en voz alta ante los demás, algo se lo impedía y admitió que la verdadera razón era que le daba vergüenza decirle a su familia que volvía a tener algo con él después de todo lo sucedido. Por eso ese fin de semana armó un plan para que su madre y sus hermanos no sospechasen que lo pasaba con Pablo. Hizo a María que viniese a casa a recogerla y ambas les dijeron que se iban a pasar el fin de semana de relax. Marta le argumentó a su hermana que estaba respondiendo bien al tratamiento, que necesitaba salir de aquella casa para despejarse y Miranda lo entendió.

Unas horas más tarde, ambas chicas se tomaban algo en el *Seven* mientras esperaban la llegada de Pablo. Marta había quedado allí con él y María la acompañó esperanzada por volver a ver a Thiago.

La puerta del *Seven* se abrió de golpe y los dos hombres provocaron que todas las miradas recayesen sobre ellos. Charlaban animadamente ajenos a los ojos que se posaban en esos dos magníficos cuerpos.

Pablo desconocía que Marta ya se encontraba allí, ella no le dijo nada, aún faltaba media hora para su cita, por eso no la buscó al entrar. Se dirigió a la barra con Thiago y se pidieron unas bebidas.

Desde un rincón poco visible del bar, Marta los miró con una sonrisa sin ellos ser conscientes. Observó cómo Pablo se deshizo del abrigo y lo dejó en una banqueta cercana, un simple gesto que le pareció de lo más sexy, se dijo Marta, que tuvo que obligarse a controlar sus pensamientos. Llevaba cuatro días anhelando sus besos y al verlo deseó correr a hacia él y besarlo delante de todos. Luego admiró lo bien que le sentaba aquella ajustada camisa azul cielo que entreveía cada músculo de la ancha y formada espalda, se mordió el labio y bajó la vista hasta el culo que le hacían esos vaqueros oscuros que llevaba puestos y que le sentaban de muerte. Finalmente una sonrisa traviesa apareció en sus labios casi sin querer cuando recordó que aquella noche disfrutaría de ese cuerpo para ella en exclusiva.

Dos mujeres se acercaron a la barra y atraieron las miradas de Thiago y Pablo. Era evidente que las conocían por la forma tan efusiva del saludo; también era evidente la predisposición de ambas a algo más vistas las carantoñas y manoseos que emprendieron al instante. Marta y María se miraron, incrédulas y dolidas por la situación. Los celos hicieron aparición en ambas, de nuevo la sombra de las dudas se apoderaron del corazón de Marta dejando de un lado la nube de sueños en la que había vivido los últimos días.

María apartó la mirada para fijarse en los ojos de su amiga, que observaba sin pestañear y con lágrimas a punto de brotar como aquella pelirroja de pechos voluminosos y cintura de avispa se acercaba al oído de Pablo y le hablaba entre sonrisas cómplices y caricias intencionadas que dejaban muy claros sus propósitos. Él no le paró los pies en ningún momento, parecía complacido con tanto despliegue de sonrisas y carantoñas, parecía no importarle que Marta estuviese a punto de llegar.

Una furia incontrolada consumía a Marta por dentro. Tuvo que admitir que eran celos, unos celos como los que nunca había sentido antes.

—¿Vas a decirle algo? —le preguntó María, preocupada.

—Voy a hacer mucho más que eso —respondió sin pensar, con la mirada clavada en él mientras en su interior rugía como una fiera. A María le preocupó el gesto de dolor que se reflejaba en ella.

Ahora lo veía todo claro. Era como si un velo hubiese caído frente a sus ojos transportándola a la realidad de nuevo. Tenía ante ella al Pablo Balaguer seductor y mujeriego en todo su esplendor. Se dijo que nunca cambiaría por

muchas promesas que se esforzase en hacerle a diario, ahí estaba él siguiéndole el juego a la pelirroja y contemplando con ojos ávidos el pronunciado escote que ella no dejaba de mostrarle con habilidad. Sintiéndose una estúpida Marta se hacía mil reproches. ¿Cómo había permitido caer en sus encantos de nuevo? ¿En qué momento la envolvió que no la dejó ver con claridad que nunca iba a cambiar? ¿De verdad creía que Pablo no la iba a volver a engañar? Siempre lo tendría muy fácil, mujeres no le faltaban alrededor, si no era antes sería después y ella terminaría de nuevo destrozada. Se había dejado llevar por sus palabras bonitas, sus detalles y sus encantos. Un Pablo nuevo y desconocido para ella. Pero hasta ahí había llegado, se dijo más contundente que nunca.

El contacto de la mano de María la hizo apartar la mirada de la barra. Thiago también tonteaba con la otra mujer y el dolor de su amiga era visible.

—Vámonos —sugirió María—. Puedes quedarte en mi casa el fin de semana.

—No. No voy a esconderme y a lamerme las heridas. Esta vez no.

—¿Y qué tienes pensado?

—Voy a pagarle con su propia moneda. Le voy a dar de su propia medicina. Voy a hacerme indispensable para él, a seducirlo hasta que no pueda pensar en nada más que en mí; a darle todo el placer que un hombre desea, hasta volverlo loco. Y cuando esté tan jodidamente enamorado que no sepa ni cómo se llama, voy a destrozarlo como él me destrozó a mí, como sigue haciendo cada vez que lo veo con una mujer. Esta vez seré yo quien lo traicione. Va a sentir en sus carnes lo que yo siento cuando lo veo con otras mujeres. Te aseguro que después de eso no volverá a buscarme más. Ya pasó cinco años atrás cuando creyó que Mario era otro hombre en mi vida. Es la única forma de alejarlo de mí para siempre. He comprendido que a su lado solo puedo sufrir.

—Eso es muy cruel. Tú no eres así de vengativa. Yo no...

—¡Me importa una mierda! —masculló entre dientes con el corazón roto. No quería llamar la atención—. Quiero que le duela, sufra y se muera de celos. Que sienta lo que yo siento en estos momentos. Y voy a empezar ya con todo este plan.

Se puso en pie de golpe, recogió sus cosas, y ante la mirada expectante de María, se acercó a Pablo y lo besó con pasión. No le importó que estuviese rodeado de más gente.

Thiago dejó escapar un silbido cuando Marta se plantó delante de su

amigo y lo besó con propiedad. Las mujeres que los acompañaban se quedaron igual de sorprendidas que él.

—Vámonos de aquí. Te necesito. Llevo días anhelando este momento. Tú y yo, solos —le susurró Marta al oído. Recorrió el abdomen de Pablo con una provocativa caricia y se mordió el labio con falsa inocencia.

Los ojos de Pablo la miraban con sorpresa y admiración al mismo tiempo. Había conseguido dejarlo sin palabras.

—¿Y este arrebató? No me malinterpretes, me encanta. Pero tú...

—Los días sin ti se han hecho eternos. He echado de menos tus besos, tu olor, tu cama... ¿Qué tal si cambiamos los planes y nos vamos directos a tu casa? Solo tengo hambre de ti.

—Es muy tentador, pero no. A la cama iremos después. Ahora vamos a cenar donde tengo reservado ya que deseo disfrutar de una cena exquisita en uno de los mejores restaurantes de la ciudad contigo a mi lado. —Marta lo miró desilusionada y esto hizo que Pablo soltase una carcajada—. Te prometí que esta vez todo sería muy diferente, déjame demostrártelo.

La tomó de la mano para salir del bar de inmediato.

El gesto de despedida que Marta le hizo a María antes de abandonar el *Seven* le pareció de lo más desgraciado. Temía que las cosas se le fueran a escapar de las manos y en esta ocasión acabara peor que cuando se divorciaron. Esperaba que de verdad supiera lo que hacía con Pablo. Mientras se levantaba del lugar que ocupaba con la mirada clavada en el dueño del bar y atendía una llamada de teléfono, se dijo que se marcharía a casa a curarse sus heridas sola. La actitud de Thiago la había dejado tocada. Sabía lo que implicaba liarse con un hombre como él, en esos instantes solo sufría las consecuencias.

—¿Pablo esta con ella? —preguntó la pelirroja a Thiago cuando el doctor Balaguer desapareció ante su vista.

—Lo acabas de ver tú misma —le aclaró sonriente y con un toque de maldad. En ese momento en los ojos de la mujer apareció el mismo fuego que despedía el color de su cabello y se dio media vuelta.

De repente, los ojos de Thiago advirtieron que María se marchaba.

—¡Hola, belleza! Le das una luz diferente a este bar cuando estás aquí —la saludó. En un instante estuvo a su lado. Se interpuso en su camino y la tomó de los brazos para acercarla a él—. ¿Te vas?

—Sí. Solo vine a traer a Marta.

—Tómame algo conmigo —le ofreció sonriente, aunque el gesto de

María le hizo borrar la expresión de un plumazo—. Estás muy seria. ¿Sucede algo?

—No quiero entretenerme. Estás... ocupado. —Eché una mirada por encima del hombro de Thiago y con ella le indicó que una mujer lo esperaba sentada en la barra. Luego bajó la cabeza para que él no pudiera ver la rabia que sentía.

—¿Ocupado? —se extrañó, aunque de inmediato ató cabos. Más que lo tuvo claro, soltó una gran carcajada y tomó a María entre sus fuertes brazos, se acercó al oído y lo rozó con los labios—. Me harías un enorme favor si me la quitas de encima —fijó la vista en la morena que lo esperaba sentada en un taburete con las piernas cruzadas—. Es un poco pesada. Por favor...

Al final, aceptó.

* * *

La cena entre Marta y Pablo transcurrió con normalidad, como una pareja enamorada que empieza una relación. A Pablo le encantó encontrar a Marta tan entregada, con aquella actitud abierta y seductora que lo estaba volviendo loco. Pronto la convencería que volviesen a ser una pareja normal ante el mundo entero, sin secretos para nadie. La quería con él en su casa, dormir todos los días abrazado a ella, cuidarla y que volviese a ser su mujer. Pero iría por pasos, era consciente de los miedos y reticencias de Marta con respecto a él.

—¿Te apetece ir a otro lugar o nos vamos a casa? —le preguntó Pablo tras terminar los postres.

Él no tenía prisas por llevarla a su casa esa noche, con el tiempo había descubierto que la cama siempre estaría ahí. Sin embargo, los momentos como aquella cena, sus miradas y complicidad, eran únicos.

—Vámonos a la cama. —Las miradas que le había lanzado durante la cena la tenían deseosa de contemplarlo desnudo, a su merced, y recorrerlo con besos muy lentos, torturadores. Era el primer objetivo de su venganza: volverlo adicto a ella.

—¿Dónde le has dicho a tu madre que pasas el fin de semana?

—Le he dicho que me iba con María a un hotel de Andorra, el *Hermitage*, un sitio de relax y desconexión.

—Podemos ir si lo deseas, así tu coartada será perfecta si te preguntan —sugirió entre entusiasmado y molesto por tener que andar con mentiras.

La idea de hacer un viaje con él le gustó. Podía ser una buena baza para cumplir sus objetivos.

—Me gusta la idea. Quizás otro fin de semana.

A pesar de la sonrisa que ella le mostraba Pablo supo que en su interior libraba una batalla. Había cierto brillo extraño en los ojos de Marta, algo que no había reconocido antes y creyó que se trataba de lo mismo que le afectaba a él. No soportaba tener que mentir para ocultar lo que sentía por ella.

—No me importaría hablar con toda la familia y decirles que he cambiado, nunca dejé de amarte y mis intenciones contigo son muy serias en esta ocasión.

Tras escuchar aquella declaración sincera que le llenó el corazón de amor, Marta tomó una bocanada de aire al sentir que se ahogaba.

Cuando la miraba como lo hacía en esos momentos, su corazón se enternecía, le decía que volviese a confiar. Pero luego recordaba situaciones como la de esa misma tarde en el *Seven* y algo se activaba en su cabeza y le decía que volvería a sufrir al lado de un hombre que tarde o temprano caería en las redes de alguna mujer que se lo propusiese.

—Dejémoslo ahora así, que todo fluya y siga su curso. Además estamos en fase experimental, esto puede no salir bien.

—Va a salir bien —afirmó categórico—. ¿Y sabes por qué? —Ella lo miraba expectante mientras veía la ilusión y el brillo reflejado en sus ojos—. Porque eres la única mujer que deseo y he amado en mi vida. Estoy loco por ti. —Le tomó la mano y se la llevó a los labios depositando un tierno beso en ella.

Una vez en casa de Pablo, en la que entraron entre besos y arrumacos, Marta se dio cuenta que había dejado la maleta que preparó para el fin de semana en el coche de María. Salieron del *Seven* con tanta prisa que se olvidó de lo principal que iba a necesitar en los próximos dos días.

Al tumbarse en el sofá se encontraron con unas cajas que Pablo había preparado antes de marcharse. Eran para Marta y formaban parte de una sorpresa, ya que estaba decidido a conquistar a esa mujer de una forma que nunca más la atormentasen las dudas sobre el amor que sentía y la fidelidad que le profesaba.

—¿Y esto? —preguntó Marta extrañada con una caja envuelta en papel de regalo entre las manos.

—Son para ti —le reveló Pablo recomponiéndose en el sofá mientras la miraba con una sonrisa. Le gustaba verla intrigada como en esos momentos,

con el ceño fruncido y moviendo la caja para adivinar qué había dentro—. Ábrelos.

Los ojos de Marta repararon que había más de una en lugares estratégicos del salón. Se preguntó cómo no las vio antes, estaban envueltas en papel rojo, pero se dijo que cuando Pablo la besaba perdía la noción de lo que ocurría a su alrededor.

—¿Por qué? —Rasgó el papel con manos temblorosas.

—Porque quiero que te sientas como en casa y visto que has venido sin equipaje... —La miraba risueño mientras se permitía disfrutar del momento.

Cada regalo, cada paquete, era una nueva sorpresa que llenaba el salón de risas y el pecho de algo cálido que reconocía bien. Se deshizo de cada envoltorio con la ilusión de una niña: un albornoz de ducha, unas zapatillas de andar por casa y, por último, varios conjuntos de lencería que volvieron el ambiente entre ellos más intenso y erótico.

Avanzó hacia él con una mirada que dejaba clara cualquier intención. Pablo se había mantenido de pie, con el hombro apoyado en el marco de la puerta, mirando cómo, uno a uno, los regalos la hacían feliz. Pero, mientras Marta iba a su encuentro, la calma que lo había tenido con una sonrisa en los labios desapareció y dio lugar a una tensión que lo obligó a tragar saliva varias veces.

—Vamos al dormitorio, tendremos que estrenar mi ropa nueva, ¿no crees?

* * *

Debido al exceso de trabajo de las últimas semanas en Miller, Miranda y Fernando no habían tenido tiempo de sentarse y tratar de forma directa el tema de sus hermanos. Esa noche, mientras se acariciaban entre las sábanas, decidieron abordar el tema. Si bien cada cual sospechaba que volvían a estar juntos, no lo había puesto en común.

—Me preocupa tu madre, cuando se entere de que entre Marta y Pablo vuelve a haber algo... —le comentó Fernando a su mujer al quitarle de las manos la revista en la que Marta y Pablo salían juntos y acaramelados en el *Seven*.

—Está tan liada con la apertura de *Beltrán* en Madrid que no tiene mucho tiempo para pensar en otras cosas.

—Realmente deseo que sean tan felices como nosotros, pero mucho me

temo que Marta no conseguirá matar el pasado del todo, tú y yo sabemos que hay cosas que nunca olvidará, y quizás Pablo jamás le perdone cuando se entere.

—Yo apuesto por el amor siempre, creo que cuando es verdadero puede con todo. —Miranda se mostró más optimista—. Y espero que el tiempo de Marta y Pablo haya llegado y sean muy felices. Veo a tu hermano diferente desde que ella apareció, su mirada me recuerda a la tuya cuando me miras y eso hace que esté tranquila con respecto a mi hermana. La ama.

A Fernando le gustó escuchar aquello. Miranda no solía equivocarse y le llenó el pecho de orgullo saber que Pablo, por fin, había tomado el buen camino.

Deslizó la mano por el vientre de su mujer y le dio un ligero mordisco en el cuello mientras los hábiles dedos se colaban entre los pantalones del pijama en una clara dirección.

Las intenciones de Fernando quedaron claras desde el primer momento y Miranda no pudo más que rendirse a aquellas caricias. Terminar el día con una buena sesión de sexo siempre era maravilloso. Pero unos golpes en la puerta frustraron el intento de seducción que Fernando había puesto en marcha. De inmediato, retiró la mano de la calidez que lo acogía y se apartó de Miranda, antes de que ella, con una sonora carcajada, diera permiso a Alberto para entrar.

—¿Puedo ir este fin de semana a la montaña con Raúl y sus padres? —preguntó el chico que, a sus quince años, se avergonzaba de ver a sus padres en la cama ya que estaba claro lo que había interrumpido.

—Está bien, hijo —pronunció Fernando de inmediato.

—Me recogen por la mañana temprano.

—Ven a darnos un beso, cariño —le dijo su madre con los brazos abiertos para que acudiese a ella.

Alberto se acercó entre resoplos y los besó a ambos. A su edad solo le gustaba dar besos a las chicas, eso de darle besos a sus padres antes de dormir le recordaba a un niño pequeño, pero su madre era muy pesada.

—Pórtate bien este fin de semana, campeón. Que no me entere yo que rompes muchos corazones —le advirtió su padre con un guiño del ojo.

—¿Tú crees que irán chicas también? —preguntó Miranda cuando su hijo ya había abandonado la habitación.

—Miranda, por favor. Pues claro.

—Si Alberto hubiese sido una niña no estarías ahora mismo así —le

reprochó al ver su sonrisa de orgullo—. Lo alientas demasiado.

—Es un buen chico.

—Con que no se convierta en un rompecorazones como su padre antes de casarse o como su tío... Quiero que sea un hombre responsable en el amor y no juegue con las mujeres.

—Ven aquí —Fernando la atrapó y la besó—. Que te voy a demostrar lo buen chico que soy.

* * *

La lluvia contra los cristales sacó a Marta de la cama y de los brazos de Pablo en los que dormitaba. Con cuidado, salió de la habitación mientras se envolvía en el albornoz que le había regalado. No se molestó en encender la luz, las cortinas no estaban echadas y la penumbra era suficiente para ver por dónde pisaba. Se situó frente a los grandes ventanales del salón y contempló la lluvia desde ahí. Le causó un efecto casi hipnótico y se dejó llevar por los pensamientos que últimamente siempre ocupaban su mente de una forma u otra.

—¿En qué piensas? —le preguntó Pablo al verla de pie con la mirada perdida.

La había sentido salir de la cama y como no volvía decidió ir en su busca.

—En ti, en lo diferente que es todo ahora entre nosotros —le reveló al darse media vuelta abrazada a sí misma y mirarlo con sinceridad.

—¿Qué notas de diferencia? —Él sabía a la perfección qué novedades existían, pero a veces Marta se comportaba de una forma tan reservada que tenía que sacarle las palabras con sacacorchos.

—Tus besos son más pasionales, más profundos y tus caricias son más placenteras. En la cama eres mucho más exigente, aunque eso tiene su recompensa, no me quejo. Tu cuerpo ha cambiado, te miro desnudo y me dejas sin habla. Te deseo en cuanto pones la mirada sobre mí, irradas magnetismo, eres realmente sexy en todos los sentidos, doctor Balaguer.

Todo lo que le dijo era verdad, pero formaba parte de ese maquiavélico plan en el que él se tenía que sentir completamente amado y deseado. No se sentía orgullosa, pero estaba decidida a alejarlo para siempre de su lado y no tenía otra opción.

—Me encanta ese informe tan detallado —le manifestó con orgullo—.

Siempre me gusta saber lo que pasa por tu cabeza.

Algo pensativa le pasó una mano por el rostro con la mirada perdida en sus ojos.

—¿Qué ves en mí? Soy una mujer enferma y nada comparado con lo que estás acostumbrado.

Una nueva batalla se le presentaba en el frente. Pablo se dijo que ya no solo tenía que librar con un pasado tormentoso junto a Marta sino que ahora se le presentaban complejos como mujer. No entendía cómo no se daba cuenta que ella no tenía nada que ver con las mujeres operadas o rellenas de silicona que se llevaba a la cama hasta hacía poco.

—Marta, tú para mí lo eres todo. Eres perfecta. No hay mujer en este mundo que esté a tu altura; no hay nadie que me haga sentir tan especial como tú, ni tan completo, ni tan enamorado. Eres única.

La abrazó y trató de borrar todas sus dudas tras pedir clemencia al cielo, era consciente de que la mujer que tenía entre los brazos tardaría en confiar en él y entregarle su amor incondicional de nuevo, pero no cesaría en su empeño y estaba seguro de que saldría vencedor.

—He visto las fotos que tienes en el cajón de tu cómoda —le reveló en un susurro contra su pecho. Necesitaba escuchar de sus labios porque las conservó durante esos años.

—¡Vaya! Has descubierto uno de mis secretos. —Se mostró sonriente mientras le acariciaba la espalda reteniéndola entre sus brazos—. Era una forma de tenerte cerca de mí. No sabes las noches que me dormí con esas fotos entre mis manos. Marta, tus recuerdos siempre me persiguieron. Nunca he dejado de amarte.

En el fin de semana que tenía organizado con Marta, y en su empeño de que esta vez todo entre ambos fuese diferente, Pablo tenía otra cita preparada de la que no le habló hasta llegado el momento, nada original pero sí muy especial porque estaba seguro de que ella no lo habría olvidado con los años.

—Aquí comenzó todo entre los nosotros —le susurró en la abarrotada sala de cine al tomarla de la mano.

Nunca podrían olvidar que se conocieron en una tarde de cine donde sus hermanos mayores los llevaron para presentarlos.

—Lo recuerdo como si hubiese sido ayer —le dijo ella perdida en los recuerdos de esa tarde, dieciocho años atrás.

—Me enamoré de ti nada más verte. Tengo gravado en mi mente a la perfección el vestido que llevabas puesto y las veces que te soñé con él —le reveló Pablo. Nunca se lo había dicho y ella lo miró con asombro—. Me impresionaste tanto que le pregunté a mi hermano si podía besarte como vi que él besaba a Miranda a escondidas. Desde ese día, mi corazón fue tuyo, Marta. Ninguna otra mujer consiguió calar en él como tú, ni dejar las huellas que tú dejaste.

A pesar de estar viendo una película de las que le gustaban a Marta y estar muy interesante, no pudo seguirla. Pablo consiguió distraerla y que se centrara en él en exclusiva. Se preguntó cómo lo hacía ese hombre para encantarla como la tenía en esos momentos, rememorando recuerdos que tenía muy enterrados y tiempos de su vida en los que fue muy feliz.

Con la mirada posada en él como una boba y una sonrisilla tonta, dejó que la besase en medio del cine como si fuesen dos adolescentes con las hormonas revolucionadas. Mientras lo besaba se preguntaba cómo con una simple cita para ver una película había conseguido que se sintiese como si Pablo le hubiese bajado la luna.

Alguien en el cine siseó para que hubiese silencio unas filas más abajo y esto hizo que interrumpiesen el beso, se miraron cómplices, se tomaron de la mano y fingieron centrarse en la película a pesar de que sus mentes estaban muy lejos de ella.

* * *

El fin de semana junto a Pablo pasó muy rápido. Se encargó personalmente de que fuese muy especial donde solo estuviesen presente los buenos recuerdos del pasado entre ambos. Su objetivo era mostrarle a Marta que no todo entre ellos fue malo, la parte que él se encargó de estropear estaba más que dispuesto a remediarla y se esforzaba por demostrárselo a diario desde que se habían vuelto a encontrar.

El jueves Marta había quedado con su hermana para comer juntas. Como llegó con tiempo, y la secretaria de Miranda le dijo que estaba ocupada, decidió hacerle una visita a Pablo ya que hacía varios días que no se veían. Él había tenido guardias y solo habían hablado por teléfono.

—Adelante —respondió él cuando llamó decidida a la puerta. Le habían dicho que no tenía consultas esa mañana.

—¿Qué... qué haces aquí? —preguntó sorprendido mientras se levantaba para ir hacia ella y recibirla como se merecía.

—¿Interrumpo? —Él negó con un gesto pero Marta lo notó pensativo y con el ceño fruncido—. Solo he pasado a saludar. He quedado con mi hermana para almorzar y he llegado con tiempo.

—Estás impresionante —la elogió al admirar el abrigo gris perla que llevaba y tan bien le combinaba con el color de sus ojos. Luego la abrazó y la besó como tratando de distraerla.

Aquel maravilloso beso que le dio no logró que una intuitiva Marta sacase de su cabeza el presentimiento que la golpeó cuando lo interrumpió, sintió como si le estuviese ocultando algo y el origen de esto se encontraba en el ordenador que había sobre la mesa. Ella le devolvió el beso, siempre era un placer y lo había echado de menos en los últimos días. Logró distraerlo y consiguió que se relajase lo suficiente como para escapar de sus brazos y acercarse a la mesa de forma juguetona. Tenía la intención de echar un vistazo a la pantalla y descubrir qué lo había puesto tan nervioso. Estaba segura que no era nada relacionado con su expediente médico, Pablo era tan profesional que en ese plano los nervios no tenían cabida por mucho que ella fuese una paciente especial.

—Joder, Marta —se quejó malhumorado acudiendo a su lado—. Era una sorpresa para este fin de semana.

No pudo ocultarlo, ella miraba la página de reservas del hotel

Hermitage que aparecía en el ordenador.

—¿Andorra? —Estaba realmente sorprendida.

—Sí, es el hotel que me dijiste. Pensaba reservarlo para este fin de semana. Iba a ser una sorpresa. —No se mostraba muy contento.

—Lo es. Es una sorpresa maravillosa.

Lo miraba con admiración reflejada en su rostro. Se decía si ese Pablo Balaguer que tenía ante sí era real. Lo había soñado tantas veces así de romántico y detallista que le parecía un sueño.

—¿Te gusta el plan? —La abrazó sacándola de sus pensamientos.

—Me encanta. —Lo besó entusiasmada al pensar que estaba rendido a sus pies, tal y como ella deseaba.

—Bien, pues déjame reservarlo todo de una vez. Lo iba a hacer ahora mismo, solo me falta pagarlo.

Pablo se sentó delante del ordenador y Marta se situó a su lado. Cuando vio la cantidad de dinero que le iba a costar, ella protestó.

—Espera, espera. Es demasiado, Pablo.

—Era una sorpresa, un regalo que pensaba hacerte. Miller me paga un buen sueldo, si es eso lo que te preocupa.

—Ya, pero...

—Pero nada. Me lo puedo permitir, ahora sí. —Fue tajante y Marta supo que no había discusión posible.

—¿Aún no has superado eso? —lo reprendió seria.

El dinero siempre fue un punto conflictivo entre ellos en el pasado. Él jamás aceptó depender de ella. Esto lo hacía sentirse inferior y mal consigo mismo, no quería que los demás pensaran que se aprovechaba de Marta y su fortuna.

Con un leve encogimiento de hombros ignoró su comentario mientras introducía la numeración de la tarjeta bancaria para que le hiciesen el cargo.

—Ya está —dijo victorioso.

—¿El tema de mi dinero se va a volver a interponer entre nosotros? —preguntó malhumorada.

—Esta vez no —dijo rotundo.

Él se levantó, se puso a la altura de ella y le dio un breve beso al tratar de disipar su mal humor.

—Tengo más dinero del que nunca voy a necesitar. —Lo desafió con la mirada y se resistió a sus encantos.

Cuando Marta lo miraba de aquella forma una tormenta se avecinaba y

no estaba dispuesto a enzarzarse en una batalla verbal con ella.

—Lo sé. Ahora todo será muy diferente. Confía en mí —trató de zanjar el tema con un beso al que ella correspondió.

—Vale, pero la próxima pago yo o me negaré a ir —replicó entre besos.

—Está bien —le concedió poco convencido y Marta lo notó, pero cuando la besaba como lo hacía en esos momentos se le quitaban hasta las ganas de discutir.

De repente la puerta de la consulta se abrió, no habían llamado antes de entrar. Fernando sabía que su hermano no tenía consulta con ningún paciente esa mañana y por eso no se molestó en tocar a la puerta.

—¡Oh, joder! ¡Me cago en...! ¡La madre que os parió! —Fernando no pudo contener la expresión al verlos, una cosa era imaginar que volvían a estar juntos y otra confirmarlo de primera mano—. Marta, dime que lo estás besando por voluntad propia.

Marta se apartó de Pablo un poco avergonzada, pero él no la dejó ir muy lejos. La sostenía con fuerza por la cintura.

—Marta y yo nos estamos dando otra oportunidad —le anunció Pablo.

—Marta, quiero oírte a ti —pronunció Fernando con tono de reproche.

—Fernando... Pablo y yo... Las cosas entre nosotros han vuelto a surgir —logró decir con culpabilidad.

—Bien, ya sois mayorcitos. Eso sí, os advierto a los dos: tú, Pablo, respétala. Procura que todo vaya bien para que no olvide que eres mi hermano y te rompa la cara. Y tú, Marta, ya sabes a lo que te expones. No estás en un buen momento de salud y no me gustaría que se repitiera lo que pasó. Nada de lo que pasó —apostilló enfurecido.

No le importó decírselo delante de Pablo. Los señaló a ambos con severidad y fue todo lo sincero que le dictó el corazón. No permitiría que el pasado regresase.

Al instante Marta lo fulminó con la mirada, no sabía hasta dónde estaba dispuesto a contar, quizás con el enfado que reflejaba en su rostro soltase lo de Mario y ese era un tema que todos juraron mantener siempre en secreto. Pablo jamás debía enterarse de aquello, aunque ella en una ocasión, cinco años atrás, fue débil y estuvo a punto de contárselo todo. Su psicólogo le decía que Pablo tenía derecho a saberlo, pero ese tema era intocable para ella.

—Como bien has dicho, somos mayorcitos. Asumiremos los riegos como personas adultas —dijo Pablo con valentía—. Alégrate por nosotros —lo alentó para que cambiase la cara.

—Cómo le hagas daño de nuevo, te mato.

Finalmente la expresión de su rostro se ablandó y terminó fundido en un abrazo con cada uno de ellos mientras rogaba al cielo porque esta vez todo fuese muy diferente.

Cuando las hermanas Miller entraron en *Beltrán* las miradas de las mesas ocupadas no pudieron evitar dirigirse a ambas. Dos bellezas tan diferentes y llamativas que no pasaban desapercibidas allá donde acudiesen.

—¿Qué tal tu vida amorosa? —se interesó Miranda con una sonrisa burlona en los labios.

—En estos momentos muy bien. —No le dio más detalles, quería comprobar si ella sabía algo por Fernando. Tan solo hacía una hora que la había descubierto besándose con Pablo, pero igual se lo había contado por mensaje y de ahí que su hermana le preguntase.

—Me alegro de tu felicidad, siempre y cuando tengas la cabeza de saber lo que haces. ¿Qué tal con Pablo, cómo se porta ese sinvergüenza? —Miranda decidió ser más directa al ver que Marta no soltaba prenda. Ella mejor que nadie sabía lo reservada que su hermana podía llegar a ser en ciertos asuntos.

—Hasta ahora me sorprende a cada instante, es otro hombre —decidió hablar abiertamente sobre él.

—Te veo feliz e ilusionada. —Miranda la escrutaba con la mirada. Podía ver a través de sus ojos y Marta así lo sintió—. ¿Vais en serio?

Se dijo que Miranda no era tonta y que a ella no podía mentirle a pesar de que dudó en contestarle. Se le pasó por la mente el trazado plan para desengañar a Pablo pero esto no se lo iba a contar a su hermana.

—Quédate tranquila, esta vez no será como la anterior. Soy una mujer que ha aprendido de sus errores. Pase lo que pase no me afectará como años atrás. Sé el terreno que piso.

—Me gusta la mujer en la que te has convertido —la admiró con una mirada de orgullo, y la instó a brindar con ella.

—Quédate tranquila, la Marta del pasado no volverá a aparecer. —Necesitaba que su hermana estuviese segura en ese aspecto.

—Júrame que si sale mal lo que sea que tienes en estos momentos con Pablo acudirás a mí y me permitirás estar a tu lado.

—Tienes mi palabra.

* * *

A punto de meterse en la cama Marta recibió la llamada de una muy emocionada María que gritaba como una loca. No le entendía nada, solo sabía que si continuaba gritando así la dejaría sorda.

—¿Adivina adónde vamos a ir tú y yo este fin de semana, con los gastos pagados? —preguntó María más serena, conteniendo las ganas de gritar de felicidad. Marta puso los ojos en blanco y se dejó caer en la cama—. ¡Da igual! No lo adivinarías. ¡Me ha tocado una estancia para dos personas en el *Hermitage*, en Andorra! ¿Te acuerdas que te comenté lo del sorteo de la firma de productos que tengo en la peluquería? ¡Pues me ha tocado! Estoy súper contenta.

¡*Mierda!*, pensó Marta de inmediato. Claro que lo recordaba. Fue por eso que surgió la coartada aquel fin de semana que pasó con Pablo. El inconveniente era que él había reservado ya en el mismo lugar. ¡Qué casualidad!

—No puedo. He quedado con él. Ya sabes...

—¡Bah! Dile que no puedes. Que te ha surgido algo. ¿Qué más da? Si al final vas a acabar dejándolo. Que empiece a acostumbrarse.

—Ha reservado habitación en ese mismo hotel, María —le explicó con pesar. Pudo notar el desconsuelo de su amiga en el silencio que se produjo—. No quiero alargar esto mucho más y para que la ruptura sea memorable debo emplear todo el tiempo que tengo con él. Necesito este fin de semana en el hotel. Es fundamental para mis planes.

—Todo esto te volverá a destrozar, Marta. Crees que vas a salir airosa de todo pero lo amas y terminarás con el corazón roto. Ten muy presente que el daño no solo se lo haces a él. No sé que tengas pensado, pero mide antes las consecuencias para ti. Tu salud no está bien.

Negó con la cabeza como si ella pudiera verla y se pasó la mano por la frente para apartar los pensamientos negativos que la inundaban. Quizá tuviera razón, pero estaba decidida a llevar a cabo su propósito. El objetivo era que también Pablo supiera qué se sentía cuando te arrancaban el corazón de cuajo, después ya nada era igual. Desde aquel día que lo vio en el *Seven* con la pelirroja acechándolo lo tuvo claro. Tenía que alejarlo de ella si no quería volver a sufrir otra desilusión. Su propósito era que se cumpliera la misma dinámica en Pablo que años atrás, cuando él creyó que Mario era un hombre más importante que él en la vida de Marta. Después de aquello no se volvió a

acercar más, su orgullo herido se lo impidió. Con respecto a él la inundaban dos sentimientos: la desconfianza y la culpabilidad. Se sentía incapaz de volver a confiar en él, cuando pensaba que esto se podía superar la culpabilidad y los remordimientos por la promesa que le hizo a Mario aparecían para atormentarla, y era ahí donde más justificación le encontraba a su plan para alejar a Pablo de su lado para siempre.

—¿Por qué no se lo dices a Thiago? Estoy segura de que le encantará acompañarte. —Intentó dejar el tema de Pablo a un lado.

—¿Y que piense que es un fin de semana organizado de parejas? No. No importa, se lo regalaré a alguna cliente —resolvió decepcionada.

—¡Vamos, María! Díselo, lo pasaremos bien. Thiago no rechazará pasar un par de noches de sexo desenfrenado contigo. —La animó. Era incapaz de dejar a su amiga con esa sensación de abandono que transmitía. María siempre estaba a su lado cuando la necesitaba y no la dejaría sola.

Tras colgar con ella llamó a Pablo y entre los dos arreglaron un fin de semana para los cuatro en Andorra. Al fin y al cabo, era algo que nunca habían hecho juntos; un viaje con amigos en pareja, y estos no le estorbaban a Marta para continuar con su plan.

* * *

Diana Miller recibió la mejor noticia que podían darle y llevaba años esperando, le habían concedido la libertad condicional. En cuestión de semanas saldría de la cárcel en la que permanecía encerrada tras quince años. Ansiaba salir de esa celda minúscula y oscura para volver a los lujos en los que siempre se crio. Sin embargo, aún ansiaba más poner en marcha la venganza que llevaba planeando durante años contra todos los Miller. Los culpaba de haberle arrebatado todo lo que le pertenecía, estaba dispuesta a hacerlos pagar.

Aquella mañana de sábado Pablo había reservado una excursión en moto de nieve. Era una experiencia que ya había probado antes pero le apetecía compartirla con Marta ya que estaba seguro de que le iba a encantar. El hotel *Hermitage*, en Andorra, estaba situado a pie de pistas, en la estación de esquí de Grandvalira, con unas vistas impresionantes en esa época del año en la que todo estaba nevado.

Pablo reservó la excursión de motos de nieve con guía, y el *mushing*, un recorrido por la nieve en trineo tirado por perros, lo dejó para el domingo por la mañana, no quería cansar a Marta esquiando a pesar de que sabía que era muy buena, pero consideró que estas actividades le resultarían más relajadas para su corazón y le permitirían disfrutar igualmente de la estación de esquí y sus vistas.

Al principio a Pablo no le sentó nada bien que María y Thiago los acompañasen el fin de semana, pero por Marta haría cualquier cosa y ella se lo pidió. Él quería un viaje a solas con el amor de su vida sin interrupciones ni nadie más que ellos. Sin embargo, estaba disfrutando como hacía tiempo no recordaba. Mientras se deslizaban por la nieve en las dos motos de alquiler, se dio cuenta de que los cuatro hacían muy buen equipo y, por una fracción de segundo, pensó que quizás Thiago perdiese la cabeza por una mujer en su vida y comenzase algo serio con María. Se notaba a la legua que aquella chica estaba loca por él.

—Te conozco y esa mirada no miente: te has enamorado de Thiago hasta la médula —le comentó Marta con los ojos fijos en su amiga mientras disfrutaban de un buen vaso de cacao caliente en la terraza del hotel. Pablo y Thiago estaban en el salón comentando con entusiasmo un partido de fútbol que emitían por algún canal extranjero.

—Me gusta su forma de ser, descarado y educado a la vez, con ese punto macarra que luego solapa con ciertos gestos caballerosos. Es un tipo de hombre que nunca se había cruzado en mi camino antes y me tiene desconcertada. Es muy pasional, muy de arrebatos cuando menos me lo espero y me encanta —le reveló con media sonrisa pícaro.

—Lo dicho, estás muy colada —recalcó Marta cruzando las piernas y recostándose en su asiento. Le gustaba verla así de ilusionada a pesar de saber con certeza que Thiago no era un hombre de relaciones duraderas.

—No me hago demasiadas ilusiones con que esto dure, pero sí, a ti no te puedo mentir. Thiago ha llegado a un lugar de mi corazón al que no había llegado nadie.

—Espero que no sea un tonto y se dé cuenta de la gran mujer que tiene a su lado. —Marta la tomó de las manos infundiéndole esperanzas. Luego miró al horizonte, se dio cuenta de que el sol se tapaba con unas nubes y sintió frío allí sentada.

Las chicas subieron a la suite de Marta y Pablo mientras los hombres terminaban de ver el partido. Era la hora de los medicamentos de Marta y una vez que se los tomó decidieron quedarse allí relajadas. Estaban un poco cansadas del ajetreo de aquel día y la idea de encender la chimenea y tirarse en los dos grandes sofás blancos que dominaban el salón era cada vez más tentadora.

—¿Te encuentras bien? —María se preocupó al ver un poco derrotada a su amiga cuando se dejó caer en el sofá con un gesto de aplomo.

—Hoy ha sido un día movido.

—Descansa un poco, cuando Pablo suba no querrá dormir precisamente —le comentó con una sonrisa traviesa—. He visto cómo te miraba cuando te ha besado antes de subir. Apostaría a que ese hombre muere por ti.

—Sé que me quiere y no para de demostrármelo, lo que pongo en duda es que me sea fiel el resto de nuestra vida. Creo que conoce a demasiadas mujeres que lo tentarían de ser infiel antes o después.

—¿Y si ya aprendió la lección? Tú lo quieres y deberías replantearte todo lo que tienes en esa cabeza y ser feliz de una vez.

—Sí, lo quiero —admitió en voz alta por primera vez. Se acomodó en el sofá, con las piernas cubiertas por una suave manta de lana, y se llevó las manos a la cabeza para quitarse la cinta que le sujetaba el pelo—. En todos estos años nunca lo olvidé. Me llegué a odiar a mi misma por desear sus besos como una loca y por recordar con nitidez cada caricia que me dio. No tienes idea de las noches en las que me desperté mientras soñaba que estaba entre sus brazos y me hacía el amor. Esto nunca se lo he contado a nadie —le reveló ocultando el rostro entre las manos.

Perdidas como estaban en pensamientos y confesiones, no se dieron cuenta de que Pablo acababa de entrar en la suite y había escuchado las

palabras de Marta. Sonrió como un bobo y algo muy fuerte creció y se expandió por el pecho hasta obligarlo a reposar el cuerpo contra la pared. Había subido a coger el móvil en el descanso del partido, no estaba tranquilo si no tenía a Marta cerca ni cómo comunicarse con ella.

Estar allí medio escondido le resultaba poco honesto, sentía que no le correspondía estar escuchando algo tan privado a pesar de hacerlo tan inmensamente feliz. Esperanzado, fantaseó con que aquellas palabras se las dijese muy pronto a él. Sentía que iban por buen camino y esta vez sería para siempre. Deseaba un futuro con ella, deseaba tener hijos y envejecer a su lado. Deseaba muchísimas cosas que solo Marta podría darle, pero prefirió esperar a estar a solas para proponerle algunas de las que le pasaban por la cabeza mientras las observaba a hurtadillas. Justo cuando decidió regresar con Thiago al salón del hotel, una pregunta de María lo dejó paralizado con la mano en el pomo de la puerta.

—¿Ya te has pensado bien lo que vas a hacer con Pablo? Ya sabes que a mí nunca me cayó bien, incluso llegué a odiarlo, pero en estos días que llevo tratándolo mi opinión sobre él ha cambiado mucho y creo que realmente te quiere y desea hacerte muy feliz reparando sus errores del pasado. —Se dio media vuelta en el sofá y la miró—. ¿Y si te olvidas de ese plan absurdo de pagarle con la misma moneda que en el pasado y sois felices? Lo vas a destrozar y te afectará a ti también.

—No —negó rotunda y posó los ojos en María—. Estoy segura de que volvería a engañarme y entonces sí me destrozaría por completo. Nunca imaginé que las cosas entre nosotros fuesen mejor que cuando nos casamos, esos tres primeros meses de matrimonio fueron increíbles —recordó, perdida en los recuerdos con los ojos cerrados—. Pero ahora todo es... No tengo ni palabras para definir lo perfectos que están siendo estos días, me he vuelto a enamorar de él tanto que duele y siento que si yo no lo dejo pronto y consigo decepcionarlo, cuando él lo haga no podré recuperarme nunca.

—Pues entonces déjalo, Marta. Dile todo esto y rompe con él de frente, sin engaños. Me parece muy cruel que piense que lo has engañado con otro solo para romper lo vuestro y te odie para siempre.

—Lo haré a mi manera. No puedo decirle que quiero dejarlo porque soy una mujer débil con respecto a él. Sé que me rogaría hasta cansarse y yo terminaría cediendo porque lo quiero. La única forma de sacármelo de dentro es lograr que me odie tanto como yo lo odié a él. —Tomó aire varias veces para alejar las lágrimas que le anegaban los ojos y le inundaban la garganta.

Casi no podía hablar del tema sin que la pena amenazara con destrozarla, pero estaba decidida y, tras sacar fuerzas de donde solo había tristeza, se limpió las lágrimas y sentenció sus palabras—. Eso cerrará cualquier posibilidad que pueda existir entre nosotros. Solo así sabré que ha acabado todo.

Pablo escuchó todo aquello con una furia interna como la que nunca había sentido. Se descubrió con los nudillos blancos y las uñas clavadas en la palma de la mano. Si le hubiesen pegado con una barra de hierro en la cabeza, no le hubiera dolido tanto como en esos momentos. En un arrebato de orgullo quiso hacerse de notar y que terminase con aquel estúpido plan de una vez, sin embargo se lo pensó mejor y cambió de táctica. Si eso era lo que deseaba Marta, así sería. Si quería jugar, jugaría, se prestaría a eso, a ver quién ganaba en todo aquel elaborado plan ahora que él conocía bien a su adversaria.

—¿Tienes pensado hacerlo pronto? —se atrevió a preguntar María ya que desconocía cómo lo llevaría a cabo su amiga.

Pablo escuchaba atento con un nudo en la garganta y el corazón aún martilleándole fuerte contra el pecho.

—Sí, no puedo demorarlo más. No sabes lo que me cuesta callar cuánto lo amo cuando hacemos el amor. Él no debe saberlo, eso sería un arma muy valiosa en su poder y que no dudaría en usar con destreza.

Después de escuchar aquello Pablo salió de la habitación con cuidado. En esos momentos debería sentirse el hombre más feliz de la tierra por haber escuchado y confirmado que Marta nunca dejó de quererlo, lo amaba como él a ella. Sin embargo, sentía el dolor más grande en el alma, nunca hubiese imaginado a Marta como una persona tan retorcida capaz de idear un plan tan maléfico.

Las chicas continuaron inmersas en su charla y él se dirigió al bar donde lo esperaba Thiago para seguir con la segunda parte del partido, a la cual apenas prestó atención ya que estuvo todo el tiempo sumido en lo que acababa de escuchar arriba y asimilando la actitud de la mujer con la que compartía cama. Se preguntó mil y una vez porqué actuaba así, se esmeraba cada día y con cada gesto en hacerle ver que ella era la única mujer con la que quería estar el resto de su vida, pero al parecer no era suficiente, Marta jamás creería que había cambiado, que había dejado de ser un mujeriego.

Sentado en la banqueta del bar debatía consigo mismo en el mejor escarmiento que darle a Marta. Sin duda alguna se merecía una muy buena

que él estaba más que dispuesto a que recibiese.

—¿Qué te pasa? Desde que has bajado estás muy pensativo —le hizo ver Thiago con un leve codazo.

—Nada —le contestó al tratar de controlar su mal humor y no pagarlo con él—. Estoy cansado, hoy hemos tenido un día de mucho jaleo.

—Y una noche. Conociéndote no me creo que hayas dejado dormir demasiado a Marta.

—Ella no es como las demás, está enferma de corazón —le dejó claro sin ánimos de continuar con la conversación, pero esto produjo el efecto contrario en su amigo.

—¿Y con ella te reprimes en la cama? —Lo miraba preocupado.

—No, me lo tomo con calma —le contestó casi con indiferencia, en esos momentos lo que menos le apetecía era hablar de cómo se lo montaban en la cama —. Ya te lo he dicho, ella no es como las demás. Tengo mucho menos que con otras y me siento más satisfecho y completo. Con Marta hago el amor, con las demás solo follaba.

Thiago puso los ojos en blanco, casi burlándose de él.

—Algún día cuando, te enamores hasta las trancas, me comprenderás, o quizás dentro de nada comiences a hacerlo. He visto cómo miras a María y algo me dice que ella ya ha pasado la línea del rollo de una noche.

—Sí, lo ha pasado —le afirmó categórico.

—¿Y?

—María es fantástica, me vuelve loco. Pero tú sabes cómo soy yo, el compromiso y una sola mujer para siempre no van conmigo.

—Mírame a mí. Eso pasa hasta que llega la persona adecuada, haces el idiota hasta límites insospechados.

En esos momentos se sentía el mayor idiota en manos de Marta.

—¿Esa calificación tienes de ti mismo, que haces el idiota? —Thiago se burlaba de él con una sonrisa socarrona.

Le dio un golpe en el hombro y ambos salieron del bar en dirección a la habitación entre miradas cómplices.

—Todo por amor, y lo peor es que lo haces hasta con gusto —le reveló Pablo ya en el ascensor.

Su amigo lo miró como alguien que no lo conocía.

—Joder, tío, eso es una enfermedad y como me entre te juro que pongo tierra de por medio con quién sea —le dijo casi aterrado. Ver a su amigo de esa guisa le estaba descomponiendo el cuerpo.

—No lo harás, te lo digo yo que en estos momentos me encuentro en una situación en la que debería haber hecho eso mismo.

—Joder, Pablito, quién te ha visto y quién te ve.

Entraron hablando a la habitación y esta vez las chicas sí fueron conscientes de la intrusión. María abandonó la posición relajada en el sofá en cuanto los dos hombres aparecieron en la habitación. Junto con Thiago no tardaron ni dos segundos en despedirse y marcharse a su propio dormitorio mientras dejaban atrás un silencio tan espeso como la nevada que caía en el exterior. Pablo se quedó parado en medio de la habitación mirando a Marta que consultaba el móvil como si nada. La notó algo distante con él, no lo había mirado a los ojos ni le había correspondido al leve beso que le dio al verla, aunque pronto se dijo que tenía que seguir con ella como siempre. No debía sentir que era conoedor de sus planes.

—¿Ocurre algo? —Pablo se sentó a su lado. Le preocupaba que el silencio estuviera relacionado con su estado salud y no le hubiese dicho nada. A pesar de lo enfadado que estaba con ella, no podía dejar de interesarse por su bienestar.

—Nada. Te he echado de menos. Ven aquí. —Lo abrazó y Pablo sintió que lo hacía tratando de refugiarse de sus propios miedos.

—¿Estás cansada? —le preguntó paciente entre ardientes besos. Cuando la tenía así se olvidaba de todo, ella lo amaba y eso era lo más importante. Se dijo que haría que se deshiciese de ese plan absurdo. Él estaba más que dispuesto a hacerla muy feliz, no sin antes darle una buena lección.

Marta negó con una ligera risita, sabía lo que él se proponía.

—Comienzo a creer que para hacer esto contigo nunca estoy lo suficiente cansada. —Cuando lo respiraba cerca sus sentidos se nublaban y solo eran él, ella y su amor—. Tenerte cerca ya me despierta las ganas, tu mirada penetrante y ardiente diciéndome en silencio lo que vas a hacerme me hace temblar de deseo como un flan. Me resultas irresistible, y este cuerpo que tienes es toda una tentación —terminó confesándole, perdida en el momento y descubriendo que habló su corazón y no la razón.

—Te amo, Marta —declaró en voz alta antes de perderse en el deseo de sus cuerpos. No quería que solo lo escuchase sino que lo sintiese con cada roce de sus dedos—. Eres y siempre serás la única que hace conmigo lo que te viene en ganas, solo tú tienes tal poder —murmuró mientras la despojaba de la ropa—. No me arrepiento de haberte entregado mi corazón.

Sin poder retrasar más el momento, Pablo la tomó en brazos y la llevo

hasta la cama. Quería disfrutar con ella allí, demostrarle que la amaba, que era y siempre sería ella, y jamás iba a tener con nadie más lo que le entregaba, porque en el fondo ella siempre sería su mujer.

Marta lo sintió diferente, comenzó a hacerle el amor casi con devoción, como si no hubiese un mañana, como si fuese una despedida que trataba de grabar a fuego lento entre ellos. Luego se volvió más exigente y la apremió hasta que la llevó a lo más alto, sin importarle sus súplicas de pasión, y, cuando ambos cayeron juntos en el abismo, se arrepintió de haber hecho el amor con Marta de esa forma. En el fondo de su ser hubo rabia, deseaba marcarla, dejarle tatuado que era él y siempre sería él, no podía concebir imaginarla con otro hombre después de pasar por sus brazos de nuevo y ver con la entrega que estaba en ellos. Pablo suspiró, se dejó caer a un lado arrastrándola con él. Marta lo miró y vio que tenía la vista clavada en el techo de la habitación. Algo le carcomía, ella conocía esa expresión. Hizo que la mirase tomándole la barbilla con la mano y apartando las gotas de sudor que le corrían por la frente.

—Te has quedado muy pensativo.

—Sí, discúlpame —apartó los ojos, no se sentía capaz de mirarla por temor a que leyese todo lo que rumiaba por dentro.

—¿Por qué me pides disculpas? —Le formuló la pregunta como si fuese un reproche.

Una ceja se alzó en el rostro inquisitivo de Pablo que permaneció en silencio. Temía estallar si hablaba y se dijo que tenía que llevar aquello con tesón y buena mano si quería a Marta a su lado para el resto de su vida.

—Ha sido diferente a las anteriores veces, debo admitirlo. Más salvaje y apasionado, pero he de confesarte que me ha encantado.

Esa manifestación de placer por parte de ella lo hizo volverse y centrarse en los ojos grises que lo miraban con un brillo de felicidad que le provocó un vuelco en el corazón.

—No debí hacerlo, hoy ya has tenido suficiente actividad física —le dijo con la voz ronca, producto aún de la pasión y del nudo que tenía en la garganta por las circunstancias.

Al notarlo tan frío y distante, Marta se deshizo de su cercanía y se enfadó.

—No me trates como a una enferma —le espetó haciéndole ver que eso le dolía.

—No lo hago, solo cuido de ti. —Pablo fue hacia su lado y le recorrió

la mejilla con los nudillos, con delicadeza, mirándola a los ojos—. Eres lo más importante que tengo en la vida, no quiero perderte. Es por eso que hago mucha de las cosas que hago.

* * *

Pablo llevaba casi una semana sin ver a Marta, entre una cosa u otra le daba la sensación de que se le escurría como el agua entre las manos. No se sentía tranquilo teniéndola lejos, para el plan que había trazado en su mente la necesitaba cerca y no le bastaba con los simples mensajes y llamadas de teléfono. Anhelaba su contacto y sentirla suya ya que en esos momentos de su vida no podía permitir que más dudas azotaran a Marta. Pero ella se excusaba a diario con que estaba ayudando a su madre con la nueva apertura de *Beltrán* en Madrid y se le hacía muy difícil continuar con su plan.

El teléfono de Pablo sonó y una voz femenina que conocía bien le habló al otro lado.

—Vaya, vaya. Alucinada me acabo de quedar al conocer la noticia. ¡Quién lo hubiese dicho de ti! ¿Y... ella no es algo así como tu hermanastra?

—¿De qué hablas, Cynthia? —le bufó malhumorado apareciendo en su mente sus peores miedos.

—De Marta Miller, sois portada en toda la prensa de hoy —le anunció con un tono que hacía presagiar que disfrutaba con la noticia.

Pablo le colgó de inmediato y se conectó a Internet para comprobar qué decía ahora la prensa. Un gran miedo lo recorría por dentro mientras tecleaba para que apareciese la noticia en pantalla y rogaba porque Marta no hubiese actuado antes que él, pero esa semana que ella llevaba huyéndole no le hacía presagiar nada bueno.

Cuando vio lo que estaba publicado no pudo evitar soltar un improperio y estrellar la tablet contra la pared del salón de su casa. No era así cómo él lo planeó en un principio, se la habían jugado. Fuera de sí, fue hacia el teléfono e hizo una llamada.

—¡Eres un hijo de puta, Sergio! —bramó Pablo cuando este le descolgó—. Te conté que estuve casado con Marta Miller en una conversación de amigos mientras jugábamos al golf —le reprochó fuera de sí por haberle estropeado los planes que tenía en mente. Se paseaba como una fiera enjaulada de un lado a otro, revolviéndose el pelo mientras pensaba cómo actuar.

—También me dijiste que un día no muy lejano igual me dabas carta blanca para publicar eso a bombo y platillo —se defendió el hombre, ofendido por los gritos que le prodigaba Pablo.

—¡Pero no te la di aún! —le recriminó.

—Pensé que no te importaría. A ti no te importa ninguna mujer.

El director de la revista que había publicado que Marta Miller y él estuvieron casados intentaba quitarle hierro al asunto, pero esto encendió más a Pablo. Si hubiese tenido a Sergio delante le habría partido la cara por publicar aquello sin su consentimiento. Unas semanas atrás no le habría importado que esa información saliese a la luz, pero justo ahora lo partía en dos como estaban las cosas con Marta.

—Ella es mi jefa, la hermana de mi hermano, y la mujer que amo. La has cagado, tío. Sabes el poder que tiene Lorena Beltrán, mi ex suegra, en todo este panorama —le recordó e hizo que el hombre al otro lado del teléfono se pusiese blanco—. Quizás yo sea un mierda en este juego de la prensa, pero con Marta Miller de por medio todo cambia, con ella no —sentenció.

Pablo colgó el teléfono y se dijo que a la mierda todo y fue directo en busca de Marta, estaba harto, cansado de todo y ahora mismo pensaba poner las cartas sobre la mesa y hablar con franqueza. No le importaba tener que ir a casa de Lorena, presentarse allí y tratar con Marta todo lo que llevaba por dentro. Todo iba a salir a la luz de una vez. Ese gran secreto de su matrimonio que tanto se empeñó la familia Miller en ocultar tras los años. Estaba decidido a ponerla contra la espada y la pared hasta que reconociese en voz alta lo evidente; que lo amaba. A partir de ahí él le diría que conocía su absurdo plan y este no le llevaba a ningún lado.

Esa mañana Marta no consultó la prensa ni se conectó a Internet, llevaba una semana pensando qué haría con su vida y esos sentimientos la ahogaban y no la dejaban vivir en paz ni con su conciencia.

Amaba a Pablo Balaguer y lo amaría el resto de su vida. Era algo que al fin había aceptado. Tenía un miedo atroz a volver a sufrir por culpa de las infidelidades pero después de recordar una y otra vez lo que Pablo le había confesado en Andorra y la sinceridad que vio en sus ojos, ya no estaba tan segura de querer continuar con el absurdo plan que había trazado. Cada vez que lo pensaba se le hacía imposible escapar de él. Llevaba días sin verlo y anhelaba tenerlo a su lado, sus besos, sus caricias... María tenía toda la razón del mundo cuando le repetía casi a diario que se haría daño ella misma si

continuaba con ese propósito irracional. Había pasado una semana llorando por una pérdida que aún no se había producido. Sufría pensando cuando ya no estuviese con él. Se castigaba a sí misma empeñándose en alejar a Pablo de su lado con una venganza despiadada y cruel que los destrozaría. Él le ofrecía ser feliz para siempre, ¿por qué no intentarlo? Sin ese hombre a su lado nunca sería una persona completa, lo había vivido en sus carnes durante años.

—¿Qué es lo que quiero? —se preguntó Marta en voz alta en un arrebatado de sensatez observándose frente al espejo.

La respuesta le curvó los labios. A él, por supuesto. Entonces, ¿a qué venía tanta complicación? Pablo la amaba, se lo demostraba cada día, con gestos, con palabras, con una simple mirada. El hecho de que las mujeres creyeran que continuaba disponible no era motivo para desconfiar. Era un hombre diferente, arrepentido del pasado, con una reputación horrible, sí, pero desde que se encontraron en la consulta no había tenido motivos para reprocharle nada. Todo había sido provocado por sus propios temores e inseguridades.

—No más secretos ni mentiras —se dijo al tiempo que se limpiaba las lágrimas—. Ya está bien. Es hora de ser feliz, enterrar el pasado y emprender un futuro sin lastres.

Y eso implicaba hablar con Pablo y confesar. Porque si él había sido sincero, ella también debía serlo. Porque si él había tenido el valor de reconocer que había hecho las cosas mal, ella también debía hacerlo, y si había que empezar por algo, lo haría con lo más importante de sus vidas. Pablo no tuvo nada que ver con lo que le sucedió a Mario y tenía derecho a saber la verdad. La venda que había llevado tanto tiempo en los ojos se le cayó por fin y la dejó ver la realidad: él no tuvo la culpa de la muerte de su hijo. Todos los juramentos que hizo al morir el pequeño eran inútiles si con ellos era una mujer infeliz como lo fue en esos años. Pablo había cambiado, ella lo amaba y había llegado la hora de confiar y ser feliz.

Cuando Pablo dobló la calle con su coche para dirigirse a la mansión de Lorena vio cómo Marta salía de la propiedad en su Audi negro. Era muy temprano, iba sola y una alarma se activó en la cabeza de Pablo.

Tras seguirla durante veinte minutos, Marta llegó a su destino. La observó bajar del coche con un gran ramo de rosas blancas en las manos y solo entonces fue consciente de que acababa de aparcar en el cementerio. A esas horas no había nadie en el lugar y solo se escuchaba el tintineo de los

tacones de Marta al caminar en una clara dirección, el panteón de los Miller. Pablo nunca había estado allí pero escuchó hablar de él a su hermano. En ese lugar estaba enterrado el padre de Marta y Pablo siempre supo lo que él significó para su hija pequeña. Creyó que las flores eran para él y dejó que entrase sola.

Unas leves gotas de agua cayeron en el abrigo azul marino que Pablo llevaba puesto, miró al cielo y vio que se había oscurecido y se avecinaba una tormenta. Marta tardaba demasiado y si no se daban prisa el aguacero los cogería en aquel lugar.

Fue a por ella sin dudar. La encontró de espaldas y arrodillada ante una tumba. Lloraba desconsolada, pedía perdón en voz alta y Pablo pudo observar que aquella no era la tumba de Alberto Miller. Se acercó más a ella sin que notase su presencia y permaneció detrás, en silencio, preguntándose intrigado por quién se deshacía en lágrimas aferrada al ramo de rosas. Marta se inclinó hacia delante y Pablo logró leer la inscripción en la lápida de mármol. No había fechas ni apellidos, tan solo un nombre y una breve inscripción: "Mario. Siempre te amaré".

Pablo no entendía nada en esos momentos, se pasó la mano por el rostro para apartar el desconcierto que le provocó ver a Marta sobre la lápida de alguien a quien ni siquiera conocía. *Mario*, se repitió aterrado. ¿Quién era Mario y por qué estaba enterrado en el panteón familiar de los Miller? No obstante, lo más desconcertante era la voz que ella empleaba para dirigirse a él. Le desgarraba el alma escucharla y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no taparse los oídos y salir corriendo.

—Siempre te querré. Siempre —declaró Marta, ajena a los ojos que la observaban en absoluto silencio unos metros más atrás—. Daría mi vida porque no te hubieses marchado, pero estoy tranquila, mi cielo. Sé que allá arriba Alberto Miller cuida de ti.

Los ojos de Pablo se abrieron al escuchar el nombre que ella acababa de pronunciar. ¿Quién era Mario?, volvió a preguntarse con desesperación. Había algo en el dolor de Marta que le desgarraba las entrañas. No entendía qué pasaba allí.

Con dificultad, sin poder controlar el temblor de las rodillas, Marta se puso en pie y depositó las flores sobre la lápida de su pequeño. Jamás desaparecería el dolor, jamás desaparecería el recuerdo, pero le había prometido mil veces que continuaría adelante por él y mantendría la promesa. Se secó las lágrimas con un pañuelo y echó una última mirada al nombre de su hijo antes de darse la vuelta y toparse de frente con la mirada acusadora de Pablo.

La tormenta estalló sobre sus cabezas e hizo retumbar el cielo con un trueno aterrador que los sobrecogió a ambos. Sin embargo, el duelo entre ellos fue más poderoso y ninguno se movió del lugar donde continuaban anclados mientras se retaban en silencio.

—¿Qué... qué haces aquí? —titubeó Marta, que se aferraba al pañuelo de papel para controlar los nervios que sentía. Un fuerte nudo en la garganta la ahogaba.

Pablo, por el contrario, demostró el control que tenía sobre sus emociones y mantuvo el rostro impassible, aunque la mirada furibunda y el

temblor de manos, dentro de los bolsillos, lo delataban a ojos de cualquiera.

—¿Y tú, Marta? ¿Qué haces aquí? —No obtuvo respuesta. Ella se limitó a tragar con dificultad y retorcer el pañuelo de papel entre sus manos hasta romperlo. Dejó que un nuevo relámpago restallara en el cielo y esperó el trueno antes de preguntar lo que se moría por saber—. ¿Quién es Mario? —preguntó en un susurro muy pausado, para que ella entendiese cada palabra, mientras la acusaba con la mirada.

Escuchar el nombre de su bebé en labios de Pablo la hizo sollozar con fuerza, pero el momento de la verdad había llegado y ya no cabían las flaquezas ni las excusas. Se habían acabado los secretos. Tal vez en el pasado hubiera jurado que nunca sabría de ese hijo, que Mario sería solo suyo, pero Pablo ya no era el hombre que fue tiempo atrás y se había prometido ser sincera. Era algo que necesitaban superar los dos para continuar adelante.

—Es alguien muy importante en mi vida —declaró casi temblando.

—Debe serlo si está enterrado junto a tu padre —apostilló con los dientes apretados—. ¿Quién es Mario? —volvió a preguntar. Marta notó que la paciencia de Pablo estaba llegando al límite. Lo conocía bien, cuando ese leve tic aparecía en su mandíbula y permanecía en silencio nada bueno se avecinaba.

Tenía miedo. Marta tenía tanto miedo que bajó la cabeza y evitó cualquier contacto visual. De repente, Pablo creyó comprender la situación y apretó los puños dentro de los bolsillos del chaquetón. ¿Y si se había vuelto a casar? ¿Y si lo había amado más que a él?

—Mario es nuestro hijo —respondió al fin.

Pablo palideció y a punto estuvo de perder el sentido. Como si una bala le hubiese impactado en el centro del pecho se tambaleó y, abatido, dejó escapar el aire en un jadeo de incredulidad y terror. Jamás había notado semejante dolor en el corazón. Sentía que toda su familia lo había apuñalado sin piedad alguna. La presión amenazó con ahogarlo, el frío se le coló por el cuello del abrigo y le recorrió la espalda como un rayo; la mente dejó de funcionarle por unos segundos, incapaz de procesar la información que acababa de escuchar. Tenía un hijo, un hijo de Marta, un hijo al que no había conocido y al que no conocería jamás. Nunca hubiese imaginado aquello.

Lo observó dar un paso con inseguridad y luego otro. Se apartó cuando Pablo pasó por su lado y dejó que se acercase al mármol bajo el que descansaba su bebé. Sintió en la piel la caricia lenta con la que sus dedos recorrieron las letras grabadas, sintió la amargura que tragaba con cada

bocanada de aire que daba como si este no le llegase a los pulmones, sintió incluso el desgarró que se produjo en su corazón. Ella conocía bien los síntomas, todavía la despertaban en medio de la noche después de tanto tiempo.

—Me esperaba muchas cosas de ti, pero esto no, Marta. Esto no. —Fue un reproche cargado de resentimiento. La miraba con los ojos impregnados de dolor y decepción.

Otro golpe que soportar, el de la culpabilidad. Pablo tenía razón, no había sido justo para él, pero la vida les había puesto muchos obstáculos en el camino, el odio había sido el principal, y cuando una persona odia a otra hasta los límites que ella lo hizo, la sinceridad es lo último en lo que se piensa. Lo entendió cuando descubrió al hombre en que se había convertido y, con el transcurso de los días, el corazón roto de Marta había aprendido a perdonar todo aquello que tanto mal le hizo. Entonces llegaron los remordimientos, y ahora, la culpa.

—Nunca me sentí preparada para contártelo —dijo temblorosa y avergonzada mientras el llanto la acompañaba. No vio las lágrimas que se deslizaron por las mejillas de Pablo, ni la mueca de dolor que hizo al agachar la cabeza y contener el grito de rabia que le nacía de lo más profundo del pecho—. Nació sin vida. Fue... fue un parto muy complicado.

Escuchó el desgarrador sollozo de Pablo y alzó la mirada justo cuando él caía de rodillas, casi desplomado. El primer impulso fue ir con él y abrazarlo, darle el calor que necesitaba para superar el sentimiento de impotencia, pero se mantuvo alejada y dejó correr las lágrimas en silencio mientras Pablo se deshacía en un llanto estremecedor que resonó en todo el cementerio.

—¿Por qué no me dijiste nada? ¡Tenía derecho a saberlo! —voceó con gritos entrecortados que la sobresaltaron—. ¡Era mi hijo!

Ni ella sabía qué responder. Sus sentimientos y la forma de verlo todo en esos momentos era tan diferente a la de años atrás... ¿Qué iba a decirle? Lo había odiado tanto que prohibió a la familia hablar sobre lo ocurrido. Incluso Fernando, el hermano de ambos, creyó que callar era la mejor solución. Ahora se daba cuenta de que había sido injusta y que no había nada que disculpara siete años de silencio.

—¿Cómo has podido mirarme a la cara, corresponder a mis besos, compartir mi cama y sentir mis caricias, sabiendo lo que sabías? ¡¿Cómo, maldita sea?! —exclamó furioso. No podía mirarla, sentía náuseas de pensar

en todo lo que acababa de descubrir. Quería dejar de llorar para demostrarle cuánto odio había despertado en él pero era incapaz de ponerse en pie para enfrentarla—. ¿Mi hermano lo sabía?

Mientras esperaba la respuesta de ella rogaba porque Fernando no fuese partícipe en ese asunto.

—Sí —susurró tras cerrar los ojos y tragar con dificultad—. Pero no lo culpes a él. Le prohibí que te dijese nada. De una forma u otra lo hice escoger entre tú y yo. —No se sintió orgullosa al revelarle aquello.

—No os lo voy a perdonar nunca —siseó Pablo, haciendo acopio de todas su fuerzas para levantarse.

—Lo sé, y lo entiendo. Ahora lo entiendo.

—¿Lo entiendes?! —le gritó frente a frente—. ¡Era mi hijo también, Marta! ¡No lo puedes entender!

—¡Estaba destrozada por tu culpa, Pablo! ¡Te permití dejar tus huellas mi corazón, y donde las dejaste fue en mi alma rota! ¡Estaba muerta por dentro por tu culpa! —estalló ella por fin entre sonoros gritos que lo acusaban con una dura mirada. No era el mejor sitio para decidir quién había sufrido más, pero ya nada los iba a detener. El corazón le latía a una velocidad inusual, las yemas de los dedos estaban insensibles por el frío, el rostro bañado de lágrimas le encendió las mejillas y la bilis le subió a la garganta—. ¿Te puedes imaginar lo que supuso para mí saber que estaba embarazada del hombre al que odiaba más que a nada en el mundo en esos momentos? ¡No tienes ni idea! ¡Me destrozaste la vida! Hacía solo un par de meses que me había marchado. Era una mujer de diecinueve años engañada, divorciada y embarazada. ¡¿Qué pretendías?! ¿Crees que tenía fuerzas para sacarte de la cama de alguna de tus amantes para decirte que íbamos a tener un hijo? ¿Qué clase de padre iba a tener mi hijo? —le reprochó sin piedad.

—¡Han pasado siete años, joder! ¡Has tenido tiempo de sobra para decírmelo! —La encaró muy furioso.

—¿Y qué importaba ya?!

—¡Mucho! ¡Era mi hijo!

—Por aquella época de tu vida no eras un padre muy recomendable —le reprochó con dureza—. Después de lo sucedido ya nada importaba.

Por un segundo, recuperó la capacidad de pensar con coherencia, se dijo que no podía caer en el pasado de nuevo a pesar de que lazarle esos reproches en la cara era lo que siempre deseó para liberarse, aquello estaba superado, y tomó aire en profundidad para calmarse. Marta estaba demasiado alterada y

eso no era nada bueno para su salud. Pablo hizo amago de tocarla, pero ella retrocedió de inmediato rehuyendo de su cercanía.

—Sé que te hice mucho daño, que nunca he sido merecedor de una mujer como tú, Marta, pero no fue justo —dijo con suavidad al tratar de que no se alterase más. De pronto, hizo un cálculo rápido con la información que ella le había dado y recordó los retazos de una conversación que mantuvieron hacía años. Las piezas desordenadas de la historia que daban vueltas sin rumbo en su cabeza se alinearon y encajaron como un puzzle a la perfección. Cerró los ojos, destrozado, e intentó recuperar el control de la situación antes de hablar—. Diste a luz mientras yo estaba en el hospital medio moribundo, ¿no es eso?

—No podía ir a verte. No me importaba si te morías porque lo más valioso de mi vida se había marchado. Pero luego me di cuenta de que no era verdad —confesó. Estaba dispuesta a contarlo todo. No más secretos porque estos la estaban destrozando.

—¿Qué no era verdad? —Le exigió saber.

—Fernando le dijo a mi madre que te estabas muriendo. Yo lo escuché sin querer. Se marchó a Madrid porque creyó que no pasarías de aquella noche. Acababa de enterrar a mi hijo y tú, con todo lo que te odiaba, también te ibas. Entonces comprendí que sí me importabas, que no lo soportaría, que ya no había nada que hacer en el mundo si no tenía al lado a las dos personas que más quería. ¿Qué sentido tenía seguir viviendo?

—¿Qué me estás diciendo, Marta? —preguntó horrorizado. Lo que deducía de aquellas palabras era algo que ni siquiera podía pensar. Se acercó a ella hasta que la tomó con la mano del mentón y le levantó la cabeza. Estaba tan enamorado que ni el dolor que notaba en el pecho detenía el pulso frenético que ella despertaba con su cercanía—. ¿Qué pasó? Dímelo.

—Me tomé todas las pastillas; no sé cuántas había —recordó avergonzada con los ojos vidriosos—. Solo quería dormir y que se acabara el dolor para siempre. No podía soportarlo más. Miranda llegó a tiempo de salvarme. Mientras que tú te debatías entre la vida y la muerte yo también lo hacía.

La abrazó contra él con todas sus fuerzas mientras sufría las consecuencias de una revelación así. No podía imaginar la vida sin Marta, no después de saber cuánto lo amaba, y pensar que aquel día podía haber acabado todo lo enfurecía, lo estaba volviendo loco. Absorbió los estremecimientos de un llanto que se mezcló con el suyo propio y la rabia

volvió. La quería demasiado, pero se dijo que aprendería a hacerlo en la distancia. No podía soportar continuar destrozando la vida de la mujer que amaba.

Marta lo miró con desconcierto cuando Pablo la separó con brusquedad y le dio la espalda para regresar junto al nombre de Mario. La batalla de voluntades que ambos libraban era evidente y necesaria. Retrocedió unos pasos sin saber muy bien qué hacer y decidió que era el momento de marcharse. Ambos necesitaban estar solos y tiempo.

—Lo siento, Pablo. Créeme que lo siento.

Él no se volvió ante estas palabras ni al notar que se marchaba. Se quedó allí con la vista clavada en la tumba de su hijo mientras rogaba perdón en silencio con un corazón roto y desgarrado.

* * *

La puerta del despacho de Fernando se abrió con brusquedad y un Pablo de mandíbulas desencajadas se sujetó al marco de madera, respirando con dificultad. Estaba blanco, los ojos enrojecidos y muy mal aspecto.

El estado de trance en el que se encontraba le impidió avanzar. Fernando se puso en pie de inmediato y, alarmado, corrió en ayuda de su hermano.

—¿Qué ha sucedido? ¿Es Marta? —le preguntó mientras lo ayudaba a sentarse.

Pablo se lo quedó mirando con los ojos perdidos en él, destilando rabia y rencor.

—Me acabo de enterar de que tuve un hijo —le reprochó, casi escupiendo las palabras.

La cara de Fernando se cambió de inmediato. Parado frente a él, se metió las manos en los bolsillos de la bata, intranquilo, y se paseó por la consulta, preparándose para la gran tormenta que se avecinaba.

—¿Cómo te has enterado? —preguntó ante el silencio que se hizo entre ambos.

—¿Qué importa ya? —Ante la mirada inquisidora de su hermano se lo reveló—: Me lo dijo Marta.

El bufido que emitió Fernando dejaba claro cuánto le incomodaba tratar el tema. Lo siguió con la mirada cuando apoyó el peso del cuerpo sobre la mesa, a poca distancia de Pablo, y lo vio debatirse con sus propios

pensamientos para ver de qué manera era mejor abordar las explicaciones que sabía que le debía.

—Sé que no fue justo, y lo lamento. Me extraña que no me hayas partido la cara nada más verme —declaró al ver la mirada asesina de su hermano.

Pablo se puso en pie haciendo un tremendo esfuerzo. Estaba tan derrotado que dejarse vencer y llorar como un niño pequeño era la mejor que idea que había tenido en mucho tiempo, pero él no era así. Pablo Balaguer había sido un luchador toda la vida y no se detendría jamás. Dio un par de pasos hacia Fernando y lo miró directamente a los ojos.

—Y a mí me extraña que no me la hayas partido tú hace tiempo. Me extraña que aún sigas considerándome tu hermano. —Fernando lo miró desconcertado por sus palabras. No las esperaba—. Le destrocé por completo la vida a tu hermana. Un marido conflictivo, una traición, un divorcio, un hijo muerto y años de psicólogos. Debes quererme mucho para soportarme a tu lado —le dijo con un nudo en la garganta y los ojos cargados de lágrimas.

Un gran estremecimiento recorrió el cuerpo de Fernando que tragó con dificultad. Nunca había visto así a Pablo. Era un hombre orgulloso, de los que nunca se doblegan ni se hunden, sin embargo en esos momentos estaba hecho añicos. Lo estrechó con fuerza entre los brazos y sintió con pena el momento en que Pablo rompió a llorar como un niño pequeño, con un llanto desgarrado de dolor e impotencia. Jamás se perdonaría por todo lo que pasó Marta.

—No hiciste las cosas bien, pero eres mi hermano, igual que ella, y os quiero. Siempre traté de hacer lo más justo, pero no podía traicionar a Marta después de lo que pasó. Espero que lo comprendas.

—Gracias por todo lo que me has brindado siempre. Te quiero hermano, creo que no te lo he dicho nunca.

Con estas palabras logró que un duro Fernando se rompiese y ambos terminasen llorando abrazados.

—Si mi hijo hubiese nacido vivo... ¿Me lo habrías dicho alguna vez?
—Necesitaba saberlo.

—Si tu hijo hubiese nacido vivo, yo mismo te lo hubiera dicho llegado el momento sin importarme traicionar la voluntad de Marta. Comprenderás que con la vida que llevabas no eras el mejor ejemplo para un niño. Si te sirve de consuelo, siempre confié en que te reformases.

A pesar de lo avergonzado que se sentía y del abatimiento que lo embargaba, notó la paz que transmitían las palabras de su hermano y perdió

parte de la tensión que cargaba en los hombros. Había hecho sufrir mucho a las personas que más quería pero pondría remedio a cada herida, aunque eso le llevara el resto de sus días.

—Perdóname por todo —le rogó—. No quiero ni imaginar lo que supuso todo esto para ti y para tu matrimonio. Ahora comprendo más que nunca que Miranda jamás me perdonase.

—Yo sentía que me partía por la mitad, los dos erais mis hermanos.

—Necesito saber por qué el niño nació muerto. Marta no me lo dijo y mucho me temo que ni ella misma sepa la verdad.

—El niño venía con problemas de corazón. Nunca se lo dijimos a Marta. A ella le dijimos que fue un problema con el cordón umbilical, que lo llevaba demasiado enrollado en el cuello y el bebé se asfixió.

—¿Lo heredó de Marta? —Se preocupó. Era una posibilidad ante su enfermedad.

—Mañana te enviaré el informe completo, tienes derecho a leerlo, pero no se lo digas a ella. Miranda y yo consideramos no decirle la verdad para que no tuviese miedo a tener más hijos en un futuro. Existe una posibilidad de que vuelva a suceder pero no tiene por qué ser así.

—Lo comprendo, hicisteis bien.

—¿Y Marta? ¿Cómo está? —preguntó Fernando, a sabiendas de que revelarles esto a Pablo la debía haber dejado bastante afectada.

—No lo sé. Cada cual necesitaba refugiarse a solas en su propio dolor —respondió. La dejó ir, no quiso salir tras ella. Necesitaba un tiempo a solas con Mario para asimilar lo que había sucedido. Después de unas horas sentado delante de la tumba de su hijo pensó en llamarla, en ir a buscarla, pero no sabía qué hacer y fue directamente a la clínica.

—Voy a llamar a Miranda para que compruebe que está bien. —De inmediato se dirigió al teléfono y marcó la extensión de su mujer.

La llamada fue escueta y sin muchos detalles. Luego se centró de nuevo en su hermano, hundido delante de él. Por primera vez sintió pena por Pablo.

—Vamos a tomar algo, creo que lo necesitas —le propuso Fernando.

—Que sea algo fuerte —aceptó de inmediato.

Fueron al *Seven*, se sentaron en un lugar apartado del resto de las personas que se encontraban en el local y, cuando Thiago se acercó para preguntarles qué les ponía, reparó en la cara de su amigo.

—Vaya careto. ¿Quién ha muerto?

El desafortunado comentario hizo que Pablo lo mirase con los ojos

encendidos y Fernando tuvo que sostenerlo por el antebrazo para que no lo encarase.

—Mi hijo. Hace siete años. Tráeme un whisky solo con hielo y no hagas más preguntas.

Fernando asintió tranquilizando a Thiago ante su mirada desencajada.

—A mi tráeme un café solo.

Thiago se retiró de inmediato impresionado por lo que su amigo acababa de revelar.

—Tómame todo esto con calma, poco a poco lo asimilarás —le aconsejó Fernando. Thiago había dejado las bebidas sobre la mesa sin apenas mirarlos y Pablo se había tomado medio whisky de un solo trago.

—Vosotros habéis tenido siete años para asumirlo. Me llevará algún tiempo, aunque dudo que algún día deje de sentir el remordimiento que siento en estos momentos. Jamás me perdonaré muchas cosas.

Con la mirada perdida en los hielos del vaso se tomó el resto de lo que quedaba y miró al vacío con los ojos ensombrecidos.

—Tú no tuviste la culpa de que el niño naciese muerto. Sé que Marta siempre te culpó de eso, pero era su forma de aferrarse a algo. Ella te quería por encima de cualquier cosa, así que te puedes hacer una idea lo que supuso un divorcio a los nueve meses de vuestra boda, saberse embarazada y el bebé nacer muerto. Intentó... suicidarse, Pablo —terminó confesándole al borde de las lágrimas.

—Lo sé. También me lo contó. —Tragó saliva con dificultad para aflojar el nudo que se le había vuelto a formar en la garganta y cuando estuvo seguro de poder hablar sin romper a llorar, le contó a su hermano lo que sentía después de todo—. No puedo odiarla. La quiero demasiado, ¿sabes? Cuando la escuché decir que era nuestro hijo tuve ganas de hacerle daño, no quería ni verla, pero Marta siempre tendrá el don de colarse en mi corazón y ablandarlo. Pude sentir en pocos minutos todo el dolor que experimentó ella en años. Ha pasado por mucho y se ha hecho fuerte sin saberlo, por eso la amo más si cabe. No la merezco, nunca la merecí.

—No te flageles más, anda —lo interrumpió antes de que se viniera debajo de nuevo—. Han pasado muchos años, ella lo ha superado y por fin ha dejado de verte como el culpable de todo lo que sucedió en su vida. Ha entendido que a veces las relaciones salen bien y otras no, como fue vuestro caso ¿Ahora comprendes mi reacción al enterarme de que andabas con Marta de nuevo? No quiero que vuelva a pasar por lo que ya pasó, ni tú tampoco.

—No tienes de qué preocuparte —declaró solemne. Luego se puso en pie con una mueca de dolor, extrajo un billete del bolsillo y lo dejó sobre la mesa—. Me voy a casa.

—Yo te llevo.

Fernando siempre sería su hermano mayor, su protector. Entendía que necesitaba estar solo, pero él también necesitaba estar tranquilo de que llegaba bien a casa.

Miranda y Lorena encontraron a Marta en el cuarto de juegos que aún conservaba la casa familiar. Era su rincón preferido, al que acudía cuando se sentía mal o cuando necesitaba pensar en soledad.

La llamada de Fernando había puesto sobre aviso a Miranda. Iba a necesitar ayuda para afrontar la situación y nadie mejor que su madre para echarle una mano, como tantas otras veces.

Les costó muy poco consolarla mientras lloraba, tumbada en la alfombra infantil, abrazada a su peluche de pequeña. Era una vieja herida la que sangraba y sabían cómo frenarla. Poco a poco, Marta fue contándoles lo que había pasado, liberando la culpa pero también sus sentimientos hacia Pablo.

—Me tengo que ir, debo recoger a Alberto del instituto —les dijo Miranda observando la hora de su reloj de muñeca—. ¿Estás bien, Marta?

Le daba miedo marcharse y dejarla sola. Se quedaba con Lorena, pero ella no era médica y Marta no pasaba por buenos momentos. En cualquier instante podría sufrir una crisis debido a las alteraciones de su corazón en ese día.

—Sí, estoy bien. —Marta se incorporó del sofá en el que estaba echada y trató de recomponer su mal aspecto para que Miranda se marchase más tranquila.

—Descansa, y sabes que puedes contar conmigo y con Fernando para lo que sea. Luego paso a verte —le prometió tras darle un beso y un abrazo.

Lorena la obligó a comer antes de que se retirase a su dormitorio a descansar. No tenía apetito, estaba más cansada que nunca, pero no rechistó cuando le puso el plato de sopa delante. Lo agradeció de inmediato, pues el calor y el cariño de la comida casera le dio fuerzas para realizar la llamada que deseaba hacer desde que Miranda le dijera que Pablo estuvo con Fernando. Necesitaba saber de él.

—¿Cómo está? —le preguntó con insistencia a su hermano nada más

oír su voz.

—Desconcertado, pero está bien. Estuvimos hablando y luego lo dejé en su casa. Creo que necesita digerir la noticia a solas, le llevará su tiempo.

—Supongo que te habrá echado en cara que no le dijese nada. No quiero que os peleéis.

—No nos hemos peleado, tranquila. Pablo es otro hombre en todos los sentidos. Yo también me he sorprendido. Descansa y luego paso a verte, creo que necesitas uno de esos abrazos que solo tu hermano sabe darte.

Esto hizo que en los labios de Marta apareciese una leve sonrisa.

—Gracias por estar siempre ahí, hermanito.

—No me des las gracias. Te quiero, Marta. Sabes que haría cualquier cosa por ti. —Lo sabía. Siempre había velado por ella—. ¿Estás bien?

—He estado peor otras veces, pasará. —Se hizo un silencio entre ambos en el que ella esperó que Fernando le dijese lo que no se atrevía a preguntar—. Me odia, ¿verdad? —No quería colgar y quedarse con la duda.

—No se puede odiar cuando el amor es más fuerte y creo que eso tú lo sabes bien. Está dolido, le costará reponerse, pero lo hará porque es un luchador.

Hacía más de una semana que Marta vivía con la preocupación a cuestas de no saber qué era de Pablo. Desde el día del cementerio no lo había vuelto a ver ni él se molestó en contestarle ni responderle a las mil llamadas y otros tantos mensajes que le dejó. Comprendía que necesitara tiempo para asimilar lo de Mario, pero cuando Fernando le dijo que Pablo había pedido unas vacaciones indefinidas en la clínica, Marta no pudo dejar de preocuparse por él. A todas horas tenía la constante incertidumbre de dónde estaría y cómo se encontraría, pero sobre todo la carcomía por dentro con quién estaría.

Durante esa semana, Fernando tampoco tuvo noticias de él. Siempre que lo llamaba al móvil le informaba que estaba apagado. Sin embargo, la llamada de su madre, Ana, hacía dos días, lo había dejado más tranquilo. Ella le confirmó que Pablo había ido a visitarla.

Tras pasar otra semana más sin tener noticias de Pablo y ante las constantes preguntas de Marta, Fernando terminó diciéndole que se encontraba en Punta Umbría, en casa de su madre. Salía a dar largos paseos por la playa y se pasaba el día pensativo sin apenas hablar con nadie, Ana estaba preocupada y Fernando le quitó hierro al asunto diciéndole que estaba muy estresado debido a todo el trabajo que tuvo el último mes en la clínica. Comprendía a su hermano mejor que nadie, y sabía que el malestar que sopesaba pasaría, ya que él mismo pasó por una situación similar años atrás.

A pesar de que barajó en más de una ocasión hacer la maleta e ir en busca de Pablo, Marta no lo hizo. Entendió que en esos momentos él necesitase estar solo y, por otro lado, le aterraba el rechazo y los reproches que le pudiese hacer. Se decía a sí misma que nunca más volvería a mirarla con amor, en su mente estaba el recuerdo constante de aquellos ojos cargados de odio que le dedicó en el cementerio. En el fondo de su ser sabía que ahora sí había terminado todo con Pablo y esta vez era para siempre. Estaba segura que él no querría verla nunca más, aunque Marta necesitaba una última conversación que estaba dispuesta a mantener tarde o temprano.

Refugiada en el calor de su habitación, tumbada en la cama, con una

manta sobre las piernas y un libro entre las manos, Marta se sentía tranquila y en paz tras dos semanas pensando qué hacer con su vida. Después de aceptar el trabajo que Miranda le propuso en el departamento de recurso humanos de Miller, sentía que su vida estaba menos vacía. Había decidido quedarse en Barcelona hasta que su corazón mejorase del todo, incluso Amaia, su socia del bufete, aplaudió la decisión cuando hablaron por teléfono.

Sumida en estos pensamientos sobre su nueva vida, en la cual deseaba ser completamente feliz y pondría todo de ella para conseguirlo, advirtió que llamaban a la puerta con suavidad, casi con miedo.

—Adelante —dijo Marta tras hacer a un lado el libro que permanecía en su regazo, abierto por la misma página desde hacía un rato.

La puerta se abrió con lentitud y Pablo se quedó parado justo en el marco, como esperando su permiso para pasar mientras la miraba a los ojos con intensidad.

El corazón de Marta comenzó a palpar más rápido de lo normal, no podía moverse, no podía casi ni respirar. Quiso llevarse las manos a los ojos para frotarlos y hacer desaparecer la alucinación que estaba presenciando, pero no pudo ni pestañear. Era la última persona que hubiese imaginado que apareciese detrás de esa puerta. Advirtió el aspecto cansado que tenía, paseó la mirada por su cuerpo y lo notó más delgado. Volvió a mirarlo a los ojos y sintió que se le hacía un agujero en el pecho. Nerviosa, retorció el extremo de la manta con la que tapaba sus piernas sin saber qué decir. Un nudo le subió del estómago a la garganta que la dejó sin habla.

Ahí estaba ella, tan guapa como siempre a pesar de la sombra que entristecía su mirada. Se notaba que también había sufrido en los últimos días. Pudo sentir el temblor que recorrió el cuerpo de Marta al tenerlo frente a ella, estaba claro que no lo esperaba. Sin dejar de mirarla a los ojos en silencio se reprochó haber pensado en odiarla. Él no era de piedra, esa mujer conseguía que se le acelerase el corazón cuando la tenía cerca. No podía guardarle resentimientos por lo de Mario, no cuando él había sido el causante de tanto sufrimiento en su vida. Siempre amaría a Marta Miller, aunque hacerlo doliese tanto como en esos momentos.

Marta tomó aire cuando una angustia sobrevenida se apoderó de ella y ya no pudo más. Se aclaró la garganta y, sin saber por dónde empezar, le preguntó lo primero que se le pasó por la mente.

—¿Has atado a mi madre para poder subir hasta aquí?

Lorena se encontraba en el salón y si Pablo había subido hasta ahí tenía

que haber pasado delante de ella.

Pablo le hizo una mueca sin llegar a mostrarle una sonrisa, pero la expresión de sus ojos se suavizó al tiempo que daba un par de pasos para acercarse a Marta.

—Hemos estado hablando. Es una persona justa y comprensiva. No se ha opuesto a que subiese a verte.

El corazón de Marta palpitaba con fuerza ante el avance de Pablo. Cada vez lo tenía más cerca y podía percibir con claridad el dolor que llevaba pintado en el rostro. Lejos del hombre seguro que siempre aparentaba, se encontraba un hombre arrepentido y roto. Verlo así la desconcertó.

Se sentó en la cama muy cerca de ella y dejó que dos lágrimas cayeran por las mejillas mientras la observaba en silencio sin poder articular palabra. Sentía que la garganta le ardía, que era imposible recuperar la compostura, pero las emociones se apoderaban de él al mismo ritmo que se aceleraba la respiración de Marta y sus ojos se humedecían.

Lo único que deseaba Marta en esos momentos era abrazarlo y consolarlo. Pero algo en su interior la paralizaba a estrecharlo en sus brazos como un niño pequeño. Nunca lo vio tan hundido como en esos instantes. Esperaba a que él diese el primer paso, saber con qué intenciones había llegado hasta ella. Dudaba si venía en busca de explicaciones. En esos momentos, Pablo resultaba un enigma difícil de descifrar.

—Llevo semanas pensando y meditando todo lo que te diría y ahora no me salen las palabras —le dijo Pablo tras hacer grandes esfuerzos para expresarse con claridad—. Perdóname por todo el daño que te causé —le rogó con el mayor de los arrepentimientos—. No me alcanzará la vida para enmendar mis errores ni superar este dolor que me parte el corazón.

No pudo soportarlo más. Era todo cuanto necesitaba escuchar. Se lanzó a los brazos de Pablo y sollozó de pena. En esos momentos eran dos almas rotas necesitadas de consuelo. Él se aferró a ella como a un salvavidas en medio del océano. Ambos lloraron abrazados hasta que no les quedaron más lágrimas dentro. Era el punto y final a una historia en la que los dos habían sufrido demasiado. En esos instantes se estaban reconciliando con el pasado, trataban de pasar página y superar el dolor tan grande que les supuso perder a ese hijo en común.

Sentirlo tan cerca, escucharlo llorar y notar las atentas caricias que le daba hicieron que Marta se alterase más de lo normal y consiguiese asustar a Pablo, que lo advirtió enseguida.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó apartándose de su lado y mirándola con verdadera preocupación.

Ella asintió y le sonrió con los ojos rojos y las mejillas sonrosadas.

—Me preocupas mucho.

—Estoy bien, de verdad. —Marta lo tranquilizó.

En un gesto inesperado, se inclinó hacia Marta y le dio un beso en la mejilla, fue algo que le salió sin más y se sorprendió tras hacerlo.

—Quiero que hablemos con calma, cuando estés preparada —le dijo de forma paciente con una mano de ella entre las suyas—. Sin presiones —le aclaró para tranquilizarla, sentía que aún temblaba—. Solo he venido a decírtelo. Esperaré el tiempo que sea necesario a que decidas en qué momento hacerlo, cuando lo consideres oportuno ahí estaré esperándote.

Ese Pablo sincero y comprensivo logró conmoverla más aún.

—Podemos hablar cuando tú quieras, me hago una idea lo que debe haber supuesto para ti dar el paso de venir a esta casa. —Enfrentarse a Lorena nunca había sido plato de buen gusto y menos cuando las circunstancias eran tan especiales entre ellos. Su madre era una persona muy buena, pero cuando le tocaban a su familia se volvía una completa fiera. Con Pablo fue implacable en el proceso de divorcio.

—Creo que terminaremos como amigos, hemos hablado mucho —le reveló con media sonrisa al recordar la larga conversación mantenida con su ex suegra minutos antes.

—Ahora eres una persona responsable. Miranda te ha aceptado en la clínica y supongo que eso cuenta mucho para mi madre. Has ganado puntos con ella aunque aún estés lejos del aprobado.

—De pequeño me quiso mucho. Aún recuerdo cuando venía a pasar algunos días por vacaciones y en vez de quedarme en casa de mi hermano pasaba el mayor tiempo en esta casa —recordó con añoranza—. Espero que todo ese amor no haya muerto del todo.

—Mi madre es incapaz de odiar a nadie. Ya sabes que no lo hizo ni con mi tía Diana cuando trató de matarme.

Pablo asintió recordando aquel suceso. Pensar que podía haber muerto a manos de aquella loca le puso la piel de gallina. Sucedió hacía mucho tiempo, apenas tenían nueve años, pero por aquellos entonces ya estaba enamorado de Marta.

—Comencemos por el principio, ¿vale? —la instó Pablo con una mirada paciente y una de las manos de Marta entre las suyas—. Cuando nos

fuimos a vivir juntos no soportaba vivir de ti. Era tu casa, tú pagas las facturas, hasta mi matrícula de la universidad. Empecé a sentir vergüenza de mí mismo y la única manera de encontrarme bien era junto a mis amigos, gastándome el dinero que me enviaban mis padres. El ambiente de la noche de Madrid me captó por completo. Comenzó a gustarme demasiado beber y llegar de madrugada a casa mientras tú me esperabas . Fui un egoísta y no supe verlo, solo pensé en mí sin ser consciente de lo que descuidaba. Luego ya sabes lo que vino, drogas y demás.

—Y mujeres —susurró Marta sin acritud. Todavía se le revolvía el estómago al pensar en aquella época de su vida con Pablo.

—Esas tías no significaron nada, solo fue sexo fácil —le reveló con los ojos clavados en los de ella—. Yo era un pardillo que me dejé embaucar por sus cuerpos y experiencia. Me cargué nuestro matrimonio, soy consciente de eso y he vivido con la culpa. Me aguantaste demasiado. No sabes cómo me arrepiento, y no solo ahora porque conozca un poco más de todo lo que pasaste. Me arrepentí el mismo día que firmé los papeles de nuestro divorcio y fui consciente de que te había perdido para siempre.

Era la clase de conversación que siempre deseó tener con Pablo, escucharlo decir todo aquello con la sinceridad que sus ojos revelaban.

—Creo que tomé conciencia definitivamente en lo que se estaba convirtiendo mi vida cuando tuve ese accidente en el que casi perdí la vida y mi compañero murió —continuó Pablo—. Cuando me recuperé, mi hermano me ofreció su apoyo y lo agarré sin pensármelo. Quería convertirme en alguien mejor y sabía que sin la ayuda de Fernando no lo conseguiría. Decidí cambiar de estudios y comenzar medicina. Fue él quien me propuso ir a Estados Unidos, me guio desde la distancia y soy el hombre que soy gracias que nunca perdió la fe en mi.

—¿Por qué elegiste la especialidad de cardiología? —Marta necesitaba saber aquello, era algo que no le había preguntado hasta ahora y sentirlo tan abierto y dispuesto a contarle todo lo que fue su vida la envalentonó.

—Por ti, ¿por qué si no? Era como reparar parte lo que hice mal contigo —confesó bajando la cabeza, incapaz de decírselo a los ojos.

—¿Eres feliz como médico?

—Me considero bueno en mi trabajo y tengo un nivel económico más que aceptable. Puede decirse que no me siento un desgraciado como en otras épocas de mi vida aunque otros aspectos estén completamente vacíos. —Se refería a ella, por supuesto. Aún no sabía si de todas aquellas palabras saldría

algo bueno o solo estaban sincerándose a modo de despedida. El corazón le decía que el fuego entre ambos nunca se apagaría, pero quizás sus corazones estuviesen demasiado dañados como para recomponerlos.

—Creo que es mi turno —resolvió Marta tras un breve silencio—. Aunque ciertas partes ya las conoces, comencemos de nuevo y cerremos este capítulo de nuestras vidas de una vez por todas.

—Marta, me horroriza pensar que trataste de suicidarte. Me siento tan culpable... Desde que lo sé tengo pesadillas con eso.

Marta le tomó la cara entre sus manos para que la mirase.

—Deja de pensar en eso, por favor.

—Me culpaste de la muerte de nuestro hijo durante años. —No pudo acallar el reproche y ella asintió avergonzada.

—Durante años, sí. El psicólogo me decía que necesitaba un culpable para superar mi dolor, y mi mente te veía como responsable de toda mi desgracia. Yo era feliz contigo, siempre lo fuimos y en mi cabeza había un proyecto de futuro; una vida juntos y felices. Un cuento de hadas que nunca se realizó. Se desvirtuó tanto que mi mente terminó por culparte de todo, eras tú quién arruinó esa felicidad sumiéndome en el dolor más profundo. Perdí al amor de mi vida y a mi hijo en poco tiempo, en menos de un año fui una persona casada, divorciada, embarazada y madre soltera. Mi mente se bloqueó de tal forma... Nada tenía interés ni sentido en mi vida.

—Lo siento, lo siento tanto.

—Me ha costado superarlo, pero desde que sabes lo de Mario me siento mejor conmigo misma. Es como si hubiese cerrado por completo la historia para empezar otra muy alejada de la anterior. No sé si me entiendes.

Pablo asintió, la entendía a la perfección ya que él se sentía de la misma forma. Había dejado el pasado atrás, eran dos personas completamente diferentes.

—El día de la comunión de Alberto, cuando nos acostamos —él paseó la mirada por aquella cama donde sucedió—, te rogué que me explicases por qué no estuviste a mi lado cuando me estaba muriendo. Pensé que Mario era un hombre, que te habías enamorado de otro, y sentí celos. Celos de mi propio hijo.

—Esa noche iba a contarte la verdad, pero tú te pusiste como un loco y decidí que era mejor dejarlo todo como estaba —murmuró apenada. Una vez más se arrepentía del pasado—. Ahora está todo dicho entre nosotros.

—No, no está todo dicho —declaró Pablo con intensidad—. Te amo, Marta, y nunca dejaré de hacerlo. Eres la mujer de mi vida. En estos momentos me muero por besarte, abrazarte y refugiarme en ti, sentirte mía, aunque no lo haré a menos que me lo pidas. Ahora ya sí está todo dicho por mi parte. —Sentenció.

Hizo una pausa en la que la desafió a que ella expusiese sus sentimientos. Esperó con el corazón en un puño a que dijese algo. Necesitaba oír sus palabras, ansiaba que le dijese que lo amaba y no deseaba que se volvieran a separar. Pero lejos de esto, el silencio se extendió entre ellos. El suspiro que emitió Marta y su mirada nublada le dijo cuanto necesitaba saber.

—Adiós, Marta —le dijo al levantarse de su lado.

Paralizada y asimilando todo lo que Pablo acababa de decirle Marta no se movió de donde se encontraba. Lo miraba con los ojos vidriosos y un nudo en la garganta. Un yo interior le gritaba que no le dejase marchar así, pero era incapaz de articular palabra. Lo vio abrir la puerta a cámara lenta y cerrar de nuevo. La habitación se sintió vacía sin él, en su corazón palpitó una sensación de pérdida que le causó un gran dolor. Se había marchado y ella fue incapaz de detenerlo, se moría por confesarle que lo amaba de la misma forma que él a ella, pero sus miedos no la dejaron reaccionar como su corazón le gritaba. Las lágrimas volvieron a brotar con fuerza, se estremeció y se sintió una completa desgraciada que volvía a sufrir por Pablo.

De repente, la cordura acudió a ella y se disipó toda esa espesa neblina que la cegaba. Lo amaba y estaba dispuesta a ser feliz. De dos manotazos se apartó las lágrimas que bañaban su rostro y se dijo en voz alta: *¡Lo quieres! ¡Ve y lucha por él!*

Bajó agitada y corriendo las escaleras, pero solo encontró a Lorena en el salón en compañía de su perrita. Con los ojos muy abiertos y una gran sensación de pérdida instalada en el pecho, se preguntó: ¿Cuánto tiempo había tardado en decidir que no podía dejarlo ir?

—Se ha marchado hace un rato. —La voz de su madre la sacó de sus pensamientos. Con lágrimas en los ojos fue hasta ella y se sentó a su lado—. Lo sigues amando, ¿verdad? —Marta asintió de inmediato. Se habían acabado las mentiras, había llegado la hora de reconocer sus sentimientos delante del mundo entero—. Cariño, cuando un hombre tiene el don de dejar una profunda huella en nuestro corazón, esta no se borra nunca. Creo que ya has aprendido la lección. ¿Por qué has dejado que se vaya?

—No lo sé...

—Ay, Marta —suspiró mientras la acunaba en su pecho—. Deja de darle vueltas a todo y escucha a tu corazón. El tiempo ha sido tu consejero más sabio.

—¿Qué quieres decir con eso? —sollozó abrazada más fuerte a Lorena. Su madre le mesaba el cabello con una expresión de alivio y felicidad.

—Durante años has sido esclava de tu pasado, es hora de que seas la arquitecta de tu futuro, Marta.

Se incorporó mientras se limpiaba las lágrimas con la manga del chaleco, le dio un abrazo que sorprendió a Lorena por la efusividad del mismo y salió corriendo escaleras arriba.

El sonido del timbre sacó a Pablo de sus pensamientos mientras estaba tumbado en la cama. No tenía ganas de ver a nadie, pero ante la insistencia de quien estuviese al otro lado de la puerta, que llamaba como si el dedo se le hubiese quedado pegado al timbre, se levantó cabreado y abrió con energía.

—¿Qué?! —gritó de mala leche sin reparar siquiera en quién era.

Cuando vio a Marta frente a él, se quedó impactado y retrocedió como si le hubiesen pegado un tiro. Era la última persona que esperaba.

Ella le sonrió y entró con paso seguro sin ser invitada.

La mirada de Pablo se clavó en el vestido tan sexy y poco apropiado que llevaba, en color negro y con transparencias en la espalda y los costados.

—Que no estaba todo dicho entre nosotros —le recriminó ella con las manos en jarra sobre la cintura, encarándolo.

—¿Ah, no? ¿Qué faltó? —preguntó incrédulo. Cerró la puerta de un sonoro golpe y se llevó las manos a la cabeza. No tenía ganas de un nuevo enfrentamiento, ni de palabras hirientes, ni de lágrimas. Estaba de un humor de perros.

Lo ojos de Marta lo observaron, descalzo, con unos pantalones negros de chándal y una simple camiseta blanca mal colocada. Se dijo que estaba arrebatador y le dieron ganas de lanzarse a sus brazos y devorarle la boca. Llevaba más de dos semanas sin besarlo ni sentirlo y lo necesitaba como una droga.

—Salió en la prensa hace unas semanas que eres mi ex marido. Ahora todo el mundo sabe lo que tuvimos —le reprochó mostrándose molesta.

—Lo siento, fue mi culpa. Se lo comenté a alguien en quien creí confiar y él utilizó la información sin mi permiso.

No le importaba que montase en cólera por eso, no pensaba ocultarle nada más. Sin embargo, algo en su expresión le dijo que no estaba tan cabreada como parecía. Captó una leve sonrisa que eliminó de los labios de inmediato.

—¿Algo más que reprocharme? —le preguntó con calma al pasearse alrededor de ella.

—Sí, hay algo más que tengo que reprocharte.

—Dispara, te aseguro que a estas alturas puedo con lo que sea —la instó, abatido, sin importarle comenzar una nueva batalla de acusaciones.

—¿Qué me hiciste para que nunca dejara de amarte? —le reprochó con la dulzura más exquisita—. Te quiero, Pablo Balaguer. Te amaba con todos tus defectos, pero resulta que ahora eres un hombre mucho mejor, que me mira con unos ojos que hacen que el corazón se me desboque, ese cuerpo perfecto que emana atractivo y sensualidad por los cuatro costados me pone cardiaca cuando te miro. Te amo. Mi corazón es tuyo por completo, jamás se lo entregué a nadie más porque me lo robaste y dudo que algún día me lo devuelvas. —Las manos le temblaban y tuvo que cogérselas para tratar de calmarse, los fuertes latidos del corazón le rezumbaban en los oídos esperando que él dijese algo.

Pablo sintió que le estallaba el pecho de la emoción al escucharla. Por fin esos labios pronunciaban lo que tanto ansió durante años volver a oír. Fue hasta ella en dos zancadas, la tomó por la cintura en un arrebató y la besó con todo el amor que sentía por esa mujer que lo acababa de devolver a la vida.

—¿Así que la pongo cardiaca, eh señorita Miller? —le dijo eufórico, dando vueltas con ella sobre sí mismo entre sonoros besos.

—Totalmente, doctor Balaguer —le confesó con una maravillosa sonrisa. No podía dejar de tocarlo, de pasar las manos por la mejillas mientras todo a su alrededor dejaba de importar—. Y he de confesarle que ahora mucho más que años atrás, usted ha mejorado como el buen vino. Me pongo en tus manos para el resto de mi vida.

—Estás en las mejores manos, mi amor.

—No me dejes ir nunca —le suplicó con una mirada llena de amor. Marta aún temblaba por dentro.

—Te ataría a mí de nuevo si me lo permitieses. No quiero a otra mujer en mi cama ni en mi vida, solo a ti.

La besó de nuevo y se perdió en ella. La llevó hasta la cama en brazos y allí hicieron el amor con más pasión que nunca, con la seguridad de que no quedaba nada que volviera a empañar la felicidad que acababa de nacer entre ellos.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Pablo reteniéndola en sus brazos en la cama cuando su respiración se calmó.

—Feliz, enamorada, ilusionada... Como hacía mucho que no me sentía. Es un sueño estar de nuevo así los dos.

—Te amo con todo mi ser. Te quiero en mi vida hasta el fin de mis días. Quiero que lo tengas claro, nunca he ido más en serio en una relación como voy contigo en estos momentos.

—¿Qué implica ir en serio?

—Ser una pareja normal y corriente ante los demás, quiero te vengas a vivir conmigo, que vuelvas a ser mi mujer en todos los sentidos de la palabra y formemos una familia. —Él la observó y vio que se quedaba pensativa. Era mucho más de lo que ella esperaba—. Tranquila, iremos al paso que tú desees caminar. Tú lo marcas y yo te sigo. Pero siempre juntos y de la mano de ahora en adelante.

Acalló su intento de réplica con un beso y supo que era suya para siempre.

—Vuelve a decirme que me amas —le rogó entre besos.

—Te amo, te amo, te amo. Soy tuya, nunca dejé de serlo.

Días después la relación de Marta y Pablo salió a la luz para todos, hasta la prensa confirmó que Marta Miller había vuelto con su ex marido tras años divorciados.

* * *

Pocas cosas ponían de los nervios a Miranda Miller, pero la llamada que recibió esa mañana lo consiguió. De inmediato, llamó a su marido y lo sacó de una reunión importante en la que se encontraba.

Nada más atravesar la puerta del despacho, Fernando se encontró con la cara de su mujer sumida en la preocupación. Se paseaba nerviosa como un animal acorralado. Fernando la observó revolverse el pelo de un lado a otro, estaba pensativa, y cuando su mujer mostraba ese semblante algo malo ocurría. Él le hizo notar que había entrado y Miranda no esperó a que su marido le llegase a preguntar qué ocurría.

—Es Diana. Me acaba de informar nuestro abogado que mañana sale de la cárcel. Ha tenido un comportamiento ejemplar en los últimos años y le han concedido la libertad condicional. Al parecer está rehabilitada para la justicia. ¡De verdad que no entiendo nada! Le cayeron más de veinte años de prisión por diferentes delitos y ha cumplido menos de quince.

—Tranquilízate, Miranda. —Fernando fue hasta ella la tomó por los brazos e hizo que lo mirara—. No creo que Diana suponga un peligro para

nosotros a estas alturas. Es una mujer de casi sesenta años.

—Las personas como Diana no cambian. Tengo miedo por Alberto y Marta —le dijo casi temblando.

—No creo que intente nada.

—Esa mujer nos odia. Tarde o temprano intentará acercarse a alguno de nosotros, y te aseguro que no será para nada bueno. Vamos a contratar seguridad privada que nos proteja.

—¿No estás exagerando un poco? —la miraba confundido al tratar de entender ese miedo irracional.

—¡No! Avisa de esto a tu hermano, que no pierda de vista a Marta —le gritó para hacerlo reaccionar. La tranquilidad con la que su marido se tomaba el asunto la ponía cada vez más frenética.

—Miranda, ¿qué pasa? Te conozco y me ocultas algo.

—Hace años Diana pidió verme en la cárcel. Tras meses de insistencia por parte de su abogado acepté.

—¿Qué hiciste, qué?! —La furia de Fernando se desató. La miró con reproche por haberle ocultado aquello y se alejó de su lado revolviéndose el pelo.

—Necesitaba saciar mi curiosidad.

—Y bien, ¿qué pasó? —le preguntó de malas formas. No podía creer que se lo hubiese ocultado.

—Me recibió con una sonrisa y con aparente amabilidad. Me dejó claro cuánto seguía odiándome junto con toda mi familia y que algún día cuando saliese de la cárcel se las cobraría todas. Me aconsejó que mientras fuese muy feliz. ¿Comprendes ahora mi intranquilidad?

—¡Joder, Miranda!

Aquello era algo totalmente inesperado. Para él, el capítulo de Diana había quedado cerrado desde hacía años.

—Tenemos que adelantarnos a sus planes. He pensado contratar suficiente seguridad para todos nosotros y a un detective privado que la vigile, quiero saber sus pasos.

—Está bien, así estaremos más tranquilos hasta ver qué intenciones tiene tras su libertad. Llamemos a Santiago y pongámoslo al corriente de esto.

Tras su divorcio de Diana, Santiago había rehecho su vida con una enfermera de la clínica y tenían un hijo de diez años, Clemente.

* * *

La vida Marta cada día era más feliz y completa. La relación con Pablo iba de maravilla y su nuevo trabajo en la clínica le encantaba. Se sentía feliz cuando llegaba a trabajar de la mano de Pablo, se despedían en el ascensor con un simple beso y se esperaban para comer juntos.

Una mañana, mientras Marta trabajaba, recibió la visita de María. Nada más traspasar las puertas del despacho que le habían asignado, hizo un puchero y rompió a llorar sin consuelo.

—¡Ay, Marta, me quiero morir! Soy gilipollas, tonta...

—¿Qué ocurre? —preguntó Marta alarmada al intentar que se tranquilizase.

—Tenía cita con el ginecólogo, era una visita rutinaria... No caí en que tenía un retraso hasta que me preguntó... ¡Solo tres días! —Le hizo un gesto con los dedos—. Me ha hecho una prueba de embarazo y... y... —No le salían las palabras, hipaba—. Ha dado positivo. ¡Positivo! ¿Lo puedes creer? Yo no puedo estar embarazada —María lloraba en los brazos de Marta, que no acababa de asimilar la noticia.

No hizo falta que le preguntase de quién era su hijo.

—María, tranquilízate, vas a tener un hijo, no te vas a morir. Comprendo que no estés dando saltos por la noticia, pero no lo veas todo así de negro.

—Yo no puedo tener un hijo —le dijo casi horrorizada sin dejar de llorar—. Ni siquiera tengo una relación con Thiago y mi ritmo de vida no es como para ser madre soltera. Yo... yo nunca me planteé ser madre.

—Háblalo con él, María, no es solo cosa tuya. Y no te precipites. Seguro que mañana lo ves todo con algo más de luz —le aconsejó a pesar de que, en un fuero interno, aquello le pareció un mal golpe del destino.

—No puedo decirle a Thiago que estoy embarazada, pensará que lo hice a propósito. ¿Cómo puede pasarme esto? Te juro que siempre llevábamos cuidado.

—¿Segura? —le preguntó con una ceja alzada.

—Fue solo una vez —reconoció, cerró los ojos y se lamentó de su error.

—Tranquilízate. —La llevó a un sillón cercano, la sentó y le sirvió un vaso de agua.

—No sé si quiero tener a este hijo —le confesó rota de dolor.

—Vamos, será mejor que te lleve a casa y descanses. Estás muy alterada para conducir. Necesitas calmarte.

Cuando Marta llegó a casa de Pablo esa noche, después de dejar a su amiga dormida, él estaba en la cama con el portátil sobre las piernas. La notó algo extraña cuando esquivó las preguntas que le hizo a cerca de lo pensativa y callada que apareció.

—Marta, puedes contarme lo que sea. Si algo te preocupa o necesitas hablarlo no dudes en decírmelo —le dejó claro con una mirada de incertidumbre.

—Todo está bien. Estos días que llevamos juntos han sido maravillosos —le dijo apartándole el portátil a un lado y ocupando ella su lugar.

—¿Te quedas esta noche? —le preguntó Pablo.

—Me quedo esta noche —murmuro contra su pecho, donde le dio un suave beso.

—Múdate definitivamente.

Esto se lo había pedido casi a diario desde que se reconciliaron de nuevo, pero ella parecía reticente al dar el paso.

—Pronto.

—¿Qué te frena? ¿No te gusta mi casa?

—Me encanta. Es solo que me gustaría ir poco a poco. Ya fuimos demasiado deprisa una vez.

Como esta vez deseaba hacer las cosas bien, se armó de paciencia y no le insistió más.

—Como tú quieras, mi vida. Ahora disfrutemos de esta noche que no te veo desde ayer.

* * *

Al día siguiente, Fernando habló con su hermano y lo puso al tanto del asunto relacionado con la libertad de Diana Miller. Pablo estuvo de acuerdo en la decisión de su cuñada de contratar seguridad privada por un tiempo y vigilar a esa mujer de cerca. Lo principal para él era el bienestar de Marta y que estuviese cuidada en todos los sentidos, pensaba protegerla con su vida si hacía falta.

Después, los tres, como una familia unida, hablaron con Lorena y Marta y las pusieron al tanto de todo. Era un asunto tan delicado que no podían

ocultárselo a Marta. Tan solo decidieron dejar al margen a Alberto, él no conocía de la existencia de Diana. Cuando todo pasó contaba con apenas meses y luego la familia Miller decidió borrar de sus vidas a esa mujer que tanto los odiaba solo por dinero. Diana no se esperaba ser tan desfavorecida en el testamento de su difunto hermano y ahí fue cuando comenzó todo, hasta el punto de querer matar a Miranda y Marta. Por eso y por otros asuntos relacionados con la clínica Miller terminó sola y en prisión.

Diana Miller salió de la cárcel y nadie supo más de ella. Durmió durante dos noches en un lujoso hotel y luego alquiló un piso pequeño donde se instaló sola. No hizo movimiento extraño alguno ni intentó acercarse a los Miller.

Que Diana manejase dinero era lo que les preocupaba a Miranda y Fernando, no estaban ante una mujer sin recursos. Tras vender la casa en Ibiza que le dejó su hermano al morir, para pagar a sus caros abogados, le sobró una buena cantidad que con los años se había rentabilizado.

Pasó más de una semana y María continuó sumida casi en una depresión, apenas fue a trabajar, se pasaba el día en casa llorando y en pijama. No habló con Thiago ni lo pensaba hacer. Marta tuvo que prometerle que no le diría nada a Pablo. Estaba convencida de que en cuanto lo supiera, no tardaría nada en ir a informarla a Thiago, como buen amigo que era. No soportaba ocultarle esas cosas a Pablo y estaba segura de que él la notaba extraña cuando hablaban, pero había dado su palabra y no podía traicionar la confianza de María.

Aquella mañana, con una fuerte lluvia de fondo, Marta disfrutaba de un desayuno en compañía de Fernando. El *Seven* se había convertido en su segundo hogar y, desde que trabajaba en la clínica, acudía a diario a desayunar ya fuese con sus hermanos, con Pablo u otro personal de la clínica. El teléfono de Fernando comenzó a sonar de forma estridente y tuvo que marcharse debido a una urgencia. No le importó quedarse sola, no era la primera vez que se quedaba allí, centrada en sus pensamientos o en algún aspecto del trabajo. Sin embargo, en cuanto su hermano salió por la puerta Thiago aprovechó la ocasión para sentarse con ella.

—Hola, guapa. ¿Todo bien?

—Sí, a Fernando le ha surgido un problema en la clínica y debe solucionarlo de inmediato.

Marta notó algo intranquilo a Thiago, jugueteaba con el sobre de azúcar que Fernando no utilizó en el café.

—Quieres preguntarme por María y no sabes cómo —le dijo con media sonrisa socarrona. Marta se lo puso fácil, ya que lo tenía allí sentado por propia voluntad pensaba averiguar los verdaderos sentimientos de ese hombre por su amiga.

—Hace mucho que no viene por aquí. Desde Andorra no la veo —le comentó con aire desinteresado.

—Ha estado muy ocupada. Si quieres saber de ella, ¿por qué no la llamas y quedáis? Hacéis buena pareja, quién sabe si...

—Marta... Yo no soy de tener relaciones serias. Siempre se lo dejé claro —se sintió incómodo al hablar de esto con ella.

—¿No te gusta? —le preguntó con una ceja alzada.

—No es eso, es solo que si paso más tiempo con ella puede que se ilusione con más y no quiero hacerle daño.

—¿Solo ella puede que se ilusione con más? ¿Tú eres inmune o algo? ¿Es ella o eres tú, Thiago? —le preguntó con tono severo.

—Es complicado, Marta —Le apartó la mirada y la centró en la cucharilla del café.

—Mira, Thiago, igual me meto donde no me llaman, pero te lo voy a decir. —Marta explotó—. Quizás María sea la mujer de tu vida y la estás dejando escapar. Algo me dice que sientes por ella mucho más de lo que estás dispuesto a admitir y por eso estamos teniendo esta conversación. Date una oportunidad con ella, igual es lo que necesitas. Y ella también.

—Gracias por tus consejos, preciosa —le dijo mientras se levantaba para marcharse.

Desde aquella conversación en el *Seven*, la cabeza de Thiago fue un verdadero hervidero de sentimientos encontrados hacia María. No quería admitir que esa mujer le importaba más que ninguna otra que hubiese pasado por su vida. Mucho menos que sentía algo muy fuerte por ella. Como lo único que se admitió a sí mismo fue que la echaba de menos y le encantaba su compañía, decidió llamarla, pero María no le cogió el teléfono ni le respondió a los mensajes que le dejó interesándose por ella y proponiéndole verse.

El sábado por la noche, Marta y Pablo, acompañados de Miranda, Fernando, Víctor, el responsable de recursos humanos de Miller y gran amigo de Miranda desde la universidad, y su pareja, fueron al *Seven* después de cenar. Los seis se encontraban en un reservado del lugar muy animados y pasándolo bien, Thiago se acercó con las bebidas que habían encargado, momento que aprovechó para decirle algo a Marta entre susurros. A pesar de no poder escuchar nada de lo que se decían, a Pablo le resultó una situación de lo más incómoda. La actitud de Marta era inquietante y el hecho de que Thiago insistiera en su empeño con miradas y gestos cómplices despertó en él ciertos celos que aumentaron cuando su amigo desapareció y Marta no le dijo de qué habían hablado.

Luego, Pablo observó cómo Marta se disculpó para ir al baño sola y de camino vio que Thiago le entregaba con disimulo un sobre que ella metía rápidamente en el bolso. No hubo más conversación entre ambos. Thiago se fue detrás de la barra, esa noche el bar estaba a reventar, y Marta continuó hacia los servicios de señoras. Pablo estuvo pendiente de los movimientos de ella cuando salió del baño, pero nada más llamó su atención esa noche. Marta se dirigió con paso ligero de nuevo su lado y le dio un breve beso en los labios al verlo con el ceño fruncido.

La noche en el *Seven* se prolongó hasta altas horas de la madrugada y cuando Marta y Pablo llegaron a casa casi arrastraban los pies. A pesar de ella no haber bebido alcohol había sido un día de trabajo que terminó con una cena improvisada y una posterior noche de juerga.

—Tiene sus ventajas eso de que no puedas beber alcohol. —Pablo la abrazó por detrás dándole sonoros besos en el cuello camino a la cama.

—Chófer a domicilio —bromeó Marta—. ¿Tengo que desnudarte y meterte en la entre las sábanas también? —inquirió con una ceja alzada y mirándolo con tono de reproche cuando él se tiró sobre el colchón con los brazos en cruz nada más llegar a la habitación.

—Si te empeñas no voy a poner objeciones. —Toda la habitación le daba vueltas, pero no dejó de mirar a Marta apostada a sus pies, con las manos en jarra. Le resultó muy sexy incluso en esos momentos en los que solo le pasaba por la mente dormir—. Soy todo tuyo —le dijo con media sonrisa burlona ofreciéndose con descaro.

Marta se mordió el labio y pensó cómo sorprenderlo. Estaba claro que no iban a dormir. Sus corazones latían demasiado deprisa y el deseo de sus cuerpos estaba encendido. Fue hasta él con paso lento y seguro, contoneando las caderas de forma insinuante mientras Pablo deseaba poder ponerle las manos encima. Ella no dejó que él se incorporase en la cama, trepó por ella hasta llegar a la boca de él y, a horcajadas sobre su cuerpo, le hizo ver qué intenciones tenía antes de dormir aquella noche.

—Eres todo mío —le susurró con un provocativo bocado en el lóbulo de la oreja.

—Todo tuyo, mi vida. Y para siempre. —Pablo se sentía en sus manos y a su merced más que nunca. Si esa noche Marta quería sexo iba a tener que ser muy participativa ya que él sentía que no estaba en condiciones de tomar la iniciativa, tan solo de dejarse guiar.

—Decido qué hacer contigo —le dijo mientras se deshacía del sujetador con lentitud bajo la atenta mirada de Pablo—. Por ahora solo tengo claro que te quiero desnudo.

—Buen comienzo —murmuró él con los ojos entrecerrados.

El calor del alcohol que había bebido y el fuego que Marta prendió en él lo consumían tanto que intentó arrancarse la camisa.

—No, no. Yo te desnudo. Tú quietecito —le ordenó ella al tomar el control de la situación. Le llevó las manos a la cabeza y las dejó ahí indicándole que no las moviese. Luego se encargó de quitarle la camisa y los pantalones de una forma tan sensual que casi lo hizo explotar, disfrutaba de esa Marta juguetona y con iniciativa en la cama que aquella noche lo hizo subir hasta el cielo y alcanzar todas las estrellas.

En mitad de la noche Pablo sintió una sed enorme y, pese a tener a

Marta aferrada a él, profundamente dormida, con cuidado, se deshizo de ella y fue a la cocina. Con la luz del frigorífico como única iluminación, fijó la vista en el bolso que Marta había llevado esa noche. Se encontraba sobre la barra de la cocina entreabierto, pudo ver a su lado las llaves del apartamento y el móvil, con una pequeña luz que parpadeaba. De pronto, llamó su atención la esquina del sobre blanco que le había dado Thiago. Lo tomó en las manos sin pensar, lo observó por delante y por detrás tras comprobar que no llevaba inscripción alguna. Intrigado, decidió que no podía con la curiosidad y se dispuso a abrirlo. Antes de hacerlo se dijo que no tenía derecho, pero no le importó. Le llevó algún tiempo abrir el sobre sin que se notase que había sido manipulado, cuando la solapa se despegó con éxito, suspiró. Dentro encontró un folio escrito, lo desdobló y comenzó a leer.

"Te he llamado, te he enviado mensajes hasta el agotamiento y no recibo contestación alguna de tu parte. Por favor, hablemos a solas de esto que nos pasa. Desde que te vi supe que eras diferente para mí. He tratado de sacarte de mi mente pero no puedo. No quiero alterar tu vida, solo que nos demos una oportunidad. Nunca le he pedido esto a ninguna otra mujer, pero tú eres especial, alguien me hizo ver que quizás me arrepintiese de dejarte marchar.

Llámame, dame una señal de que yo te intereso tanto como tú a mí.

Thiago."

Las manos de Pablo temblaron al leer aquella carta, se tuvo que sentar en una banqueta de la barra de la cocina porque sintió que se mareaba. Releyó la carta mil veces antes de meterla de nuevo en el sobre. Con los dedos temblorosos y fríos como el hielo lo cerró y lo puso de nuevo en el bolso de Marta.

No podía estar pasándole aquello. En su mente apareció la mirada que Thiago le dedicó a Marta nada más conocerla y su interés en ella. Maldijo por lo bajo, con los puños apretados y los dientes rechinando de rabia. No podía creer que su mejor amigo se la estuviera jugando de aquel modo tan rastrero, ¡y en sus propias narices! Con todas las mujeres que había en el mundo tuvo que poner los ojos en la suya. Sintió ganas de ir a partirle la cara sin importarle que fuesen apenas las ocho de la mañana, pero se controló. Decidió esperar a que Marta se lo contase. Días atrás se prometieron sinceridad y no más secretos entre ellos, esperaba que le mostrase la carta y

juntos tomasen la decisión sobre cómo abordar el tema con Thiago. Aunque se dijo que ya nada volvería a ser igual con él.

Unas horas más tarde, cuando la tarde se les echó encima, Pablo comprobó que Marta aún no había abierto el sobre ni mostrado interés alguno, continuaba estando en la misma posición dentro del bolso. No quiso preguntar, ni se mostró receloso. La actitud de Marta era igual de cariñosa que siempre, aunque le sorprendió que no quisiera quedarse otra noche más. Quería cenar con su madre, llevaba tres días sin verla y entendió que, si deseaba tener una buena relación con ella, no podía acapararla noche tras noche, no hasta que aceptara vivir con él.

Cuando Marta se despidió de Pablo fue a ver a María. Hacía dos días que no sabía nada de ella, quería comprobar cómo estaba y entregarle la carta que Thiago le había obligado a coger la noche anterior. No deseaba que pasase más tiempo, María y Thiago necesitaban arreglar la situación cuanto antes.

Con manos temblorosas, emocionada y con un nudo en el estómago María leyó el folio con mala caligrafía ante la atenta mirada de Marta. Cuando María, por fin, se decidió a releer la carta en voz alta para que Marta supiera qué decía, no pudo contener el llanto y las lágrimas le rodaron sin control por las mejillas.

—¿Le vas a contar lo de tu embarazo? —se interesó Marta.

—Primero voy a hablar con él como me pide, le expondré lo que siento y, según vea cómo se desarrolla todo, ya me pienso si decirle lo del bebé o esperar.

—Ha dado un gran paso y ha sido hasta romántico enviándote esta carta —apuntilló Marta en favor de Thiago. Pensaba que cuando dos personas se miraban como lo hacían ellos algo muy fuerte los unía a pesar que no querían reconocerlo.

—Estoy feliz, por lo menos admite que siente algo por mí, sin embargo, me aterra que cuando le diga que estoy embarazada todo se vaya al traste. Es un hombre que no quiere relaciones serias, ¿cómo crees que le sentará la noticia? —le preguntó muy preocupada—. Lo estoy atando antes de tenerlo.

—Los dos sois responsables de ese embarazo. Debéis afrontarlo juntos y tomar una decisión como pareja en este asunto. ¿Lo vas a llamar? —Marta deseaba que su amiga resolviese aquella situación cuando antes. Mejor que nadie sabía lo que era sufrir por amor sin necesidad.

Con un gesto y una sonrisa María le negó con la cabeza a su amiga.

—Tú le vas a entregar otra carta de mi parte con mi respuesta. Él empezó este juego...

Marta puso los ojos en blanco. No le hacía gracia hacer de mensajera.

—Pues escribe que me tengo que marchar —la apremió, llevaba una hora en su casa y se le hacía tarde—. Ceno con mi madre y aún tengo que ducharme, arreglarme e ir hasta *Beltrán*. Se la daré a Thiago mañana.

—Ah no, te pasas ahora por el *Seven* y se la das —le ordenó sin dejarla con opción a réplica—. Solo son las ocho, seguro que a estas horas está por allí, y si no se la dejas en su despacho y que la lea cuando llegue —resolvió contundente.

El *Seven* volvía a estar lleno a reventar. Desde luego ese sitio era una mina de oro, Thiago seguramente estaría forrado, pensó Marta mientras se adentraba en local y lo buscaba. Lo avistó tras la barra, se hizo hueco entre la gente y llamó su atención.

—Toma, te lo envía María —le dio el folio doblado que escribió su amiga.

Recordó con media sonrisa que María no tenía sobres en su casa, y ella se negó en ir en busca de uno a esas horas.

Thiago casi se la arrancó de las manos, la arrastró hasta el despacho y la leyó en su presencia. Marta advirtió el brillo y la sonrisa que apareció en su cara y se dio por satisfecha.

—Escoged otra vía por la que comunicaros. Esto de las cartas por intermediarios era de otra época —lo reprendió.

—Gracias por traérmela. —Thiago dejó el folio encima de la mesa y le dio un abrazo a Marta.

—María insistió en que lo hiciera hoy mismo.

Cuando Marta fue a marcharse, Thiago le impidió que abriese la puerta. En el despacho había un cristal desde donde divisaba todo el local y le permitía ver qué pasaba mientras trabajaba, pero desde fuera nadie podía ver el despacho ya que había un espejo.

—Por ahí viene Pablo. ¿Sabe que estás aquí?

—No... no le dije nada de esto. Es mejor que no me vea aquí, cree que estoy con mi madre —le hizo saber, pensativa. No quería que la viese allí.

Thiago la tomó de la mano y la guió hacia otra puerta.

—Por aquí salimos fuera directamente, te acompaño al coche.

Cuando Pablo entró en el despacho de Thiago sin llamar lo encontró vacío. Se sorprendió ya que Mateo, el chico que siempre servía en la barra, le

acababa de decir que su amigo se encontraba en el despacho con Marta. Deseaba que se hubiese equivocado y no se tratase de ella, porque esto significaría que Marta le habría mentado y no estaba con su madre como le dijo que estaría.

Pensativo e intranquilo, Pablo se paseó por el despacho de Thiago, sacó el móvil del bolsillo del pantalón y cuando fue a llamar a Marta una breve nota encima del escritorio le llamó la atención. La tomó entre las manos en un impulso y la leyó sin reparos.

"Lo nuestro comenzó como un tanteo, no eras mi tipo ni nunca me había fijado en un hombre como tú, pero poco a poco te fuiste metiendo en mis pensamientos. No sé qué me pasa contigo pero no consigo sacarte de mi cabeza. Lo he pensado mucho y creo que debemos hablar detenidamente de esto que nos ocurre. Si tú quieres lo podemos intentar, aunque necesito tiempo para adaptarme a cierta situación en mi vida.

Ya lo hablaremos todo detenidamente, me volveré a poner en contacto contigo.

M."

Pablo no podía creer aquello que sus ojos leían, sostenía la carta con manos temblorosas y sintiéndose un monigote en manos de Marta. Se quedó pensativo, todo comenzó a cobrar sentido en su cabeza y lo vio claro finalmente. Se reprochó haber sido tan estúpido y no haberse dado cuenta de que Marta seguía con su venganza y la disposición de Thiago por toda mujer le vino muy bien para llevarla a cabo. Habían sucedido muchas cosas entre ambos, se habían declarado abiertamente sus sentimientos. Después de eso pensó que aquella estúpida venganza que escuchó de boca de ella en Andorra había quedado atrás, y ahora esto que lo dejaba sin apenas respiración.

Cuando Marta le confesó que lo amaba la sintió sincera. Después de todo lo de su hijo pensó que entre ellos no quedaban rencores y el pasado había quedado atrás. Cerró los ojos y se lamentó de toda aquella situación de la cual no sabía cómo salir ni cómo enfrentarla. Su mejor amigo y la mujer que amaba con locura lo engañaban.

De repente, Thiago entró en el despacho por la puerta trasera y se sorprendió de ver a su amigo allí sentado con gesto pensativo y cansado.

—¿Qué te trae por aquí? —le preguntó como si nada.

En esos momentos a Pablo le hubiese gustado abalanzarse sobre él y

partirle la cara, pero decidió actuar con frialdad. Se dijo que estaba en caliente y todo lo que dijese o hiciese sería precipitarse.

—Mateo me dijo que estabas aquí. —Lo miraba con ojos acusadores esperando una explicación.

—Sí... Había salido a buscar mi móvil. Lo dejé en el coche olvidado.

A Pablo no le pasaron por alto los signos evidentes de que Thiago le mentía con descaro. Se deshizo la coleta y se la volvió a hacer y en todo momento no lo miró a los ojos.

—¿Estabas con alguien aquí? —Pablo no cesó en su empeño. Tenía los ojos clavados en el folio doblado que él mismo dejó sobre la mesa cuando escuchó que la puerta se abría.

—Eh... no, no. Estaba solo. Esta noche aún no entablé amistad con ninguna mujer —le dijo con una sonrisa forzada.

Ante la insistencia de Thiago, Pablo aceptó tomarse una cerveza que le supo a bilis. Nada más terminarla simuló una llamada de la clínica y se marchó de inmediato. No soportaba la presencia del que hasta hacía un día consideraba como un hermano.

Antes de irse a dormir ese día Marta llamó a Pablo para desearle buenas noches, pero él no le cogió el teléfono. Miró la llamada entrante y con un vaso de whisky entre las manos, sentado en el salón de su casa con todas las luces apagadas, se dijo que era la última persona con la que le apetecía hablar en esos momentos.

Los mensajes por carta entre María y Thiago se sucedieron un par de días más y Marta continuó como intermediaria de los mismos. Durante ese tiempo no vio a Pablo ni pasó las noches en su casa. Él se excusó con varias guardias acumuladas en el hospital y Marta también estuvo muy ocupada con la apertura del nuevo *Beltrán* en Madrid.

Aquella mañana, Marta acudió a la peluquería de María para que la peinase y luego se tomaron un café en un lugar cercano. Pese a todo, su amiga continuaba con su vida, acudía a la peluquería a diario y atendía a las clientas como siempre.

—Lo he pensado mucho, Marta. Y creo que no es el momento adecuado para tener a este bebé. Lo mío con Thiago ni siquiera ha empezado, no sé si llegaremos a algo serio con el tiempo. Y si le digo que estoy embarazada todo lo que tenemos ahora, la ilusión y las ganas de comenzar

una relación se irán al traste.

—¿Estás segura? Háblalo con él. No cometas el mismo error que yo. Esto es cosa de dos y ambos sois responsables de esa vida. Sé valiente, preséntate en el *Seven* ahora mismo, habla con él de todo y juntos decidid cómo resolver esta situación que él ignora. Que los remordimientos no te vengan con el tiempo y no te dejen vivir más adelante. Piénsalo muy bien. Te lo digo por experiencia.

Con la contundencia con que le habló le hizo ver todo más claro y logró que los cimientos de María se tambaleasen. Se quedó pensativa por unos minutos tras los cuales sonrió ilusionada como una niña.

—Te haré caso —le manifestó con alegría y decisión en el rostro—. ¿Me acompañas al *Seven*?

A Marta le pareció una genial idea, no se pudo negar. Deseaba que su amiga terminase con esa situación cuanto antes para que comenzase a experimentar la misma felicidad de la que gozaba ella desde que estaba con Pablo.

Un viernes a las dos de la tarde el *Seven* estaba a rebosar, la mayoría de la gente tomaba unas cañas después del trabajo. Marta y María se hicieron hueco en una mesa alta con dos taburetes que encontraron vacío de casualidad y se acomodaron en ella. Ambas observaron el ritmo frenético que había en la barra y Thiago estaba allí sin apenas alzar la vista.

—En un rato voy a decirle que hablemos a solas. Vamos a esperar un poco, lo veo bastante ajetreado —le comentó María a Marta sin dejar de seguirlo con la mirada.

De repente, el estruendo de un vaso al caer en el suelo y hacerse mil cachitos cerca de las chicas hizo que parte del bar se girase hacia esa dirección, fue en ese momento cuando Thiago reparó en ellas. De inmediato, Marta alzó una mano y lo saludó con todas las intenciones de que se acercase. A él se le dibujó una sonrisa en la cara. Terminó de poner un par de cervezas más, saludó a unas personas al salir de la barra y caminó hacia ellas sin perderlas de vista. En este trayecto una mujer muy atractiva se le acercó, intercambiaron unas palabras demasiado cerca mientras que Marta y María lo observaban con atención. La rubia enfundada en unos pantalones de cuero comenzó a pasear sus manos por los brazos de Thiago, se notaba que entre ellos existía confianza y complicidad, y, sin reparo alguno, le plantó un beso en la boca con posesión. Él la apartó de su lado de inmediato y la miró con desprecio antes de volver la vista hacia María.

Pero María ya se lamentaba en lo más profundo haber sopesado la posibilidad de que entre ella y Thiago pudiese nacer algo. Se levantó de la banqueta con prisas y se dirigió a la puerta sin escuchar la voz de Marta que la llamaba con insistencia.

La cara con la que Marta miró a Thiago le hizo sentir que no volvería a tenerla como aliada ni en mil años. En un impulso de rabia fue hasta él, como si tuviese derecho a exigirle explicaciones y, sin pensarlo, su mano voló sola y le dio una sonora bofetada de la que se arrepintió en el mismo instante. Estaba tan cabreada que no se pudo aguantar. Thiago tomó a Marta del brazo y se la llevó a su despacho de inmediato, no quería hacer una escena allí en medio.

Toda esta lamentable escena de celos la vivió Pablo desde la lejanía pero sin perder detalle. Él estaba en el *Seven* antes que llegasen las chicas, recibió una llamada importante y se retiró a la tranquilidad del despacho de Thiago y desde ese lugar prestó atención a todo. Después de ver cómo Marta le cruzó la cara a su amigo cortó la llamada con la que estaba y esperó que ambos llegasen hasta allí ya que estaba claro que se dirigían al lugar.

—Deberías ir tras ella, a mi no me debes ninguna explicación —le reprochó Marta a Thiago mientras la llevaba casi a la fuerza entre la gente.

Cuando entraron de forma precipitada en el despacho Pablo los esperaba con los ojos encendidos de rabia. Tuvo que respirar hondo varias veces para que las ganas de abalanzarse sobre Thiago no acabaran con la poca cordura que le quedaba, pero lo más extraño fue que a ninguno de los dos le sorprendió que él estuviera allí plantado.

—Tú novia me acaba de cruzar la cara ahí en medio —la acusó Thiago en cuanto vio a Pablo.

—Lo he visto —le contestó entre dientes, con los puños cerrados y haciendo grandes esfuerzos por no matarlo.

—Te lo merecías. Te estabas besando delante de nosotras con esa mujer. ¡Tú no tienes vergüenza! —le reprochó Marta alterada.

Pablo los miró con incredulidad preguntándose cómo podían mantener esa conversación delante de él, ¿es que lo creían un imbécil? Ambos se recriminaban su actitud con voces alteradas sin importarles que él estuviese presente.

—Definitivamente aquí los que no tenéis vergüenza sois vosotros —estalló Pablo fuera de sí—. Marta, termina de una vez con todo esto porque estoy cansado de sufrir. Si realmente necesitas una venganza para quedarte en

paz con el pasado, hazlo de una vez y deja de jugar conmigo. A ti te lo perdonaré, pero a este hijo de puta pienso partirle la cara por traicionar nuestra amistad.

Con la mirada cargada de odio Pablo se abalanzó sobre Thiago y le dio un golpe en la cara con toda su fuerza. Este cayó sobre la mesa y se llevó la mano al labio ensangrentado preguntándose qué le pasaba a su amigo. Lo miraba como si no lo reconociese.

De repente, Marta se interpuso entre los dos hombres. Miraba escandalizada a Pablo sin comprender nada de lo que sucedía.

—¿Qué coño te pasa, tío? —le gritó Thiago con los ojos desencajados. Marta tuvo que aguantarlo para que no se fuese contra Pablo.

—¡¿Que... qué coño me pasa?! ¿Es que no te das cuenta? —vociferó—. Marta te está usando, imbécil. Solo quiere vengarse de mí por lo que le hice en el pasado. —Soltó una carcajada forzada llena de ironía—. Y tú eres un completo cabrón que no te importa nuestra amistad, tan solo te importa llevártela a la cama desde el primer momento que la viste.

Marta y Thiago lo miraban como si se hubiese vuelto completamente loco, el asombro en sus rostros hizo que Pablo los mirase a ambos y de repente se quedase en silencio. ¿Qué estaba pasando allí? Thiago no sabía de qué iba aquello, Marta lo observaba con decepción y ganas de matarlo.

—Te escuché en Andorra mientras hablabas con María en nuestra habitación —terminó espetándole a gritos fuera de sí—. Pensabas hacerme lo mismo que yo te hice años atrás. Lo sé todo. ¡Admítelo, maldita sea! —La acusaba con un dedo mientras Marta palideció al escuchar aquello. Nunca había visto a Pablo tan enfadado. Cerró los ojos y necesitó sentarse, su corazón comenzó a acelerarse y sentía que le faltaba el aire en ese espacio cerrado.

Los hombres advirtieron su estado y de seguida acudieron a su lado, interesándose por su salud con miradas cargadas de reproches.

—Vamos a la clínica —le ordenó Pablo al verla tan pálida.

—¡No me trates como una enferma! —Marta lo fulminó con la mirada, gritándole fuera de sí con una mano sobre su corazón. De un manotazo, con un gran desprecio, se deshizo de la mano de Pablo que la tomaba para ayudarla a levantarse.

—Y tú —se dirigió a Thiago con ojos felinos y un tono severo—, ve tras María antes de que comente una locura. —Marta se llevó las manos a la cabeza revolviéndose el pelo casi desesperada, conocía bien a su amiga—. La

has dejado embarazada, pedazo de capullo. Hoy iba a contártelo todo y te vio besándote con esa mujer —estalló, ya nada importaba, todo se había ido a la mierda.

Los ojos de Thiago casi se le salieron de las órbitas al escucharla, fue como si le hubiese dado un golpe mucho más duro del que le propinó su amigo minutos antes. Ahora el que necesitaba sentarse era él porque estaba pálido y le costaba coger aire.

—María pensaba abortar, no se ve preparada para ser madre soltera y no se atrevía a decirte nada. Lleva más de una semana conviviendo sola en esa agonía —le soltó Marta al ver que no reaccionaba y se quedaba parado como un pasmarote en vez de ir en su busca.

—¡Joder! —Thiago se revolvió el pelo a la misma vez que se paseaba por su despacho inquieto. Comenzó a llamarla pero María no le cogió el teléfono. Iría a su casa y a su trabajo, tenía que encontrarla. Sin mediar más palabras, salió disparado dejando a Pablo y Marta solos.

En aquellos minutos, Pablo unió todas las piezas del puzle por sí solo. Con los ojos cerrados y las manos en los bolsillos, se lamentó sin tener el valor suficiente para mirar a Marta a la cara.

—La he vuelto a cagar —resonó como el mayor lamento que hubiese dicho jamás.

Los ojos de Marta lo fulminaron y asintió. No le salían las palabras, quería gritarle y reprocharle mil cosas, pero era como si se hubiese quedado sin voz. Se llevó ambas manos al pelo y trató de tranquilizarse.

En contra de la voluntad de Marta, Pablo la obligó a salir de aquel despacho e ir a la clínica. No tenía buen aspecto y estaba asustado. La llevó a su consulta y le dio una pastilla para tranquilizarla y normalizar su ritmo cardiaco. Marta la tomó sin preguntar, sabía que la necesitaba, la ayudó a tenderse en la camilla y le dijo que se quedase relajada unos minutos.

—Ya me encuentro mejor, me gustaría irme a mi casa —le dijo Marta incorporándose. Continuaba mirándolo seria y con una gran desconfianza.

Pablo solo asintió. La culpabilidad que sentía no lo dejaba decir nada. Se levantó, apagó el ordenador y la ayudó a ponerse de pie. Marta no tenía nada grave, por eso no insistió en que permaneciera más tiempo en la clínica ni hacerle otras pruebas.

Se dirigieron al coche de él, ella no se negó a que la dejase en su casa, y, sin preguntar nada más, puso rumbo en la carretera.

—Cuando te encuentres mejor hablamos —le dijo Pablo antes de ella

bajarse en casa de Lorena—. Soy consciente que debes de tener muchos reproches para mí. Recupérate y me los haces todos juntos. Te prometo que sé que soy merecedor de ellos —le dijo abatido. No deseaba enzarzarse en otra pelea verbal con ella, necesitaba estar serena.

—¿Por qué continuaste a mi lado después de escuchar en Andorra que te pensaba traicionar? —No podía marcharse sin saber aquello. Quizás la respuesta que le diese terminase por matarla de un infarto, pero no podía vivir con la duda.

—Ya lo hablaremos, Marta. Eso y otras cosas. Ahora descansa y procura estar tranquila. —Fue incapaz de mirarla a los ojos.

—¡No! Necesito saberlo ahora —le exigió casi desesperada, encarándolo.

—Marta, no hay nada en este mundo que no hiciese por ti. Si tú necesitabas esa venganza para reparar el daño y el dolor del pasado estaba dispuesto a pasar por eso.

Al escuchar tan sinceras palabras y ver las lágrimas que Pablo aguantaba para que no llegasen a brotar, soltó un sollozo que no pudo evitar y comprendió por lo que él había pasado en ese tiempo. Se llevó una mano a la boca y las lágrimas brotaron como un manantial.

—El día que me encontraste en el cementerio y te enteraste de lo de Mario, yo estaba allí pidiéndole perdón a mi hijo porque había roto la promesa que le hice. Esa misma mañana mandé a la mierda el plan que escuchaste en Andorra. Estaba decidida a ser feliz. Por fin había entendido que me querías y que sin ti a mi lado nada tenía sentido.

Sin pensárselo ni un segundo y con el corazón roto de dolor, Pablo la estrechó contra su pecho. No pudieron intercambiar palabra alguna ya que Lorena abrió la puerta de la entrada y los recibió. Al ver el estado de su hija se preocupó pero Pablo la tranquilizó de inmediato, subió junto a ellas hasta la habitación y, cuando se aseguró que se encontraba bien, se marchó en silencio.

Estaba seguro de que lo mejor entre ellos era dejar pasar un tiempo. Los reproches en esos momentos solo conseguirían causar heridas que tardarían en sanar.

Nunca en su vida Thiago había sentido una desesperación tan grande como la que sentía al buscar a María por todas partes y no encontrarla. Al final, decidió apostarse en la puerta de su casa, en algún momento tendría que salir o entrar, no le importaba que tuviese que pasar allí horas, estaba decidido a hablar con ella.

Cuando ya barajaba la opción de tirar la toalla y regresar a su casa, María salió del ascensor distraída sin pensar encontrarse en su puerta a Thiago. Él se puso en pie nada más verla y la tomó por ambos brazos con verdadera ansiedad.

—¡Joder, María! ¿Dónde cojones estabas? —le dijo con la voz ronca y la cara desencajada. En el tiempo que había pasado allí pensó demasiado y nada resultó bueno ni agradable—. Te he llamado por teléfono mil veces, te he buscado por media ciudad y he llamado al timbre hasta la saciedad, ¡casi me vuelvo loco!

No contestó. No tenía ganas de hablar con nadie y menos con él. Su mente se debatía entre la sorpresa de verlo allí y la necesidad de tirarse en el sofá de su casa. Había caminado tanto que perdió la cuenta del tiempo que lo hizo.

—¿Por qué no me dijiste que estabas embarazada? —Le reprochó con dureza. María hizo un puchero, sorbió con fuerza por la nariz e intentó apartar la mirada, pero Thiago no le se permitió. Dejó a un lado el enfado que lo nublaba y relajó su actitud al pensar lo que ella habría pasado sola desde que conoció la noticia—. No vuelvas a huir de mi, por favor. Hablemos —le rogó más calmado—. Es posible que no me haya comportado como un caballero desde que nos conocemos, pero es verdad lo que te decía en mis cartas. Eres importante y diferente para mí a cualquier otra mujer. Eres la única que ha ocupado mis pensamientos y mi cama desde que te conozco. La mujer que hoy me besó en el bar... No pude detenerla... No me interesa. Pero tranquila, tú amiga me dio tal bofetada que aún resuena en el *Seven*.

Escucharlo la hizo sonreír con timidez y aplaudir en su interior a Marta. Esto junto con oírle decir que era la única que ocupaba sus pensamientos la

dejó con el corazón acelerado.

—Te merecías esa bofetada. Debí habértela dado yo.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué he tenido que enterarme por Marta de que estabas embarazada? —le preguntó con las mandíbulas endurecidas mientras la miraba con enfado.

—Me moría de miedo. Por mí y por ti. Hasta ahora nunca me había planteado ser madre, y menos en una relación que no iba a ninguna parte. Me dejaste bien claro que no eras de los que se ataban, ni de los que tienen relaciones serias... ¿Cómo decirte que íbamos a tener un hijo? He pensado mucho y he tomado algunas decisiones.

—¿Qué decisiones? —La mirada que le dirigió María se lo dijo todo—. ¿No pensarías...? ¡Joder, no!

—¡Claro que lo pensé! ¿Qué esperaba que hiciera? Eso era lo más fácil para ambos, no complicarnos la vida y continuar como estábamos, pero cuando lo medité en serio me dije que me despreciaría a mí misma si me deshacía de mi hijo.

—Me alegro que descartases la posibilidad, porque nunca te lo hubiera perdonado. Es nuestro hijo, ambos somos responsables de él. Lo quiero como te quiero a ti, siento que haya tardado tanto en darme cuenta. Te prometo que a partir de ahora haré las cosas mejor.

Thiago le dio un suave beso en los labios mientras que le recorría el vientre con una mano. Este simple gesto hizo que María se rompiera en sus brazos. Él entró con ella en casa y se dedicó a demostrarle todo lo que se había empeñado en ocultar durante ese tiempo.

* * *

Parada ante un semáforo en rojo, Marta se reprochó no haber visto las cosas tan claras como las veía en esos momentos. Aquella mañana cuando se levantó, después de no haber pegado ojo en toda la noche, lo vio todo transparente. Pablo era su gran amor, deseaba estar a su lado el resto de sus días y por eso había tomado la firme decisión de irse a vivir con él para siempre, algo que Lorena aplaudió cuando despidió a su hija para marcharse definitivamente de su casa. Marta sonrió al pensar en las maletas que llevaba en el maletero e hizo con demasiadas prisas, las mismas que tenía por reunirse con Pablo y decirle que la prueba de amor más grande se la había dado sin pensarla a causa del estúpido plan que ella había trazado para

alejarse de su vida de una vez por todas.

Con la mayor valentía que nunca le había recorrido por las venas Marta entró en casa de Pablo utilizando sus propias llaves, cargada con sus maletas y sin hacer mucho ruido. Apenas eran las diez de la mañana y, al no encontrarlo en el salón, se dijo que aún estaría en la cama. Con paso decidido se dirigió a la habitación, la puerta estaba abierta y a él lo encontró dormido boca abajo en la cama, completamente desnudo. La luz se filtraba por las ventanas y pudo apreciar cada curva de ese cuerpo perfecto. Se quedó en el marco de la puerta apoyada con los brazos cruzados, observándolo al detalle, diciéndose a sí misma lo afortunada que era de tener el amor de un hombre como él después de todo por lo que habían pasado. Sumida en esos pensamientos y una sonrisa de felicidad deslumbrante en los labios comprendió que su destino estaba escrito, estaban hechos el uno para el otro. Un amor como el de ellos no se apagaba, todo lo contrario, resurgía con mucho más brío.

De repente, como si percibiese que alguien invadía su privacidad, Pablo se dio la vuelta y la encontró. Se incorporó en la cama de forma brusca mientras se restregaba los ojos con ambas manos para comprobar que la presencia de Marta no era parte de un sueño sino real. Ella estaba ahí y le sonreía de tal forma que le hizo preguntarse por qué lo hacía cuando tendría que estar más cabreada con él que nunca.

—Buenos días —pronunció al fin Marta sin desaparecer el buen humor de su rostro. Pablo se tapó con la sábana de cintura para abajo con un gesto rápido. Se sentía en desventaja y la intensa mirada de Marta consiguió lo que nunca nadie hasta ahora—. ¿Pudor a estas alturas? —le comentó ella con un gesto divertido, sin cambiar la posición en la que estaba y con la mirada fija en la sábana que le cubrían sus partes.

La actitud tan poco usual en ella hizo que se quedase medio cortado, pero pronto le dio un tirón a la sábana sin dejar taladrarla con la mirada. Si quería mirar, que mirase y se recrease a gusto.

—Así está mejor, mucho mejor —lo aprobó Marta con una sonrisa juguetona y un reconocimiento detallado de la anatomía de Pablo.

Si él pretendía que se sintiese avergonzada no lo iba a conseguir, le pensaba seguir el juego. Ella lo repasaba de arriba abajo con total desvergüenza mientras se mordía el labio a conciencia. No se movió de donde estaba con los brazos cruzados y disfrutando de la situación.

—Esto podría considerarse allanamiento de morada —dijo él con un

tono molesto.

—¿Necesita una abogada, señor Balaguer? Soy muy buena en mi trabajo. —Se ofreció con tal descaro que hizo que Pablo esbozase una sonrisa que pronto ocultó.

—¿Me está ofreciendo sus servicios, señorita Miller? Soy muy exigente. —Colocó las manos tras la nuca y espero una respuesta. Disfrutaba del momento al mismo tiempo que sentía que Marta jugaba con él una vez más.

—Será todo un placer ponerme a su servicio. —Se mordió el labio de nuevo y desvió los ojos hacia cierta parte del cuerpo de Pablo que comenzaba a tomar vida.

Logró hacerlo sentir incómodo con su escrutinio, algo que nunca logró ninguna otra mujer. Tanto así, que Pablo cogió una almohada y se la colocó encima.

—Marta, ¿a qué juegas? —Estaba perdiendo la paciencia y tenerla frente a él con la mirada lobuna que le dirigía lo tenía nervioso.

—Podemos jugar a lo que tú quieras por el resto de nuestras vidas —le dijo con una voz de lo más sensual y comenzó a acercarse moviendo las caderas de tal forma que hizo que Pablo tragase con dificultad.

Poco a poco, se desabrochó la camisa, como una experta estríper, y se contoneó al desabrochar los pantalones sin dejar de mirarlo con avidez mientras se deshacía de ellos.

—En estos momentos no tengo ganas de jugar a nada, Marta. —Fue frío y distante, pero eso no la detuvo.

Iba decidida a muchas cosas y pensaba hacer todas y cada una de ellas. Se subió a la cama con tan solo un sexy conjunto de ropa interior de encaje negro y trepó hasta situarse justo sobre sus piernas.

Los corazones de ambos latían demasiado deprisa, sentían la misma sensación de ahogo y necesidad, pero ninguno dijo nada en varios minutos, hasta que el silencio se hizo incómodo y Marta entendió que le correspondía a ella romperlo.

—Perdóname, por favor —le rogó arrepentida, con la voz quebrada. En esos momentos aunque aparentaba tranquilidad y quería dominar la situación se sentía como un flan.

—¿Me estás pidiendo perdón? —Estaba realmente asombrado y esta vez supo que no se trataba de ningún juego. La sinceridad con la que Marta lo miraba la podía ver hasta un ciego—. Fui yo el que pensé que estabas liada

con mi mejor amigo, el que le partió la cara a Thiago sin razón alguna quedando como un autentico gilipollas —le dijo dolido consigo mismo.

—Thiago se merecía que le partieses la cara —le comentó para suavizar el tema—. Finalmente todo está arreglado entre él y María.

De nuevo se hizo el silencio. Pablo sentía que le debía una disculpa pero ella era la que había entrado en su habitación y se mostraba dispuesta a arreglar la situación. Marta tomó la iniciativa, se acercó más él, y se atrevió a besarlo.

Pablo permaneció estático, se resistió y no le devolvió el beso. Necesitaba saber qué era lo que ella se proponía con todo aquel numerito.

—Te amo —musitó ella sobre sus labios—. Me has regalado la prueba de amor más grande que me podías dar sin ser consciente de ello —le reveló sin dejar de besarlo a pesar de la resistencia que se imponía Pablo—. Escuchaste lo que pensaba hacerte y en vez de dejarme, enfrentarme o vengarte, te quedaste a mi lado esperando que yo actuase porque pensabas que era lo que necesitaba para superar mi pasado. No te importó nada más, solo yo. —Continuaba dándole suaves y cariñosos besos por la cara tratando de ablandarlo—. Y ahora te amo más por eso. —No desistió en su empeño, se acercó y lo volvió a besar introduciendo la lengua en su boca con maestría. Pablo continuó sin responderle ni inmutarse, aunque cada segundo que transcurría le costaba más resistir la tentación. Aquella mujer lo volvía loco en todos los sentidos.

Al final, lo logró. No le cabía la menor duda de que lo conseguiría, de que lo haría sucumbir, y cuando posó las manos en sus nalgas y la presionó contra la dolorosa erección que tenía, un jadeo de victoria escapó de los labios de Marta.

—Eres una...

—Hazme el amor y luego hablamos —lo interrumpió con un ruego apasionado.

—¿Estás jugando conmigo nuevamente? —le preguntó sintiéndose un títere en sus manos.

Marta detuvo los besos que depositaba en la garganta de Pablo y levantó la cabeza con lentitud.

—No. Esto ya no es un juego. —Le tomó una mano y la presionó contra el fuerte latido de su corazón—. Te quiero, y si no puedes creer en las palabras, cree en mi cuerpo y en mi alma. Soy tuya, siempre lo fui, y quiero estar a tu lado el resto de mi vida para demostrarte que no queda rencor ni

pasado que me vuelva a separar de ti.

Esa confesión consiguió hacerlo temblar de arriba abajo e hizo que Pablo le hiciese el amor con urgencia y desesperación. Se recorrieron con las manos y con las bocas; se bebieron los jadeos que provocaba el éxtasis y permanecieron unidos, presos de los susurros sin sentido, hasta que ambos alcanzaron el clímax más intenso de cuantos habían compartido.

—¿Cómo te encuentras? —se interesó Pablo algo preocupado cuando pudo hablar. Marta solo le asintió con una maravillosa sonrisa.

Le acariciaba el cuello, pero Marta se dio cuenta que disimuladamente le estaba controlando las pulsaciones.

—Fue perfecto, justo lo que necesitábamos. Estoy bien, más que bien.

Saciada y con una sonrisa en la cara Marta admiraba a Pablo a su lado. Dormía como un tronco esparramado en la cama y con una expresión relajada que era nueva en él. Esto hizo que Marta se sintiese orgullosa, sabía que él estaba tranquilo. De ahora en adelante todo entre ellos iba a ser muy diferente. Se amaban y solo les quedaba ser muy felices. Ambos se lo debían. De repente sus ojos se fijaron en el tatuaje del pecho de Pablo y se dijo que ya ese corazón ni el de ella estaban rotos. Se levantó de la cama, fue al baño ante la necesidad urgente de hacer pis que la despertó y, al mirarse en el espejo y verse los ojos negros como un mapache del rímel, se le ocurrió algo.

Cuando Pablo se levantó Marta no estaba a su lado. Escuchó la ducha y fue directo al baño. Antes de entrar con ella, no se le ocurría mejor manera de comenzar el día que una ducha caliente juntos, observó algo extraño en su pecho. Se restregó los ojos y se acercó más al espejo para apreciar con claridad unas letras negras escritas justo al lado del corazón roto que llevaba tatuado desde hacía años. Pudo leer con una sonrisa: *"Te amo. Has sanado mi corazón"*.

Con ímpetu abrió la puerta de la ducha y logró sobresaltar a Marta, que dio un respingo y se desplazó contra la pared.

—Pensaba ducharme contigo, pero creo que quiero llevar esto para siempre. —Con un dedo y una sonrisa deslumbrante se indicaba en las letras que Marta había escrito en su pecho con el lápiz negro de ojos.

Con suma facilidad la sacó de la ducha, la envolvió en una toalla y la atrapó entre sus brazos dándole el beso más maravilloso que jamás se hubiesen dado.

—No piensas ducharte —le dijo ella entre besos y risas.

Pablo movió la cabeza y continuó besándola con verdadero deleite.

—¿Y esas maletas? —le preguntó Pablo extrañado cuando aparecieron en el salón.

—Son mías —le respondió mientras él la miraba confuso—. Sí, acepto —le dijo con un asentimiento de cabeza—. Me vengo a vivir contigo, si es que aún quieres.

A Pablo se le hinchó el pecho de amor al escucharla. ¿Querer? ¡Pues claro que quería! La besó como si no hubiese un mañana mientras sentía que el corazón se le salía del pecho.

—Pellízcame fuerte y dime que todo esto no es un sueño —le rogó sin soltarla. Daba vueltas con ella ilusionado.

—Estoy aquí, esto es real y te amo.

—Sí, te amo como un loco. Estoy feliz de tenerte en mi casa. Para siempre, mi amor.

—Para siempre.

De repente él se quedó mirando las maletas y le dio un cachete en el culo instándola a llevarlas a la habitación. Nada le apetecía más que ver su ropa colgada al lado de la suya y compartir espacio con ella.

—Vamos, tenemos que hacer sitio en el armario para tu ropa. —Se mostraba ilusionado.

—Esta casa es demasiado masculina, tengo que darle un toque femenino y espero que no te niegues —le dijo al pasear la mirada por el salón y el pasillo. Consideraba que le faltaban flores, fotos y detalles de un verdadero hogar de dos personas enamoradas.

—Haz lo que quieras, siempre que estés a mi lado para siempre no pondré objeción alguna. Incluso podemos comprar una casa más grande, quizás esta se nos quede pequeña en un tiempo. —Él la miró perdiéndose en sus ojos con un amor infinito reflejados en ellos—. Quiero que tengamos hijos. —Terminó por confesarle.

El pánico apareció en el rostro de Marta. El tema de los hijos era algo de lo que aún no estaba preparada para hablar con él. ¿Por qué le sacaba ese tema tan pronto? ¿No la podía dejar disfrutar de la felicidad y la paz que la embargaba en esos momentos?

—Pablo... Yo no... Mi enfermedad... Ellos quizás... —No sabía cómo decírselo ni tratar un tema tan delicado con él.

Él la silenció de inmediato poniéndole un dedo sobre los labios.

—Es una probabilidad, pero no vamos a dejar de tener hijos por miedo.

Te conozco y sé que deseas ser madre. Afrontaremos juntos lo que venga. Soy cardiólogo, ¿recuerdas? Tú y nuestros hijos siempre estaréis en las mejores manos. —Como Pablo no terminaba de verla muy convencida y no deseaba agobiarla le propuso—: Dejemos el tema de los hijos para más adelante. Por un tiempo quiero que solo seamos tú y yo. Que hagamos las cosas bien y disfrutemos de nuestro amor.

Esto logró tranquilizar a Marta.

La noticia de que Marta se había marchado a vivir con Pablo definitivamente no sentó nada bien a Miranda y a Fernando en esos momentos por lo que pasaban, no lo consideraron el mejor momento. Las personas encargadas de la seguridad de Marta se quejaron de que su nueva vivienda no tenía tanta seguridad como la casa de Lorena. Por eso, Fernando se atrevió a pedirle a Pablo que por un tiempo se fuesen a vivir con su suegra. La casa era inmensa y al equipo de seguridad le resultaría más cómodo y seguro que estuviesen allí. De esa forma, solo habría dos equipos coordinados entre sí, los de casa de Lorena y los de casa de Miranda.

La idea de vivir con su suegra no le atrajo demasiado a Pablo, pero estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por Marta. Visto que no suponía ningún peligro y lo necesitan como pareja, le propuso marcharse unos días de viaje fuera de la ciudad, algo en plan relajado. Decidieron visitar a la madre de Pablo en Punta Umbría y comunicarles en persona que volvían a estar juntos y felices.

A pesar de ser diciembre a Pablo le apetecía pasear con Marta por la playa y pasar unos días en el lugar que fue testigo de su amor años atrás.

Los padres de Pablo recibieron a su hijo y a su nuevamente nuera con los brazos abiertos y felices de volver a verlo con la cara de felicidad que les mostraba.

—Mamá, nos vas a gastar de tanto beso. —Se quejó Pablo.

—Hijo, hace tres largos meses que no te abrazo, y a ti, Marta, hacía años que no te veía. Estás guapísima y muy cambiada. Me alegro que volváis a ser pareja de nuevo. —Los miró al detalle y el corazón se le desbordó al ver con el amor que se miraban, mucho más que el que hubo entre ellos años atrás—. Siempre supe que erais el uno para el otro, un amor tan grande como el vuestro cuesta una vida ser extinguido.

—Es la mujer de mi vida, mamá. Nunca la he olvidado.

—Nos amamos, Ana. Nuestro amor superó todos los malos momentos, ahora solo deseamos ser muy felices.

—Estoy muy contenta por vosotros.

Ana era desconocedora de que Marta estuvo embarazada de su hijo. Fernando nunca se lo contó y ellos decidieron no decírselo. El pasado, pasado estaba.

Pablo se fundió en un abrazo con su padre mientras Ana lo hacía con Marta. Ambos padres sintieron que todas sus plegarias y sufrimientos con Pablo había pasado y por fin era el hombre que siempre desearon.

Hacía un día de sol estupendo para caminar y disfrutar de la brisa del mar. Ataviados con ropa cómoda, zapatillas de deportes y gafas de sol, Marta y Pablo pasearon por la orilla del mar como dos enamorados tomados de la mano. Envueltos en estos recuerdos y sin dejar de caminar, llegaron, sin pensarlo, a un lugar muy significativo para ellos y que jamás olvidaría ninguno. Ambos se pararon delante del chiringuito de la playa donde se casaron aquel atardecer de años atrás, el más importante de sus vidas. Pablo le apretó con más fuerza la mano a Marta y entrelazando sus dedos con los de ella la sacó de sus pensamientos con un suave beso.

—¿Lo recuerdas? —le preguntó al verla con la vista clavada en el lugar, los ojos brillantes y la respiración alterada.

—Nunca lo podría olvidar.

—¿Te gustaría repetirlo? —le preguntó con miedo.

—Me gustaría que todo fuese muy diferente esta vez.

—Me refería a que volvieses a ser mi mujer, no a que nos volvámos a casar en este lugar —le susurró cerca del oído al envolverla entre sus brazos.

—Estamos bien así, Pablo. No hay necesidad de una boda. — Se mostraba reticente a volverse a casar.

—Esta vez puede ser como tú deseas, te dejo organizarla. Me bastaría con saber fecha y lugar —le insistió ilusionado.

—Más adelante. Estamos bien en estos momentos y con todo lo de Diana... No me apetece organizar una boda con seguridad privada que vigile nuestros pasos en cada momento. —Le puso como excusa, pero Pablo sabía que en el fondo le aterraba otra boda. Volvió a besarla y abrazarla más fuerte y se dijo que ese era el último dragón en la mente de Marta y él lo vencería. Estaba muy equivocada si pensaba que no le iba a insistir más con el tema de hacerla su mujer de nuevo. No descansaría hasta que aceptase y estampase su firma ante un juez o un cura. Esa mujer llevaría un anillo en su mano que

indicase que era suya para siempre.

Caminaron de nuevo en dirección al chalet de la madre de Pablo y antes de llegar él se paró ante otro chalet que tenía un cartel colgado con un letrero “*se vende*”. Fijó la vista en este y luego le sonrió a Marta.

—Me gusta. Habría que hacerle unas cuantas de reformas. Estoy pensando en comprarlo. —Marta lo miró asombrada mientras se decía que le gustaba la idea—. Podemos pasar las vacaciones aquí, y cuando vengamos a visitar a mi madre tendríamos nuestra propia casa, con intimidad para nosotros. ¿Qué te parece?

—Me gusta —le hizo saber con una gran sonrisa, correspondiendo a su abrazo.

—No hay más que hablar, llamaremos a la inmobiliaria y la veremos en estos días. Si nos convence, es nuestra.

—No tan rápido. Hay una condición. —Él la miró con curiosidad y puso los ojos en blanco tras adivinar lo que vendría.

—Marta, me lo puedo permitir.

—Ya pagas la casa en la que vivimos.

—Tu hermana y mi hermano no me dejaron que se la pagase, tan solo permitieron que me hiciese cargo de los gastos de notario, registro y demás para ponerlo a mi nombre. Fernando me dijo que lo considerase mi regalo de cumpleaños. Ya sabes la famosa frase Miller: “*me lo puedo permitir*”. —Recitó poniendo los ojos en blanco de nuevo.

Marta soltó una carcajada. No esperaba menos de Fernando. Lo miró y lo retó.

—Demuéstrame que has cambiado en todo y permite que yo compre esta casa para los dos, sin condiciones.

Se paseó delante de ella ante su atenta mirada.

—Será como tú quieras que sea. Pídemelo lo que quieras y lo tendrás. ¿Qué más te hace falta? —Resolvió. Si Marta era feliz gastando su dinero él la haría feliz. Sabía que tenía mucho más dinero del que nunca iba a necesitar y era una completa estupidez empeñarse en no hacer uso de él. Si el tuviese todo el dinero de Marta querría que ella lo tomase como suyo.

—Me haces falta tú. A mi lado. El resto de mis días. —Marta lo besó y se sintió triunfadora y feliz.

—Ya me tienes. Siempre tuyo. Te amo, Marta Miller.

Alberto Miller era un gran jugador en su equipo de fútbol. Dos tardes a la semana entrenaba y los fines de semana solía tener partido con otros equipos, como era ese sábado. Miranda y Fernando animaban a su hijo desde la grada, se mostraban unos padres orgullosos ante los tres goles que había marcado. Vitoreaban y aplaudían a Alberto como locos y ante la euforia del partido no repararon que en las gradas de enfrente se encontraba una señora que los miraba con demasiada atención.

Diana siempre amó a su hermano, fue como un padre para ella y él siempre fue muy bueno y generoso con su única hermana. Desde que salió de la cárcel tenía curiosidad por conocer al pequeño Alberto. Al ser menor de edad sobre él no había fotos públicas, no como Marta Miller. De ella sí supo durante todos esos años, al fin y al cabo era su sobrina, aunque nunca sintió apego por ella. Sin embargo, con el pequeño Alberto era diferente, necesitaba verlo y conocerlo.

Lo reconoció al instante, nada más salir al campo. Era el chico más alto y corpulento del equipo, por no decir el más guapo, igual a su abuelo, se dijo. Sintió un enorme orgullo, hasta se alegró y festejó interiormente los goles que el chaval metió.

Cuando el partido estaba a punto de finalizar, Diana observó que junto a Miranda y Fernando, aparecieron Marta y Pablo. Prestó atención a todos los Miller, y se dijo que faltaba Lorena. Le extrañaba mucho que una abuela tan entregada como ella no estuviese ahí animando a su único nieto.

Diana se fue de las gradas antes de que el árbitro pitase el final del partido, no deseaba exponerse demasiado. Los había visto a todos con sus propios ojos, algo que deseó desde que salió de la cárcel semanas atrás. Se dijo que dejaría pasar un tiempo hasta dar el siguiente paso. Necesitaba que se confiaran, que no vieran el peligro, al fin y al cabo era una señora mayor de casi sesenta años. ¿Qué podía hacerles ella?

Ese mediodía, después del partido, todos fueron a almorzar a casa de Lorena. María y Thiago también estaban allí, y Amaia y su marido, que habían ido a pasar el fin de semana. Como buena anfitriona, a Lorena le

encantaban las grandes comidas en familia, tener la casa llena de gente y que se respirase el buen ambiente de risas y felicidad que flotaba como una nube en el salón de su casa ese día. Con la mirada clavada en cada pareja, se dijo que todos eran tan felices como ella lo fue una vez en el pasado. Sabía reconocer el amor verdadero y cuando era para siempre. En su fuero interno auguró una vida llena de felicidad a cada uno de los presentes, estaba segura de que cada cual había encontrado a su alma gemela. Sumida en estos pensamientos, mientras se preguntaba si era posible que una persona encontrase a dos almas gemelas a lo largo de la vida, observó cómo su hija menor la miraba con verdadera atención.

Marta no solo estaba feliz porque su relación con Pablo era más de lo que nunca llegó a imaginar. La sonrisa que le dedicaba a su madre se debía a que la noche anterior la había descubierto mientras charlaba muy animada con Federico, el jefe de seguridad y dueño de la empresa que los protegía desde que Diana salió de la cárcel. Hacía años que no veía en la mirada de Lorena el brillo que tenían sus ojos en los últimos días, y estaba segura que esto lo provocaba Federico.

Las carcajadas de Alberto desviaron la atención que Marta le prestaba a su madre y recorrió toda la mesa con los ojos brillantes de emoción. El aura de bienestar y alegría que se respiraba la dejó observar los pequeños detalles de los que rodeaban: Fernando se comía con los ojos a Miranda, Pablo reía y compartía las anécdotas del partido con su sobrino mientras su mano le acariciaba el muslo por debajo de la falda; Miranda atendía embobada a su hijo, Thiago y María no dejaban de hacerse caricias y gestos cómplices, y Amaia y su marido estaban rebosantes de felicidad tras darles la noticia de que iban a ser padres como María y Thiago.

La reciente noticia de que sus dos mejores amigas iban a ser madres, le había provocado cierta desazón a Marta. Ojalá ella y Pablo compartiesen algún día una dicha tan grande como la que se reflejaba en los ojos de ambas parejas, y ojalá todo fuese muy diferente a la primera vez. Porque a pesar de sus miedos se moría por volver a quedarse embarazada y tener otro bebé.

Aquella noche cuando Marta se marchaba a la cama, Pablo la espera arriba, estaban en casa de Lorena, se encontró con Federico en la cocina. El hombre, de traje chaqueta impecable, escribía con rapidez en el ordenador portátil.

—Federico, ¿a estas horas aún por aquí? —le preguntó mientras se servía un vaso de agua y cogía las medicinas.

—Estoy terminando de instalar un par de novedades en el jardín y quiero comprobar que funcionan bien al entrar la noche.

A Marta le caía bien, era educado, simpático y caballeroso. Además de un muy buen partido para su madre, unos años menor que ella, viudo y dueño de una empresa de seguridad.

—Gracias por tomarte todas las molestias que te tomas.

Ella sabía que el presidente de una importante compañía de seguridad no se encargaba de lo que él desempeñaba con los Miller.

—Mi compañía falló una vez, no lo volveré a permitir. Se lo prometí a tu madre. En esta ocasión el perímetro de seguridad será infranqueable para Diana.

Con la mirada clavada en el jardín iluminado Marta recordó el trágico momento que vivió ahí con tan solo nueve años, cuando su tía Diana intentó matarla a ella y a Miranda.

—Estoy tranquila, Federico. Creo que estamos en buenas manos. Confío en ti.

—Gracias —le dijo cerrando el portátil para marcharse. Había comprobado que todo estaba como debía estar.

Salió con Marta de la cocina en dirección a la puerta de salida.

—Marta, tú eres joven. ¿Me podrías decir qué le gusta a una chica de dieciocho años? Mi hija Verónica los cumple dentro de tres días y no tengo ni idea de qué regalarle. Quiero que sea algo especial.

Con familiaridad y la confianza que Federico le transmitía Marta le posó una mano en el antebrazo mientras posaba un pie sobre el primer escalón de las escaleras para subir a su habitación.

—Creo que la persona adecuada para ayudarte es mi madre. No sé cómo lo hace, pero siempre acierta en cada ocasión. Sea con la persona que sea.

—Bien, le preguntaré a ella.

—Federico. —Marta llamó su atención cuando ya le había dado la espalda para marcharse—. Mi madre es una gran mujer, no dejes pasar la ocasión—. Le hizo un guiño con el ojo y continuó el camino escaleras arriba, bajo la atenta mirada del hombre que se pregunta si la hija de la mujer que amaba en silencio le estaba dando su bendición.

* * *

Diana Miller llevaba más de dos semanas dedicada de lleno a planear al milímetro su venganza personal contra Miranda, la odiaba hasta límites insospechados. La culpaba de todas sus desdichas, si esa niña no se hubiese cruzado en el camino de su hermano este nunca hubiese conocido a Lorena y ella habría seguido con la de vida y estatus que le daba ser la única hermana del millonario Alberto Miller. Cuando su hermano conoció a Lorena y la hizo su mujer ella pasó a un segundo plano, tanto que en su testamento solo le dejó un chalet en Ibiza el cual tuvo que mal vender una vez en prisión. Lo que todos ignoraban era que Diana poseía una saneada cuenta en Suiza que logró desviar de los fondos de la clínica Miller cuando aún trabajaba ahí, sin que Miranda se diese cuenta.

Marta, Fernando y Alberto, finalmente eran sangre de su sangre. Hijos y nieto de su hermano, pero la hora de Lorena y Miranda había llegado, y a Marta la odiaba tanto como a ellas. Las tres iban a pagar. En la lista de venganza de Diana también se encontraba su ex marido, que pese a todo continuaba siendo el amor de su vida y no le perdonaba que la hubiese dejado cuando más lo necesitó. Desde la cárcel siguió de cerca la vida de Santiago y no aceptaba que se hubiese vuelto a casar y tuviese un hijo. Ella personalmente pensaba acabar con esa felicidad.

La venganza contra Santiago le resultó fácil, iba a darle donde más le dolía, su hijo. Diana se paseó por el parque donde el colegio del niño de Santiago llevó a los alumnos de excursión para recoger plantas. Con cuidado se acercó a él y le entregó un caramelo envenenado que ella misma preparó, de algo le tenían que servir sus conocimientos en medicina.

Horas después Clemente, el hijo de Santiago, ingresó en Miller muy grave. Para suerte del niño en el hospital se dieron cuenta de inmediato de la señal de envenenamiento que presentaba y lo salvaron.

Cuando Miranda y Fernando se enteraron de lo sucedido, imaginaron de seguida que la mano de Diana estaba detrás de todo. Lamentaron tan solo haberlo prevenido y no haber puesto seguridad a Santiago y a su familia como al resto de los Miller cuando su ex mujer salió de la cárcel. Debieron suponer que él sería otro de sus objetivos. Pero ni la policía ni los guardaespaldas pudieron probar que Diana fuese la responsable de lo ocurrido a Clemente. Nadie lo vio con claridad ni existían cámaras que lo hubiesen grabado.

Después de esto, Diana decidió esperar unas semanas más para dar su próximo golpe a la familia Miller. Necesitaba que se confiaran.

* * *

El centro comercial por el que Marta y Pablo paseaban de la mano estaba lleno de gente como era normal en la época cercana a la Navidad. Ella centró la atención en dos niños pequeños que corrían y gritaban alrededor pidiéndoles a sus padres que los montasen en unas atracciones. Más adelante, pasaron por un café donde se celebraba el cumpleaños de unos niños, todos revoloteaban cerca de la entrada del lugar impidiendo que las personas paseasen con normalidad por el pasillo del centro comercial.

Marta se dijo que últimamente todo en su vida giraba alrededor de niños. Si bien la noticia de que sus dos mejores amigas iban a ser madres la alegró, en su fuero interno no se sentía tan dichosa como debería. Y eso fue algo que también notó Pablo. Podía percibir la rigidez y frialdad con la que le apretaba la mano; cuando la miraba tenía la cabeza en otra cosa, por muchas carantoñas y besos que le dio a lo largo de la tarde no consiguió bajarla de la rara nube en la que se encontraba y llevaba días sumida.

Le había preguntado infinidad de veces qué le pasaba, a lo que ella siempre le respondió lo mismo, nada. A sabiendas de que una pena interior la consumía y no lo entendía ni ella misma. Desde hacía unos días para acá deseaba ser madre como nunca antes, pero no lo compartió con Pablo. Sabía que él quería tener hijos y lo haría muy feliz más que se lo pidiese, pero Marta libraba otra batalla interior que no se atrevía a exteriorizar. Hacía unos días escuchó por casualidad una conversación donde dos mujeres hablaban de cómo le gustaban a Pablo las relaciones sexuales y de lo que el género femenino había perdido desde que tenía una pareja estable. Marta no pudo dejar de pensar en ello, e inevitablemente esto la ponía de malas. La atormentaba pensar todo lo que él había hecho con otras mujeres pero aún no experimentó con ella.

Cansado de esta situación y visto que no iban a encontrar la privacidad que necesitaban en ninguna otra parte, Pablo aprovechó que Marta decidió probarse un vestido y se coló en el probador.

—Por enésima vez en lo que va de día, Marta, ¿qué te ocurre? —le preguntó crispado y serio. La tomó del mentón para que lo mirase a los ojos de frente. No soportaba aquella situación por más tiempo—. Me mata no saber qué te pasa.

Se dijo que no había hecho nada para que estuviese de ese humor con

él, pero la notaba rara desde hacía unos días, y desde que llegaron al centro comercial fue peor.

—No me pasa nada —le mintió tras tragar con dificultad—. Podemos irnos, no me gusta el vestido y no creo que encuentre lo que busco. No estoy de humor para comprar.

Pablo la desafió con la mirada, pero no fue dulce y cariñosa como otras veces. Si pensaba que iba a escapar de él estaba muy equivocada. Si no lo quería resolver con palabras, bien, entonces lo resolverían a su modo.

Tras un breve silencio, la tomó entre sus brazos de forma brusca y se apoderó de su boca con ganas y pasión. Se deshizo del vestido medio abrochar que llevaba puesto y lo dejó arrugado en los pies de Marta mientras no paraba de acariciar su cuerpo. Al mismo tiempo anduvo con ella unos pasos hasta que su espalda tocó la frialdad del espejo del probador. En un principio, cuando Marta adivinó sus claras intenciones, opuso resistencia, quiso detenerlo, quiso decirle que no era el lugar ni el momento, que no estaba de humor para semejante arranque de pasión sin sentido, pero resultó que esto lo puso más. Que ella se le resistiese lo tomó como un juego y un reto a la misma vez. Pablo acababa de desabrocharse los pantalones y en su mirada no había opción a replica. Se limitó a mirarla como un depredador a punto de atacar a su presa.

—Rodéame la cintura con las piernas —le ordenó implacable.

En los ojos de Pablo se mostraba una aterradora necesidad que Marta no había advertido antes. Él le clavó los ojos sobre los suyos, bajó la cabeza y le cubrió la boca con sus labios en un beso firme, posesivo y exigente.

Marta estaba como hipnotizada, la impaciencia le hizo rendirse por completo cuando la besó de una forma tan pasional que logró arrancarle un gemido y que se estremeciese aferrada a él. Su cuerpo se prendió en llamas. La maestría de Pablo junto con la fogosidad de ella hicieron de aquel momento algo que ninguno de los dos podría olvidar jamás.

—Va a ser un polvo glorioso que te devolverá el buen humor, cariño.

La intensidad del momento la abrumó. En su cabeza se repetía una y otra vez que aquello no estaba bien, pero que la condenaran si la sensación que despertaba Pablo al susurrarle de esa forma en el oído no la estaba poniendo a cien.

—No te contengas, mi amor —le dijo con una sonrisa lobuna mientras le dejaba besos húmedos por la garganta.

—¿Qué me estás haciendo? —jadeó al borde del orgasmo—. Es

demasiado... intenso.

—Entonces es perfecto.

La embistió con fuerza, totalmente concentrado, sin apartar la mirada de la de ella. No quería perderse ni un solo segundo de sus reacciones. La obligó a acompañarlo mientras la tomaba con ímpetu por la cintura. Continuó incrementando los envites mientras acallaba los gritos de ella con sus besos.

El cuerpo de Marta estaba envuelto en una dolorosa necesidad que crecía hasta límites desconocidos, todo su ser se tensaba al atravesar un placer inigualable. Sin apenas ser consciente de ello, le arañó la espada a Pablo y le dejó el recuerdo de sus uñas impreso en la piel.

—Dámelo todo —le exigió Pablo al tomarla con una mano del pelo y obligarla a mirarlo—. Quiero poseerte una y mil veces, de todas las maneras posibles. En la mesa del salón, sobre la alfombra, en la encimera de la cocina... Quiero que leas en mis ojos las ganas que tengo de tomarte a cada segundo del día.

Las palabras de Pablo la impulsaban hacia un cielo que ya podía rozar con los dedos. Ni siquiera escuchaba ya el rumor de la gente en el exterior del probador. Su sexo se contraía entorno a él, que la invadía con más violencia cuanto más cerca estaban de alcanzar el éxtasis.

—Déjate ir —le susurró como si fuese una orden.

Apenas podía respirar. Su corazón palpitaba muy deprisa y los ojos le escocían por las lágrimas que trataba de parar cuando, por fin, obedeció y dio rienda suelta al orgasmo.

Pablo llegó al clímax, se tensó y la sujetó con firmeza junto a su pecho mientras recobraba la compostura.

—¿Nunca lo habías hecho en un lugar público? —se atrevió a preguntar entre susurros sin separarse de ella ni un milímetro.

Marta negó mediante un gesto que provocó una sonrisa en los labios de Pablo que pudo notar contra su cuello.

—Me alegra que estos actos desvergonzados solo los hagas conmigo —murmuró feliz.

—Sacas lo peor de mí —le reprochó.

—Yo diría justo lo contrario.

Pablo no se separó de ella, le compuso el sujetador con una sonrisa, se disculpó por haberle roto el tanga, le puso el pelo bien detrás de la oreja y le besó el cuello con mimo aspirando su aroma. Luego se compuso la ropa él bajo la atenta y lujuriosa mirada de Marta recostada sobre la pared.

Minutos después, cuando las secuelas del desbastador orgasmo desaparecieron, la sombra de la duda se instaló en la mente de Marta. No entendía qué había llevado a Pablo a hacer algo como lo que acababan de hacer pero lo que sí sabía era que jamás se había comportado de esa forma. Había dejado atrás las galanterías. No fue tierno ni romántico, como el Pablo al que estaba acostumbrada, había sido brusco, autoritario y exigente. Dominante.

De camino al coche, lejos de sentirse relajada y feliz, estaba tensa y molesta. Imaginó a Pablo en esa misma actitud posesiva con otras mujeres y el estómago se le revolvió hasta el punto de no soportarlo más.

—¿Así era como te tirabas a las mujeres que han ocupado tu vida durante estos años? —le preguntó como un claro reproche—. ¿En cualquier lado y de forma brusca? —Lo observaba de forma reprobatoria como si tuviese derecho a una explicación.

A pesar de haber arrancado el motor Pablo no puso en marcha el coche, la miró tan descolocado y sorprendido que necesitó unos segundos para tratar de comprender qué pasaba por la cabeza de Marta en esos momentos.

—¿Qué coño dices?! —bramó casi fuera de sí.

No entendía que, después de lo que habían vivido, ella le saliese con eso. Él solo pretendió devolverle el buen humor y alejar de su mente lo que fuera que la abrumaba y no se lo decía.

—Hoy ha sido diferente. Muy diferente a las veces anteriores. —Marta hizo que sonase casi como una acusación.

Pablo chasqueó la lengua, incómodo, se revolvió en el asiento y se pasó las manos por la cabeza para tratar de serenarse. No quería mantener esa conversación en el coche y en medio de un parking.

—Aparte de ti, nunca fui un romántico en mis conquistas —le confesó malhumorado—. Prefería otro tipo de encuentros más rápido, sin que se mezclasen los sentimientos.

La mente de Marta continuaba pensativa con la vista fija al frente, no le replicó ni pensaba hacerlo. El coche se puso en marcha y abandonaron el aparcamiento en un silencio tan sepulcral que daba pavor.

Tras unos minutos de tensión en el ambiente, Pablo la tomó de la mano, se la apretó en un gesto cariñoso y, más calmado, la miró mientras esperaban que se abriese la puerta del garaje del edificio. En ese estado no quiso ir a casa de su suegra.

—No pienses ni por un solo segundo que lo que ha pasado entre

nosotros en ese probador se asemeja a lo que pude llegar a tener con ninguna mujer antes. Tú eres especial, y no me creas tan ingenuo como para no haberme dado cuenta que has sentido que te trataba como si fueses la única mujer en el mundo, porque para mí lo eres.

—Nunca había sido como hoy. No entiendo por qué has estado conteniéndote conmigo —le dijo avergonzada. Pero después de lo que él acababa de decirle, nada podía estropear el sentimiento de posesión que se le había instalado en el pecho—. No vuelvas a reprimirte conmigo, ¿entendido? —le exigió—. No soy ninguna flor delicada que se rompa si la tocas con más intensidad de la normal, ni soy una remilgada. La sesión de sexo que hemos tenido en ese probador ha sido la mejor de toda mi vida, y no estoy dispuesta a renunciar a eso ahora que lo he probado.

Pablo soltó una sonora carcajada y la besó con devoción. Ella siempre conseguía sorprenderlo.

—¿Me lo vas a decir? —le preguntó más calmado cuando entraron en su casa—. Has estado muy rara estos días... y esos reproches... Recuerda, no más secretos —le recitó a modo de reprimenda.

—Han sido varias cosas. —Tomó aire y se sinceró—. Por un lado, me ha afectado tanto embarazo a mi alrededor. No me malinterpretes, me alegro por mis amigas, pero no puedo evitar el deseo de sentir la alegría que ellas sienten en estos momentos junto a sus parejas.

Pablo fue hasta ella y la abrazó conmovido por aquella revelación. Pudo percibir el dolor de Marta.

—¿Qué más hay? —deseó saber mientras le acariciaba el cabello con mimo manteniéndola pegada a su pecho.

—Escuché a dos mujeres alardear de los encuentros que tenías con el género femenino y lo satisfactorios que resultaban —le reveló entre susurros sin mirarlo a la cara. En esos momentos comprendía que días atrás se había comportado como una niña. Ni ella misma entendía sus cambios de humor—. No sé qué me pasa. Discúlpame, he sido una tonta.

—Sabes que para mí no hay más mujer que tú. Tus recuerdos son los únicos que atesoro en mi memoria. No puedo borrar mi pasado, pero siempre fuiste la única en mi corazón. Te amo.

—Lo sé.

* * *

Ese año fueron las mejores navidades de la familia Miller en mucho tiempo, incluso los padres de Pablo decidieron pasar unas semanas en Barcelona para disfrutar de sus hijos y de su nieto.

El día de Reyes Pablo preparó un regalo muy especial a Marta, algo que jamás olvidaría.

—Vamos dormilona, que han llegado los Reyes. —Pablo la zarandéo en la cama en la que dormían. Por motivos de seguridad con respecto a Diana, aún continuaban viviendo en casa de Lorena.

Al ver que todo estaba muy oscuro Marta se revolvió somnolienta, miró el reloj y vio que eran las siete de la mañana.

—¿Pero tú has visto qué hora es? —lo reprendió al taparse los ojos molesta por la luz que Pablo encendió en la habitación.

—Vamos, tengo que llevarte hasta mi regalo de Reyes —le dijo tirando de ella para que saliese de la cama—. Quiero que sea el primero que recibas hoy. ¡Vístete! —le ordenó muy ilusionado.

—Te has levantado muy mandón hoy —lo reprendió saliendo de la cama mientras se restregaba los ojos con las manos—. ¿Para qué quieres que me vista? —Lo observó colocarse unos vaqueros y un jersey—. Toda mi vida he abierto mis regalos en pijama.

Al mirarla ahí frente a él, en pijama, con el pelo revuelto y tan deseable como la encontraba siempre, se le ocurrió algo. Con decisión, fue hasta ella, la cogió desprevenida y, con la rapidez de un rayo, se la colocó al hombro como si fuese una pluma. Marta protestó al instante, él se agachó a recoger sus zapatillas de deporte, abrió la puerta y continuó con ella cargada por el amplio pasillo de la casa de su suegra.

—No querrás despertar a tu madre —le ordenó risueño, y enfatizó las palabras con un cachete en la nalga que la hizo jadear.

—¿Dónde vamos? —preguntó asombrada cuando vio que salían a la calle y se dirigían al coche.

—Voy a llevarte con tu regalo de Reyes. —Le mostró una espectacular sonrisa sin revelarle nada más y salieron de la propiedad.

—¿Dónde vamos? ¿Qué me has comprado? —La tenía totalmente intrigada y no se imaginaba qué podría ser.

—Ya lo verás, mi amor. Está cerca —le dijo acariciándole la pierna para hacer que se tranquilizase un poco, aunque él estaba más nervioso que ella.

—Pablo, voy en pijama —le recordó mientras miraba sus pintas y se

componía el pelo en el espejo del coche.

—No importa, nadie te verá.

Pablo no le habló más ni se volvió para mirarla, se concentró en la carretera y ella se dijo que lo hacía para desesperarla.

En un par de minutos llegaron a la urbanización donde vivían Miranda y Fernando, pero Pablo no tomó la dirección de su chalet, sino otra cercana. Paró el coche, se bajó, le abrió la puerta, y la ayudó a salir. Ella sintió el frío matutino de enero al mismo tiempo que Pablo la pegaba a su cuerpo y la refugiaba junto a él. Anduvieron hasta la puerta de la preciosa propiedad y se sorprendió al escuchar el tintineo de unas llaves. Sin darle tiempo a asimilar nada, Pablo introdujo una en la cerradura de la cancela y la empujó con suavidad haciéndola pasar.

—Es tu regalo —le reveló con una gran felicidad pintada en la cara.

—¿Qué? —preguntó asombrada casi sin voz. No se lo esperaba.

Pablo la tomó de la mano con fuerza y Marta lo siguió.

—Me pareció un lugar maravilloso para vivir el resto de nuestra vida. Un gran jardín con piscina y una casa enorme con muchas habitaciones, para nuestros futuros hijos.

—¿Has... has comprado esta casa? —Ella admiraba el magnífico chalet con la boca abierta, sin salir de su asombro y asimilar aquello.

—¿Te gusta?

—Me gusta. Tú y yo aquí... —Pablo la condujo al interior de la casa mientras ella miraba al detalle todo aquello como alucinada.

—Nuestro hogar. —La abrazó, aspiró el olor de su cabello y esperó a que ella dijese algo.

—Me encanta. Es... increíble —susurró al fin, con lágrimas en los ojos —. De verdad, no me lo esperaba.

—Y no hemos roto tú tradición de recibir los regalos en pijama — bromeó mientras se deleitaba con la enorme felicidad que embargaba a Marta —. ¿Qué te parece?

—Es perfecto, Pablo.

—No. Tú eres perfecta y haces que mi vida lo sea junto a ti. —La besó en medio de aquel salón vacío, con el deseo de verlo convertido en su hogar muy pronto, con niños corriendo por allí.

—¿Cuándo has comprado esta casa que no he sospechado nada? —deseó saber.

—Fernando me avisó de que estaba en venta y luego me ayudó, pero

solo con el tema legal. —La tomó con firmeza por la cintura, la elevó entre los brazos mientras daba vueltas con ella y le confesó—: Me lo puedo permitir.

—Lo tuyo es mío y lo mío es tuyo.

—Me haré a la idea por completo cuando vuelvas a ser mi mujer legalmente de nuevo.

—Bien, me tendré que casar contigo de nuevo para que aceptes todo mi dinero. —Pronunció resignada, con un mohín sonriente y feliz.

Aquello era el sí que llevaba esperando mucho tiempo, Pablo la abrazó eufórico y dio más vueltas con ellas.

—Te amo.

Aquella tarde al poco de terminar de almorzar toda la familia Miller estaba reunida después de entregarse sus mutuos regalos de Reyes, Pablo y Fernando se mostraron un tanto misteriosos entre confesiones al oído y miradas cómplices que hicieron pensar al resto que algo tramaban.

Al cabo de una hora los hermanos se marcharon con una excusa tonta la cual no convenció a sus parejas. Al rato, Miranda recibió una llamada de su marido en la que le indicaba que saliese al jardín de la casa con Marta.

De inmediato advirtieron el sonido de una avioneta que sobrevolaba la casa de Lorena, dirigieron la vista al cielo y ahí lo vieron. Un enorme cartel que decía: “*Te amo, Marta Miller. ¿Quieres casarte conmigo?*”.

Con el corazón a mil por horas Marta lo leía alucinada, las letras eran grandes y en color rojo con enormes corazones por toda la pancarta. Sonrió como una niña pequeña ante aquello, era el acto de amor más maravilloso que había recibido nunca. Dos lágrimas le resbalaron por el rostro de la emoción mientras buscaba a Pablo por el jardín.

Alberto apareció con su abuela y se situaron junto a Marta y Miranda con la vista clavada en la avioneta que sobrevolaba en círculos por toda la propiedad.

—El tío se ha vuelto loco. ¡Eh, mirad! —dijo Alberto señalando con el dedo hacia el cielo. Un paracaidista se preparaba para saltar del la avioneta—. ¡Joder qué pasada! Yo quiero tirarme en paracaídas —admiró el chico con la boca abierta.

El corazón de Marta latía lleno de emoción y miedo. Ver que Pablo era capaz de hacer todo aquello por ella la desbordó de alegría, sin embargo un enorme miedo se apoderó de ella al verlo saltar de aquella altura. Se llevó la

mano al pecho y ahogó un grito cuando se precipitó al vacío y el paracaídas se abrió.

Cuando aterrizó en tierra firme, todo estaba calculado para que lo hiciese en el inmenso jardín de la mansión de Lorena, Marta corrió hasta él y se fundieron en un gran abrazo lleno de besos y promesas de amor.

—Sí, quiero. Quiero ser tu mujer, quiero que nos casemos de nuevo — le dijo Marta recorriéndole las mejillas con ambas manos y besándolo por todo el rostro sin parar—. Te amo. Eres maravilloso.

Aquellas palabras hicieron a Pablo un hombre muy feliz, ese sí que era el mejor día de Reyes de toda su vida. Hincó una rodilla en el césped y sacó un anillo del bolsillo. Con dedos temblorosos, y la atenta mirada de Marta bañaba en lágrimas de emoción, le colocó el impresionante anillo que le había comprado.

—Me esforzaré cada día mi vida para que vivas un verdadero cuento de hadas. Te lo debo.

Febrero llegó y con él la inauguración del nuevo restaurante *Beltrán* en Madrid. Lorena se trasladó a la ciudad a principios de mes pues tenía previsto que la apertura fuese con una gran fiesta por todo lo alto y necesitaba supervisarlos de cerca para que todo saliese de maravilla.

Federico, el jefe de seguridad, con el que día a día había forjado una sólida relación, insistió en acompañarla personalmente a pesar de que Lorena le dijo una y mil veces que no consideraba que Diana fuese un peligro para ella mientras estuviese en Madrid. Su cuñada no se había movido de su casa de Barcelona desde hacía dos meses y según las personas que la vigilaban siempre desarrollaba la misma rutina.

Lorena insistió en que la noche de la inauguración de *Beltrán* Federico la acompañase como un amigo, no como seguridad. Es más, tan solo permitió que esta estuviese en la puerta para controlar el acceso de las personas, dentro de su nuevo restaurante quería sentirse libre, relajada y feliz con toda su familia y amigos más allegados que estarían ahí apoyándola en ese proyecto tan importante en su vida que deseaba saliese lo mejor posible.

Como requisito indispensable para aquella noche, todas las mujeres debían acudir vestidas de rojo y los hombres de esmoquin negro. Era el día de los enamorados y Lorena deseaba que solo predominasen esos colores en la fiesta. La decoración, tan exquisita como el gusto de la dueña, haría el resto.

Días antes de la inauguración del restaurante tanto Marta, acompañada de Pablo, como Miranda, junto a Fernando y Alberto, se trasladaron a Madrid para asistir al evento.

La casa que la familia Miller tenía en Madrid se llenó de gente y bullicio a la hora de prepararse para la gran noche. Mientras Miranda y Marta se ayudaban con sus preciosos vestidos, los tres hombres de la familia debatían sobre la incomodidad del esmoquin. Para Fernando no era un problema, lo había llevado en varias ocasiones, pero Alberto y Pablo era la primera vez que lucían uno.

—¿Y por qué no puedo ir en vaqueros? —protestó Alberto al ponerse la pajarita.

—Porque tu abuela quiere que vayamos todos los hombres así —le explicó por enésima vez su padre, a punto de perder la paciencia.

—Joder, no me gusta esto.

—¿Y lo que vas a ligar esta noche? —le comentó Pablo para animarlo—. Estás muy guapo.

—No habrá gente de mi edad. Me aburriré.

Marta, que lo escuchó quejarse, salió en su ayuda.

—La hija de Federico irá con él, me lo dijo la abuela. Solo es un par de años mayor que tú.

Alberto puso los ojos en blanco y se marchó a la cocina a por un vaso de agua.

—Estás guapísimo, mi amor. —Marta admiró a Pablo listo para salir—. Si no estuviera ya enamorada de ti, esta noche caería rendida a tus pies. —Lo besó en la mejilla con infinito amor.

—Eh, ¿y a tu hermano no le dices nada? —protestó Fernando haciéndose el celoso.

Después de una fuerte carcajada, lo elogió y lo besó con el amor más profundo que se le puede tener a un hermano como él.

La inauguración estaba llevándose a cabo muy bien, tal y como tenían planeado. Miranda, Fernando, Marta y Pablo, se encargaban de recibir y hablar con los invitados ya que Lorena no daba a bastos esa noche.

Antes de la cena, Lorena subió al escenario y dijo unas palabras de agradecimiento a los presentes, brindaron por la inauguración de *Beltrán* y ella cortó una cinta roja en señal de bienvenida y futuro para su restaurante en Madrid. Mientras Lorena se hacía fotos y posaba para la prensa, Miranda y Marta fueron alertadas de que había un problema en la cocina. Ambas se dirigieron al lugar para ver qué sucedía y su sorpresa fue de infarto cuando se encontraron frente a frente con Diana Miller apuntándolas con una pistola.

La cocina estaba desierta de personal y toda la comida que debía ser servida esa noche tirada por el suelo. La sonrisa de victoria en el rostro de Diana daba pavor. Disfrutaba de la cara de desconcierto de Miranda. Marta miraba con horror a la mujer a la que apenas recordaba. En su mente aparecieron los recuerdos de ella y no pudo controlar que el corazón se le acelerase. Miranda vio cómo se llevaba una mano al pecho y se preocupó de inmediato, miró hacia la puerta que tenía detrás de ella y, al hacerlo, las piernas le temblaron y tuvo que sostenerse en la encimera con el corazón desbocado. Alberto había entrado en la cocina casi detrás de ellas. El chico se

quedó paralizado al ver la terrible situación. Una desconocida apuntaba a la cabeza con un arma a su madre y a su tía. Luego las puertas quedaron cerradas y el cómplice de Diana la custodiaba por fuera, asegurándose de que no entrase nadie.

No estaba entre los planes de Diana que Alberto estuviese allí, ella solo quería a las tres mujeres Miller de las cuales pensaba vengarse esa noche. La próxima en entrar tenía que haber sido Lorena y no el chico.

—Vaya, vaya. Toda la familia reunida. Me falta uno —comentó con ironía Diana haciendo referencia a Fernando.

—¿Qué quieres?

Una valiente Miranda dejó el miedo atrás y dio un paso hacia ella, encarándola. Tenía que dominar la situación si no quería que aquella loca terminase con la vida de todos. La conocía bien y había visto la venganza reflejada en los ojos de Diana. —¿Quién es esta mujer, mamá? ¿Qué quiere de nosotros? —preguntó Alberto asustado yendo al lado de su madre. Trató de protegerla pero Miranda lo puso tras ella, no permitió que estuviese al alcance de Diana.

De repente, la alarma de incendios del local saltó y desde la cocina se escuchó un gran revuelo fuera.

Todos los invitados comenzaron a correr hacia la salida del restaurante, alarmados. Federico tomó los mandos de la situación y se encargó de hacerlos salir de seguida. Ordenó de inmediato a Lorena y Verónica, su hija, que saliesen mientras Fernando y Pablo buscaban entre el gentío con cierto nerviosismo a sus mujeres. No había ni rastro de Marta ni de Miranda, no pensaban marcharse sin ellas. En medio de su búsqueda desesperada un camarero se les acercó y les aseguró que las hermanas Miller estaban ya fuera en la calle junto con Alberto. Pablo y Fernando respiraron tranquilos y salieron del restaurante con prisas por reunirse con ellas.

Cuando el cómplice de Diana le comunicó que su encargo estaba hecho, ella respiró tranquila. Su plan se desarrollaba como lo había trazado. Llevaba meses planeándolo y lo tenía todo calculado. Solo le falló que Lorena estuviese allí presente, pero no importaba. Ese hecho no iba a alterar sus planes.

—Soy tu tía, muchacho —declaró con orgullo—. La hermana de tu abuelo. No puedo creer que tu madre no te haya hablado de mí —ironizó con una mueca que pretendía ser una sonrisa socarrona.

Alberto miró a su madre y a Marta con los ojos muy abiertos sin

comprender nada.

—No le hablo a mi hijo de asesinas —le espetó Miranda entre dientes, fulminándola con los ojos.

El miedo era latente en el rostro de Marta que miraba a Diana sin poder pestañear siquiera. Ver el arma tan cerca y sentir el odio que su tía les profesaba era todo cuanto necesitaba para saber que, en esta ocasión, sí terminaría lo que no pudo llevar a término años atrás.

—Si eres la hermana de mi abuelo, ¿por qué nos apuntas con una pistola? —le dijo a Diana demostrando una valentía atípica en una chico de su edad.

—Porque tu madre me arrebató todo en la vida y ha llegado la hora de que pague —le escupió con un gran rencor reflejado en el rostro.

—Yo no te arrebaté nada. Tú solita te cavaste tu propia tumba —le gritó Miranda con valentía, se dijo a sí misma que no iba a dejar que Diana la acobardase. Si ese era el final pensaba afrontarlo de frente y sin agachar la cabeza.

La actitud de Miranda hizo que Diana avanzase hacia ella y le apuntase directo al corazón, tanto que el arma casi le rozaba la piel.

—¡Me lo arrebataste todo! —le recriminó fuera de sí—. Por tu culpa mi hermano conoció a tu madre. Cuando apareciste en la clínica para trabajar en ella Alberto solo sabía complacerte, me hizo a un lado, a mí, su propia hermana, por alguien que ni siquiera era su hija. Te benefició en su testamento como a sus otros dos hijos biológicos y a mí me dejó una casa. ¡Solo una casa! —Le echó en cara gritándole. Comenzaba a perder los papeles.

—Tu odio es contra mí, Diana. Deja que Marta y Alberto se marchen. Arreglemos esto entre nosotras a solas, a mí es la que odias. No soy nada tuyo. Ellos son hija y nieto de tu hermano, ese hombre al que amaste tanto en un pasado, hazlo por eso —le propuso Miranda con valentía.

Al escuchar con el desgarró que Miranda los defendía, Alberto abrazó a su madre. No pensaba dejarla allí con esa loca.

Un nudo apesaba la garganta de Marta y no la dejaba hablar, sentía una gran opresión en el pecho que le impedía respirar con normalidad. El aire comenzaba a faltarle, respiraba con dificultad.

—Alberto, tú puedes marcharte. No tengo nada contra ti —le dijo Diana tras pensar por unos segundos la propuesta de Miranda—. Te pareces tanto a mi hermano... —Se lo quedó mirando embobada—. Disparar contra ti sería

como hacerlo contra él. Aunque debo admitir que nada me gustaría más que ver el dolor de tu madre si te matase ante sus ojos. —Le espetó mirándola a los ojos con rencor y tanta maldad que hizo que Miranda se estremeciese y abrazase más fuerte a Alberto—. Pero tú Marta, a ti te odio igual que a Miranda, te mataré primero y con eso me daré por satisfecha cuando vea el horror reflejado en la cara de tu hermana.

—Ella es hija de tu hermano. Lleva tu sangre. —Trató de defenderla Miranda.

—Lleva la de tu madre. —Le gritó Diana fuera de sí apuntando a Marta—. Odio a Lorena, y mi venganza por arrebatarme todo será matar a sus dos hijas.

Ahí estaba, las iba a matar a las dos.

—Diana, ¿cuánto dinero quieres? Te lo daré todo —le propuso Marta haciendo grandes esfuerzos al hablar mientras pensaba con rapidez cómo parar a aquella loca y ganar tiempo.

Sabía que su tía se movía por dinero, quizás consiguiese pactar con ella sin salir nadie herido.

—No quiero dinero. Después de esto no tendré escapatoria, lo sé. Volveré a la cárcel o a un hospital, tengo un cáncer terminal y voy a morir en pocos meses. No me importa nada, solo vengarme de ustedes antes de morir y reunirme con mi querido hermano.

Ante su revelación Marta y Miranda supieron que esta vez Diana sí las mataría, no tenía nada que perder solo saciar aquella sed de venganza alimentada por muchos años.

—Alberto, márchate y cuéntale a tu querida abuela lo que voy a hacerle a sus hijas, que vaya preparando el funeral. Eso es lo que a ella se le da bien, los eventos multitudinarios. Dile que este tendrá mucha repercusión.

Alberto se negó a marcharse, se aferró más al cuerpo de su madre y negaba con la cabeza.

—Cariño, vete —le rogó Miranda tomándole la cara con ambas manos. Trataba de no llorar y hacerse la fuerte.

Las lágrimas se apoderaron de los precisos ojos de Alberto y Miranda sintió que se le partía el corazón.

El cuerpo de Marta apenas era capaz de sostenerse en pie, algo le ocurría que ni ella misma era capaz de controlar. Dio un traspié y tuvo que apoyarse en la encimera para no caerse, se sentía muy débil. Miranda trató de acudir en su ayuda al advertir el rostro pálido y sudoroso de su hermana pero

Diana se lo impidió apuntándola con el arma de cerca.

—No te muevas —le advirtió amenazante—. ¿Te sientes mal querida sobrina? —Se burlaba de Marta sin mostrar el más mínimo sentimiento.

Diana se acercó a ella sonriente al disfrutar del momento. Marta tenía la cabeza en dirección al suelo y una mano en su pecho mientras trataba de normalizar su respiración. Lo que menos deseaba era darle la satisfacción de verla morir ante sus ojos de un ataque al corazón. Alberto quiso ir junto a su tía, pero su madre no lo dejó avanzar. No quería exponerlo, todo se complicaba al estar él ahí.

—Vete y busca ayuda —le dijo en un susurro Miranda a su hijo. Era la única forma que tenía de convencerlo de que desapareciese de escena.

Tras unos segundos Miranda vio cómo su hijo asintió cabizbajo. Él era el único que podía salir de ahí y pedir ayuda, aunque ella estaba segura que nada más saliese Diana las mataría. No se iba a exponer a que alguien le truncase el plan.

—Márchate ya, Alberto —le aconsejó Diana centrada en apartar el pelo de la cara de Marta. Quería mirarla a los ojos y disfrutar de su sufrimiento—. Dudo que quieras presenciar cómo mato a tu madre y a tu tía y vivir con el recuerdo de eso el resto de tus días.

Arrastrando los pies y resignado a dejar a ambas en manos de aquella loca, Diana observó cómo Alberto abría la puerta para marcharse.

Miranda lo miraba despidiéndose de él. Sabía que era la última vez que lo vería y no pudo contener las lágrimas de impotencia que cayeron por su rostro. Deseaba que su hijo desapareciese de allí, Diana la pensaba matar pero ella no se lo iba a poner fácil. Sin Alberto a su lado se enfrentaría a esa mujer y lucharía por su vida y la de Marta como una leona.

Sumida en estos pensamientos escuchó un fuerte alarido por parte de Diana y comprobó de inmediato que Marta le había clavado un cuchillo en el brazo. La pistola que sostenía en su mano cayó al suelo y ambas mujeres forcejeaban en una pelea.

De inmediato Miranda fue hasta la pistola tirada en el suelo y la alejó con el pie del alcance de Diana, que con habilidad había cogido un cuchillo del suelo y trataba de defenderse con él.

Marta se sentía débil pero había sacado fuerzas de donde no las tenía para enfrentar a su tía. Con otro cuchillo en la mano desafiaba a Diana.

Alberto no llegó a abandonar el restaurante del todo, cuando escuchó gritos y revuelo de cacharros en la cocina regresó. Al entrar de nuevo corrió

hasta Diana que trataba de atacar a Marta, le dio un golpe por la espalda y la dejó inconsciente en el suelo.

Miranda reprendió con la mirada a su hijo y al mismo tiempo le dio las gracias por la valentía que mostró. Fue de inmediato junto a Marta que no estaba bien, de rodillas trataba de sostenerse mientras respiraba con mucha dificultad.

—Alberto, ayúdame —le dijo Miranda. El muchacho comprobaba que Diana no estaba muerta—. Tenemos que sacar a la tía Marta de aquí. Está mal.

Los ojos con los que su madre lo miraba le hicieron saber que si no la sacaban de allí de inmediato la perderían. Alberto intentó coger a su tía en brazos y salir de la cocina. Marta se sentía muy débil y no podían perder tiempo de llevarla a un hospital, pero cuando fue a hacerlo Diana se levantó con la velocidad de un rayo y lo golpeó con un cazo en la cabeza. Alberto cayó al suelo aturdido al mismo tiempo que Miranda se enfrentó a Diana como una fiera.

Entre tanto Marta se desmayó y cayó al suelo inconsciente.

Una valiente Miranda se hizo con una sartén en sus manos y se enfrentó a Diana, que portaba un gran cuchillo en la mano derecha y buscaba el arma tirada en el suelo.

Ambas mujeres forcejearon, Diana trató de clavarle el cuchillo en varias ocasiones, pero Miranda supo moverse con agilidad. Las dos corrían por la cocina una detrás de otra tirando y sorteando obstáculos. En esto Diana se hizo con un soplete por puro azar y trató de usarlo contra Miranda. Le quemó un poco el brazo, pero ella consiguió arrebatárselo de un manotazo y lo tiró al suelo. Luego ambas mujeres llegaron a las manos, rodaron por el suelo y trataron de defenderse.

Entre tanto no fueron conscientes de que se había prendido fuego en la cocina mientras estaban enfrascadas en su particular pelea. Miranda consiguió golpear a Diana y dejarla atontada. Justo en esos instantes se dio cuenta que debían salir de allí de inmediato porque la cocina ardía. Fue corriendo hasta su hijo, alarmada lo revisó y comprobó que Alberto solo estaba aturdido. Con prisas y desesperación lo instó a ponerse en pie y ayudar a su tía para salir del lugar cuanto antes, las llamas cada vez se hacían mayores. Con la ayuda de su madre comenzaron a salir de la cocina dejando a Diana tirada en el suelo. Al reaccionar y darse cuenta de que escapaban, divisó una bombona de gas cerca. Se levantó como pudo, fue hasta ella y la

abrió con esfuerzos y empeño.

Antes de salir, Alberto se dio cuenta de la maniobra que intentaba Diana para que no llegasen a escapar y muriesen todos juntos en una explosión de gas. Avanzó más rápido con su tía y su madre, tirando de ambas, y cuando la bombona explotó la puerta por la que salían estaba casi cerrada y ellos fuera de la cocina, pero aún así, el impacto fue demasiado grande y, como la puerta no se cerró por completo, la onda expansiva los golpeó y los lanzó contra las mesas y sillas del salón. De inmediato el humo y las llamas que lograron escapar antes de que se cerrase la puerta contra incendios devoraban el salón.

Alberto se levantó con dificultad al instante de caer, tosía, le escocían los ojos y apenas veía. Su madre estaba a su lado inconsciente, la cogió en brazos y trató de buscar a su tía, pero no veía a Marta por ningún lado. El humo y las llamas cada vez se hacían mayores. Ante esto decidió salir con su madre y buscar ayuda, era consciente de que él no podría salir del restaurante con las dos.

Los bomberos llegaron de inmediato y comenzaron a entrar por la puerta de detrás de la cocina, el verdadero origen del incendio. Federico se encargaba de dar las instrucciones oportunas mientras Fernando y Pablo continuaban buscando a sus mujeres y a Alberto entre la multitud de gente congregada a las puertas de *Beltrán*.

Con dificultad y apenas fuerzas Alberto salió a la calle con su madre en brazos haciendo grandes esfuerzos por conseguir ayuda. Cuando Federico lo vio aparecer casi se le cayó el alma a los pies, el interior del local no estaba evacuado por completo como pensaba. Alberto cayó de rodillas con su madre en brazos, respiraba con dificultad por el humo y el esfuerzo, trataba de aclararse la voz para explicarle a su padre y a su tío, que ya estaban a su lado, qué ocurría dentro del restaurante.

De inmediato Fernando, muy alarmado, tomó a su mujer en brazos y comenzó a examinarla horrorizado. Pablo se dedicó a su sobrino, tenía sangre en la cabeza.

—La tía está dentro. No la encontré. —Logró decir Alberto con las lágrimas rodándoles por el rostro manchado de sangre. Les explicaba alterado y nervioso a su padre y a su abuela lo ocurrido dentro con una mujer llamada Diana.

Lorena necesitó sentarse en un escalón en medio de la calle porque las piernas le fallaron.

Federico, que estaba al lado de ellos junto con Lorena, de inmediato se alejó para ir en busca de los bomberos. Estos debían entrar a rescatar a Marta.

—¿Qué?! ¿Dónde? —La cara de Pablo palideció y sus ojos se posaron en la puerta principal de *Beltrán* por la que salía humo.

De repente Pablo soltó a su sobrino, se puso en pie y sin pensárselo echó a correr para rescatar a la mujer que amaba con desesperación.

Lorena observó el humo y las llamas que aparecían por las ventanas con lágrimas en sus ojos y trató de ir con Pablo, pero Alberto la retuvo.

—Pablo, es una muerte segura que entres ahí dentro —le gritó Fernando con Miranda en sus brazos. No podía dejar a su mujer en esos momentos y entrar con su hermano a rescatar a Marta. Miranda aún no reaccionaba y no había ninguna ambulancia para que se hiciese cargo de ella.

—Pues moriré con ella —respondió antes de entrar sin pensárselo.

Pablo buscaba a Marta entre el humo como un loco, la llamaba pero ella no le contestaba ni la veía por ningún lado. Desesperado gritaba esperanzado en que el amor de su vida le respondiese y aún se encontrase con vida y no fuese demasiado tarde.

Los bomberos entraron detrás de Pablo y tras esto se escuchó otra fuerte explosión dentro del restaurante. Fuera todos temieron por la vida de ellos. Miranda ya había recobrado la conciencia y se restablecía en los brazos de su marido. Lorena lloraba desconsolada mientras Federico la retenía abrazaba a él con fuerza. El hombre se culpaba de todo ese desastre que tenía ante sus ojos. Una vez más Diana Miller había llegado hasta sus objetivos burlando su seguridad.

Tras varios minutos dentro y una eterna agonía para los que esperaban fuera Pablo logró aparecer por la puerta de salida con Marta en los brazos. Lorena dio un grito de alegría nada más verlos aparecer y corrió hasta su hija. Miranda se quitó la mascarilla de oxígeno y se bajó de la camilla en la que la montaban. Pablo venía un poco afectado por el humo, se tambaleaba y tosía cuando dejó a Marta en el suelo.

Los médicos que estaban con Miranda se hicieron cargo de ella. Marta estaba inconsciente y su pulso era muy débil. Le pusieron oxígeno de inmediato y se movieron frenéticamente a su alrededor. Fernando auscultaba a su hermana sin perder ni un solo segundo, su mujer estaba a su lado muy preocupada y le pedía que la dejase hacer a ella, no había nada bien a su hermana. Pablo intentó acercarse a Marta y atenderla, vociferaba que era su médico y tenía que salvarla, pero Lorena y Federico no se lo permitieron. No

estaba bien del todo, aún tosía y respiraba con dificultad.

Miranda comenzó a dar órdenes al resto de los médicos, conocía bien a Marta y sabía que su estado era crítico. La enchufaron de inmediato a una máquina que marcaba su frecuencia cardiaca, la marcó muy débil y tras unos segundos esta se paró. Fernando y Miranda se miraron aterrorizados. Marta no tenía pulso, la máquina pitaba y una línea continua se mostraba en ella. Ante el insistente pitido Pablo se acercó a ella desquiciado y gritando, no podía perderla. Fernando trataba de reanimarla con sus manos, pero no conseguía traerla de nuevo a la vida. Los segundos pasaban, parecían eternas horas, mientras todos veían como Marta se les iba de las manos.

En un arranque inesperado Pablo apartó a su hermano del lado de Marta y ocupó el lugar de este, no podía dejar que muriese. Pidió el desfibrilador y sin importarle nada más se lo aplicó. En un primer intento no fue, aumentó la potencia mientras rezaba para que su gran amor saliese de esa. Nunca en su vida había sentido tanto miedo, no podía perderla. No después de todo lo que habían pasado y solo les quedaba ser muy felices el resto de sus vidas. Lo intentó de nuevo, desesperado y esperanzado en que Marta regresase a su lado. No iba a dejarla morir, ella tenía que vivir y agotaría hasta el último recurso.

Los brazos de Fernando aferraban a Miranda, que lloraba desconsolada contra el pecho de su marido incapaz de mirar a su hermana allí tumbada en el suelo medio muerta. Lorena lo hacía en los brazos de Federico, y Verónica consolaba a Alberto mientras Pablo no se daba por vencido. Continuaba reanimando a Marta, tenía que gastar hasta el último cartucho en tratar de salvarle la vida. Ella no podía morir, se decía con las lágrimas rodándole por el rostro mientras le aplicaba de nuevo el desfibrilador a más potencia, pero Marta no daba señales de vida.

... 20 días después.

El sudor le empapaba todas las partes del cuerpo mientras Pablo se machacaba en el gimnasio de su casa después de volver de correr bajo la incesante lluvia que se cernía sobre Barcelona esa mañana de sábado. Llevaba varias semanas metido entre cuatro paredes sin salir y necesitaba echar fuera todo lo que tenía acumulado dentro tras los días de sufrimiento pasados desde el incendio en *Beltrán*.

Con la mente en otro lado, Pablo hizo duras flexiones en el suelo sin parar, como castigándose por algo de lo que no tenía culpa alguna. Sentía que nunca podría olvidar el sufrimiento y el dolor de tener a Marta entre sus brazos, sin latidos en el corazón. Esos recuerdos se apoderaban de su mente entre sueños y conseguían que se despertase sobresaltado y sudoroso, con aquella imagen tan desagradable ante sus ojos. Descubrió que hacer ejercicio físico le mantenía la mente despejada y lograba alcanzar la lucidez que necesitaba para ordenar lo que sería de su vida en adelante. Si de algo estaba seguro era de que ya nada sería igual que antes.

De repente, una voz femenina lo sacó de la burbuja en la que se encontraba.

—Llevo menos de cinco minutos aquí y he de decirte que has conseguido ponerme cardiaca, doctor. Y pensar que ese espectacular cuerpo es todo mío. —Marta lo miraba recostada sobre el marco de la puerta mordiéndose el labio inferior con ganas de devorarlo allí mismo.

Todo su magnífico cuerpo en tensión, en el que se delineaba cada músculo, se exhibía ante la vista de ella y había conseguido dejarla con un deseo latente por pasear las manos por cada parte de él y besarlo en cada rincón.

Esa dulce voz consiguió sobresaltar a Pablo, alzó la vista hacia ella, dejó de hacer flexiones sin abandonar la posición en la que estaba.

—No deberías estar levantada —la reprendió con una ceja alzada.

Sin hacerle el menor caso al comentario, se adentró en el gimnasio con

paso lento y seguro, consciente de que Pablo le admiraba las piernas. Él se puso de pie cuando la tuvo cerca y le echó una mirada descarada de arriba abajo al advertir que solo llevaba una camiseta que le cubría hasta mitad del muslo. Sería un placer descubrir si había algo más debajo, pensó. Mientras se secaba el sudor de la cara con una toalla fue consciente de que debía distraerla ya que sus ojos le pedían que le hiciese el amor y ella aún estaba convaleciente.

—Estoy harta de estar en cama. Me encuentro bien.

A pesar de los malos momentos pasados, Marta se sentía recuperada por completo. Conocía a Pablo y sabía los grandes esfuerzos que hacía para mantenerse alejado de ella cuando lo miraba con un claro deseo en sus ojos. En los días que pasó en cama descubrió el poder que tenía sobre él y en esta ocasión no estaba dispuesta desistir de sus planes.

—No me mires así —insistió Pablo con seriedad secándose los brazos y el pecho con la toalla.

—¿Cómo quieres que te mire? —le preguntó con pasmosa tranquilidad a unos pasos de él sin dejar de admirarlo—. Hace veinte días que no hago el amor contigo y apenas me dejas tocarte como deseo. Es como tener un regalo al lado y no poder abrirlo.

Pablo le sonrió. Fue hasta ella y le dio un breve beso en los labios para contentarla.

—Vaya mierda de beso de buenos días —se quejó tras hacer un mohín con los labios, decepcionada.

Se dio media vuelta y le dio la espalda, decidida a marcharse, interpretando el mejor papel de su vida.

Pablo chasqueó la lengua, tiró la toalla al suelo y, antes de que ella alcanzase la puerta, la tomó por la cintura en un giro y la besó con toda la pasión contenida desde hacía días.

Mientras disfrutaba de ese maravilloso beso, Marta sonrió triunfante, había conseguido lo que se propuso con su comentario. Conocía bien a Pablo y supo que no la iba a dejar marchar.

—¿Mis besos te parecen una mierda? —le susurró entre caricias. Se hacía el ofendido mientras fundía su cuerpo con el suyo sin importarle ir hecho un asco.

Después de darse un festín en su boca y pasear las manos por debajo de la camiseta de Marta, la miró con una sonrisa radiante. Le alegró mucho verla tan recuperada y ver ese rubor que mostraban aquellas mejillas que días atrás

permanecieron demasiado pálidas.

Marta paseó las manos por el duro pecho de Pablo sin importarle que aún quedasen restos de sudor en él.

—Bueno, estos besos han mejorado bastante —le sonrió satisfecha—. Comenzaba a pensar que habías perdido tus capacidades. En estas semanas tus besos han sido como cuando teníamos doce años.

—Has estado convaleciente —se escudó mientras aspiraba el aroma de su cabello y paseaba los labios por ese cuello que lo volvía loco.

—Ya estoy recuperada.

—No del todo, señorita. No recuerdo haberte dado el alta.

—Eso es porque eres un pesado, pero ya me he cansado y pienso desobedecerte. Me siento muy bien y no voy pasar más tiempo en la cama a menos que sea contigo y me tengas muy entretenida en ella.

La actitud resuelta y decidida hizo que Pablo soltase una sonora carcajada y diese gracias al cielo de tenerla tan recuperada entre sus brazos. Después de la agonía que vivió los dos días posteriores al incendio, en los que Marta se debatió entre la vida y la muerte, tenerla así era casi un milagro.

—Te amo, Marta. Estoy deseando hacerte el amor y besarte como Dios manda.

—Pues hazlo, ¿a qué esperas? —lo instó—. ¿Tengo que rogarte y decirte que me muero por estar contigo?

—Estoy hecho un asco —se excusó alejándose un poco de ella.

—No me importa —le dijo mientras se acercaba y paseaba las manos por sus hombros—. Te amo tanto que te deseo de cualquier forma y en todos tus estados.

Sin esperar reacción por parte de él, Marta lo tomó por la nuca y lo besó con brusquedad. Pablo sintió todo su deseo junto con sus ganas y no pudo más. La tomó en brazos, profundizó el beso y se perdió en ella sin poderlo evitar.

Desnudos y saciados en la alfombra del gimnasio de la casa de Pablo, no pudieron llegar ni a la cama, él acariciaba el cuerpo desnudo de Marta tendida a su lado.

—¿Estás bien?

Se reprochaba mentalmente haberle hecho el amor de una forma tan poco delicada y en el suelo después de los días de convalecencia.

—Más que bien. Era justo lo que necesitaba para sentirme viva de nuevo.

Pablo la besó con deleite tras oír aquello.

—Aún vivo con el miedo en el cuerpo.

—Gracias por salvarme la vida. Fernando me lo ha contado todo, me ha dicho que si no llega a ser por ti estaría muerta. Te empeñaste en que mi corazón volviese a latir y no cesaste en tu empeño hasta que lo conseguiste.

Revivir aquello hizo que Pablo cerrase los ojos y se dijo que Fernando no tenía que haberle contado nada a Marta, con que uno de ellos viviese con ese mal momento era suficiente.

—No me lo recuerdes. Llevo varias semanas tratando de olvidarlo, tú en mis brazos inconsciente... El pitido de esa máquina... Tu corazón sin latidos... Nunca antes viví una agonía igual. Pensé que te perdía para siempre, te lo juro.

Allí tendido a su lado y tan indefenso Marta lo acunó entre sus brazos con el amor más profundo.

—Todo pasó —lo consoló Marta—. Diana está muerta. Se acabaron los peligros en nuestras vidas. Seamos muy felices, mi amor. —Pablo la abrazó, la cogió en brazos y fue con ella hasta la cama donde estarían más cómodos.

—¿Qué necesitas para ser completamente feliz? —le preguntó al depositarla con mimo sobre el colchón.

—A ti. —Tiró de él e hizo que aterrizase a su lado—. Así tal cual estamos en estos momentos. —Lo abrazó y lo besó con todo el amor del mundo.

—Coincide con mi idea de felicidad —le sonrió con picardía entre besos y rodando con ella entre las sábanas.

La acunó entre sus brazos y se quedaron dormidos en un sueño reparador, como del que no disfrutaban en días.

* * *

La inquietud de Lorena aumentaba por días. Federico rechazaba sus llamadas y se había negado a verla y tener cualquier tipo de contacto con ella desde el incendio en *Beltrán* y todo lo que sucedió con Diana. Se culpaba por lo que había pasado. A la mañana siguiente del suceso le envió a Lorena un gran ramo de flores junto con una extensa carta donde le pedía perdón por haber fallado una vez más. Federico no se perdonaba que las hijas de Lorena hubiesen estado dos veces a punto de morir como consecuencia de un fallo en la seguridad de su empresa y con motivo de esto decidió que en su amistad

con los Miller debía poner un punto y final para siempre.

Cuando Lorena regresó a Barcelona y todas las aguas se calmaron intentó ponerse en contacto con él, pero le fue imposible. Federico había rehusado cualquier tipo de contacto, físico o telefónico, pero ella era una mujer que nunca cesaba en su empeño y no estaba dispuesta a que las cosas entre ambos quedasen de esa forma. Le rogó a su secretaria hasta que la mujer se apiadó de ella y le dijo que Federico se había marchado con su hija a pasar la Semana Santa fuera de España.

Esperaría a su regreso y hablaría con él aunque se tuviese que apostar a dormir en la puerta de su casa. Lo echaba de menos y lo necesitaba a su lado. Sin quererlo se había convertido en alguien muy importante en su vida y no estaba dispuesta a perderlo.

Sumida en estos pensamientos, se sobresaltó cuando Alberto entró en el salón. Se sentó a su lado y le dio un beso en la mejilla. De inmediato advirtió que su nieto le iba a pedir algo. Le mostraba esa sonrisa y esa cara de pillín de cuando quería algo.

—Nos vamos de viaje, *abu* —le dijo Alberto muy contento, él la llamaba así.

—¿De viaje? ¿Dónde? —Lorena se descolocó. No tenía pensamientos de hacer ningún viaje.

—Papá y mamá están muy ocupados en la clínica y quiero disfrutar de mis vacaciones junto a mi abuela a la que adoro. —La abrazó como el gran conquistador en el que se estaba convirtiendo—. ¿Me vas a decir que no?

—¿Y dónde tienes pensado llevarme? —Se hacía la interesante.

—¡A Mónaco! Sabes que cada vez que veo una carrera de fórmula uno por la televisión deseo visitarla y aún no tuve ocasión de ir.

Una gran carcajada salió del pecho de su abuela, pero no se negó.

—Me parece genial, cariño.

El viaje organizado a Mónaco no solo fue idea de Alberto, se llevaba muy bien con la hija de Federico, Verónica, y entre ambos llegaron a la conclusión, con la ayuda de Miranda, de que Lorena y Federico se merecían una oportunidad para ser felices. Los chicos se la brindaron. Lorena y Federico se reencontraron en Mónaco, salvaron sus diferencias y se prometieron estar juntos el resto de sus días.

* * *

—Esta noche he invitado a Miranda y a Fernando a cenar —le informó Pablo a Marta mientras hacían el almuerzo entre los dos.

Ella estaba antojada de pasta con langostinos, la especialidad de Pablo. Lo ayudó a hacer el refrito entre besos cómplices y caricias. Después de permanecer veinte días en cama, hacer la comida y estar por su casa era todo un lujo.

—Me parece bien —le comentó animada—. Pero, ¿no podemos cenar fuera? Llevo más de dos semana metida en esta casa, desde que llegamos del hospital de Madrid, y me apetece que me dé el aire. Soy consciente de que estoy un poco floja pero no supondrá tanto salir en coche y sentarme en un lugar público que me devuelva a la vida. Créeme que lo necesito.

—En otra ocasión, mi vida. —Pablo la besó y le prometió con un gesto que le daría eso y más muy pronto—. Hoy será aquí —afirmó categórico y sin opción a réplica—. Hay asuntos que debemos hablar los cuatro.

Con esta última frase consiguió que el cuerpo de Marta se tensase. Él lo percibió de inmediato y la tranquilizó.

—No te preocupes por nada, todo está bien —le dijo tan feliz que logró alarmarla aún más.

Lo conocía demasiado bien y supo que se reservaba algo, pero la tranquilizó ver el brillo que mostraban sus ojos al mirarla.

Después de tantos días Marta por fin se deshizo de las pintas de andar por casa, se arregló y se maquilló. Se sintió una mujer coqueta al recuperar esos hábitos perdidos. Al admirarse al espejo se vio los pómulos más marcados debido al peso que había perdido en los días pasados en los que nada le sentaba bien en el estómago y solo sabía vomitar, pero le gustó el resultado que mostraba ante sí misma. Estaba feliz y esa dicha rebosaba por todos sus poros al darle un toque de brillo especial a los ojos grises y mostrar esa eterna sonrisa que le iluminaba el rostro.

—¿Qué tal estoy, doctor? —Se exhibió delante de Pablo con un giro coqueto e hizo que el vuelo del vestido de gasa rozara las piernas del hombre que la admiraba.

Estaba radiante, atrás quedó la Marta pálida y casi moribunda. Había recuperado el color en las mejillas, el brillo de los ojos y algo de peso, aunque no todo el que había perdido en esos días en cama.

—Estás increíble. Maravillosa. —Fue hasta ella, la estrechó entre sus brazos y le dio un beso maravilloso.

Marta paseó sus manos por los fuertes brazos de él y lo elogió, estaba muy guapo con la camisa blanca y los pantalones azul marino que llevaba. Se dejó llevar por él que dio varias vueltas con ella por el salón al simular que bailaban un vals.

—Estaré deseando quitarte cada botón de este vestido, lentamente. Después de cenar —convino resignado. Paseó el dedo por la hilera de pequeños ojales y notó cómo la respiración de Marta se aceleraba. Le arrancaría la ropa allí mismo si no fuera porque su hermano y Miranda estaban a punto de llegar.

El timbre sonó, los sacó de las fantasías que se formaban en sus mentes y se centraron en recibir a sus invitados.

Al llegar los postres, mientras ambas mujeres se relamían con la deliciosa tarta de chocolate, Pablo y Fernando compartían miradas y sonrisas que escondían secretos por desvelar. De repente, Miranda se los quedó mirando y no pasó por alto la complicidad entre ambos.

—¿Por qué nos miráis así?

—¿Así cómo? —inquirió Fernando mostrándose indiferente.

—Con esas caras de... —Miranda le dio un codazo a su hermana para que saliese en su ayuda, pero estaba centrada en el trozo de tarta que le quedaba en el plato.

—¿Qué pasa? Esas caras esconden algo. ¿Nos lo vais a soltar de una vez? —les exigió Marta tras soltar la cuchara.

Ambos hermanos se miraron y asintieron. Se dijeron que había llegado la hora de darles la noticia.

—Comienza —instó Pablo a su hermano mayor. No era habitual tener a su cuñada con aquella cara de expectación sin saber lo que ocurría. Se sintió con ventaja sobre ella por una vez en su vida.

Fernando asintió sonriente y fijó la vista en su mujer algo más serio.

—Verás, Miranda, al día siguiente de pasar lo del incendio, cuando te sentiste mal en el hospital con Marta y te desmayaste te hicieron una analítica completa que nunca te molestaste en recoger y que enviaron hace unos días.

En el rostro de Miranda apareció la preocupación. Ella no había visto los resultados de esa analítica que mencionaba su marido, pero algo le decía que no era nada malo cuando Fernando le decía aquello con una sonrisa en sus labios.

—¿Qué tengo? —preguntó impaciente.

—Más bien, qué tenemos —le informó Fernando rebotante de

felicidad.

Los ojos de Miranda se desviaron hacia el rostro de su cuñado pero este permanecía impassible mientras su marido disfrutaba de la situación.

Fernando se levantó de la silla que ocupaba y fue junto a su mujer, se colocó a su lado y la tomó de la mano con delicadeza.

—Tenemos a un bebé en camino, mi vida. Estás embarazada.

—¿¿Qué?! ¡No puede ser! ¿Embarazada? —Estaba casi en shock. Hubiese esperado cualquier cosa menos eso.

Cuando Miranda y Fernando se casaron pensaban que nunca iban a poder tener hijos por un problema de ella, cuando llegó Alberto fue como un milagro. Después se sometió a varios tratamientos y ninguno dio frutos.

La mano que Fernando sostenía entre las suyas se había quedado helada. Miranda los miraba esperando que le dijese que aquello era una broma, pero al ver el rostro de su cuñado asentir muy sonriente y decirle a Marta que iban a ser tíos de nuevo, tomó conciencia que aquello era real.

En un acto desesperado, Miranda se refugió en los brazos de su marido sin saber en esos momentos si sentía miedo o alegría.

—¿Tú lo sabías? —le preguntó Marta a Pablo recriminándole no haberle dicho nada.

Pablo asintió risueño y feliz de volver a ser tío.

—Me lo contó él —respondió con un gesto del mentón hacia su hermano—. Secreto profesional. No podía decir nada.

Marta evitó mirarlo a los ojos más tiempo del necesario. Estaba muy feliz por la noticia y no dudó en abrazarse a su hermana en cuanto los brazos de Fernando dejaron de rodearla, pero en el fondo sintió un leve pinchazo de tristeza por no ser ella la que estuviera en la situación de Miranda y no quería que Pablo lo viese en sus ojos. Se le veía tan dichoso de volver a ser tío...

—¡Embarazada! ¡Tengo cuarenta y dos años y un hijo de quince! —repitió Miranda sin apenas voz y los ojos llenos de lágrimas.

—Sí, mi amor. Vamos a volver a ser padres.

—Pero, Fernando... yo ni me acuerdo de cambiar pañales... a mi edad... y Alberto, ¿cómo crees que le sentará tener a estas alturas un hermano?

Esa mujer que siempre sabía dominar todo tipo de situación estaba en estado de pánico, ninguno la había visto así antes y les causaba gracia.

—Todo va a ir muy bien. ¡Voy a ser padre de nuevo! —exclamó como si fuera un muchacho—. Y seguro que Alberto comparte esta alegría con

nosotros.

—No te preocupes, yo te ayudaré a cambiar los pañales —se ofreció Marta sonriente al ver la cara de preocupación de Miranda.

Eso provocó que Pablo ahogase una carcajada. Fue hasta ella, la abrazó y le indicó que se sentase en el sofá junto con Miranda.

—Me parece que eso va ser complicado, mi amor. Creo que tú vas a tener que cambiar tus propios pañales —le reveló con una gran sonrisa.

El pecho de Pablo subía y baja como si acabase de correr una maratón, Miranda, Fernando y Marta lo miraban sin entender del todo lo que quería decir.

—Marta está embarazada—les reveló con los ojos posados en Marta. Se puso a su altura y la tomó de las manos con el amor más grande reflejado en su mirada.

—¿¿Qué?! —gritaron los tres a la vez con los rostros llenos de sorpresa.

—Vamos a ser padres. —Pablo abrazó a Marta que había comenzado a temblar y en su rostro era patente el miedo que sentía.

En un momento como aquel Pablo no quería que tuviese miedo, la abrazó más fuerte y le susurró que todo iba a ir muy bien esta vez.

Marta se aferró a él y luego llevó la mano hasta el vientre, mil emociones nuevas se apoderaron de ella al saber que ahí se formaba una vida y rompió a llorar con grandes estremecimientos.

—Serás cabrón, ¿y por qué no me lo dijiste ayer cuando te conté lo de Miranda? —se quejó Fernando al palmearle la espalda con ímpetu a Pablo.

—Porque yo pensaba hacerlo esta noche también como tú me propusiste. Lo siento, quería dar la noticia a los tres a la vez —se excusó ante ellos sentándose junto a Marta y envolviéndola entre sus brazos.

La mente de Marta estaba bloqueada, era incapaz de decir una sola frase con coherencia. Sintiendo el calor de Pablo junto a su cuerpo y con la mano de él entrelazada sobre su vientre, se dijo que no necesitaba más.

—¿Desde cuándo los sabes? —le preguntó Miranda a su cuñado.

—Desde el día siguiente al incendio —le reveló a sabiendas de que se iba a ganar una buena regañina.

—¿Qué? ¿¿Y en todos estos días no me has dicho nada?! —le recriminó Marta apartándose de su lado y esperando una explicación.

—¿Por qué te lo has callado durante tanto tiempo? —preguntó Fernando, serio.

Pablo se puso en pie y los miró a todos en silencio, tomándose su

tiempo.

—Porque Marta estaba muy débil en esos momentos y no sabía si el bebé saldría adelante. Ambos necesitaban reposo y tiempo. —Pablo le acarició la mejilla a Marta con amor infundiéndole ánimos y rogándole que lo entendiese por habérselo ocultado.

En el fondo de su ser entendió que lo había hecho para evitarle un sufrimiento más, a ella y a todos. Admiró a ese hombre al que le debía su vida y la de su hijo. Se abrazó a él y lo besó de una forma tan apasionada que Fernando tuvo que carraspear en alto para que parasen.

—Las dos embarazadas a la vez, es maravilloso, Marta —le dijo su hermana fundiéndose de nuevo con ella en un abrazo—. No tengas miedo mi niña, ¿ves a esos dos hombres enamorados? —Señaló a Pablo y Fernando—. Estoy segura que no dejarán que nada nos pase.

Ambas llevaron las manos a sus vientres y sonrieron a la vez emocionadas.

—Estos días de reposo en cama... no han sido por mi problema del corazón sino por el bebé, ¿verdad? —deseó saber Marta.

—Quería que estuvieseis recuperados por completo antes de daros la noticia. Ahora los dos estáis en perfectas condiciones.

—No sospeché nada... —se quejó Marta.

Miranda alzó la voz, interrumpiendo en esos momentos.

—Acabo de tener mi primer antojo de embarazada. —Los tres la miraron sorprendidos y sonrientes—. Deseo ver a mi bebé, y para algo soy la directora de Miller. Vamos, todos a la clínica.

Esta actitud mandona, muy típica en Miranda, hizo que todos estallasen en carcajadas.

—Yo también quiero verlo. Ahora —imitó el tono de su hermana.

De camino a la clínica, Fernando conducía y ambas hermanas iban en el asiento trasero del coche ilusionadas, impacientes y felices. Pablo no dejaba de mirar por el espejo retrovisor, no deseaba perderse ni un solo instante de la alegría que derrochaba Marta.

—¿Sabéis el revuelo que vamos a armar cuando nos vean entrar a los cuatro a estas horas en la clínica? —les advirtió Fernando. Eran más de las once de la noche.

—Yo quiero ver a mi bebé —repitió Miranda.

—Y yo al mío —la imitó su hermana.

—¿Preparada? —le preguntó Miranda a Marta con un apretón de

manos.

Media hora después Miranda y Marta habían visto a sus bebés por primera vez.

—Tendremos que casarnos antes de que nazca —aventuró Pablo.

—¿Antes?

—Oh, sí antes, mi amor. Cuando nuestro bebé llegue a este mundo, tú y yo estaremos casados como Dios manda. —Le hizo saber con una mano posada sobre su vientre desnudo mientras admiraba el monitor con la imagen de su hijo.

—¿Y si nos casamos en una semana cuando mi madre regrese de Mónaco? Creo que no me volvería a perdonar que me case sin avisarla. — Propuso y esto hizo que Pablo se sintiese muy feliz.

—Me parece una idea estupenda. —Convino su hermana, feliz.

—Eh, ¿y yo no tengo opinión? Soy el novio.

—Ya te di el sí quiero. La fecha la pongo yo —le dijo sonriente dándole un beso.

—Totalmente de acuerdo. Una semana me parece perfecto. Me haces muy feliz.

—Pues manos a la obra. Hay que organizar una boda. —Puntualizó Miranda.

—Un momento, antes habrá que informar a Lorena de que va a ser abuela de nuevo, y por partida doble. —Manifestó muy entusiasta Fernando.

—Y decirle a Alberto que va a tener un hermano —dijo Miranda.

—Y un primo —recalcó Pablo.

Estaban rebotante de felicidad en esos momentos.

Aquella madrugada Marta estaba en la cama en los brazos de Pablo, ante tantas emociones nuevas no podían conciliar el sueño.

—¿Y si el bebé hereda mi enfermedad de corazón? —Por fin le hizo la gran pregunta que no se atrevió a formular desde que supo la noticia.

—No tiene porqué. Y si lo hace, llevará una vida como la de su madre, y su padre estará ahí siempre.

—Me gusta que seas cardiólogo y estés a nuestro lado.

—Es mi lugar favorito en el mundo, este. Una cama y tú, aunque dentro de unos meses tenga que compartirme con alguien más. —Pablo le recorrió el vientre desnudo con la mano.

Durante más de veinte días vivió aquello solo, no se atrevió a decirle a

Marta que estaba embarazada por si algo salía mal. Cuando ella dormía, y sin que se diese cuenta, la abrazaba y rogaba porque su embarazo siguiese adelante sin complicaciones. En esos momentos todo era un sueño hecho realidad.

Epílogo

El jardín de la mansión Miller estaba lleno de gente, se celebraba el dieciocho cumpleaños de Alberto. Su abuela, como buena organizadora de eventos, le preparó una fiesta que no olvidaría nunca. A pesar de tener dos nietas de tres años que captaban su atención por completo y la hacían inmensamente feliz, Alberto siempre sería su debilidad.

Con su preciosa hija en brazos, Marta rememoraba la última gran fiesta celebrada en aquel jardín; su boda. Se dijo que aquella casa había sido protagonista de demasiados encuentros y acontecimientos especiales. Cuando Lorena se planteó venderla para comenzar una nueva vida con Federico, ninguna de sus dos hijas se lo permitieron. Estaban seguras que su padre aprobaría que ella fuese feliz ahí con aquel hombre que se desvivía cada día por ella.

El grito que dio Sofía al ver a su padre, con los brazos extendidos hacia ella, hizo que Marta saliese de los pensamientos que la embargaban y la dejase en el suelo para que fuese con Pablo. Admiró con una gran sonrisa de orgullo cómo ambos se fundieron en un gran abrazo y luego la lanzó por los aires haciéndola reír. Pablo era un excelente padre que no dejaba de sorprender a Marta cada día, su hija lo adoraba. La pequeña Martina, que compartía tanto parecido con Fernando como con Miranda, corrió también hacia él y le pidió que hiciese lo mismo con ella. Alberto, que estaba junto a su tío, cogió a su hermana en brazos y la lanzó alto entre risas y besos en los que demostraba que amaba a esa pequeña. Esto hizo que el corazón de Miranda diese un vuelco al ver a su niña suspendida por los aires, pero al mismo tiempo su corazón se llenó de un orgullo inmenso al ver cómo su hijo mayor adoraba a su hermana.

—Alberto, como le hagas el menor rasguño a la niña te mato —le advirtió su padre con una sonrisa mientras abrazaba a Miranda.

Cuando Alberto y Martina comenzaban a jugar no había quién los parase. Era el único que lograba entretenerla durante horas pues, a pesar de haber cumplido la mayoría de edad, se convertía en un niño más al lado de la pequeña.

La llegada de Martina le cambió la vida, pero se atrevería a decir que ahora era más feliz y se sentía más completo. Un alivio para Fernando y Miranda, sin duda. Ambos temieron que la llegada del bebé le afectara demasiado. Después de ser hijo y nieto único, no sabían por dónde podría salir el temperamento del chico. Sin embargo, todo quedó en meras especulaciones, y a la vista estaba el resultado. Los felices padres continuaban siendo un matrimonio ejemplar, Alberto se marchaba a estudiar fuera y Martina se encargaría de que apenas lo echasen de menos.

Las niñas se bajaron de los brazos que la aupaban y echaron a correr juntas por el jardín en dirección a Lorena y Federico.

Las hermanas Miller observaron cómo sus abuelos las colmaban de atenciones. Sonrieron cuando las niñas les pidieron más tarta y ellos se la dieron sin rechistar. Las consentían sin negarles nada.

La mirada de Pablo se centró en su mujer, la abrazó y le besó el cabello con mimo, impregnándose de ese olor tan característico que lo seguía volviendo loco.

—Se nos está haciendo mayor —le comentó con nostalgia al observar cómo Sofía se comía un trozo de tarta sola, bajo la atenta mirada de su abuela.

Marta esbozó una sonrisa que encerraba misterios que Pablo no conocía. Giró muy despacio en los brazos de su marido y le acercó la boca al oído para susurrarle con intimidad.

—No te preocupes, pronto volverás a cambiar pañales —le anunció con una sensualidad inusual.

Pablo la miró con orgullo, la tomó en brazos y dio vueltas con ella sobre sí mismo, eufórico. Deseaba volver a ser padre desde que Sofía llegó a sus vidas. Marta y su hija le habían dado tanto que deseaba tener una gran familia con la que llenar la casa de voces, gritos y juguetes.

—Te amo tanto... —La besó perdiéndose en ella sin importarle estar rodeado de gente.

La presión que ejerció Marta sobre el pecho de su marido para alejarlo de ella lo sacó del estado en el que se embarcaba. Lo reprendió por besarla de aquella forma en público, advirtiéndole que algunas personas los miraban con atención.

—Señores, esta mujer que amo con toda mi alma y cada día me hace más feliz, me va a hacer padre de nuevo —anunció lleno de orgullo.

Los vítores se produjeron nada recibir la buena nueva. Marta y Pablo se

vieron fundidos en abrazos y felicitaciones.

Al cabo de un rato, los fuegos artificiales que concluían la fiesta de Alberto Miller comenzaron a sonar. Marta y Pablo, con Sofía en los brazos de su padre, asombrada por los fuegos y señalando con el dedo las luces que hacían al llegar al cielo, se dijeron que su vida no podía ser más perfecta. Pablo abrazó a su mujer sin soltar a Sofía y le acarició el vientre.

—Gracias por estar en mi vida, Marta Miller. Vivo con la continua sensación de que tengo mucho más de lo que merezco y cada día a tu lado lo haces ser más. Te amo.

—Gracias por hacerme sentir a cada instante que soy la princesa de un cuento de hadas. Me haces muy feliz.

—Vivo solo para ti. Tuyo siempre.

FIN

Agradecimientos

Tus huellas en mi corazón, mi tercera novela publicada, ha sido la primera que he escrito a raíz de la petición de los lectores. Nunca me planteé escribirla cuando terminé *Secretos*. Sin embargo, un día surgió una historia en mi cabeza y me dije: es perfecta para Marta Miller y Pablo Balaguer. Gracias a todos los que me animasteis a escribirla. Hoy día estoy enamorada de esta novela y de sus personajes. Sé que es esperada por los lectores, ojalá que haya cumplido con vuestras expectativas. Aunque el miedo en el cuerpo no se pasará hasta recibir las primeras opiniones.

En el largo proceso que conlleva publicar esta historia he tenido la gran suerte de contar con los consejos, opiniones y, por qué no decirlo, tirones de orejas de mi Patri. Gracias, Patricia Rodríguez Huertas, por tu enorme generosidad e infinita paciencia. Fuiste la primera persona que leyó esta novela, mi lectora cero, y de alguna forma creo que eres como su madrina.

Gracias, Alexia Jorques, por diseñarme una portada de la cual me enamoré en el primer instante. Ha sido un placer trabajar contigo y que captases tan bien cómo deseaba la portada de esta novela. Creo que en ella se recoge toda su esencia interior.

A mis chicas frescas, ese grupo que me saca sonrisas a diario desde la primera hora de la mañana. Gracias por estar siempre ahí.

Marta Francés, Tessa C. Martín y Mariah Evans, gracias por vuestro apoyo en esta aventura de la autopublicación. Las tres fuisteis muy importante a la hora de lanzarme a ella y desear continuar en este camino, sois unas verdaderas compañeras. Siempre estáis ahí cuando os necesito.

A mi familia y amigos, esta es la primera novela la cual no he dejado que nadie de ellos lea antes de su publicación. Es toda una ilusión que lo hagan directamente en un libro en papel.

A Daniel Contreras, gracias por ser siempre quién me acompaña en la presentación de mis novelas, con la buena disposición, simpatía y amabilidad que lo haces.

A mis niñas; Irene, Daniela y María, estoy segura que en un futuro, cuando seáis mayores, os encantarán mis novelas. Vuestra tía os conoce muy

bien.

A mi madre y a mi hermana, mis dos mayores seguidoras, espero que esta novela os guste tanto como las anteriores.

A mis dos cuñadas, que cada vez que llegan a casa no las dejo ver qué escribo, deseo que esta novela sea especial.

A los hombres de mi vida, a pesar de que no os leáis mis novelas no me olvido de vosotros en estos momentos. Me vale con la voluntad de que tengáis todos mis libros firmados en vuestras estanterías con la promesa de que algún día los leeréis.

A mis amigas de siempre que estáis ahí aunque sea en la distancia, gracias por vuestro apoyo incondicional.

Y el agradecimiento más importante, a ti, que estás leyendo estas líneas y espero que hayas disfrutado de la historia. No dudes en ponerte en contacto conmigo y decirme qué te ha parecido. Las opiniones de los lectores son muy importantes para continuar mejorando.

Elizabeth Bermúdez.

Sobre la autora



Elizabeth Bermúdez nació en Huelva, lugar donde reside actualmente. Licenciada en Derecho, ejerce su profesión y la compagina con lo que más le gusta; escribir y leer novelas románticas. La mayor parte de su tiempo libre lo dedica a crear historias de amor con la gran ilusión de que con el tiempo salgan a la luz y enamoren a sus lectores.

Tus huellas en mi corazón es su tercera novela publicada, anteriormente publicó *Deseos del destino* en 2015 y *Secretos* en 2017.

Se define como una persona familiar, amiga de sus amigos, le encanta viajar, leer y disfrutar al máximo de los buenos momentos que presta la vida.

Leer y escribir el género romántico le ayuda a relajarse y desconectar, algo que tiene claro que nunca dejará de hacer.

Encontraras más información sobre la autora en sus redes sociales:

—Facebook: [elizabethbermudezescritora](#)

—Twitter: [@bethberm](#)

—Instagram: [@eli_berm](#)

Otros libros de la autora

[Secretos](#)



[Deseos del destino](#)

